

LA CIUDAD
INCANDESCENTE

Alejandro Padrón

LA CIUDAD
INCANDESCENTE

ediciones
actual



UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

DIRECCIÓN GENERAL
DE CULTURA Y EXTENSIÓN

Autoridades Universitarias

Mario Bonucci Rossini
Rector

Patricia Rosenzweig
Vicerrector Académico

Manuel Aranguren
Vicerrector Administrativo

José María Anderéz
Secretario

ediciones
Actual

Director
Mauricio Navia A.

Consejo Editorial
Daniel Albornoz
Enrique Vidal
Elizabeth Marín
José Francisco Guerrero L.
Debby Arandaño
Arnaldo Valero
Carlos Monagas
Rocco Mangieri
Jorge Torres
María Ríos
Carlos Mattered
Erma Sulbarán

Coordinador de Ediciones
Actual - Libros
José Francisco Guerrero Lobo

CIUDAD INCANDESCENTE
Primera Edición, 2011

© Universidad de Los Andes
Dirección de Cultura y Extensión
Mérida-Venezuela

Autor

© Alejandro Padrón
Diseño y diagramación
José Francisco Guerrero Lobo
Diseño de Portada
José Francisco Guerrero Lobo

Ilustración de portada
Montaje teatral,

Impresión
Universidad de Los Andes
Talleres Gráficos Universitarios
talleresgraficos@ula.ve
Mérida-Venezuela

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
Depósito Legal:
ISBN:

Derechos Reservados
Prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra sin la autorización escrita del
autor y el editor.

Universidad de Los Andes,
Av. 5 Zerpa, Esquina con calle 24,
antiguo Colegio San José, 1° piso.
Tele-fax: 0274-240-26.58
<http://www.direcciondecultura.com.ve>
Mérida 5101. Venezuela

Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

*A mis abuelos maternos, Hilario y Elena, a
quienes debo muchas enseñanzas de vida...
y al tío Ramón, también...*

Los personajes y situaciones de esta historia,
exceptuando a Marcos Pérez Jiménez,
sus colaboradores, familiares y allegados, pertenecen
al mundo de la ficción,
incluyéndome a mí.
El autor

UNO: *DE INCANDESCENCIAS*

La espesa capa de nubes se descorre por la ventisca y deja ver al fondo una de las ciudades más antiguas del continente americano. Es una extensión irregular de techos rojos y planicies ocres, bañada por un mar azul intenso, y atravesada por un río otrora navegable y escandaloso. Las manchas verdes a lo largo de la ribera, cerca de sus playas y en las faldas de los cerros, hacen más apacible el clima que se ensaña contra la ciudad, sobre todo en los meses de agosto y septiembre. Los chaparrones la mitigan, pero al mismo tiempo la inundan convirtiéndola en un espacio intransitable que los niños aprovechan para sus juegos en los pozos de la inmundicia. Después de un aguacero Cumaná luce un rostro distinto por el follaje de sus árboles, la turbación de sus coteles y el albedrío de sus pájaros. El rostro luminoso de la Primogénita del Continente se llena de aromas de flor de la reina, jazmines, madre selvas y astromelias, pero también del olor a tierra removida que sale de los fangales como lenguas bermejas. A pesar de haber sido destruida varias veces por terremotos, la ciudad se ha negado a morir y ha vuelto a surgir de sus escombros. Fue fundada cuatro veces y conserva sus dos parroquias separadas por el río Manzanares/déjame pasar/que mi madre

enferma/me mandó a llamar... La parroquia de Santa Inés, con su cerro Pan de Azúcar y el castillo de San Antonio de la Eminencia, fortaleza colonial del siglo XVII, situado en su parte más alta, que sirvió de guardián durante los ataques de filibusteros por flancos de monte y playa. Del otro lado, se encuentra la parroquia Altagracia, desde donde se erige la iglesia del mismo nombre, y se divisa la calle Larga que desemboca en Puerto Sucre, por donde han incursionado aventureros, piratas y contrabandistas.

La ciudad vieja

El barrio San Francisco está en Santa Inés, la parte antigua de la ciudad, la de los techos rojos con casas de balcones interiores, paredes altas encaladas, puertas de madera y ventanas barrigonas como si fuesen mujeres preñadas custodiando el reposo de los hogares. Mi infancia nace allí en la calle Urica de este barrio cerca de la plaza Rivero, teatro de caballos vegetales desprendidos de las ramas y vaqueros del *Far West* americano. Frente a ella están las ruinas del convento de San Francisco, antiguo asiento de los capuchinos, convertido en una fábrica de jabón que ahora muestra su costillar de cañabrava. En otro costado, aparece la escuela primaria de la maestra Ñeñé Meaño, responsable de mis primeras letras. Espacio grande y fresco de amplias ventanas con vista hacia la plaza ensombrecida. Casa que prestó su sala para albergar a los chiquillos del barrio que comenzábamos el largo camino del aprendizaje.

En el número 12 de la calle Urica viven mis abuelos maternos y yo con ellos. De esa

casa recuerdo su balcón, el techo de tejas, el jardín central con su palmera, los ramos de uva vecinos y a Tomás Andrés, el tío cómplice que me deslumbró con sus poderes sobrenaturales y su magia doméstica. A través de la ventana veo en la acera de enfrente a Trina, mi primera emoción: un cosquilleo inaugural en mi cuerpo. En las tardes, recostado a una silla en la pared, el abuelo de “Panchito”, mi amigo de infancia, disfruta de un tabaco de su propia fábrica, mientras el humo dibuja en el aire trazos arbitrarios. Por mucho tiempo llegué a pensar que aquel ambiente era de pura fantasía. Yo sólo conocía tres colores: el azul del cielo, el verde de las montañas y el marrón intenso de las crecientes de los ríos en la hacienda de mi abuelo paterno. Para mí todo era nuevo: los carros de mula con sus ruedas chirriantes, las vendedoras de pescado gritando a todo gañote su venta, los locos de la calle de rumbo extraviado, los carnavales floridos y acuosos, el silencio nocturno de fantasmas, la luz de los amaneceres y los entierros que subían por la empinada cuesta del cementerio. Nunca pude acostumbrarme a la soledad del mediodía. Me asomaba a la ventana y la calle parecía detenida en el tiempo con sus sombras y cuchillos de luz. Entonces regresaba a mi cama y esperaba que la mano de un ser superior terminara de darle cuerda a la ciudad para ponerla de nuevo en movimiento.

Los personajes de mi adolescencia

Lo digo de una buena vez: soy tímido e inquieto, porque todo me interesa. Delgado y de estatura mediana. Soy como los perros para enamorarme, y las fragancias de cualquier tipo me

perturban o me masturban. Desde los nueve años vivo con la abuela Ana Jacinta, bajo cuya tutela he completado mi escuela primaria y ahora estoy apunto de comenzar la secundaria. Desde que llegamos a Cumaná nos hemos mudado tres veces y creo que ya es la última. A mi familia le resulta un fastidio tener que estar moviendo cachivaches viejos, gastando tiempo y dinero yendo de un lado para otro; a mí, en cambio, me resulta divertido respirar el aire de nuevos espacios. Mi abuelo materno se ha ganado un cuadro de caballos del “5 y 6” y ahora tenemos casa propia, mejor dicho, vivimos en dos casas unidas en una sola, ubicada en Altigracia que, por mala suerte, lleva el nombre de “Urbanización 2 de diciembre”, porque los jalabolas de los constructores, para ganar indulgencias con el dictador, la han bautizado con la fecha de su arribo al poder. Tenemos dos vecinos mecánicos. El de la izquierda es un señor alto y flaco de color negro cuya dentadura destaca como una trompa niquelada de un Buick último modelo. Viste impecable y canta ópera los domingos en su habitación, muy cerca de la de mi tío Juan Gaspar. Yo digo que más bien acompaña las óperas. Coloca un LP de Mario Lanza y hace un dúo que se extingue en los tonos agudos porque él no tiene fuelle suficiente para alcanzar los Do de pecho del gran tenor. El domingo bien temprano, al escucharse el carraspeo de su *picó*, mi tío suele decir en voz baja: ¡iqué buena vaina, ya va a comenzar este hombre con sus gritos! En cambio, del lado derecho, el mecánico vecino es una persona silenciosa y corpulenta. Desde la calle se ve en la sala de su casa un retrato grandote del dictador Marcos Pérez Jiménez, expuesto para que los transeúntes sepan muy bien con quién

está él. Conversa sobre carreras de caballos con algunos conocidos, incluyendo a mi abuelo, que a menudo lo detiene en el portal de su jardín para hablarle. Sospecho que es un soplón de la policía. Todo lo que observa en nuestra cuadra debe estar anotado en algún archivo de la inteligencia del régimen. Convivo con dos de mis hermanos menores y con el tío Juan Gaspar, que funge como mi representante legal en el liceo Sucre del que es su flamante director. Lo cual es un fastidio, porque me siento como si anduviera vigilado todo el tiempo, con el recordatorio diario de mi abuela de que debo comportarme como el mejor por razones que no ameritan explicación. El tío Juan Gaspar me intimida con sus regaños y por su conducta estricta. Es bajo de estatura, miope y de compleción normal. Se ríe con tal desparpajo que nos aturde, le gusta la música venezolana y española, le agrada contar chistes y odia que le interrumpan su siesta de los mediodías. Quienes la perturben deben correr con las consecuencias. Es profesor de Química y sus alumnos dicen que es un docente de altos quilates. Algunas veces conversa conmigo y yo me siento feliz. El tío Juan Gaspar es el sostén económico de la casa. Graduado en el Pedagógico de Caracas. Mientras estudiaba vivió en pensiones de mala muerte en la ciudad capital. Hizo sus estudios con muchos sacrificios porque viene de una familia campesina que llegó a Cumaná para que él y sus hermanos pudieran estudiar. “Decidí mudarme para que mis hijos no se quedaran brutos”, eso dice mi abuela. Recién graduado entró al liceo y cuando fue a dar su primera clase no le creían, era tan joven que parecía más bien un discípulo y no un señor profesor. Sus alumnos le admiran e igualmente

le temen porque no anda con remilgos a la hora de las exigencias. Algunas veces, cuando puedo, regreso a casa con él, si no, debo tomar un “carrito por puesto” o venirme caminando.

El viejo perejimenista

Cada vez que retorno del liceo a pie, y paso frente a la casa de nuestro vecino mecánico, ese grandote y blanco, ese que apoya sus brazos en las puertas de la verja, el mismo que nos ve pasar todos los días hacia nuestras casas, me provoca preguntarle qué hace con un retrato del dictador colgado en la pared de su sala, con la puerta abierta, para que todo el mundo lo vea: ¿Qué intenta demostrarnos con su desparpajo? Cuando paso frente a su casa, me detiene para preguntarme alguna necedad haciéndose el tonto y echándose las de hombre bueno; entonces no me queda otra que ponerme a conversar con él, diría más bien a intercambiar algunas frases que nunca recuerdo, porque cada vez que eso sucede lo que hago es mirar con rabia la imagen del dictador adosada a la pared, y repaso en mi mente, detalle a detalle, su retrato de faz regordeta con sus lentes de carey, su mirada inexpresiva, sus cachetes abultados y su papada represada por el uniforme blanco e impecable de general, lleno de condecoraciones, cercado por una correa ancha de militar que contiene su abultado abdomen, y su gorra grande e impetuosa que tapa su calvicie y le da un aire de mastodonte. Es como si fuera una pesadilla diaria porque él conoce mi horario de tanto que yo paso por allí. Sabe cuáles son mis horas libres. Y es puntual. Cuando doblo la esquina de mi casa, allí está él, plantado como una esfinge humana. Me espera con su media

sonrisa de idiota, mostrándome su prótesis lateral, tratando de dárse las de inocente. Otra vez el maldito retrato. Él se da cuenta porque mi mirada es indiscreta. Me habla y yo como si nada: sigo aferrado a esa imagen que aborrezco. Pero él se empeña en conversar y disfruta con mi curiosidad, sin saber que esa figura pesa tanto en nuestra familia. Llego a mi casa contrariado y molesto, pero no puedo expresar lo que siento porque me parece un absurdo lo que me pasa. A veces, al regresar del liceo, he tomado una ruta distinta para evitar su encuentro. Me asomo con cautela a la esquina contraria y allí está el tipo apoyado en la verja, tratando de encontrarse con mi mirada porque sabe que estoy en camino de aparecer en acción como en un teatro cualquiera. Retardo mi caminata a ver si se fastidia de tanto esperarme y desaparece. Luego avanzo de prisa hacia la casa, pero cuando ya estoy a punto de llegar, él asoma su cabeza de ñame y levanta su mano para saludarme. Siento como si me estuviera diciendo que nuestro encuentro se dará en otra oportunidad.

Percibo en dónde andamos metidos

Tengo conciencia plena de lo que pasa en este tiempo. Sé de las persecuciones políticas, de los exiliados y torturados. Sería mucho mejor aclarar que las palabras *terror* y *miedo* se me aparecen como personajes pavorosos en esta época. Mis padres viven a dos horas de Cumaná, en El Rincón, caserío donde nací, perteneciente al Estado Monagas. Pocas veces viajan a vernos. Nosotros nos encontramos con ellos cuando vamos de vacaciones a visitarlos. Mi papá es perseguido político del régimen. Ahora no sé si

nuestro viaje a Cumaná, el de mis tres hermanos menores, una hembra, dos varones y yo, se debió a la necesidad de que estudiásemos y “no se queden brutos”, como decía mi abuela Ana Jacinta, o si fue para alejarnos de la zozobra que generaba la persecución de la dictadura a mi padre y a otros familiares, quienes querían evitar que sufriéramos esas experiencias siendo tan pequeños.

La palabra clandestinidad llega temprano a casa, junto a otras, como *enconcharse*, *huir*, *tortura* y *resistencia*. Veo a mi padre de vez en cuando, se la pasa huyendo; de pronto aparece como una ilusión y se esfuma igual. Al principio mi madre me decía que él andaba en diligencias, luego, cuando fui creciendo, me aclaró el embrollo y entendí. Algunos miembros de nuestra familia, unos comunistas y otros adecos –como le dicen a los militantes del partido Acción Democrática–, todos son perseguidos políticos. Vivimos en permanente angustia y mi abuela no puede escuchar golpes en la puerta porque se asusta y comienza a hablar en voz baja como si estuviera confesando un horrible secreto. La gente se recoge temprano en sus casas y las noticias en la radio se oyen al más bajo volumen. Las personas bien vestidas, con lentes oscuros, resultan siempre sospechosas, y quienes conducen autos de lujo son identificados como perejimenistas.

Dos hechos imborrables

Años antes de entrar al liceo viví dos hechos que me impactaron e influyeron en mi visión sobre la política del país. Y otro, familiar, que me permitió incursionar en el campo de la nostalgia. El primero de ellos, el asesinato de Carlos

Delgado Chalbaud en noviembre del año 50, y el otro, el fraude electoral de diciembre del año 52 donde le robaron las elecciones al líder de Unión Republicana Democrática (URD), Jóvito Villalba. A partir de entonces, muchos de los políticos se fueron a una lucha clandestina que llamaron “la resistencia”, iniciándose así una de las persecuciones más feroces contra los adversarios de Pérez Jiménez*. El otro hecho tuvo que ver con la visita intempestiva de un tío que siempre guardé en el afecto. Por segunda vez veía a uno de los personajes más queridos y respetados de la familia, el tío Julián, hermano de mi padre. Todo un personaje de la cultura y la intelectualidad venezolana de la época. Recuerdo la emoción que me produjo su presencia. Lo abracé y no quería separarme de él. Estaba impecablemente vestido; lucía una gorra beige con *raiban* oscuros adosados a la visera. Yo me la puse y bajé los lentes. Me llamó la atención que a través de ellos la gente se veía ligeramente enrojecida. Estuvo un buen rato conversando con mi abuela y el tío Juan Gaspar,

* Marcos Pérez Jiménez nació en la población de Michelena del Estado Táchira, el año de 1914. Dirigió dos golpes de Estado (el primero de ellos el 18 de octubre de 1945 contra el presidente Isaías Medina Angarita, y posteriormente, otro golpe, el del 24 de noviembre de 1948, contra el gobierno de Rómulo Gallegos). A partir de entonces estableció una dictadura cruel y sangrienta. Desconoció los resultados de las elecciones del año 52 que ganara el líder de Unión Republicana Democrática (URD) Jóvito Villalba, y a través de un plebiscito, se hizo ascender a General de División en diciembre del 57, proclamándose presidente para el período 1958-1963. Fue derrocado el 23 de enero de 1958 por un golpe cívico militar. Murió en Madrid el año 2001.

a quienes llamaba vecinos por haber vivido al lado de su casa en la población de Colorado, cerca de San Antonio de Maturín, siendo apenas un niño. Era un reconocido escritor y personaje público de importancia. En la oportunidad de ese encuentro tenía 43 años. Ya había escrito seis novelas, dos obras de teatro y varios ensayos. Él no podía imaginar que sólo le restaba un año de vida para ese entonces. Era un hombre alto, de mucho vigor, con una voz fuerte parecida a la de su padre, el abuelo José Julián. Andaba de paso por Cumaná y aprovechó la ocasión para visitarnos. Yo no hacía otra cosa que observarlo. Me cautivaba su forma de hablar y recordaba la primera vez que lo había visto en la hacienda La Victoria de mi abuelo José Julián, reunido con los peones en la casa rodante donde secaban el café. Hablaba con ellos quizás tomando notas para su próxima y última novela. Al despedirse me embargó la tristeza y recuerdo su sonrisa amplia, de impecable dentadura. Lo abracé de nuevo como si no quisiera dejarlo que se zafara de mis brazos. Él correspondió a mi gesto y me hizo una caricia en la cabeza frotando una de sus manos hasta despeinarme, al tiempo que decía: “Ya eres todo un hombrecito”. Lo vi partir y no sé por qué pensé que había perdido una gran oportunidad de decirle que quería irme con él. Me entristeció su partida. Más tarde me contaría mi abuela que el tío Julián había sido Secretario General de Gobierno del Estado Monagas en la época del general Isaías Medina Angarita con apenas 33 años de edad. Juliancito –así lo llamábamos– fue también fundador de la Asociación de Escritores Venezolanos y Doctor en Ciencias Políticas. Él era un hombre muy preparado, me dijo; fíjate que

además fue diplomático y escribió varias novelas. Fue el único de sus seis hermanos que no se metió de lleno contra de la dictadura.

El tío mago

Tomás Andrés, otro personaje importante en mi vida, era el tío joven que me llevaba apenas cinco años de diferencia. Por él aprendí mucho y admiraba sus poderes mágicos para mover las cosas; fue un prestidigitador que me distrajo siempre con funciones gratuitas. También me enseñó el cine por primera vez. Lo trajo a la casa utilizando apenas un fragmento de película, un cajón de madera con una minúscula perforación y una linterna. Me quedé absorto con la proyección de un fotograma en blanco y negro de una película de vaqueros donde se veía a Durango Kid (Charles Starrett), que luego yo identificaría en el cine Pichincha. Tiempo después, nos mudamos al final de la misma calle Urica, en una esquina, cerca de El Chispero, un barrio peligroso donde peleaban todos los fines de semana aunque nunca supe que hubiesen matado a alguien. Escuchaba luego algunos comentarios sobre los heridos del barrio con unas cuantas puñaladas sin mucha importancia.

También disfrutamos del cine al aire libre en las propias calles de San Francisco. Frente a nuestra casa había una pared blanca enorme. Allí se proyectó, ante la sorpresa de muchos, una película cuyo haz de luz salía desde una unidad móvil del Ministerio de Educación. Se trataba de un documental cuyo protagonista principal identificamos como la bilharzia. En esa misma casa Tomás Andrés y yo nos peleábamos por el

suplemento de los jueves que traía la historieta de Mandrake el Mago. Corríamos por el largo pasillo como si estuviésemos en una competencia a ver quién de los dos se apoderaba del apasionante *comic* y nos estrellábamos contra la puerta principal por disputarnos el periódico. Casi siempre Tomás Andrés me ganaba. Aunque una vez más que otra lo hacía yo, pero terminaba con el suplemento ajado y roto. Algunas veces él se quedaba con la mitad de la historia y yo con la otra. Entonces teníamos que pactar un armisticio para poder leerla completa. Lo peor de todo era quedarse con el comienzo de la aventura porque el otro se regodeaba con el final, que nunca revelaba, y daba pistas equivocadas mientras decía: ¡A que no sabes lo que pasa! Esto podía ocasionar una persecución con resultados siniestros. En una de esas oportunidades di un traspie y me fui de bruces por los escalones del corredor rompiéndome la barbilla. Tomás Andrés trató de auxiliarme. Yo estaba traspasado de dolor cuando llegó mi abuela y lo apartó de mí. Ella me preguntó que cómo había ocurrido todo mientras yo gritaba el nombre del tío para que me ayudara, pensando que aún él sostenía mi cara ensangrentada: ¡Tomás Andrés, Tomás Andrés! Fue entonces cuando mi abuela le soltó aquella cachetada escarlata y lo tiró largo al piso. Me sentí satisfecho. Luego me burlaba de él mientras su impotencia acumulaba maldades para mejores oportunidades.

En la noche, Tomás Andrés intentaba asustarme yéndose solo al patio de la casa; se cubría la cabeza con una máscara de calavera para meterme miedo. Me parecía un tío valiente; cómo

se le ocurría internarse en aquella oscuridad y gritar: ¡Que me salga un muerto siquiera!, ¡que venga, aquí estoy esperándolo!. A veces él me llevaba al cerro Pan de Azúcar, cerca de nuestra casa, en cuya cima se erigía el castillo de San Antonio de la Eminencia, en donde estuvo preso el general Páez. Íbamos al cerro a matar *guaripetes*, pero terminábamos con la ropa mugre y nuestras rodillas raspadas, motivo suficiente para que mi abuela –la mamá de Tomás Andrés– nos *jalara* las orejas y nos castigara. A veces lo hacía el tío Juan Gaspar, a quien le disgustaba que le interrumpieran su sagrada siesta de los mediodías. Una vez lo desperté y me gritó furioso: ¡Tome una de esas chanclas que están debajo de la cama y venga acá! Miré su colección dispuesta en perfecta armonía y escogí una entre ellas pensando que esa era la que me haría menos daño en mis nalgas raquílicas.

Tomás Andrés también me llevaba al cine de los curas de Santa Inés, al lado de la iglesia. Al portero y proyccionista lo apodaban *Piroco*, un hombre que nunca envejeció; también hacía de monaguillo en los oficios de la misa y decían que era marica. El cine siempre me deslumbró, pero la curiosidad por entrar a los escondrijos de la casa cural donde se proyectaba, a veces resultaba más atractiva que la propia película. Me llamaba la atención saber cómo vivían los curas en su intimidad. De niño nunca tuve la oportunidad de visitar el castillo de Santa Rosa, al que se entraba atravesando la casa de los curas, y cuyas ruinas se veían desde lejos como una fortaleza inaccesible. Decían que a través de un túnel se comunicaba con el otro castillo, el de San

Antonio de la Eminencia. Tomás Andrés también me llevaba al cine Pichincha para ver las series de vaqueros, las de Durango Kid (el del fotograma), Búster Krabe (Invasión de Mongo) y El Capitán África, las que siempre terminaban “en capítulo” porque finalizaban en una acción que continuaba el próximo jueves en el capítulo siguiente, y nos dejaban con las ganas suspendidas de seguir viéndolas. Pasábamos todo el tiempo pensando en lo que ocurriría la semana siguiente. Mi abuela Ana Julia me chantajeaba porque debía portarme bien todos los días si quería volver al cine; cualquier desliz, por muy pequeño que fuera, implicaba un castigo que me impedía ver mi serie favorita.

Cuando Tomás Andrés se graduó de bachiller y se fue a la universidad a cursar la carrera de ingeniería, yo estaba a punto de entrar a estudiar al liceo Sucre. Sentí un vacío muy grande en mi vida. Me tuve que conformar con sus esporádicos regresos a pasar vacaciones, pero ya no era lo mismo. Tomás Andrés tenía otros intereses, lo veía más bien como pichón de ingeniero. Nos enseñaba las fotos de las prácticas de campo donde salía manipulando un teodolito y me mostraba sus libros de complicados cálculos. Ya nos habíamos mudado de la calle Cedeño a la calle Unión de la “Urbanización 2 de diciembre”. Antes, yo vivía cerca del liceo, ahora estaba lejos de él, al otro lado del río Manzanares, en la parroquia Altagracia; habíamos dejado a Santa Inés sola. Yo tenía que venirme a pie por la calle Arismendi, cruzaba el puente Guzmán Blanco, pasaba al lado del correo y llegaba al liceo, frente a la catedral, con la lengua afuera.

Mi nueva condición

La vida continuaba con apariencia de normalidad y, casi sin darme cuenta, un día me encontré convertido en liceísta. No sé cómo, pero de alguna manera sospecho que formaré parte de quienes luchan en el liceo contra la dictadura. Ha sido muy duro el cambio de la escuela primaria a la secundaria. El sistema de estudios, la forma de relacionarme con los demás, todo es distinto y complicado. Sin embargo, he hecho amigos muy pronto y conozco los grupos que se mueven agitando el ambiente, a ellos me he integrado con entusiasmo. Desde el principio me han llamado la atención dos muchachos de cursos superiores que fungen de líderes: José Ángel Morales, comunista, y Luis Gabriel Hernández, adeco. Ambos compiten para ser los mejores del liceo y sus discursos me emocionan. He hecho más amistad con Luis Gabriel, el otro es muy serio, y cuando habla parece estar dando una clase u ordenando la línea política a seguir. Ellos finalizan dictando las pautas de cuanto hacemos como actividad de agitación en el Sucre. Creo que su influencia se ha expandido a la gente joven de otras agrupaciones educativas. Yo los admiro y trato de imitarlos, sobre todo a Luis Gabriel, aunque en el fondo siento que José Ángel produce un gran impacto en los estudiantes, despierta más interés y admiración en los compañeros de estudio, su labia es mortal.

La aparición de un líder

Cuando yo entro al liceo ya José Ángel es conocido pese a tener pocos meses en el plantel. Pero ha sido tiempo suficiente para consolidar su

fama. Se sabe que viene de Barcelona, de padres muy pobres comprometidos en la lucha contra la dictadura. Pertenece a la juventud del partido comunista y todos los estudiantes sabemos que las bombas que estallan en las calles de la ciudad están relacionadas con él, o al menos, lo sospechamos. Cualquier evento político que sucede en el liceo o en cualquier otra parte, nos hace suponer que sus manos están involucradas en esos acontecimientos. Quien lo ve no puede entender que ese muchacho bajito, de tez morena, flaco pero fuerte, puede ser el mismo del que se hablan tantas cosas temerarias e inteligentes. Casi no se comunica con nadie, pero tiene una mirada penetrante de indio zamarrero y pícaro. Su presencia contrasta con su accionar. Es como si tuviera una doble personalidad, como si se desdoblara para actuar y luego recuperar su compostura de siempre. Yo discuto con las muchachas de mi salón de por qué se la mantienen pendientes de él.

—No entiendo qué le ven ustedes, les digo.

—¡Ay, no sé!, pero me parece un tipo chévere, interesante, dice una.

—¿Es que acaso no le has visto los ojos? Tiene una mirada que yo no puedo soportar, es penetrante. ¡Ay, no, qué va!, replica otra con gazmoñería y coquetería redoblada.

—A mí me llama la atención que siempre anda peinadito. Nunca lo he visto con el pelo alborotado, y me encanta como camina, así, con ese andar único, seguro, tan preciso, y de paso, es buen alumno, dice Albertina, la más grande de todas.

Yo, en el fondo, siento una gran envidia y celos por lo que dicen de él mis compañeras,

aunque preferiría que me lo dijeran a mí. En el grupo donde se hacen estos comentarios está la amiga que me gusta. Ella no dice nada, pero estoy interesado en conocer qué piensa sobre él.

—¿Y tú, qué opinas?, me atrevo a preguntar, corriendo el riesgo de recibir una respuesta que me deje en ridículo. Sin embargo, contesta:

—A mí, no me da ni frío ni calor, dice, como si le importara muy poco el personaje.

Yo respiro profundo como si se tratara de una respuesta exclusiva, dirigida hacia mí, para darme a entender que no me preocupe. Yo quedo impactado con sus palabras y rompo el silencio para agregar algo que ya todos sabemos.

—El tipo se las trae, no sé cómo pudo conquistar a la novia del liceo.

—Entre gustos y colores, mijito..., dice Celia con desparpajo.

Yo dejo a mis compañeras con sus comentarios que siguen perturbándome. Me voy a la biblioteca y me quedo pensando un buen rato en lo que dicen mis compañeras, siento que tienen algo de razón. El pensamiento, ese platillo volador en el que es muy fácil embarcarse para viajar a velocidad super sónica, me saca de la biblioteca y me lanza al año pasado cuando nos mudamos a la calle Urica, y recuerdo que al final de ella, en un cerro donde hay un barrio marginal y peligroso llamado El Chispero, así dice mi abuela, veo a un negrito que está de vacaciones y baja todas las tardes paseándose a lo largo de la acera de mi casa y continúa hacia la placita Rivero. Lleva una pelota de goma que rebota contra el suelo de cemento de la calle y de vez en cuando se baja al medio de la vía y avanza lanzando la pelota contra las paredes de las casas, luego la *quecha* con maestría, y

repite la operación hasta llegar al río. Yo me lo quedo mirando y algo me trasmite el personaje. Lo veo un par de veces con diferencia de algunos meses. Y me he dado cuenta hoy, justamente, hoy, que ese negrito, que pasaba todas las tardes frente a mi casa, es el mismo del que hablan mis compañeras de clase, el propio José Ángel. ¿Y cómo lo sé? por el peinado hacia atrás, como si llevara brillantina Palmolive y por la manera de caminar, esa manera que señaló mi amiga. ¡Qué, bolas, es él! Tengo ganas de decírselo un día de estos a ver qué me responde. Cuando estoy con estos pensamientos, una sombra en la puerta me saca de mi ensimismamiento y veo con claridad a José Ángel que entra como un relámpago y da unas palmadas para llamar la atención y convoca a una reunión en la cancha de voleibol.

La calle Larga, el puerto y sus misterios

Me ha dicho el tío Juan Gaspar que desde el puente Guzmán Blanco a Puerto Sucre hay un kilómetro. Es el recorrido que hago algunas veces cuando puedo. Aquí mismo, en la cabeza de este puente, mataron a Román Delgado Chalbaud, jefe de la expedición de “El Falke” (julio-agosto, 1929), que venía de Europa a derrocar a Juan Vicente Gómez, eso dijo mi padre. Todo fue un fracaso; no comprendía por qué él hablaba de venganza, claro, luego entendí: Román Delgado Chalbaud estuvo catorce años en las cárceles de Gómez y de allí salió derecho al extranjero a organizar el alzamiento para tumbar al dictador. Fue un fracaso colosal, les falló el olfato, por eso siempre salimos jodidos –le escuché decir a mi viejo–; en este país todo es improvisación, una

vaina romántica, de aquí que las conspiraciones terminen en tragedias. Por esta acera venía un contingente, y por la otra, comandaba el grupo un estudiante de apellido Zuloaga. Él recibió un tiro y también cayó aquí en la calle Larga; sospechaba que iba a morir, se lo escribió a su madre desde París mientras se planificaba la expedición, me contó papá una vez, mientras caminábamos hacia el puerto. Román Delgado venía sin protección, fíjate tú que sólo le interesaba vérselas con el gobernador, y al encontrarse frente a frente, ambos dispararon sus armas y se mataron los dos al mismo tiempo. ¡Qué te parece!, le escuché decir como si fuera una sorpresa. Total, en la calle Larga han sucedido cosas... Por cierto, su hijo, Carlos Delgado Chalbaud, quien venía en esa misma expedición, se salvó de milagro, terminó afirmando mi padre; me sentía confundido cuando me lo contó, porque yo recordaba de pequeño que habían matado a un tal Chalbaud y, al referirme la historia, no sabía a cuál de los dos habían asesinado. Eso me lo aclaró después; recuerdo su foto en la revista *Élite* con un tiro en el rostro; vestía de uniforme blanco, se veía hinchado dentro de la urna, pero era el hijo de Román Delgado Chalbaud, Carlos, que tenía 17 años cuando la expedición. Ese hecho me impresionó, y se quedó en mi cabeza estampado como una calcomanía.

A la hora que avanzo por una de las aceras sólo una cara de la calle Larga está en sombras. La otra luce con el brillo radiante que reflejan los colores de sus fachadas. Pese al destello en el parabrisas de algunos automóviles y en las vidrieras de ciertas casas comerciales, todo puede ser observado sin inconvenientes. La calle es una

línea interminable de casas altas, de puertas y ventanas grandes, de tonalidades diversas, que ha ido cambiando con los años. En ella se concentra el comercio de la ciudad, dos cines, un billar y tiendas de distintos ramos. La iglesia Altagracia, con su campanario doble, de llamados alegres y fúnebres, destaca sobre las demás edificaciones.

La calle Larga termina en el muelle de madera del puerto y en un escándalo de gente que habla y grita al mismo tiempo. Por un instante la voz de mi profesora me invade como una resonancia de ecos lejanos. Sus palabras me siguen dando vueltas y no es la primera vez que esto sucede. El sol está que arde. Sudo y siento como si un desmayo se fuera a apoderar de mí. Cambio de acera y una cuadra antes de llegar al puerto la luz me perturba, aparece una planicie de arena amplia y tersa. El polvillo de la playa es un pliegue amarillo de diversos matices. Hay partes blandas y húmedas. En el cielo azul desandan gaviotas y alcatraces. Veo una hilera de ranchos alineados de forma irregular, otros están dispersos. Siento el murmullo del mar. Hacia la orilla se agolpa la gente y muy cerca se observa una goleta entrando al golfo. La mayoría de las personas viste ropas de un lino casi transparente que vibra con el viento, otras andan con sus torsos desnudos. Muchas de ellas llevan sombreros finos, o de cogollo, y visten pantalones arremangados a media pierna. Un bosque de brazos se entremezcla en un saludo colectivo. Entre el *bululú* y la incandescencia surgen súbitamente dos personajes con trajes exóticos: Humboldt y Bompland seguidos de fornidos negros que cargan arcones de madera y maletas amarillas. El gobernador, junto a unas damas encopetadas que se protegen de la resolana

con amplias sombrillas, les da la bienvenida. De pronto un negro, con una quijada de burro en su mano derecha, descarga un certero golpe sobre la cabeza de Bompland, que por momentos pierde el equilibrio. Los ojos de Humboldt miran sorprendidos a su aturrido compañero mientras varios de los presentes capturan al intruso. Se le escucha gritar improperios contra el forastero a medida que se lo llevan a empellones por orden del gobernador. Uff, qué calor tan espantoso está haciendo hoy. Me recuesto a una pared donde hace sombra. Respiro fuerte. Refriego mis ojos con el dorso de las manos y estrujo las imágenes; continúo, ahora menos encandilado y aturrido, camino lentamente y me acerco cada vez más al puerto hasta llegar al muelle. Por su rendijas observo el movimiento de las aguas y el alboroto de los peces que saltan para atrapar las migas de pan que les lanza la gente; el muelle es macizo, de rolas gigantes que se hunden en el mar. En sus costados cuelgan cauchos viejos que amortiguan la llegada de las embarcaciones. El olor a pescado, a yodo y algas descompuestas me produce náuseas. Los barcos derraman aceite y manchan las olas con llagas de colores brillantes. El calor es húmedo y a veces el hedor me hace estornudar. El viento de la Península de Araya y la playa de Caigüire refresca el ambiente llevándose los malos olores a otra parte. Los vigilantes del puerto nos cargan a monte, tratan de impedir que nos bañemos, pero nos lanzamos al agua en cuanto se descuidan. Hace unos días estuve aquí, cerca de un grupo de personas adultas, niños y viejitos. Me colé entre ellos y, por pura curiosidad, observé un barco largo y lujoso que entraba a la rada con su nombre en letras blancas: “El Mánamo de Poller”.

Así se llama su dueño, dijo una señora. Él saludó desde cubierta a quienes nos encontrábamos en la orilla. Me gustaría comprarme uno igual cuando sea grande.

El Sucre y los alrededores de San Francisco

Desde arriba vuelven a pasar nubes fugaces que interrumpen la visibilidad de algunas construcciones coloniales de tejas rojas. Allá abajo, en una zona de árboles se ve la catedral y el liceo Antonio José de Sucre. Dos lugares importantes en esta historia. El primero, es el símbolo mayor de lo religioso para los cumaneses. El segundo, representa la institución educativa más prestigiosa del Estado, en ella transcurre mi primer año de bachillerato y soy testigo de excepción de lo que acontece en Cumaná en estos días de dictadura. Ese acaecer vuelve más tórrida y ardiente mi ciudad. El sol ha llegado a convertirse en un ojo luminoso que expone todas las cosas a plena luz como si fuese un tamizado de conchas de madreperla a lo largo de una playa solitaria.

San Francisco comienza en la iglesia Santa Inés –frente al colegio religioso Santo Ángel, en donde estudian unas muchachas primorosas– y en sus alrededores nacen, por un lado, la Luneta y, por el otro, la plaza Rivero, ubicada al comienzo de la calle Urica. Todas las vías que la circundan se van a unir en la subida del castillo que conduce al cementerio, para luego bajar por los predios del colegio San José de los padres paúles y caer en las tres plazas más hermosas de Cumaná: la Plaza Bolívar, con el Libertador de capa y espada,

sin caballo, como si estuviese comandando a un pueblo de a pie; la Plaza de las retretas con la banda del Estado adonde vamos los domingos en la tarde a encontrarnos con las novias; y la Plaza Pichincha, más modesta, pero tupida de árboles de hojas diminutas, con un busto pequeño de un prócer que no recuerdo. Rodeando a ese complejo de espacios frondosos destacan la residencia del gobernador frente al Palacio de Gobierno, el colegio de las hermanas carmelitas, mirando al bar Sport, y el cine Pichincha vecino de la casa del poeta cumanáés Andrés Eloy Blanco. Allí iba con mis amigos a ver la mata de parra, la misma que existía cuando él vivió en Cumaná. Muchos de nosotros recitábamos sus versos de memoria. Papá me había dicho que fue un luchador de la dictadura gomecista y que estuvo preso en La Rotunda, la pavorosa cárcel de Gómez. Por las calles de San Francisco caben sólo dos automóviles y los camiones circulan con dificultad. Cada vez que un carro de mula pasa por ellas se forma una *tranca* y estalla un laberinto de cornetas que rompe la paz de la parroquia. San Francisco es la parte más alta de Cumaná. Con frecuencia los liceístas vamos de paseo al Castillo a matar *guaripetes* o a “pelar pava” con nuestras novias. Luego bajamos a la iglesia rumbo al río. A menudo, con mis compañeros se van por el Callejón del Alacrán, una vía estrecha y larga por donde apenas cabe un automóvil, y yo, en cambio, sigo por la calle Sucre; me gusta caminar frente al hotel Astoria, una casa de jardín boscoso, sólo por la curiosidad de pasar cerca de la Seguridad Nacional. A su sede entran y salen personas extrañas; me resisto a creer lo que me ha contado el tío Juan Gaspar.

Dentro deben estar sufriendo los presos porque son torturados. Cómo es posible, me digo, cuánta gente habrá muerto allí. Y continúo mi recorrido volteando de vez en cuando para constatar que esa casa del horror está en las propias narices de los cumaneses. Es un paseo que hago cuando se me presenta la oportunidad. Es como si quisiera decirle a los esbirros: yo sé todo lo que sucede allí dentro; ustedes son unos torturadores, unos asesinos de gente inocente. Cruzo hacia la calle Comercio hasta alcanzar el puente y me quedo pensando: hasta cuándo irá a durar todo esto.

La señorita Luz

La luz del mediodía en Cumaná es un reflector planetario de millones de voltios que achicharra a la gente. Es un cuchillo filoso de sombras agudas y luminosidades extremas. Con esta refulgencia las nubes huyen hacia otros horizontes dejando atrás un cielo de pizarra con matices de azules. El mediodía es una antorcha encendida que hace de la ciudad un espacio abandonado, desatendido por un contingente que se protege de los rayos solares. Es un tormento de luz que enceguece y acoquina las formas, un ataque despiadado hacia los cuerpos húmedos de gargantas fatigadas. En ese momento las puertas y ventanas se cierran para evitar que ese personaje llamado Luz visite las casas y atosigue a la gente. Nunca una figura femenina había causado tanto revuelo en los hogares cumaneses. La incandescencia producida por la irradiación de las superficies refractarias hiere las pupilas y hace que los pobladores prefieran huir a sus moradas para aguardar que la suavidad de sus tonos y la brisa

generosa del poniente refresque las calles. Es el momento de los paseos por las plazas, de los transeúntes sonrientes en las aceras; es el tiempo de diligencias y, entonces, la vida comienza a transcurrir con otro ritmo.

En los salones de clase del liceo andamos protegidos de la resolana; sólo cuando tenemos deportes o hay desfile nos enchumbamos de sudor y padecemos el esfuerzo para cumplir con los deberes que se nos asignan. El mediodía es un estado de ánimo donde nos pesa todo: las piernas, los párpados y hasta los pensamientos. En cambio, es propicio para nuestras rubieras y maldades. Cuando la siesta cobija a los mayores vamos al río a darnos un chapuzón o nos citamos con los amigos y las novias para encontrarnos debajo de las matas de mango y hacernos las visitas. Darnos un beso con nuestra novia bajo el fragor de una canícula sabe a miel y se traspira el doble que en los veranos más acérrimos. Allí se nos emborriona el clima, y los agobios solares y el sofoco no son más que acontecimientos fugaces. Estar dentro del río con la espada del sol en la cabeza produce una doble sensación: el frescor de nuestro cuerpo hundido entre las aguas y la placa de metal caliente en que se nos convierte la cabeza. Por eso nos zambullimos cada vez que el pelo se reseca y se convierte en un haz de paja chamuscada. La luz nos hiere y la humedad que provoca el río desaparece en un santiamén. Es justo al mediodía cuando nuestros juegos se vuelcan más hacia el mundo subacuático que al de la superficie. Allí nos encontramos en ese ambiente amniótico como si fuese un inmenso vientre materno y hacemos competencias para ver quién aguanta la respiración por más

tiempo. Nos desplazamos como peces o alimañas humanas. Desde abajo observamos el cielo líquido que ondea como un tul amarillento y vemos filtrarse los rayos de luz fracturados custodiando nuestros cuerpos que se sumergen, o el de una osada muchacha que se atreve a acompañarnos a riesgo de ser reprendida por sus padres. Otra de nuestras grandes diversiones es bañarnos en Puerto Sucre los fines de semana y ver llegar los barcos que traen mercancía a Cumaná. Toda la actividad portuaria, con los estibadores, sus gritos y el lenguaje inextricable de los marinos, resulta por demás placentera, como si en verdad estuviésemos viviendo en una ciudad distinta a la que habitábamos. Empezando por las casas apostadas en la calle frente al malecón. Muy parecidas a las antillanas que alguna vez vi en Trinidad. Ellas tienen balcones de madera, están pintadas de colores vivos: azules, amarillos, verdes y naranjas. Se me asemejan a un barrio exótico y eso me encanta. Cada vez que voy al puerto es como si hiciera un viaje a otro país. Del muelle nos lanzamos para sumergirnos en las aguas verdosas y profundas del mar. Algunos somos más osados que otros. Envidio a quienes se hunden en sus profundidades para atrapar monedas que lanzan los marinos. Me impresiona la altura de los vapores y me gusta ver la gente bajar por las escaleras colgantes arrojadas desde la cubierta. Personas extrañas descienden al muelle vestidas de un finísimo lino con atuendos exóticos y mercancías luminosas. Los lunes amanecemos quemados por el sol y algunas veces con una insolación que nos impide ir a clases.

El liceo es una edificación que ocupa una cuadra completa; es una mancha ocre emblema

de la ciudad por su arquitectura moderna con su inmenso reloj en la cara lateral de su torre maciza. La cancha de deportes y el auditorio, a ambos lados del pasillo de entrada, nos introducen a ese mundo de expectativas y desconcierto en que a veces se nos convierten las aulas de clase. Sin contar con la realidad política que lo impregna todo como la luz del mediodía.

El rostro del régimen

La mayoría de los estudiantes sabemos lo que sucede en el país. Desde hace casi una década las cosas no andan bien. Y los últimos ocho años han sido terribles. Cada familia tiene al menos un perseguido político, un muerto, un preso, un torturado o un exiliado. Nuestro exiliado es el tío Rafael, que salió de Guasina –isla de condiciones infames para presos políticos– expulsado hacia Trinidad. Mi madre y yo hemos ido a visitarlo. Me llamó la atención su tranquilidad y desenvolvimiento frente a las autoridades aeroportuarias como si ella estuviese acostumbrada a viajar, cuando en verdad era la primera vez que lo hacía. Sobre su razón de haber estado tan serena, me enteré después; al llegar a Puerto España, ella sacó de sus zapatos unos papeles arrugados, valiosa información para la resistencia contra el régimen. Mi compañía, seguramente, fue un ardid para despistar a la policía porque podía resultar sospechosa una mujer viajando sola a una isla de exiliados políticos. Ya de regreso al país, en el aeropuerto, ocurrió el adiós, nos abrazamos con el tío Rafael al que se le humedecieron los ojos. Fue una despedida triste porque lo dejábamos

íngrimo sin saber cómo sería su suerte futura. Desde el avión de hélice, DC-3, vi la imagen del tío empequeñecerse vestida de blanco, mientras levantábamos vuelo. Más tarde vendría el mar y la impresión de inmensidad desde la ventanilla hasta que la lengua de tierra firme se asomó para no desaparecer.

El silencio es una materia obligatoria en el programa de estudios del liceo. Cualquier imprudencia puede costarles caro a las familias que se oponen al General. No sabemos delante de quién estamos. La Iglesia alcahuetea al presidente de la República, pero en todos los organismos hierve un malestar que lucha contra la dictadura. Los partidos Acción Democrática y el Partido Comunista de Venezuela son las fuerzas de la resistencia dentro y fuera del país. Una conspiración avanza como una serpiente por todo el territorio nacional para tumbar al dictador, aunque luce fuerte, sobre todo en estos últimos meses del 57. El ambiente anda enrarecido. La corrupción del gobierno es desmedida y los abusos contra las personas no cesan. La moral de la dictadura se descubre en las bacanales del presidente y sus esbirros, información que se filtra y pasa a ser del dominio de muchos venezolanos.*

* *Secuencia 32. Isla Orchila. Exterior playa.*

Una Vespa se desplaza patinando sobre su rueda trasera haciendo cabriolas y levantando ráfagas de arena por la playa de una isla llamada La Orchila. El gordito que la conduce viste traje de baño short y franela corta, que deja al descubierto una abultada protuberancia de grasa circular cuyo centro es su ombligo. El batir de las olas sobre la playa se confunde con el ruido de la motoneta que por momentos se atasca en la arena. Una despampanante

Aunque la situación política del país es delicada, sin embargo, en el liceo hay lugar para inventar y, en el tiempo de ocio y clases, suceden cosas.

El agitador

Saliendo de clases nos encontramos con un alboroto de estudiantes en la cancha de voleibol. José Ángel está encaramado en el murito de la cerca del liceo. Se aguanta con su mano izquierda y gesticula con la otra mientras habla a la concurrencia que lo escucha absorta. Yo me

beldad italiana en *bikini* huye adelante desgajándose entre gritos gazmoños y carcajadas pícaras. El militar sólo ve un culo inmenso que se acerca navegando en el aire. Saca su lengua y le lame las nalgas sudorosas y suaves. De pronto, la mujer se deja caer en la arena mientras el gordito de lentes de carey se le encima perdiendo su gorra militar cuya visera muestra los laureles dorados de la Patria. Corte a Plano Americano. Los secuaces del dictador custodian la zona garantizándole a su jefe un polvo tranquilo de *week-end*.

Nota necesaria para el director: La blanca playa de La Orchila, pequeña isla de apenas 40 kilómetros cuadrados, fue testigo de esas persecuciones a mujeres hermosas “pasadas por las armas” como correspondía a un régimen militar que se respetara.

Secuencia 33. Isla Orchila. Interior día.

Una botella de champaña descansa sobre cubitos de hielo con destellos luminosos dentro de una cesta de frutas variadas donde predomina el rojo del amor de las manzanas y ciruelas. Aparecen los rostros sonreídos y entretenidos del gordito de lentes de carey y de la actriz de pelo corto y ojos ocultos detrás de unos lentes blancos de vampiresa *hollywoodense*. El encuadre se abre y están rodeados por una pléyade de cabrones leales que los custodia.

cuelo entre la gente y me ubico cerca de él. Es un ser que no me compagina con el que ahora veo discursar y con el otro, el que camina por los pasillos del plantel como si fuera incapaz de matar una mosca. Vocifera, grita y me salpica de saliva. Me echo hacia atrás y escucho su discurso contra la Iglesia. Habla de la alcahuetería de la misma con el régimen y acusa a su máxima autoridad de complicidad con la dictadura. Pese a su fogosidad y gesticulación no se despeina; corroboro una vez más lo de la brillantina Palmolive. Observo a quienes se encuentran escuchando su arenga y los veo embelesados con su discurso. Algunos se emocionan, incluyéndome a mí. Si yo tuviera esa facilidad de palabra otro gallo cantaría, pero me tengo que conformar con aprenderme las vainas de memoria o improvisar corriendo el riesgo de que se me olviden las cosas. Tienen razón las muchachas: este es un tipo fuera de serie, pero Juan Gabriel también lo es. Mi amigo habla del carajo y tiene más pinta que él. Sus palabras son interrumpidas por aplausos y desde el centro de la concentración lanzan papeles al aire. Convocan a una protesta pública en contra de la Iglesia. Pedro Esteban se me acerca por detrás y me agarra el culo, yo suelto un codazo y lo dejo aporreado.

–¡Coño, qué vaina es, chico!, le digo molesto.

–Deja la güevonada, carajito, te arrechas por nada.

No lo dejo terminar.

–Te he dicho que no me gustan esos juegos, o me respetas, o vamos a ver cómo es la vaina.

–Bueno, entonces vas a tener que mudarte de liceo, me dice, con una sonrisita estúpida. Yo me quedo serio hasta que termina la intervención de José Ángel con nutridos aplausos. Lo vemos desaparecer en segundos.

–Ese carajo, o se las da de arrecho o en verdad es muy arrecho, me dice con convicción Pedro Esteban.

–Al menos es arriesgado, le digo.

–Todo lo que hace está dirigido por su partido.

–¿Tú crees?

–¡De bolas! Los comunistas no andan con improvisaciones, todo lo tienen preparado.

–¿Cómo lo sabes?, le pregunto.

–Porque tengo familiares comunistas.

Caminamos por las afueras del liceo y me cuenta que José Ángel dijo a unos amigos –eso me lo contó Juan Gabriel, me dice- que antes de irse del liceo “iba a echar una vaina muy grande”.

–¿Y... como qué será, qué te imaginas tú?

–Creo que es algo relacionado con la Iglesia, me dice Pedro Esteban.

Yo me quedo pensando sobre esa “vaina muy grande” que él piensa echar y en verdad no se me ocurre imaginar nada, a menos que se trate de ponerle una bomba a la iglesia, llenar de pintas las paredes del colegio de los padres paúles o matar a unos curas. A lo mejor es pura paja de él.

Una convicción

Yo tengo metido entre ceja y ceja que mi actividad en el liceo, aparte de estudiar, está destinada a contribuir con la lucha para tumbar al dictador. Cualquier actividad que se salga de lo normal ayudará, pienso yo, a debilitar al régimen. Me he juntado con amigos que andan en lo mismo y cada quien sabe, por intuición, lo que debe hacer de manera espontánea. Otra cosa es el colectivo del liceo cuando se presenten inconvenientes, entonces aparecen las órdenes que se transmiten

sin saber exactamente de dónde proceden, pero sabemos que debemos cumplirlas. La primera acción que tomé por mi cuenta me trajo algunos problemas.

Yo me dedico a sabotear un periódico de años superiores donde se expresan los estudiantes del último curso. Me parece que su contenido tiene poco que ver con la realidad que estamos viviendo. Ese periódico –llamado pomposamente “Letras del Sucre”– es un cuadrado de madera que se sostiene en un atril y se encuentra en uno de los pasillos. El editorial y los demás artículos, pegados con chinches, están escritos a mano; se refieren a las actividades culturales, de ornamentación, a la celebración de las fechas patrias y una caricatura desabrida sobre un personaje del liceo. Yo me propongo escribir carteles pequeños de un cuarto de página que redacto en una máquina de escribir. Al menor descuido los pego en el periódico y al rato veo a los estudiantes amontonados leyendo lo que yo he escrito. Mantengo el secreto y ni siquiera se lo comunico a Pedro Esteban. En mis panfletos critico la falta de cojones de ciertos profesores para asumir responsabilidades contra el régimen. En otros, me refiero a las fallas de algunos docentes y envío mensajes a mis condiscípulos para que se unan a las voces de protesta del liceo. Resulta casi imposible que me descubran porque mi redacción es buena y jamás van a sospechar de un alumno de primer año donde a muchos les cuesta escribir y, aún más, poner sus ideas en cierto orden. La cuestión se enreda con la aparición de otros panfletos que no escribo yo. Mi actividad ha generado una necesidad que andaba oculta. Y han comenzado a salir escritos

más allá de la política, que se meten con la vida privada de algunos profesores. Uno de ellos dejó en evidencia la relación amorosa de una pareja de docentes de la cual se sospechaba que tenía su *jujú* en secreto. En este momento ha comenzado a investigarse la procedencia de esos escritos; acusaciones van y vienen, pero nadie ha resultado culpable. Hasta que ayer mi tío me emplazó en la casa y me llamó a su cuarto. Seguramente empalidecí al verlo sacar de su carpeta de trabajo uno de los fragmentos escritos por mí y me dijo tajante: esto es obra tuya; es la letra de mi máquina de escribir, no sólo eso, el papel también es mío. No me ha quedado otra que admitir mi autoría. He dejado de escribir esos pasquines y me uno a un grupo de amigos que por iniciativa casi espontánea imprimimos documentos que salen en multígrafos. Ahora ya no son públicos, sino más bien personalizados y los dejamos en sobres que maquillamos intentando confundir a sus destinatarios haciéndoles creer que vienen de fuera del liceo. Son más que todo manifiestos incendiarios y algunos llevan particularmente mensajes individualizados a personajes que sabemos son partidarios del régimen. Uno de nosotros ha sido sorprendido metiendo uno de los sobres por debajo de la puerta del despacho de un profesor y me han acusado a mí de ser el organizador de actos subversivos. Yo no fui, le he dicho al director, pero me han suspendido de clase por tres días. En la casa me castigaron no dejándome salir porque mi abuela sabe que eso es lo que más me duele. Pero aprovecho para leer y pensar cómo será mi nueva actividad dentro y fuera del plantel. Mi padre me ha iniciado en el hábito de la lectura dándome a leer, en tiempo de

vacaciones, novelas de autores venezolanos. Una de ellas es “Doña Bárbara”: léete ésta y después hablamos, me dijo. Yo me la comí completita, me emocioné leyéndola. Luego él me explicaría que esa novela narraba la barbarie en el país para la época de la dictadura de Gómez. Me aclaró que una cosa es la lectura y otra lo que se deja colar entre líneas. De allí saqué unas notas que escribí en mis cuadernos y se las repito a mis amigos más íntimos. Ellos se burlan de mí; más bien me gastan bromas diciendo que yo me las quiero echar de sabelotodo. En ocasiones me he sentido Santos Luzardo y en otras Presentación Campos, el personaje de la otra novela recomendada por mi padre: “Las lanzas coloradas”, de Úslar Pietri. El resto de los libros me los proveo yo. Mejor dicho, me los robo de la Librería San Pablo que está en una de las esquinas de la Plaza 19 de abril. Tengo que cultivarme y ser un muchacho preparado para las tareas que debo cumplir de ahora en adelante. Esto me lo ha inculcado mi padre. Los ignorantes no tienen futuro, me ha dicho. Y yo pienso que si él hubiese estudiado habría sido un hombre fuera de serie. Sólo llegó hasta sexto grado, pero ha leído mucho y tiene un instinto natural para la política: es miembro fundador del Partido del Pueblo en su Estado y tiene tareas específicas que cumplir en la clandestinidad. Se expresa muy bien y cuando le habla a los campesinos lo hace con una vehemencia que los deja impresionados. Lo he visto escribir en solitario y alguna vez nos ha recitado dos de sus poemas. En mis últimas vacaciones lo he observado leyendo un libro titulado “Cesarismo democrático”, que me tiene intrigado. Mi madre también me da consejos, pero más relacionados con la conducta que debo

observar en el liceo. Y se ocupa todos los meses de mandarnos una caja que contiene alimentos para ayudar a la abuela a sostener ese gasto tan grande que causamos nosotros. Ninguno de los dos sabe muy bien de las actividades en que me he metido, supongo que de saberlo se sentirán orgullosos, pero no seré yo quien se los comunique.

Nos reunimos en el jardín del liceo, cerca del cafetín, aprovechando el receso, y uno de los más grandes me ha dicho: mañana tienes que ir a poner una molotov en la puerta de la gobernación. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo, pero finjo que será una acción sin complicaciones ¿A qué hora?, pregunto con displicencia, y me responden que muy temprano. No sé por qué la operación no se dio, seguramente trataban de probarme; en cambio, salgo con una brocha a pintar consignas contra el régimen en los paredones abandonados de la ciudad. Por momentos llego a pensar que corro demasiados riesgos y estoy adentrándome en una actividad política de la que será difícil regresar. Pero al mismo tiempo, me estimula el hecho de estar colaborando por una causa noble, para derrocar la dictadura. No veo el día en que salgamos a la calle sin estar pendientes de la policía, sin que nuestros padres continúen escondidos o nuestras familias se sientan acosadas por persecuciones. Sin que nos lleguen las noticias trágicas: “a quien se llevaron esta madrugada fue a Fulano”; “a Mengano lo mandaron para Guasina”, “al hijo del señor Sutano lo pusieron preso”, y así se nos va el tiempo escuchando esas noticias que se transmiten de familia en familia. Este es un tiempo en que la prensa destaca principalmente las obras inauguradas por el dictador. Lo demás

resulta peligroso anunciarlo y cualquier escrito es revisado minuciosamente por el director del periódico. Sabemos que cuanto leemos está lejos de la verdad y resulta una caricatura de lo que realmente está detrás.

Pese a las circunstancias de agobio y persecución, intentamos pasarla bien, y aunque la intuición nos pone límites, sin embargo, todavía hay lugar para hacer lo que todo adolescente hace a esta edad.

La iniciación

Entre varios estudiantes del liceo preparaban una actividad que yo creía política y de la cual, pensé, me habían excluido. Yo no le hice mucho caso al asunto porque no quería meterme en líos. Había decidido que lo haría por causas que me agradaran y donde no corriera mucho peligro. Luego he sabido que la actividad en cuestión nada tiene que ver con política, sino más bien con otro tipo de aventura. Me entero por Pedro Esteban, mi compañero de clase, que al final como que le dio cosa conmigo y se atrevió a decírmelo: Mira, *carajito*, ¿quieres ir a casa de las putas? Pienso para mí: ¡Pedro Esteban yendo para casa de las putas! Yo me lo quedo mirando y le pregunto que cómo es eso. A vaina, no preguntes mucho y dime si quieres venir con nosotros. Había llegado la oportunidad que se le presentaba a todo jovencito del liceo y no la iba a despreciar. Me atraía la curiosidad por ver cómo era aquello. El grupo es grande, por lo que me siento acompañado y protegido. Sólo resta saber cómo me las voy a ingeniar para ausentarme de casa y llegar más o menos a la media noche. La excusa de los estudios

es siempre perfecta. A menudo vienen a la casa compañeros para hacer tareas y estudiar bajo la regadera de luz de un poste, con unas sillas de extensión, hasta altas horas de la noche estudiando o haciendo que estudiamos. O me voy a casa de unos amigos a lo mismo, o a copiar apuntes, o a realizar un trabajo de Educación Artística, y eso toma tiempo y tanto mi abuela como el tío lo saben. Esa tarde salgo como a las 6 con mi silla de extensión en la mano y un par de cuadernos debajo del brazo. Nos encontramos cerca de La Estación y Pedro Esteban al verme con el ture me ha dicho: ¡Muchacho! ¿Tú eres, o te la das de marica, o qué? ¡Para dónde crees que vas con esa vaina!, dice con una gestual de señorita gazmoña. Termino abandonando los cuadernos y la silla de extensión entre unas matas de la Plaza Ayacucho, por cierto, jamás los recuperaré y me darán un dolor de cabeza porque no sé después cómo voy regresar a casa sin mis implementos de estudio. Tomamos un autobús en La Estación, rumbo a El Peñón. Yo estoy nervioso porque no sé con precisión en qué dirección nos dirigimos. Pedro Esteban comanda la operación y no suelta prenda, más por preocuparnos –o preocuparme a mí, pienso yo. Al salir de la ciudad me he sentido perdido, no sé si el regreso será temprano o a altas horas de la madrugada, de ser así estoy seguro que al entrar de nuevo a casa se darán cuenta y me las voy a ver negras. Pero sucede como sucede cuando se asumen riesgos y uno dice, bueno, después se verá, ahora a lo nuestro y Dios que me proteja. Entramos a la carretera ya anocheciendo, pasamos por una zona de arenales desérticos a ambos lados de la carretera. No es un lugar desconocido para mí porque de vez en cuando

salimos con el tío Juan Gaspar hacia playas fuera de la ciudad y tenemos que atravesar esos parajes. Una vez veníamos en su auto Tomás Andrés y yo, y el tío se desvió de la vía principal hacia una casa lejana ubicada al fondo del paisaje arenoso. El tío me conminó a quedarme en el auto, bajó con su hermano y me dijo: Espera aquí que vamos a buscar algo en esta farmacia. Yo no entendía mucho la cuestión, pues la casona no tenía aviso de farmacia aunque sí un nombre muy extraño: *El Paralelo 38*. Pensé en la ocurrencia particular de aquel nombre para un expendio de medicinas. Pero creí que sí lo era por la cantidad de automóviles estacionados, lo que hacía presumir que mucha gente compraba medicamentos. De todas maneras sospeché que una farmacia tan alejada de la ciudad resultaba, si no algo extraño, al menos sí muy particular. Nos bajamos todos del autobús justo en la entrada de la carretera arenosa que conduce a la bizarra casona. No quiero hacer ninguna pregunta para que Pedro Esteban no se burle de mí. Decido seguir al grupo y camino en silencio ante las risitas capciosas de alguno de nosotros. Al ver el aviso encendido como una culebra luminosa rosada y roja, que dibuja dos palabras y un número: *El Paralelo 38*, caigo en cuenta de la famosa farmacia de mi tío. A la entrada del burdel se presenta un pequeño problema que soluciona Pedro Esteban con su labia, pues en el grupo la mayoría somos menores de edad, pero al fin nos dejan pasar y entramos a la amplia pista de baile. Dos mujeres atienden el bar y unas cuantas se apoyan en la barra. De la boca encarnada de lápiz labial barato de una de ellas se escucha decir claramente: ¡Ay, llegó carne nueva! Nos reímos con una risita colectiva y

nerviosa. Varias parejas bailan entorchadas como si fueran una sola persona al compás de la canción de Daniel Santos, *Yo no he visto a Linda*. En unas mesas al borde de la pista llenas de cervezas, se divisan algunos personajes ensombrecidos por la luz titilante e irregular de unos focos que penden del techo. Es un espacio lúgubre lleno de humo con piso de cemento pulido, con estridencia de voces y una rockola que trasmite escalofríos por sus tañidos eléctricos y sonidos rayados de uno de sus 45 revoluciones por minuto. Adosado a la pequeña catedral de colores serpenteantes, un hombre, cerveza en mano, se ve hundiendo una de las teclas de la dentadura mecánica del aparato que le da la combinación perfecta para su despecho. Al fondo, en el espacio abierto de la pista, unos árboles simulan refrescar el ambiente con un ligero estremecer de sus ramas debido a la brisa marina que sopla intermitente. Y casi al lado, se ve una hilera de puertas que da cuenta del templo de la fornicación. Nos acercamos a las mujeres relumbrantes, por el material de sus géneros baratos, con vestidos cortísimos y ceñidos, que dejan ver en su mayoría, cuerpos desproporcionados y trajinados. Ellas nos rodean y comienzan de inmediato a llamarnos “mi amor”, nos piden que les brindemos un trago y nos sacan a bailar. El azar me lleva a escoger una catira con sus redondeces más o menos atractivas, de pelo alborotado y recogido en la parte posterior de su cabeza. Comenzamos a acoplarnos al ritmo y me abraza de tal manera que parece un pulpo con sólo dos tentáculos, uno de los cuales me rodea la nuca y otro me acaricia el güevo. Yo me digo: Coño, aquí no lo dejan a uno ni respirar, y pienso en los 5 bolívares que guardo celosamente en mi

bolsillo. De pronto un personaje extraño se acerca a la rockola, pulsa una de las teclas y comienza a sonar un porro colombiano por el que no puedo evitar mi desagrado: *Coronel Marcos Pérez Jiménez/presidente constitucional/elegido por el pueblo/con orgullo nacional/*. Invito a la catira a su habitación: ¡Muchacho, no tienes tamaño, espérate que me tome mi trago!, dice, y se va derecho a la barra para empinarse el vaso de un solo golpe. Nos vamos a la habitación y me sorprende la cama grandota que ocupa casi todo el espacio. Es un cuarto frío, desteñido, de color pálido con una pequeña ventana cubierta por una cortina de lona azul. La luz mortecina de una lamparita sobre la única mesa de noche ilumina la habitación de manera precaria; en la misma mesita reposa un cenicero y un retrato de ella, supuestamente con un niño que parece ser, por sus rasgos, su hijo. En un rincón hay un balde gris lleno de agua y, sobre un taburete, una manguerita de goma enrollada como una culebra. Del techo pende un ventilador de cuatro aspas que gira lentamente, del cual se desprende una cadenita de pelotitas plateadas que en un momento determinado la mujer hala para que las aspas aceleren su ritmo. Ella se desviste sacándose un sostén grandote que le oprime el busto; al quitárselo, se desparraman hacia los lados dos tetas que marcan las ocho y veinte, de pezones sonrosados y desviados con aureolas violáceas a su alrededor como si fuesen palometas. Se despoja de su pantaleta negra que contrasta con el blanco de su piel. Y se descubre ante mí una cuca grandota con una línea de felpudo naranja que le cubre la hendidura que en pocos segundos estaré visitando. Se suelta el pelo y se tira boca arriba en

la cama con estruendo de resortes y crujido de maderas. Yo estoy casi desnudo, sólo falta despojarme del interior que mantiene a raya mi inocencia desvergonzada.

Quítate eso pues, me dice con dulzura, y yo me despojo de mi prenda con recato porque antes de tocarla ya he mostrado todas mis armas. Me la quedo mirando, la detallo de la cabeza a los pies y a pesar de algunas adiposidades en su cuerpo, y de acuerdo al trajín que supone su oficio, sin embargo, luce atractivo e invitaba a hacer el amor.

¿Tu eres primerizo?, me pregunta con ternura. Yo no le respondo al momento porque estoy tan embelesado en su cuerpo que me cuesta entender por segundos a qué se refiere.

Sí, primerizo, chico... quiero decir que si te has acostado antes con otra mujer.

No, con otra mujer no, pero con una burra, sí. Ella larga una sonora carcajada y allí se rompe el hielo. Me abre sus piernas *como ramos de jacinto* y me le voy encima. El contacto con su cuerpo me produce una frescura como si estuviese sobre un lecho gelatinoso, y la penetro sin pedirle permiso.

—¡Muchacho, qué violencia!, me dice, en un reclamo gozoso, y comienza a moverse como una cama vieja en un temblor de tierra. *Aquella noche corrí/ el mejor de los caminos/ montado en potro de nácar/ sin bridas y sin estribos/*. Yo alcanzo un orgasmo súbito y sigo bregando para conseguir el otro. Ella comienza a quejarse, me dice cochinas al oído, y pienso que la cosa no es para tanto. De repente, al besarla en el cuello, gira su cabeza hacia la mesa de noche y pega un grito de sorpresa como si el pequeño reloj le hubiese hecho una advertencia.

¡Ya, ya está bueno, bájate que va a ser las una y media, mi hombre debe estar por llegar, si te

encuentra aquí lo menos que hará será colgarte por las bolas! Yo pego un brinco y me visto en un santiamén. Saco del bolsillo de mi pantalón los 5 bolívares destinados para el singue y se los entrego. Ella los coloca dentro del cenicero de la mesita donde está la lámpara.

Chao, mi flaco, vuelve cuando quieras, te estaré esperando ¿ok?, me dice con dulzura y yo salgo del cuarto *esmachetado*, todavía abotonándome la camisa. Entro a la sala de baile y hay mucha más gente que cuando llegué. Suena en la rockola *Cinco centavitos de felicidad* de Julio Jaramillo y yo me digo: serán *cinco bolivaritos de felicidad*, y comienzo a buscar a mis demás compañeros. No veo a ninguno de ellos. Salgo del burdel nervioso por la hora y porque no sé cómo coño voy a regresar; ando limpio, sin un centavo más de felicidad. La noche está clara, en el cielo titilan los Tres Reyes Magos que siempre permanecen en el mismo lugar desde que tengo uso de razón. Ya son casi las dos de la mañana, mi vida “corre peligro” con mi abuela y mi tío, si por mala suerte se despiertan y ven mi cama vacía, no me lo van a perdonar. Corro por la carretera de arena y gasto unos cuantos minutos en llegar a la vía principal cuando alguien se detiene junto a mí.

El primer susto

Al meterme en el automóvil me doy cuenta de que se trata de un personaje parecido a un esbirro que he visto alguna vez por los lados del liceo mientras caminaba con una amiga que quería hacer mi novia, y el hombre se me había quedado mirando muy raro. El chofer es otro, pero su acompañante igual. Me pongo nervioso, aunque

trato de calmarme. El hombre de sombrero volteá para decirme:

–Nos hemos visto antes, ¿verdad?

–No creo, señor.

–Ummm...

El hombre insiste en sacarme conversación.

–¿Y tú qué haces por aquí? ¿Es que no tienes padres?, porque no tienes edad para andar a estas horas de la noche en estos bares...

–Vine con unos amigos y me trajeron engañado, no sabía que esto era así.

–Y pretendes que te lo crea... ¿Por qué no me cuentas una de vaqueros? Tú crees que yo soy pendejo, mira a ver si dices la verdad o te llevo preso.

–Al principio no sabía para dónde me traían, le digo, luego me enteré al tomar el autobús, esa es la verdad.

–¿Dónde vives?

–Me puede dejar en La Estación que yo me las arreglo, digo apresuradamente para evadir el compromiso en que puedo meterme.

–Te pregunté que dónde vivías, no que dónde quieres que te deje.

En la calle Arismendi –mentí.

–¿En qué parte de la calle Arismendi?, porque esa calle es muy larga.

–Comenzando la última cuadra, en la primera esquina a mano derecha, digo sin vacilar. Me estoy poniendo nervioso. Sé que las preguntas pueden llevarme a meter la pata. Pero decido jugármelas. Pienso saltar del auto y salir corriendo, pero me pueden atrapar o quizás herir. Llevaré mis mentiras hasta las últimas consecuencias. No puedo aparecerme a mi casa acompañado de esbirros de la Seguridad Nacional. Sería el acabose

para mi familia y las consecuencias podrían ser nefastas.

–¿En la primera esquina a mano derecha?, pregunta el hombre como si tratara de hacer memoria sobre esa cuadra –y agrega: pero si allí lo que hay es una casa abandonada, que yo sepa.

–Es que somos muy pobres, vivo solito con mi abuela.

–Uumm... entonces vamos a llevarte allá, porque ella debe estar preocupada, dice irónicamente.

Yo sé que no puedo permitir que esto continúe porque va a terminar mal, conmigo en la policía.

–Déjalo tranquilo y vámonos para el coño que ya es muy tarde, replica el chofer y yo en el fondo se lo agradezco. Pero el esbirro de la carretera quiere llegar hasta el final porque sospecha que yo le miento.

Métete por la calle Zea, y, en la primera cuadra doblas a la izquierda, ordena el seguranal –así llamaban a los de la Seguridad Nacional– al chofer que acelera bruscamente para cumplir la orden. Me siento perdido y me preparo para salir corriendo no más abra la puerta. Pero al llegar frente a la casa abandonada los dos hombres se bajan y bloquean el paso de ambas puertas. Uno de ellos me toma del brazo fuertemente y ya frente al portal, me dice:

–Llama a tu abuela, pues...

Doy golpes sobre la vieja madera con los nudillos de mi mano derecha ¿Cómo me zafó de este hombre que me mantiene agarrado por uno de mis brazos? Luego me suelta y me toma por el cuello de mi camisa para sentir que su presa está más segura. El chofer baja de la acera y

desde afuera toma una cajetilla de cigarrillos que se encuentra en el tablero del carro. Hace un frío doloroso. Estoy atribulado de pensamientos malos y no me voy a quedar tranquilo sin buscar la forma de salir de este atolladero. Al ver al chofer regresar tiro con todas mis fuerzas el brazo hacia atrás y hundo fuertemente mi codo en el estómago del esbirro que me sostiene, brinco de la acera y emprendo una veloz carrera por el callejón que conduce al río. Corro y corro como un venado saltando obstáculos imaginarios y dependo de la suerte que me acompaña. Escucho los gritos detrás de mí, pero cada vez más lejos hasta que me lanzo a las aguas del Manzanares ocultándome detrás de una cepa de carrizo mientras oigo el ruido del carro alejarse. Espero un rato para romper la estrategia de los esbirros que quieren capturarme. Hace un frío terrible y observo la luz mortecina de los faroles al otro lado de la muralla. Siento unos temblores y me dejo escurrir sin soltar mis manos de los carrizos y el monte de la orilla. Logro salir a un pajonal reseco cerca del puente Guzmán Blanco. Estoy agotado y caigo dormido.

Despierto de un salto al ver la claridad del amanecer y corro como un desaforado hacia mi casa. Me separan de ella una cuantas cuadras. La gente me ve pasar como un bólico y siguen con su cabeza mi alocada carrera. Llego a la Urbanización 2 de diciembre con la lengua de corbata y con una rara sensación de náuseas. Camino lentamente respirando profundo hasta llegar al portal de mi casa. No sé lo que va a pasar, pero ya habrá tiempo para explicaciones. Abro la reja del jardín justo en el momento en que el tío

Juan Gaspar se asoma a la puerta para salir. Mi estado es deplorable. La ropa está encharcada y yo tengo algunos rasguños en mi cara. Sus ojos, a través de sus lentes culo de botella, lucen mucho más grandes que de costumbre. Yo largo un llanto silencioso y lo único que puede salir de mi pecho es un ahogo profundo como si fuera el último aliento de un sobreviviente.

–No quiero que mi abuela se entere, le digo suplicante.

–¡Pero, muchacho, qué te ha pasado!

–Se lo digo en el carro, tío.

–Es que voy saliendo para el liceo. Cómo vas a venir conmigo en ese estado.

Yo me baño y me cambio en casa de Pedro Esteban.

Mi tío accede a mi ruego desesperado. Y partimos en el carro rumbo al Sucre. Yo paro de llorar y me armo de valor para contar la verdad.

–Estaba en la farmacia, tío...

–¿De qué farmacia hablas tú?

–¿Recuerda aquella farmacia de El Peñón donde una vez usted me llevó con Tomás Andrés y me dijo que me quedara en el carro porque iban a comprar unas medicinas? La cara del tío Juan Gaspar se convierte de pronto en una fresa.

–¡Coño, muchacho, esto era lo que faltaba, lo que me provoca es llevarte ahora mismo a La Estación y mandarte a casa de tus padres!

Hago silencio, la tormenta interior del tío comienza a debilitarse y las nubes se disipan mostrando un cielo límpido, tan azul, como siempre.

–¡Esto es el colmo!, repite un par de veces, y acelera su automóvil.

Después del sueño

Esa noche no puedo dormir pensando en lo que me hubiese podido pasar. La suerte está de mi parte. Al día siguiente me levanto tarde, tengo que vestirme apurado y desayunar en un dos por tres, ya he perdido dos horas de clases. Mi abuelo se me acerca y me pregunta en qué ando yo. Se lo explico, pero no me cree. Tú siempre estás corriendo, muchacho, te noto nervioso. Y tiene razón, en la tarde se realizará un acto con todas las secciones de primer año y yo tengo que decir unas palabras improvisadas. Mi timidez es muy grande pero me hace hacer cosas que cualquiera puede pensar que me las sé todas. Me he aprendido unas palabras bonitas para comenzar mi discurso; quiero impresionar a mis compañeros de estudio, principalmente a las muchachas, ellas me permitirán tomar aliento y seguir adelante aunque tiemble como un becerrito acabado de nacer. Tengo que sobreponerme a esa maldita timidez y al nerviosismo congénito que me abruma. Irrumpo como un loco en la reunión que se celebra en el patio con motivo del aniversario del liceo, y digo unas palabras de memoria que aprendí de Santos Luzardo sobre el país. Todos me miran sorprendidos, algunos con cara “de dónde salió éste”, y continúo con una arenga hasta que se me termina el discurso y no sé continuar. Pero la astucia juvenil me hace echar unos vivos al aire para pensar cómo seguir adelante con mis palabras: ¡Vivan los estudiantes! ¡Viva la libertad! ¡Solidaridad (al pronunciar esta palabra se me enreda la lengua) con los estudiantes presos! Siento que los compañeros corean mis consignas y allí tomo aire y me tranquilizo. No recuerdo

cómo terminó todo aquello, pero me embriagaron los aplausos y comencé a decirme que yo sí podía hablar como ese estudiante de quinto año que se había convertido en un líder del liceo. Algunos amigos, más por guachafita que por otro motivo, tratan de cargarme en hombros y yo no me dejo, sobre todo al ver la figura de mi tío que se asoma por la puerta del liceo con sus ojos que no pueden creer lo que ven. También observo con extrañeza un auto estacionado en la calle lateral del liceo, del mismo color al carro de los esbirros que me dieron la cola desde El Peñón a Cumaná. Trato de esconderme entre mis compañeros y por las rendijas que dejan los cuerpos veo al chofer que intentó llevarme preso. Me deslizo hacia el interior del liceo cuando mi tío me invita a irnos a casa.

Lo único que no te permitiré es que te reúnas con esos comunistas de mierda, puedes hacerlo con quien te dé la gana, pero con ellos no, me dice tajante al vernos en casa. De lo contrario, se lo diré a tu padre para que venga a buscarte. Él no sabe que si mi padre se entera de estas cosas se va a sentir orgulloso de mí. Yo lo escucho en silencio y mi abuelo, que está cerca, me toma del brazo y me dice al oído que luego saldremos a dar un paseíto por la playa porque él quiere conversar conmigo.

De paseo con mi abuelo

Mi abuelo es bodeguero de nacimiento. Desde que tengo uso de razón anda detrás de un mostrador más por distraerse que por razones económicas, porque hasta le he oído decir a mi abuela que a veces no trae el dinero, ni siquiera

para comprar la comida. Él se ríe y le contesta que ya vendrán mejores tiempos. He escuchado que tiene una pequeña hacienda por las tierras de Monagas que le produce algunos granos de café, el mismo que se toma en casa. Es lector del periódico, y es un estudioso de los caballos a los que juega religiosamente todos los fines de semana. Pero es el tipo más ingenuo que he conocido en mi vida. Eso lo hace ser un hombre humilde y tierno que inspira mucho cariño. Mi abuela se la pasa regañándolo por sus malos negocios y por los engaños que le hacen. Sin embargo, ella se molesta porque hay una mujer que llaman “La Gata”, que ronda por la bodega como un felino cualquiera y dice que está enamorada de él y que lo explota. Lo veo sonreír con ganas mientras mi abuela se enfurece. Eso debe ser una tontería, mi abuelo es incapaz de involucrarse en sentimientos que le compliquen la vida, porque pudiera ser hombre muerto, pienso yo, a manos de mi abuela.

Caigüire es una zona ubicada hacia el norte de la ciudad, a la orilla de la playa, y a lo largo de buena parte de la Avenida de Los Mangles. Mi abuela dice que es un lugar bueno para temperar, tomar el aire fresco del mar y curar cualquier enfermedad respiratoria. Es un paisaje agradable porque muestra a los pescadores que regresan muy temprano a vender su pesca de la madrugada; es una fiesta ver a la gente gritando para tratar de obtener lo mejor, mientras los alcatraces se disputan las sobras que los pescadores lanzan al agua al “componer” el pescado sacándole las tripas, las agallas y descamarlo. Es un revoloteo de aves marinas y de personas a la orilla junto a los peñeros que atracan sobre la arena ofreciendo sus catalanas, cachorretas, tajalíes, carites,

lamparasas, catacos y pargos. Del otro lado de la carretera también es bonito porque se ve la hilera de casas de madera con sus amplios corredores y ventanales de tablillas a la italiana, y largas paredes hacia el fondo, que las hacen lucir enormes. En una de esas casas pasé un tiempo recuperándome de la gripe asiática que por poco me desaparece del mapa. Caigüire no es la mejor playa de Cumaná, porque tiene poca arena y sus aguas no son tan limpias como aparentan. Hoy paseo con el abuelo Juan Bautista por la playa de Caigüire tomando el fresco de la tarde cuando de pronto se detiene frente a un grupo de peñascos donde rompen las olas, y me dice, quitándose el sombrero: sabes, no hay crimen impune ¿Cómo es eso, abuelo?, le pregunto sorprendido por su repentina afirmación. Él mira hacia el cielo y vuelve a exclamar: no, no lo hay, fíjate en esas gaviotas que revolotean en lo alto, ¿las ves? Sí, claro, le respondo. Bueno, hace poco un señor estaba en una de estas playas bebiendo ron con sus amigos y se encontraba cerca de un grupo de personas. Ya borracho miró al cielo y vio unas aves parecidas a estas que te acabo de enseñar, y se le escuchó decir: “Hace 25 años, cuando maté a Fulano, volaban unas gaviotas así como éstas”. Fue suficiente para que lo descubrieran como el autor material de un asesinato cometido hace tiempo. ¿Te das cuenta? No hay crimen impune, dijo; tarde o temprano sale a flote la verdad, y siguió caminando. Yo lo miro con su aire bonachón e inocente, y pienso que los esbirros de la dictadura, en un futuro no lejano, pagarán por sus crímenes, igual que el hombre del cuento de mi abuelo, porque al emborracharse confesarán sus fechorías. Después supe también que uno de

los líderes de la resistencia se escondió al lado de la casa de la orilla de la playa donde yo me encontraba temperando. Estuvo mucho tiempo en esa concha, pero alguien le tiró el pitazo a la Seguridad y tuvo que huir en un peñero rumbo a la otra costa, no lo pudieron capturar. Mi abuelo me dice que la SN no lo había descubierto antes porque se ocultaba en la casa de un seguranal .¿Un agente de la policía del régimen escondiendo a un enemigo?, pregunto, sorprendido. Claro, esas son cosas raras, pero de vez en cuando suceden, siempre hay gente que se apiada de los demás, contesta. Y yo sigo pensativo disfrutando de aquel atardecer viendo al sol esconderse detrás de la línea del horizonte como si fuese una bola de fuego, pero sin llamas.

Este es un diario que llevo en mi cerebro, de sus razones entenderán después. Pese a la temprana prohibición de la letra escrita busqué la forma de dejar testimonio de mi travesía por estos años. Era la única forma de entenderme a mí mismo o de volverme un ovillo. Mi padre me contó cuando yo era pequeño que mi madre había muerto durante mi nacimiento. Y lo recuerdo como hoy. Podría haber tenido unos cuatro o cinco años, no lo sé exactamente. La expresión de la cara de mi papá mientras me transmitía la información parecía la de una persona que estaba dando una noticia y no sabía cómo le iba a caer a quien se la daba. La adornó un poco y al principio me confundió por las vueltas que dio para soltármela. Yo me lo quedé mirando y a él se le aguaron los ojos y a mí también. Me abrazó e hizo un esfuerzo para cargarme, pero luego desistió porque estaba

recién operado del apéndice y le dolía la herida. Yo llamaba a mi tía mamá, pero ella casi nunca estaba con nosotros porque vivía en Caracas; decían que tenía mucho dinero, trabajaba de secretaria en una compañía extranjera. Después de la noticia fue que comenzaron a mostrarme una fotografía de mi verdadera madre que yo había visto alguna vez encima de una vitrina, pero que desapareció de pronto. Su rostro me impactó mucho y su pelo también. Posaba como de medio lado con una inclinación que parecía caerse. Era una foto como las que vi luego de las actrices de cine. Tenía los labios gruesos y un lunar pequeño encima del lado derecho de su boca. Su nombre era Ángela Josefina y por eso fue que a mí terminaron bautizándome con el nombre de José Ángel. Mi padre andaba metido en política y un buen día dejé de verlo. Mi tía vino de Caracas con mi prima Rebeca y se pasaron unas vacaciones conmigo junto a mi abuela. Las escuché hablar de que la prima se vendría a estudiar interna en un colegio de religiosas. En ese momento apareció la otra noticia, de que mi padre había muerto a manos de los esbirros de la Seguridad Nacional. Hice muchas preguntas y me dieron pocas respuestas, pero supe tiempo después que papá murió en una de las sesiones de tortura en un calabozo de la policía política en Barcelona. Yo tendría como unos siete años. Me sentí en aquel momento como si me hubiesen quitado lo más grande de mi vida. Y fue como un dolor doble. Porque lo de mi madre se acumuló con lo de él. Pues tenía la idea que me martirizaba de que mi mamá se había muerto por causa mía. Dice mi tía que yo cambié a partir de la desaparición de mi padre y me volví un niño de mal carácter y que no sabían qué hacer conmigo.

Apenas el comienzo

Mi primer año de bachillerato es un desastre, mis propios compañeros me dicen que yo soy un vago, hago de todo, menos estudiar. Las materias, excepción hecha del Castellano y Educación Artística, me interesan poco. El desánimo se acumula en mi cuerpo y me veo afectado por la gripe asiática que casi acaba con mi enclenque humanidad. Un hecho lamentable viene a impactarme de manera certera: la muerte de un compañero de estudios que se ahogó en el río el fin de semana. Por primera vez entiendo el significado de la palabra muerte; se me hizo un nudo en la garganta al contárselo a mi abuela y regresé a clases triste y apesadumbrado. Pasé mucho tiempo sin ir al río por miedo a encontrarme con el fantasma de mi amigo debajo del agua. Me han raspado seis materias y las vacaciones las paso encerrado, solo, en casa, porque mis familiares se van a disfrutar del mar de Carúpano mientras a mí me dejan castigado. Cuando mi madre recibe la noticia –yo mismo se lo he dicho por carta, porque el tío me ha obligado– se disgustó y me ha respondido diciéndome que ella hace muchos sacrificios para poder tenernos en casa de mi abuela y siente pena con ella. Me da algunos consejos que me entran por un oído y me salen por el otro. Mi abuela anda furiosa conmigo. Es la que controla que todos estudiemos y que comamos bien. Pero no nos deja pasar una, siempre está mandándonos a estudiar y no le gusta que yo llegue tarde a casa. En muchas oportunidades me ha dicho que ella no cree que vengo de estudiar, la mayoría de las veces tiene razón, pero yo me pongo bravo para disimular.

Mi abuela es blanca, de ojos marrones y con un pelo largo que le llega a la cintura aunque ella se lo recoge en un moño detrás de la cabeza. Es de mediana estatura, con un vientre tan pronunciado que parece que estuviera todo el tiempo en estado, aunque siempre se pone faja para matizar la protuberancia que le han dejado los partos de sus cinco hijos. Cuando supo el resultado de mis materias aplazadas me dijo: muy bonito, en vez de regalarles satisfacciones a tus padres que se matan trabajando por ti, en cambio tú lo que haces es darles dolores de cabeza, ahora te quedas aquí solo estudiando, y si te raspan en reparación, te devuelvo para tu casa.

Creo que este castigo ha sido una buena lección. En plena reparación consigo mi primera novia de bachillerato. La circunstancia de haber estudiado un par de materias juntos, me han acercado a ella de manera inevitable. La he invitado a salir. Se me ocurre que la playa es el mejor lugar, pero que sea una playa solitaria donde no nos fastidie nadie, los dos solitos, sí, solos, apenas con el ruido de las olas...

DOS: DE TORMENTAS

En tiempos de tormenta el espinazo de la otra costa, de la Península de Araya, cambia de matices. De tonalidades ocres, se transforma en una franja de tierra ensombrecida e inestable. Una capa de nubes grisácea y larga, a baja altura, se descurre como una mancha de aceite tratando de proteger esa lengua de cerros arcillosos e irregulares. El mar del golfo vibra tembloroso como si una ráfaga de aire frío lo peinara y lo hiciera tiritar. A lo lejos, en donde la masa de agua encuentra sus límites, el tiempo *se pone* lleno de nubarrones oscuros, espesos y amenazantes. Una lluvia tamizada pareciera abrirle paso a la mole de agua a punto de desprenderse. Huele a humedad y a fango. En la cabecera de los ríos llueve desde temprano. Los pescadores recogen sus embarcaciones y aseguran sus chinchorros de pesca. Las aves de playa continúan con su vuelo alocado tratando de encontrar un refugio que las guardezca. Un peñero solitario atraviesa el paisaje marino en lucha con las olas que comienzan a levantar un mar picado. El cielo color ratón se escinde por repentinos arañazos de luz que aparecen y se esfuman en segundos. Un estremecimiento de truenos pedregosos se expande por la oquedad de los cerros. Alguien superior pareciera estar sacudiendo un encerado de grandes proporciones.

Por las calles de la ciudad se arrastran papeles y ramitas secas como si un resoplido de gigante se aposentara en sus embocaduras. El follaje de los árboles es un saludo batiente a los prodigios del cielo. La ventisca hace audible los detalles ¡Recojan esa ropa antes de que caiga el palo de agua! Es el grito colectivo de la gente. Son cientos de manos, en todos los patios de las casas, quitando las pinzas de madera y retirando de los alambres colgantes las prendas de vestir. Los más afortunados evitan que se les enchumbe. Otros, se empapan con las gotas que caen como frutas maduras y se estrellan en los cuerpos y cabezas de los agitados. El cielo está cayéndose a pedazos –comentan– y los corredores desprotegidos de las casas reciben la violencia de la cortina de agua que se mete con intermitencia dentro de los hogares. Algunos pájaros se guarecen en las ramas de los árboles y resisten el embate del palo de agua. Su equilibrio es precario, lucen entumecidos y se sacuden con espasmos. Aquí cuando llueve hay que prepararse para lo peor. El tronido en los techos se parece a una lluvia de piedras pequeñas que invita a dormir, pero los truenos y los relámpagos a su vez intimidan. Hay casas en donde llueve más por dentro que por fuera. No existe techo que se resista a la violencia de los chorrerones; algunas goteras se filtran y humedecen las paredes. Es raro que uno de estos aguaceros dure menos de dos horas, tiempo suficiente para volver caótica una ciudad con falta de drenaje y con ranchos que producen tanto o más damnificados que pescados el mar. Los autos se quedan varados en mitad de las calles. De los cerros bajan toda suerte de artefactos derruidos e inservibles. Los grupos de rescate y los colegios se

aprestan para socorrer a la gente. El gobernador del Estado usa las emisoras radiales para decir que se han tomado todas las previsiones del caso para asistir la emergencia del pueblo. La luz de las tormentas es la más pavorosa. Porque es la que aparece de pronto, la que se mete por las ventanas, la que alumbra los corredores con sus fognazos silenciosos. Esa intermitencia de los rayos es esperada con sumo respeto. Aparece en el momento menos pensado y luego de unos segundos sobreviene el estremecimiento de los truenos retumbando en los espacios del miedo. Uno siempre cree que una centella lo puede partir en dos, o más bien, volverlo añicos. O convertirlo en un rígido y hermoso ejemplar azulado. No hay una expresión más contundente: ¡que te parta un rayo! Así quisiera yo que al dictador le sucediera, pero ese tipo de accidentes sólo le acontece a los civiles, no a los militares.

Al acecho de María del Rosario

Qué mala suerte la mía. Ya teníamos preparado todo. La tormenta me ha impedido salir con María del Rosario a la playa. Ella había aceptado gustosa mi invitación. En esta cama solitario duermo con mi rabia. El tiempo me arruinó el amor, me decía, tal como había escuchado en las radionovelas que oía mi abuela. Debí esperar unos días para que las playas volvieran a lucir resplandecientes y llevar a María del Rosario a mi paisaje favorito. Se avecinaba una tormenta, pero de otra naturaleza; ella nos aguardaba sin saberlo.

Pienso en lo que me ha dicho mi madre la última vez que estuvo de visita en casa de mi abuela: saliste a tu padre, te la echas de tímido,

pero eres un picaflor, mira bien lo que vas a hacer, cuídate y concéntrate más bien en tus estudios. Y yo creo que tiene parte de razón, porque en la otra, la tengo yo.

La primera salida con María del Rosario la hago durante un atardecer para no olvidar. De besos de lengua y agarraditas de las partes blandas del cuerpo. Salimos en la bicicleta de su hermano. La ha tomado prestada sin su permiso y tenemos que devolvérsela temprano para evitar problemas. Yo conduzco y ella va montada en la barra. No sé si la brisa y los colores vivos de los cerros, del monte, de la playa y un cielo brillante de azules intensos, me eriza los vellos, o si por el contrario, es María del Rosario, que con el roce de su piel me crispa el cuerpo. Como ella va montada en la barra siento cerca su cuello, y su piel me transmite un aroma a rosas frescas. Su pelo alborotado por el viento me fragmenta la visión de las cosas y me acaricia mis mejillas con un suave golpeteo de filamentos dorados. Pasamos entre unos arbustos y salimos a una playa solitaria color venado con suave olor a algas. Al principio, ella está asustada, pero luego se queda tranquila. La emoción de estar solos, de poder besarla y acariciarla, y sentir en mi mano el fuego de su montecito espigado, me tiene trastornado. La experiencia de El Paralelo 38 me ha decepcionado y estoy con muchas ganas de vivir algo verdadero.

Me despojo de mi franela, mi pantalón corto y me quedo con mis interiores. Ella me dice que me volteo porque se va a quitar la ropa. Hace lo mismo que yo: saca la suya cruzando los brazos y halándola por sobre su cabeza mientras me da la espalda. Miro extasiado el mar que bate sus olas espumosas sobre mis pies descalzos. De pronto

volteo con espasmos para verla despojarse de sus prendas ¡No veas, no seas tan pícaro... te vi, volteaste, así no vale! Se queda en pantaletas y sale corriendo hacia la playa y se zambulle en sus aguas añiles. Yo la imito y la abrazo haciendo rozar sus pechos tiernos contra mi torso desnudo y lampiño. Trato de pegarme a ella como una enredadera a una pared, pero me saca el culito. La traigo hacia mí, empujándola por sus nalguitas pronunciadas hasta que va cediendo. Le recuesto mi molusco impaciente, expandido, desenfrenado, y eyaculo, y un grupo de peces se arremolinan en torno nuestro tragándose mis emanaciones proteicas y ella me pregunta que por qué los peces están tan alborotados. El agua del mar nos abraza, está tibia, y María del Rosario me besa con sus labios salobres y su lengua fría, y siento como si se desmayara. Bajo una de mis manos y quiero despojarla de su prenda íntima: “no, por favor, no lo hagas”, me susurra. Y como cordero decente obedezco, lo que seguramente es una incitación a hacer todo lo contrario. La cargo entre mis brazos como en las películas; al salir del agua su peso se duplica y no me queda otra que echarle bolas, no puedo dar una impresión negativa y nos tendemos en la arena, exhaustos, con mi pierna entre las suyas muertos de placer y de lujuria mientras mis dedos acarician sus pezones incipientes de colores arcillosos como si fuesen minúsculos botones de cerecitas. Por sus senos corren hilillos plateados que van a morir en su vientre arenoso. Vamos, ya es tarde, me dice. Me incorporo y veo la sombra de su coñito peludo a través de su ropa interior empapada. La vuelvo a abrazar, pero ella me aparta con un ligero movimiento de sus brazos. Se para, se sacude

la arena, da unos pasos y me regala su espalda cuando yo quiero otra cosa. Espera, no mires, me dice. Se desprende de sus *bloomers* y muestra una redondez hermosa que desde abajo parece la piel de un melocotón velludito, con su hendidura dibujando un trazo que divide sus nalgas en una simetría perfecta mientras exprime su prenda para vestirla de nuevo. Al calzar una de sus piernas observo otra perspectiva que me muestra su herida por la parte trasera con unos filamentos delgadísimos de vello púbico que destilan justo las gotas de agua que necesito para calmar mi sed.

Regresamos a la ciudad, y al alcanzar la carretera, nos asustamos porque una camioneta de la Seguridad Nacional nos intercepta y uno de sus pasajeros comienza a preguntar idioteces.

—¿Qué andan haciendo ustedes por aquí solos?, pregunta el esbirro mientras se baja del vehículo.

—Paseando, señor, le contesto tratando de no evidenciar el susto que tengo por dentro.

—¿A esta hora?, increpa con malicia, cuando en realidad el sol no se ha escondido todavía.

—Bueno, sí... ¿es que tiene algo de malo? En ese instante siento un pellizco de María del Rosario.

—¡Vamos, sus papeles!, nos dice con repugnancia el policía de afuera. El otro permanece fumando en el carro sin quitarse el cigarrillo de la boca.

—Somos estudiantes del liceo Sucre y estábamos bañándonos...

El policía me interrumpe dirigiéndose a mí con sarcasmo.

—¡Ah! ¿Conque estudiantes del Liceo Sucre, no? —me mira amenazante—. ¡Tú debes ser uno de esos revoltosos que anda jodiendo por ahí!

–No señor –contesto, y sacando valor de donde no tengo-, le digo, estudio primer año... y me voy –le miento–, me voy pronto a otro plantel, no soy de por aquí.

–¿Y usted, señorita?

–Yo sí soy cumanesa, dice con orgullo María del Rosario, y yo siento en su respuesta un reproche hacia mí.

–¿Novios?, pregunta el tipo con un tono de sádico morbosos.

–...compañeros de estudios, asegura María del Rosario de manera natural.

–¿Y qué hacen ustedes dos en esta soledad?, insiste el policía con la picardía reflejada en el rostro.

–...bañándonos, repite ella, con pasmosa tranquilidad.

El policía se pone impertinente y está buscando alguna pizca de justificación para montarnos en la camioneta.

–¿Ah, bañándose? ¡Qué bien, bañándose...!, expresa en tono burlón mientras ve a su compañero dentro del auto.

–¿Y por qué esa bicicleta es roja?, pregunta absurdamente.

Me encojo de hombros –ahora sí es verdad que nos jodimos, digo para mí– y creo que realmente nos hemos metido en un lío. Pienso en la madre de María del Rosario y el regaño seguro para mi pobre novia. Sé que a esa señora yo le caigo mal. Si me detienen y averiguan mi relación familiar con el director del liceo me las voy a ver negras. Estoy chorreado de miedo, pero me hago el fuerte. María del Rosario está a punto de llorar; los lentes oscuros de los tipos reflejan un brillo intenso que me incomoda, pareciera

que lo hicieran a propósito, tal como los espejitos que utilizamos en el río para encandilarnos. Mi cabeza es invadida por pensamientos turbadores y la realidad se me vuelve esquiva, brillante, confusa, impertinente. De la parte trasera del auto parecieran salir dos tipos grandotes, son como fantasmas traslúcidos, ¿me empujan?, ¿sujetan a mi novia por los brazos? Otro me agarra y me echa una llave para inmovilizarme, pero no siento presión alguna. A ella le arrancan su franela y su pantalón corto dejándola desnuda. Me cuesta gritar, los llamo esbirros coños de madre, pero la voz se me apaga, se ahoga, ¿ilusión auditiva? Sus rostros parecieran diluirse con la luz como si sus caras fueran de arena y el viento las desdibujara. Me retuerzo, trato de zafarme de un volumen de movimientos convulsos. A ella la tiran sobre la carretera, ¿intentan cogérsela? Uno de los policías desabrocha su bragueta mostrando un miembro echando chispas. Se le encima, ahora veo una confusión de golpes y patadas ¿Me pide a gritos que por amor de Dios la ayude? Mi angustia es una boca seca y un animal rabioso que de soltarse puede acabar con todo, no me importaría morir. De pronto, María del Rosario pega un grito de voz ajena. Cierro los ojos exhausto de huir de esas intrépidas imágenes. No soporto lo que podrían hacer esos desalmados en mi cerebro. Mi novia, mi noviecita del alma, tirada allí en el piso llena de tierra rojiza y húmeda. Deseo la muerte, si por mí fuera me cortaría el pescuezo. Pero no veo nada, el resplandor de un parabrisas me lo impide ¡Se acabó todo, coño! Parpadeo como si tuviera un tic nervioso. El susto está en mi pecho. El pensamiento es una vaina seria. Por más que le digas que se vaya al carajo, vuelve a

aparecer solito. Ella me golpea con su codo y yo me despabilo. En voz baja me dice “¿qué vamos a hacer?”

Desde el carro, el otro policía le grita a su colega:

¡Vamos vale, deja la vaina, se nos hace tarde!

El hombre trata de agarrar a María del Rosario por un brazo y ella se escabulle recostándose en mí. Sostengo la bicicleta entre mis piernas. María del Rosario retrocede una vez más y roza su cuerpo contra el mío. Intenta protegerse del avance del esbirro. Como si lo hubiésemos premeditado, nos lanzamos con la bici por el barranco. Alcanzamos unos matorrales y desde lejos vemos el vehículo de la Seguridad Nacional como un punto negro en un extremo de la carretera.

¡Qué susto!, me dice ella, mientras yo le muestro una navajita minúscula de color rojo que saco del bolsillo de mi short:

¡Te imaginas si me la hubieran descubierto!

Me tenían fregado con eso del mal carácter y me repetían una y otra vez que no sabían a quién había salido porque ni mi madre, y mucho menos mi padre, tenían esos arranques de locura que me daban a mí. Por el contrario, decía mi abuela, tu padre era un pan de Dios, y tu madre, ni se diga. Cuando me llevaban la contraria –lo reconozco– rompía cosas y le daba patadas a las puertas o dejaba de comer, cuestión que hacía con placer así se me reventaran las tripas, porque eso era lo que más le preocupaba a mi abuela. Y terminaba levantándome cualquier castigo con tal de verme en la mesa comiendo. Más de una vez escuché que me iban a mandar para un correccional, o que cuando creciera me meterían al ejército. De

ambas cosas entendía poco, pero suponía que debían ser malas porque si era lo que me ofrecían para corregir mi mal genio debían ser terribles. “Allí sí es verdad que vas a adquirir disciplina porque yo estoy muy vieja para la gracia, te estás haciendo insoportable y ya a mí no me quedan fuerzas para estar detrás de ti como si fueras una criatura”, repetía muchas veces la misma vaina. Recuerdo que me dio una pela y me jaló las orejas y me dejó encerrado en el cuarto todo un día porque me fui a un altarcito que ella tenía en el rincón de su habitación y le pinté los labios a la Virgen María con un lápiz labial que había dejado mi tía cuando vino de Caracas, y le embadurné la cara de hollín al Corazón de Jesús para que se viera como un santo negro; y no es nada eso, también los encaramé uno sobre el otro como si estuvieran tirando. Eso la puso rabiosa, tanto que me cagué todo porque creía que le iba a dar una vaina. Estuve un tiempo portándome bien, pero siempre volvía a hacer mis rubieras. La única forma de calmarme, recuerdo yo, era cuando me conseguía algo para leer, cualquier cosa: una hoja de periódico, un folleto, una publicidad; extrañamente me sentaba en el quicio del corredor y allí observaba embelesado todo lo que contenían o querían decir los avisos publicitarios. Desde ese momento mi abuela, hecha la pendeja, compraba una que otra revista y la dejaba por ahí tirada con el propósito de que yo me entretuviera y me calmara.

Un error elemental

María del Rosario entra a su casa tratando de pasar inadvertida, pero el ruidito de la cadena

de la bici la delata. Mientras atraviesa la sala se escucha la voz de su madre desde el cuarto contiguo.

—¿María del Rosario, me puedes decir en qué andabas?

A ella le provoca decirle: en bicicleta, pero es apenas un pensamiento travieso. Hubiera enardecido a su madre impulsándola a una reacción violenta. Es muy proclive a sulfurarse. Por eso desiste de su empeño en molestarla.

—Estudiando, —contesta al rompe—, y espera, al mismo tiempo, una nueva pregunta o desea en el fondo un silencio poco probable, conoce muy bien a su madre. Y sabe que eso no se quedará allí. La ve salir de una de las habitaciones de la casa y reconoce su rostro serio y contrariado por la respuesta que le ha dado.

—¿Y dónde están tus cuadernos y libros... se te perdieron en el camino? Le pregunta con una mezcla de ironía y disgusto.

—Los dejé en casa de mi amiga porque mañana temprano debemos seguir estudiando. Es una respuesta sin vacilaciones, aunque poco convincente, sin embargo, ni siquiera el brillo de sus ojos, ni un temblor de sus manos, o una palabra mal empleada, la habría hecho dudar, pero los rastros de arena en una de sus sandalias y en el aceite que lubrica la cadena de la bicicleta, terminan delatándola. La madre clava sus ojos en ese par de detalles y vuelve a la carga.

—A mí no me disgustan las mentiras bien elaboradas porque en todo caso, cuando cumplen con esa virtud, estamos en presencia de un estupendo actor, mejor dicho: en este caso, de una estupenda actriz, y uno ni siquiera cuenta se da. Pero lo que sí me irrita sobremanera es que

me echen mal un cuento porque siento que me están tomando el pelo, y eso sí es verdad que no lo soporto, ¿dónde andabas?, pregunta con énfasis.

–Después de estudiar –lo dice para no cejar en su empeño de que al menos le crean una parte del cuento– me fui a dar un paseíto por la playa, aquí mismo en Los Mangles, con unas amigas. La madre la interrumpe.

–¡Con unas amigas y unos amigos, querrás decir!

–Bueno, sí, con unos amigos también...

–¡Todos montados en la misma bicicleta, por supuesto!

–No, ellos también llevaban las suyas...

–¡Caramba, de cuando acá andas reunida con ricos, porque si cada uno tiene una bicicleta deben ser hijos de padres millonarios!

–¿Mamá, y nosotros somos millonarios?

¡La bicicleta de tu hermano es un regalo del abuelo! Hazme el favor de dejar esa inmundicia allí –se refería a la bici- y ven al cuarto. María del Rosario frunció el ceño, recostó la bicicleta a la pared del comedor, en el largo pasillo, y siguió a su madre hasta internarse en la habitación.

–¡Quítate la ropa!

–¡Mamá!

–¡Te he dicho que te quites la ropa! Se acerca a su hija, la jamaquea y ella se le suelta de las manos e intenta escabullirse. Pero la madre se interpone en la puerta del cuarto, con sus brazos en jarra, para impedirle el paso. Se le acerca de nuevo y le lanza una bofetada (iplaf!).

–¡Mosquita muerta!, le dice, y María del Rosario se queda sobándose el dolor de la mejilla.

El que madruga...

El lunes llego al liceo contento porque tengo novia. Todo me parece esplendoroso: el jardín con sus cayenas abiertas como si fueran vulvas florecidas, el verdor brillante de los arbustos con la erupción del rocío de la mañana, los rostros luminosos de las compañeras de curso entrando apresuradas después de haber escuchado el timbre de clases, el piso pulido del liceo donde chirrean los zapatos de goma y mi vista clara con deseos de encontrarme a mi novia para saborear el secreto de nuestra complicidad. Pero se me presenta un problema con Nazar, el portero; no quiere dejarme entrar al plantel y está apoyado por “Capuringa”, el otro que viene a relevarlo de su guardia. Nunca me fié de este bedel; en verdad le tenía miedo por su aspecto: un tipo rudo, altote y musculoso que nunca sonríe y mira mal a los estudiantes. No sé si serán cosas mías, pero cada vez que tropiezo con él se queda viéndome como si yo le debiera algo. En ese momento le quito la vista y sigo de largo. A mí me parece un hombre raro y misterioso. No vas a entrar, me dice secamente, y Nazar, que ya está por irse, levanta sus hombros como disculpándose porque él está a punto de salir aunque se acerca a su colega para decirle algo al oído. Yo sólo he llegado cuatro minutos tarde, tengo que rogarle para que me deje pasar. Si no me lo permite voy a enfrentarme a mi abuela quien cree que yo me la paso jubilándome de clases. Eso de ser el sobrino del director es una lata. Tiene uno que andar por la goma. A ella nadie le va a sacar de su cabeza, si no asisto hoy a clase, que se trata de una patraña mía para irme con mis amigos a bañar al río. Al

fin “Capuringa” se condele y me deja entrar. Veo a María del Rosario un ratico, la tomo de la mano, pero ella me la escurre para que no se note que andamos de novios y me cuenta el lío que le ha armado su madre, la señora María Manuela, y de remate, también su hermano, por haber tomado la bici sin su permiso. Trato de consolarla diciéndole que todas las madres son igualitas. Me mira y se va a clases más tranquila. La veo alejarse con su uniforme plisado que le hace ver sus caderas angulosas y provocativas, miro sus piernas pensando que son las más hermosas de todo el liceo, esas que he acariciado sobre la arena de la playa. Me esponjo como un pavo real sabiendo que ella es mi novia, la única, mía solita y de nadie más.

Entre mi tía y mi abuela decidieron meterme a estudiar en el colegio de los Salentinos de Barcelona, donde también recibían a los pobres. Me convencieron y acepté a regañadientes porque no quería estar en casa. En verdad ni yo, y mucho menos ellas, sabían lo que me esperaba. Me pintaron pajaritos preñados de que allí se impartía una educación muy buena y que yo iba a poder jugar como yo quisiera y me iba a divertir mucho. Y que iba a salir cada cierto tiempo a verlas a ellas y otra pila de bolserías que no se cumplieron. Lo que no pensaron nunca, y eso fue motivo de muchas de mis arrecheras, es que la diversión era una cosa muy rara, pero los estudios y los castigos y muchas otras vainas eran todos los días y cada día peores. Por eso, cuando salí la primera vez de vacaciones, les lloraba y les imploraba para que me sacaran de allí. Pero nunca lo hicieron. Siempre salían con la misma paja:

“Mijito, es por tu bien, mañana cuando seas un hombrecito te vas a dar cuenta que fue la mejor decisión que tomamos y lo vas a agradecer más tarde”. Fue pasando el tiempo y comenzaron a llegarle las primeras quejas sobre mi conducta, y me castigaban doblemente, tanto en el colegio como en la casa cuando me daban permiso. Uno de mis últimos ruegos, quizás el último, fue cuando estudiaba cuarto grado. Le formé una trepetera a mi abuela que terminó diciéndome:

“¿Mira, tú sabes cómo es la cosa? Que tú no te gobiernas solo y que mientras seas menor de edad, allí te vas a quedar”. “¿Ah, así es la vaina?”, me dije. Y desde ese momento se me metió en la cabeza lo mismo que piensan los presos cuando son condenados, que algún día se fugarán de la cárcel. Eso me lo metí entre ceja y ceja. No era nada fácil. Los controles y los castigos por mala conducta eran terribles y yo no estaba dispuesto a calarme esa situación sino de vez en cuando. Por eso aguanté tanto, y porque además, cuando pasé a bachillerato le cogí el gusto a los estudios y mi vida transcurría entre el atractivo de las cosas nuevas que encontraba en los libros y la sarta de inmundicias y comportamientos que vi en el colegio con algunos curas. Hasta a mí me tocó una vez, quizás como era un rebelde no me hacían nada malo respecto a la conducta que tenían con otros niños. Pero una vez me la aplicaron en el confesionario haciendo preguntas pajúas: que si me tocaba mis partes, que si jugaba mucho con mis partes, y dale que dale con mis partes, y que si tenía malos pensamientos, y yo, para joderlo le respondí que qué era eso de mis partes, y entonces me replicaba que se trataba de lo que

yo tenía entre las piernas y un día le dije que lo que yo tenía entre mis piernas eran las bolas, y el cura marica se arrechó conmigo y me dijo que no me hiciera el sonso y que yo sabía de qué estaba hablando él. Y entonces fue cuando le dije que si se refería al güevo, perdón, al pipí, le dije aguantando la risa. Y vi al cura a través de la celosía como nervioso y sudando. Te das cuenta lo pecador que eres, y me mandó a rezar un poco de padrenuestros.

Una representación subversiva

Estaba seguro de que algunos de mis compañeros de curso, y quizás muchos otros de los diferentes años superiores al mío, ni siquiera estaban enterados de lo que sucedía en el país, o al menos lo disimulaban muy bien; esto lo pensaba cuando veía el desarrollo de las actividades culturales y festivas del liceo. Pero al mismo tiempo me decía: “si yo asisto a los eventos preparados por el plantel, acudo a la celebración del nombramiento de la reina del liceo o a cualquier otro acto, y de paso me presto para hacer actividades políticas, de igual manera otros podrían hacerlo sin levantar sospechas”. Teníamos instrucciones específicas por parte de nuestras familias de disimular, de no hablar más de la cuenta, de hacer las cosas que se nos encomendaran de manera discreta, y sobre todo, de relacionarnos con los demás alumnos como si no pasara nada; se trataba de parecer naturales, por eso nos reuníamos después de alguna hora libre –cuando Nazar nos dejaba salir– para sentarnos en el muro que rodeaba la institución a bochinchar, hablar con las muchachas y gastarles

bromas, o para besarnos con nuestras novias a escondidas entre las matas cerca de la biblioteca. Sin embargo, la preparación y presentación de una actividad teatral vino a complicar las cosas. Me había acercado al teatro después de un rotundo fracaso en el equipo de voleibol “Los Halcones”, donde me había metido Pedro Esteban en contra de mi voluntad. Yo no era un muchacho de buenas condiciones para el deporte, sino más bien para las actividades artísticas. De allí que contactara, por primera vez, a la gente de teatro. Fue entonces cuando conocí a mi primer amigo homosexual, llamado Abel. Le decían “Abelito”, por pequeño y regordete, y debutó en las tablas bailando “El Diablo Suelto”. El lucía un diente de oro que me llamaba la atención. Me impresionó su agilidad y destreza. Al terminar aquel acto me puse en contacto con el director de teatro quien habló con un grupo de nosotros y decidió jugárselas con una obra. El profesor Eurípides tenía tiempo escribiéndola; se trataba de un monólogo que él mismo representaría para dar seguridad y confianza a las autoridades del plantel. Nosotros sabíamos que la obra podía causar revuelo porque conocíamos ciertos fragmentos, pero no su totalidad. El profe nos había dicho que así sería la tónica, y no era necesario leerla toda como acostumbrábamos antes de hacer cualquier representación. El abreboca del espectáculo estaba a mi cargo con un texto que yo leería, así figuraba en el programa, y el plato grande lo constituía el monólogo que llevaba por título “Así es la cosa”, un nombre más bien inofensivo; ni siquiera imaginaban los espectadores con lo que se iban a encontrar. Ese día el auditorio tuvo un lleno completo. El maestro de ceremonia

anunció desde el estrado mi presencia, y enfatizó el título de lo que yo iba a leer: “Homenaje”, una brevísima reflexión de autor desconocido, dijo (en realidad escrita por mi padre), pero yo sólo le comenté al profe de teatro que se trataba de un familiar escritor, fallecido hacía tiempo, él la leyó y le pareció interesante. Además, le venía como anillo al dedo para distraer la atención de los espectadores dejándolos que entraran en calor para luego introducir la suya. Yo subí desde el público y me coloqué de espaldas al telón que permanecía cerrado. Abrí mi carpeta y comencé a leer. Me temblaban hasta las pestañas y comencé a impostar mi voz como la de un locutor de radio: “Ahora soy yo quien va a hablar. No voy a perder la oportunidad que me brindan para decir unas cuantas verdades. Siempre han escrito y opinado sobre mí, me han interpretado lo que se supone pienso o me han dedicado hermosos poemas exagerando mis atributos o minimizando mis virtudes ¿Quién me ha preguntado en algún momento de mi vida si yo opinaba así? Por primera vez en la historia se me otorga la palabra a conciencia y agradezco ese gesto. Ya era tiempo. Cuando todavía era una párvula y me llamaban Nueva Andalucía, apenas era un caserío desparramado por los lados de la playa con un puerto incipiente y en mi ombligo se alojaba el Cabildo. Una tormentosa corriente atravesaba mi cuerpo y se derramaba para bañarme por los cuatro costados. En ese tiempo extendía mis brazos de arena y mar, para recibir a los pescadores y visitantes ilustres por uno de mis flancos. En mis entrañas pululaban los guaiqueríes veleidosos, guerreros capaces de ahuyentar y vencer al más valiente entre los valientes. Una fiebre inhóspita

me satura desde siempre. Y entre mares de levadas y terremotos me he mantenido como una sobreviviente de postín. No exagero al decir que gobernadores y misioneros o autoridades ambiciosas han hecho poco por maquillarme el rostro. En cambio, científicos y exploradores han escarbado mis greñas resacas para estudiar la materia de la que estoy hecha. Y han encontrado más de una sorpresa en la variedad de alimañas y pájaros que me mantienen viva. Algunos han osado plasmar en un lienzo la faz de mi regazo exaltando mis contornos y favoreciendo mis curvilíneas enseñadas. He sido pródiga en hijos, frutos silvestres y plantaciones exóticas. He acogido en mi seno a personajes de baja ralea, piratas, mercenarios, bucaneros, pero también a hombres ilustres e ilustrados, a potentados, a egregios poetas y locos alucinados. He tenido amantes que han fallecido en grandes batallas por el afán de poseerme. A todos les he brindado cobijo, he cuidado de ellos, he sido generosa. Me he convertido en receptáculo de invasiones encarnizadas y absurdas. Me han saqueado en las noches de luna, me han ultrajado, se han enriquecido a mi costa. Gripes y pestes me han asolado. Y sigo tan campante que merecería un trato digno y una generosa reflexión. Hoy he llegado a mi plena madurez enfrentando a tirios y troyanos. Viendo cómo se enriquecen mis hijos y los amigos de mis hijos y cómo crece la miseria de mi lepra. Alguno que otro gobernante se condeala de mí y lanza una flor que germina o construye una vía para que el viento se deslice. Me llaman pomposamente La Primogénita del Continente. Y lo poco que queda de mí son algunas ruinas coloniales. Pero no hay nadie que se condeala

de esta anciana que pide a gritos el trato que se merece. Parezco un alma en pena plagada de llagas purulentas aturrida por discursos vacuos e interesados. Padezco de una erupción política degradada por sanguijuelas ambiciosas que desbrozan mi entorno, por fortuna sólo me queda la luz que todavía irradian mis contornos gritando que existo: "...vida traidora por quien todo es un sueño/ por qué si no te hice ningún bien/ por qué tu mano me hiere..."

La gente me colmó de aplausos y yo bajé los escalones de madera sin saber cómo. Me senté en la primera fila al lado de mi amigo Pedro Esteban quien me dijo que había estado de pinga. Yo también estaba convencido de que mi participación tenía el propósito de ganar la confianza de los presentes para poder continuar con la obra del profesor Eurípides. Pero también me sentía esponjado por los aplausos que me crispaban el cuerpo y quería verles la cara a todos, y especialmente al tío, para ver qué les había parecido mi participación. Luego hubo silencio y de nuevo el maestro de ceremonia hizo el anuncio respectivo del monólogo que seguía.

El telón se abrió y descubrió en el fondo un paisaje marino con nubes borrascosas y un cielo de tormenta. La espuma de las olas era un hervidero de burbujas detenidas que dejaban ver una playa llena de escombros. Llamaba la atención que en el costado izquierdo de la lona pintada se destacaba el torso de un joven tirado en la playa con los ojos cerrados y una mano carcomida donde se veían claramente los huesos de los dedos. Se escuchaba el efecto del oleaje y los graznidos de gaviotas que atravesaban la marina. De pronto sonó la sirena de un vapor y surgió del lado derecho del proscenio

una escalera colgante que se desplegó hasta tocar suavemente el piso de madera. Bueno, ha llegado la hora, nada ni nadie podrá detenerlo. El profesor Eurípides asoma la punta de su zapato blanco pisando el primer escalón de madera pulida y por momentos se arrepiente de lo que va a hacer. Casi no puede poner un pie delante del otro. Debe concentrarse, si no pondrá la torta. Se dice para sí que no hay regreso, pero siente miedo, sobre todo cuando al fin logra dar unos pasos y puede ver la cara de la gente pendiente del espectáculo. Mira el rostro del director y sabe que está infringiendo su palabra, esa que le dio a él de cuidar la cosa política en los diálogos de su pieza. Porque el régimen está esperando que cualquiera de los directivos haga algo en su contra para cerrar el liceo. Por instantes piensa retroceder e irse entre las cortinas laterales, pero desiste. Qué carajo, lo hecho, hecho está, se dice. Avanza hasta el borde del proscenio y pareciera observar que hacia el fondo del auditorio hay una hilera de agentes policiales; no está seguro porque la luz que entra por los ventanales superiores pintados de negro pero escarchados y la que se cuele por la parte baja, a través de las rendijas, y el aviso encendido de SALIDA, le impiden ver bien quiénes son. Está temblando. Coño, un hombre de tanta experiencia como yo, ahora en este trance, ¿se me notará? Tengo que hacer algo. Serenidad, Eurípides, no seas bolsa, déjate de tonterías y actúa, pareciera decirse para coger fuerzas y pronunciar las primeras palabras. La orden llega al cerebro, y su esqueleto, sus músculos, su sangre y sus centros neurálgicos actúan como una maquinaria aceitada que pone en práctica el mecanismo asombroso del movimiento y comienza su actuación. Por la

escalera se ve descender al profesor Eurípides vistiendo una caricatura de Almirante. El uniforme es de una costura doméstica con charreteras pintadas de dorado de flecos de coletó. Y botones amarillos que no son más que chapas de refrescos pintadas con un color resplandeciente. En la parte izquierda de la chaqueta destaca una serie de condecoraciones multicolores, que parecen banderitas en miniatura cubriéndole todo el pecho hasta la altura de la cintura. Los zapatos son blancos, pintados con zapolín.

En el público se escuchan unas risitas nerviosas. Las luces del proscenio se apagan y sólo queda el cono de luz que alumbra al militar ubicado al borde del teatro, justo donde comienzan los escalones. Se quita la cachucha y la sostiene con sus dos manos llevándosela hasta su sexo acompañando su acción con una genuflexión al público, y mirándolo fijamente comienza a recitar su monólogo:

¿Ustedes creen que en el fondo sea yo una criatura malvada? ¿Es que acaso los estrategas de charreteras no somos también humanos como ustedes, con familia, esposa e hijos, amados y amantes? ¿Con sentimientos de compasión y dolor por las miserias de nuestros mortales semejantes? ¿Cuál es en realidad nuestra diferencia con los seres de la calle? Algunos de los asistentes comienzan a mirarse las caras, entre ellos mi amigo Pedro Esteban y yo mismo. (En qué lío me metí. Ahora mi tío va a pensar que soy cómplice del profesor Eurípides cuando en verdad nada me dijo sobre esto. Nos enteró de algo muy leve con algún “picantito”. Pero me parece bien, total, cuántas cosas nos están pasando. Qué bueno, cómo me voy a reír del profesor de historia adicto

al régimen. Aquí se va a saber quién es quién. Mi tío me echará un buen regaño y mi abuela otro. ¿Me castigarán? ¿Y si me llevan preso antes de que termine la obra? No voy aguantar ni siquiera un minuto de tortura, ni un pellizco, no sirvo para eso, soy muy débil y seguramente voy a soltar todos los nombres que conozco: ¡Vamos, hable! Sí señor: “Chinto”, José, Alí, Roger, Toñito, Wally, José “Monoco”... un peinillazo por la espalda me aturde... Hernán “Frescavena”, “Pire”, Pedro, Elinor, Mercedes, Nubia... un coñazo por la pata de la oreja me deja tembleque... Auristela, Oly, Ramonita... Le pido chillando: ¡señor, no me dé más coñazos, tengo muchos más nombres!: “El Catire Marín”, “Cacaíto”, Luis José, “Chicuaco”, “Pulan”, “Pirula”, Pedrito... je, je. Esto me da risa, pero dentro de un rato puedo estar llorando. Ya veo a los policías repartiendo planazos y peinillazos a todo el mundo, y a mi tío mucho más, que es el director. ¿Y si salgo corriendo? Nunca jamás, mi padre no soportaría tener un hijo cobarde, eso me lo ha repetido desde que yo estaba chiquito). Un uniformado tiene preparación para las jerarquías, acostumbrado a recibir órdenes de sus superiores, a respetar y hacerlas cumplir, sean éstas buenas o malas, eso es irrelevante. Se trata de casarse con la lealtad y la eficiencia. Lo importante es saber obedecer a los superiores y obligar a los subalternos a cumplir las órdenes emanadas desde las altas cumbres. A los hombres de uniforme la palabra democracia nos genera urticaria, y no sabemos convivir con ella en la vida diaria: (¡Bendito sea Dios!, ahora sí es verdad que va a pasar algo, mejor me voy, no quiero parar en la cárcel, y como están las cosas. Una mujer abandona la sala). Nuestra gran sabiduría está

ligada al orden y al respeto, siempre referidos al ámbito del paisaje que nos rodea. La convivencia fuera de los cuarteles es un aprendizaje arduo, poco interesante. Estamos tan afanados en el manejo de las armas, la defensa de la Patria, la contención de la guerra, que no tenemos tiempo para lidiar con la plebe. Hemos recibido regia formación castrense, que además de basarse en la calidad de la instrucción, la amplitud de criterio marcial, goza también de un fundamento supremo: la cultura de la humillación. ¡Ah, no se sorprendan, mis queridos perseguidos! (Esta gente no esperaba una obra así. Mírenle los ojos. Unos parecen aprobar y otros no. Pero a la mayoría les gusta lo que les estoy diciendo. Señala al público con su dedo acusador. ¿No es así, profesora Martínez? Usted se ha quedado en el auditorio sin pestañar. ¡Ah, pensé que era del régimen! Perdone usted, una equivocación la tiene cualquiera. Mire, amigo: ¿Va a denunciarme y dará argumentos precisos para encanarme? No lo sé, le he visto reírse y eso me confunde. Si se queda es porque le gusta y si no arruga la cara, mejor será. Bueno, concéntrate Eurípides, acabas de dar un traspie ante la sorpresa de la gente por sentirse aludida con tu monólogo. Ya no hay vuelta atrás. Y tú lo sabes).

Saber castigar es una de las tareas más complejas; asumir las prácticas degradantes a quienes nos iniciamos en la carrera del verde oliva, del blanco perla o del azul celeste, para descubrir nuestro temple y ejercer la lealtad y la obediencia a toda costa, requiere de una gran vocación y una piel de caimán bien curtida. ¡Así es, mis queridos pacíficos! Las humillaciones son portadoras de enseñanzas y moldean el

carácter para ser excelentes funcionarios. Los castigos infringidos a nuestros condiscípulos nos adentran en el rigor de la enseñanza y son garantes del éxito; se puede seguir adelante porque se tiene la condición natural para obedecer y ser escarmentado. ¡Sumisión, sumisión, viva la sumisión, mis queridos conciudadanos! Acatar es venerar y traspasar el horizonte de nuestras narices; quienes no lo hagan deberán marcharse a sus pocilgas, quienes no entiendan estas inevitables prácticas, son merecedores de una sola voz: ¡OUT!, ¡OUT!, fuera de nuestras escuelas, ¡el hombre uniformado tiene que estar dispuesto a todo! Mi jefe Máximo, mi Chanco poderoso, mi magnánimo General, viene de esa egregia formación. (Esto no me está gustando nada, si hubiese sabido que la obra era así, ni se me habría ocurrido pisar este auditorio. Qué falta la de esta gente, poner en peligro la comunidad del liceo sin saber lo que puede pasar. ¡Ay, esto sí que no lo soporto, *mijita!* ¿Tú piensas quedarte a ver toda esta porquería? ¡No, qué va, mi amor! Me voy antes de que se presente un bochinche. Las dos personas se salen del auditorio). Por eso detestaba a los viejos caudillos que obtuvieron sus grados en montoneras reales o ficticias. (Me lo imaginé, supe que estas mujeres podían salirse con mi monólogo, a lo hecho pecho, Eurípides, échale bolas). Un hombre de escuela, de especializaciones y estudios en otras latitudes, como mi jefe Máximo, no podía aceptar ser relegado por la antigua casta de montoneros de la vieja dictadura para usurpar los destinos de la Patria y perpetuarse en el poder *PER SECULA SECULORUM*. Su inteligencia, su olfato de sabueso cazador, le permitió percibir los aires de los

facinerosos y obligado por la Providencia se plegó a la fuerza política más importante del populacho antes que la gangrena amenazara al cuerpo de las instituciones. El contubernio bajó del cielo y con el líder civil de frondosa verborrea le asestó un golpe certero en el hígado del contrincante para que emergiera una nueva República de bayonetas caladas brillantes y justicieras. (*En este momento se coloca la cachucha de militar, se ajusta la chaqueta del uniforme con sus dos manos y, levantando la cabeza en forma altiva, continúa*).

Yo fui edecán de mi jefe Máximo, de mi cerdo rosado, miope y taciturno, fui su perro generoso, vengo de la Fuerza de Vapores y Cañones que defienden nuestras costas. (Yo le veo la cara al tío Juan Gaspar, a medida que transcurre la obra me pregunto qué estará pasando por su mente. Cómo se habrá podido aguantar todo este tiempo en su silla. Pienso que de un momento a otro se va a levantar e interrumpirá al profesor Eurípides que se hace el loco y nunca le fija la mirada. Ni siquiera en las situaciones de humor se le mueve un músculo de la cara. Mi tío debe andar molesto y nervioso porque cada minuto que pasa se seca la cara con un pañuelo. Hasta yo mismo, me estoy sintiendo incómodo. Todo sea por la Patria). Al recordar las pruebas de ingreso a la escuela estoy convencido de que fueron un mal necesario, sin dejar de reconocerlas como obstáculos extremos, pero para moldear nuestra figura de gallardos guerreros, no había alternativa distinta. (*Se pone evocativo*). Recuerdo mi bautizo al llegar al seno de la Institución. Me inauguré sobre un trampolín olímpico –yo apenas sabía nadar *tarzaneado*–, me empujaron hacia el abismo de la piscina; desde arriba, el rectángulo de agua parecía un

minúsculo pozo que se acercaba a mi rostro; a ambos lados se apostaron cadetes de grados superiores esperando mi chapuzón de espectáculo. Yo debía atravesar a golpe de brazadas el agua azulosa y estancada y salir al otro lado para evitar la maldad de los hombres rana. Al zambullirme de forma aparatosa (*hace un gesto con sus manos*) sentí el iplaf! estruendoso de mi cuerpo al hacer contacto con el manto gelatinoso de las aguas; los malvados me cayeron como perros hambrientos ante una presa súbita, su misión era no dejarme traspasar el cielo acuoso del volumen de agua que me aplastaba en el fondo, debían producirme la asfixia del ahogado. En las primeras de cambio me hundieron en ese mundo de burbujas desesperadas (*comienza a hacer una gestual amanerada*). Yo inhalaba el aire, luego me regresaban al fondo de las miniaturas cuadriculadas, tragaba agua a borbotones y cuando estaba a punto de desfallecer, me abandonaban a mi propia suerte para que mis espasmos de sobrevivencia me hicieran flotar como una boya a la deriva. No sé cómo logré alcanzar el borde opuesto de la piscina, estaba casi sin energías, exhausto; allí un Alférez de Navío me preguntó con su grito lejano: ¡Nuevo!, ¿le gusta el pescado crudo?” (*Con redoblada ironía e impostando la voz como si fuera el propio Alférez*). ¿Qué pensará él sobre lo que se come aquí?, dijo para sí el Alférez. Yo, aturdido, al ver los pescados recién extraídos del mar –aún se movían con espasmos eléctricos– como pude respondí: ¡No, mi Alférez! No es mi costumbre. (*Irónico*). ¡Ah, miren al Nuevo, no le gusta el pescado crudo! ¡Aquí se come de todo, Nuevo! ¡Vamos, Nuevo, a comérselo para que vaya

aprendiendo lo bueno de esta Escuela! (*Hace un gesto de asco*). Mastiqué el cuerpo baboso y tragué aquella carne que me produjo náuseas y vomité la bilis. Al recuperarme, me subieron de nuevo al trampolín. Esta vez esquivé parcialmente a mis ranas militares y casi alcancé la franja azul del final, pero no pude evitar ser presa de su morbo. Me volvieron a hundir como si fuese un saco lleno de papas. (*Se tira al suelo boca arriba y volteando de pronto la cabeza hacia el público*). Cuando desperté el sol me encandilaba y el brillo refractario de unas gotas de agua en los ojos fue una herida más en lo profundo de mis pupilas, me encontraba a la orilla de la piscina, tendido boca arriba, al lado del Alférez que intentaba revivirme con bofetadas anestésicas. Abrí las compuertas de mis párpados y un pescado retozaba en mis narices: ¡Nuevo! ¿Le gusta el pescado crudo?, otra vez la fatídica pregunta, no me ubicaba en el tiempo ni en el espacio, no sabía si todo comenzaba o terminaba, pensé en morirme. Esta vez, para no contradecirlo, contesté: Sí, mi Alférez, lo crudo es un orgasmo marino. (*Impostando de nuevo la voz como si fuera el Alférez*). ¡Ah, miren al Nuevo, le gusta el pescado crudo! Entonces me obligaron a comerme uno entero. Los fragmentos babosos atravesaban mi garganta y terminé en la enfermería vomitando parte de mis entrañas. No supe cómo soporté ese primer año en la escuela, mejor dicho, en ese manicomio de tarados. Recibí humillaciones a granel: los superiores me hostigaban por los pasillos de la escuela y me gritaban: ¡"Nuevo", rápido, límpieme las botas, y me le saca brillo como si fueran espejos. Tiene dos minutos! Más de una vez me retrasé: ¡Nuevo, llegó dos segundos tarde, vamos, el salto de la

rana! (*Comienza a saltar como una rana*). Y saltaba y saltaba hasta quedar extenuado. La última humillación la recibí de un cadete de tercer año: ¡Nuevo, necesito tres botones cosidos en un pedazo de papel sanitario humedecido! (*Mueve los pies como si pedaleara una bicicleta a medida que hace un pequeño desplazamiento por las tablas*). Salí corriendo y humedecí ligeramente un fragmento de papel y traté de pegar los botones, pero se me caían como monedas sobre el piso de mármol pulido. ¡Nuevo –me gritaba el cadete–, no sea bruto, primero pegue los botones y luego humedezca el papel ¡Vamos, aquí mismo, el salto de la rana 100 veces! Esa vez prolongué mi desmayo para recuperar fuerzas. (Qué bueno, el profesor de matemáticas se ríe por lo que digo, jamás lo he visto así, en todo caso es un tipo muy serio, eso quiere decir que voy por buen camino, aunque me pongan preso al terminar este monólogo). El mismo método de diversión y morbo les fue aplicado a muchos compañeros. Nos privaban de la salida por razones arbitrarias. Bailaban con nuestras púberes novias y nos humillaban delante de ellas estrechando sus cuerpos y manoseándolas. Sobre muchas de las acciones de los superiores estábamos obligados a sonreír, pero en la soledad de la noche, junto a nuestra almohada, sentíamos el tamaño de la humillación como un castillo de piedra volcánica. Esta cadena de vejaciones se extendía desde los grados superiores hacia abajo. Al pasar a segundo año pensé en vengarme con los nuevos. Así nos sucedía a todos. Se inventaban los castigos más desconsiderados. A partir del tercer año respirábamos, pero no faltaba alguno de los graduandos que quisiera lucirse aplicándonos

castigos o burlándose en el momento menos pensado. En cuarto año descubrieron a un homosexual y lo botaron de la escuela. (*Se arrodilla, baja la cabeza y extiende sus brazos en cruz como un Cristo*). Pero antes de echarlo, lo expusieron al escarnio público, nos reunieron a todos en el patio, a él lo arrodillaron en mitad de la cancha hasta hacerlo llorar. Lo despojaron de las presillas de su uniforme de cadete y le rasuraron el pelo. Y pensar que había hombres de uniformes muy finos, delicados, extremadamente educados, educadísimos. (*Se levanta dirigiéndose misteriosamente al público*). ¿Qué hacemos con la formación académica mejor del mundo en la escuela de los uniformes? ¿Qué resulta de estas humillaciones, qué se hace con una dignidad vuelta añicos? Un hombre de uniforme sale con ese fardo en sus espaldas. En cualquier momento de su agitada vida le brota la maldad, el odio, o el rencor, carga un tatuaje, sembrado, estampado en su cerebelo difícil de olvidar ante sus semejantes o enemigos políticos. (*Hace gestos con las manos y el tono de voz de suficiencia*). Está muy bien la defensa de la Patria, la estrategia ante el conflicto bélico, las especializaciones en tecnologías foráneas, y en distintas ramas del saber útiles para el país. ¿Y la dignidad del ser humano en qué rincón se aloja? (*Resignado*). A fin de cuentas, viéndolo bien, todo vale para nuestros propósitos. Después de haber sido edecán de mi jefe Máximo, mi cerdo hambriento, mi General laureado (aquí es donde más se incomoda el director), me han encomendado, junto a los jefes de policías regionales, escoger los mejores para los cuerpos represivos, mejor dicho, cuerpos disuasivos, como la Seguranal. ¡Eso sí!

Nuestra cantera de recursos humanos es muy rica en especímenes variados y de altísima solvencia. Desde ella nos nutrimos de individuos curtidos en traumas familiares y personales, de seres frustrados en la vida, o de aquellos que nunca conocieron a sus padres o tuvieron una infancia como las de los pobladores de los cerros de la capital. Los instruíamos en métodos para extraer la información a como diera lugar, como si fuese un alicate que halara la cabeza de un clavo o de un tornillo sacándolo de cuajo. (*Acentuando la importancia de lo que dice*). Para nosotros la información! es un tesoro. Nos servíamos de la experiencia de regímenes centroamericanos. Las personas frustradas, perturbadas, abandonadas, con desengaños de cualquier tipo, resultan excelentes torturadores. (*Se despoja de su chaqueta y la deja caer al piso mientras luce una franela negra que tiene dibujado en el pecho un punto rojo*). El trabajo sucio lo hace esta gentuza. En los niveles superiores nos embarga el pudor, no hacemos esas porquerías personalmente, pero disfrutamos viéndolas ejecutar, son pruritos, pero el dolor ajeno nos perturba, sin embargo, nos encanta saber desde lejos que alguien a quien odiamos, o es nuestro enemigo político, reciba un castigo ejemplar. Nos alteran los héroes de la patria, los líderes populares que quieren ser estrellas, detestamos a quienes conspiran contra el orden establecido y que aspiran a los cargos supremos del gobierno nacional. (*Se enfurece*). ¡Odiamos a los líderes políticos que se meten a redentores! Sin embargo, respetamos a quienes soportan todo tipo de torturas, esos son los verdaderos machos, unos verdaderos gladiadores, ellos no sueltan prenda, por eso merecen todo el

respeto del mundo. (*Se pone evocativo*). La filosofía es corromper la moral del individuo. Cuando ella se resquebraja se puede lograr todo. Este es un oficio como el contrabando, jamás se le puede abandonar. (*Se muestra enfático*). En este oficio no hay religión, no existe el pudor, y brilla por su ausencia la consideración o estima. (*Se golpea el pecho*). Un torturador es un bloque de hielo. Si se derrite ante cualquier circunstancia no nos sirve. En esta profesión no hay redención o arrepentimiento. Se está en ella o no se está. La doble moral es la clave, y a mucha honra. Una cosa es estar en los sótanos de cualquiera de nuestras sedes regionales y otra es estar sentado a la mesa con nuestros hijos disfrutando, como cualquier mortal, de una buena comida o de una caminata al parque, o una cosa más sutil, hacer obras de caridad o ir a la iglesia para arrepentirnos de nuestros pecados. (*Profundo*). Al fin y al cabo somos seres humanos. Si los sueños perturban al torturador está perdido. Aquí no puede haber gente con dudas o complejos de culpa. Nuestro discurso a los recién llegados es claro, ellos lo saben. (*Una vez más el énfasis*). El torturador debe meterse en la cabeza que la expansión del terror y del miedo da buenos resultados, aterrorizan a la gente, la inhiben a reaccionar, pero también el torturador debe estar convencido de que cuando el régimen de turno se desmorona, debe huir o esconderse para siempre con toda su familia, de lo contrario sus días están contados. (El director del liceo está inquieto y mira su reloj. Piensa en la vaina que le ha echado su profesor de Educación Artística. Este hombre me ha engañado. Tanto que se lo pedí. Que tuviera cuidado con lo que hacía. Debía haber leído la

obra. Igual, me iba a decir que lo estaba censurando. Ahora quién aguanta al Consejo de Profesores. No sé si deba parar esto. Pero... quién sabe. Ahora lo que quiero es que esto termine de una buena vez. Y mi sobrino sabría de todo esto. Uno no puede confiar ni siquiera en la familia. Pero Eurípides está loco. Se arriesga a que nos cierren el liceo. Esto es una insensatez. Debió de pensarlo muy bien. Ahora, qué debo hacer. Ya veré. Qué calor. Eurípides, ya te la verás conmigo. Pero cómo es posible...). Don Peter seguramente le filtra algunos detalles, no siempre reales, pero lo esencial él lo sabe. Sobre todo, lo relacionado con los partidos y los líderes de la resistencia. Nosotros creamos una red de delatores y soplones de primera categoría, tenemos dinero petrolero para sostenerla con muy buenos resultados, gracias a Dios. (*Contrariado*). La gente es muy gazmoña. A veces se alarma de los métodos aplicados en nuestro combate contra la resistencia. Nos acusan de crueles, ¡qué pretenden! ¿Es que acaso creen que somos seres insensibles, que debemos entregarnos a la marabunta de los conspiradores de oficio? ¡Qué equivocados están! Pero de una cosa sí estoy seguro. Mi jefe Máximo, mi General chinchurria, es un buen tipo –claro, con la formación militar que aquí se imparte (¡Ya, Eurípides, ya está bien, por favor termina con esto o me voy a ver en la obligación de suspender este acto!), como he dicho– pero se dio cuenta en sus funciones de Estado Mayor que los políticos iban a tomar el poder, quién sabe hasta cuándo, y decidió jugársela para salvar este país y evitar que se instaurara la dictadura del proletariado. (*Afirmación profunda*). Su acción se justifica a

todas luces. (Qué cara la del director, cuando termine este monólogo seguramente me las veré con él. Ya entenderá, y si no, me da lo mismo, perder el cargo me importa poco, pero no creo, lo conozco). De lo contrario sería exponerse a que lo derroquen en plena madurez. Con razón mi jefe Máximo, mi cochino apostólico, mi General flatulento, dice que la represión es necesaria para eliminar la posibilidad de que los rojos lleguen al poder. (Qué valiente es el profesor Eurípides. Cuando me dijo que no había necesidad de hacer ensayos –no quería que ninguno de nosotros descubriera lo que tenía en mente– sospeché por instantes que podía estar tramándose algo, se lo dije a Pedro Esteban, pero al mismo tiempo la situación del país, creía yo, le iba impedir cometer esta locura. Sin embargo, me sorprende su monólogo. Lo admiro, qué bolas tiene ese tipo, cobarde no es. Mi texto leído, ante lo que él está haciendo en este momento, no significa nada. Ahora sí es verdad que puede pasar algo. Cada vez que nombra a Pérez Jiménez le veo la cara a mi tío que ni siquiera pestañea. Pero debe estar reventándose por dentro). Pedro Esteban me mira como si adivinara lo que estoy pensando. (Bueno, Eurípides, tú te lo buscaste. ¡Qué bolas! Vas a salir de aquí del liceo como cigarrón de palo. El director del liceo está arrecho. Pero déjame decirte que estoy de acuerdo contigo. Toda mi solidaridad, profesor. Eso es lo que nos hace falta, un hombre con los cojones bien puestos como los suyos. Si los que se oponen a esta dictadura tuvieran aunque fuera la mitad de un cojón de los suyos, profesor, ya hubiéramos tumbado a este carajo. ¡Bien por usted, profesor Eurípides!

Jamás nos olvidaremos de esta actuación suya. Aprendan, hijos de puta, aprendan. Me provoca salir y ver qué está pasando alrededor del liceo. ¿Será que ya algún sapo habrá avisado para que lo vengán a poner preso? Son capaces. No salgo porque entonces van a pensar que estoy en desacuerdo con el profesor Eurípides, o que tengo miedo, y a eso sí es verdad que no me arriesgo. Esa carajita de la primera fila sí está de pinga. Le voy a montar un ataque a ver si me lo da). Ahora, don Peter me ha invitado –creo que se trata de mi traslado a esta ciudad– para poner orden en nuestra sede regional, ya que se han visto algunas inconsistencias que debemos subsanar. Traigo conmigo dos personas estupendas, nuevas adquisiciones de un psiquiátrico de la capital, son extraordinarias y darán buen resultado en la lucha contra el vandalismo político en la región. ¡No desmayemos en la lucha contra los políticos, miren que la máscara de la libertad nos acecha! ¡A esconderse todo el mundo! (*Suena la sirena del barco. La luz se apaga, cierra el telón y se enciende la del público*).

Comienzan unos tímidos aplausos que luego se convierten, progresivamente en estruendosos cuando el alumno y líder de quinto año, José Ángel Morales grita desde atrás: ¡Bravo, bravo! La gente se dispersa rápidamente. El director del liceo sube al proscenio, aparta un pliegue del telón y desaparece entre las fauces oscuras. Yo salgo disparado del auditorio. Muchos comentan la función y hablan de la osadía del profesor Eurípides. Sabemos que los comentarios sobre la obra saldrán de las paredes del liceo y se desparramarán por toda la ciudad llegando a oídos del gobernador y del jefe de la policía.

Otra vez José Ángel

Al otro día el profesor Eurípides desapareció del mapa. Creo que lo obligaron a tomar sus vacaciones y mi tío me dio tremendo regaño por exponerme y participar en un acto que comprometía al liceo ante el régimen. Yo no dije palabra alguna, pero no creí en su regaño porque noté más bien en su rostro una sutil alegría contenida. Ese mismo día también nos llegó una noticia procedente de Maturín. En el liceo Sanz habían comenzado unos disturbios. En el nuestro se armó una “Sampablera” porque hubo un mitin relámpago encabezado por José Ángel Morales, el alumno de quinto año que pertenecía a la juventud del Partido Comunista. Como siempre, se trepó en el murito de la cancha y se agarró de la cerca de alambre mientras levantaba ronchas con su virulento discurso. Parecía estar contenido dentro de una claridad como si fuera una neblina, pero se distinguía perfectamente. Irradiaba una suerte de atracción por las palabras que pronunciaba y destacaba su brazo batiente y su camisa roja de sangre de toro.

Los estudiantes aplaudimos; alguien lanzó unos papelitos contra el régimen que parecían una lluvia de pétalos blancos temblorosos y de inmediato los bedeles los recogieron y la manifestación se dispersó tan rápido como había comenzado. No sé por qué las cosas sucedían siempre hacia el mediodía, antes que saliéramos de clase. Lo recuerdo por el impacto de la luz en nuestros ojos y en la sombra que se escondía debajo de nosotros. Todo lo veíamos claro, brillante y era como un estado de ánimo que la claridad nos regalaba. Sudábamos como cerdos

y los perfiles de sombras lucían como cuchillos en las calles y paredes de la ciudad. Llegábamos a nuestras casas exhaustos, nos echábamos un buen baño y luego nos sentábamos a disfrutar de las delicias de la abuela.

Justo a la hora de almuerzo me encontré con mi tío, y escuché cuando le contaba a su mamá lo sucedido en la mañana. De inmediato mi abuela, dirigiéndose a mí, me dijo: Bueno, mijito, cuidado con lo que haces, no te metas en esos disturbios que puedes salir con las tablas en la cabeza. Yo vi a mi tío que sonreía discretamente, y agregó algo que era para mí, pero lo hizo en un tono de voz casi impersonal: “Yo se lo he dicho a él, que tenga cuidado con lo que hace, sobre todo que no se junte con esos comunistas que andan formando líos, como el tal José Ángel ese, la situación está muy delicada para meterse en zaperocos. Yo me quedé como si no hubiese sido conmigo. Y mastiqué con placer el arroz con plátano envuelto en casabe mojado que yo había puesto como pequeños bocados por toda la orilla del plato.

El escándalo

En uno de esos días calurosos de la semana, al llegar a clases, vi en algunas de las paredes cercanas al plantel unos letreros que habían pintado seguramente en la madrugada, porque me había ido a casa y ellos no estaban allí al dejar el liceo. “Abajo la dictadura”, “Muera el dictador”, decían. Pero, el que más me llamó la atención fue uno grandote sobre el muro que protegía la catedral, allí se leía en letras rojas: “Monseñor, güevito de oro”. Al sonar el timbre de entrada a clases vi una cuadrilla de hombres salir de una camioneta de la

policía tapando los letreros con pintura negra. Yo no entendía el letrero contra Monseñor, por eso se lo pregunté a mi tío en uno de nuestros almuerzos; me contestó que no preguntara imprudencias. Me quedé con la curiosidad y dejé colar entre mis amigos de estudio la pregunta capciosa. Entonces entendí lo que sucedía y las dimensiones de lo que podía ocurrir.

Ante la situación que se había presentado en la ciudad por el descubrimiento de la preñez de Rosa María, estudiante menor de edad, que vivía en las residencias religiosas de la Caridad Angelical, y que al final confesó que su estado de gravidez se debía, nada menos y nada más, que a la máxima autoridad eclesiástica: Su Eminencia Monseñor; las fuerzas vivas de la ciudad, conjuntamente con el prelado, se movieron rápidamente en aras de buscarle una solución para evitar el escándalo. Pero el hecho no dejó de conmover a la gente, que entre la incredulidad y el asombro, se apresuró a buscarle una solución al espinoso problema dada la religiosidad de los cumaneses. La Iglesia no podía permitir que su feligresía comenzara a dudar de su mentor religioso, de aquel hombre parsimonioso en las misas, humilde y diligente frente a los hijos de Dios. Por su parte, la gente que estaba en contra del prelado y otra, que era atea, aprovechó la oportunidad para enfilear sus ataques contra aquel personaje que lucía impoluto y que casi, para muchos, era un santo. Continuaron las pintas en las paredes de las calles principales. Rosa María fue sacada de la ciudad y enviada a un lugar lejano. Los comentarios de las personas la ubicaban en la capital. Al parecer, algo había soltado el chofer de Monseñor. Nunca más se

supo de su paradero, ni del “paridero”, de aquella muchacha.

En esos días la casa de Monseñor estuvo muy concurrida, y reinaba en la ciudad la incertidumbre ante un hecho que no había sido aclarado. El hermetismo era total. La consternación de la gente, también. Los comentarios malsanos inundaron los más apartados rincones. Algunos decían que en varias oportunidades habían visto a Rosa María saliendo, a altas horas de la madrugada, de la casa de Monseñor y abordando el auto de Su Santidad con rumbo a la residencia religiosa. Otros comentaban que Monseñor visitaba con demasiada frecuencia esa residencia. Con razón todo lo que pedían desde allí era concedido por el prelado, o éste intercedía con las autoridades gubernamentales, para obtenerlo: la construcción de un nuevo espacio de estudios, una nueva imagen de la Virgen María, un presupuesto adicional para los gastos de mantenimiento de la capilla, y por supuesto, la presencia del obispo en todos los actos de la residencia de las religiosas angelicales. Ante los comentarios de la población y la ausencia temporal de Monseñor de los actos públicos (o de los actos públicos, como decían los borrachines del Bar Sport, que quedaba en las narices de la casa cural), un día se regó una noticia, que llegó hasta los hogares de los cumaneses, para tranquilidad de muchos y exasperación de otros. Monseñor ahora podía lavar su culpa, porque la buena nueva hacía recaer el delito de trasgresión sobre el jardinero de la residencia de las religiosas, un señor que, de no ser tan mayor, a lo mejor hubiese pasado por inadvertido ante el hecho que se le imputaba. Esto exasperó a la gente y caldeó los ánimos. No obstante, el acto de desagravio a Monseñor,

en una misa especial de los domingos, llenó la Catedral de bote en bote. Su Eminencia dio una misa solemne y pidió perdón para quienes habían dudado de su integridad y manifestó su desagrado contra quienes pretendían socavar las bases de la Iglesia, y extendió sus plegarias hacia quienes lo adversaban por el solo hecho de tener excelentes relaciones con el presidente de la República. Mientras esto sucedía, las paredes de la ciudad hablaban y condenaban al obispo.

A la población llegó muy temprano la noticia de la inculpación del jardinero, que fue llevado a los tribunales acompañado de una multitud que coreaba su inocencia. La policía intervino para que el viejo pudiera entrar a la casa de la justicia. El juez superior, sereno, pero lívido, le hizo jurar a aquel hombre demudado que diría la verdad, y nada más que la verdad. Un SÍ, temeroso, se escapó de los labios inertes de aquel ser que, a todas luces, reflejaba la aceptación de una culpabilidad impuesta.

Un amigo del juez superior comentó en una reunión social, después de echarse unos tragos, lo que la máxima autoridad de la justicia del Estado le había dicho:

A ese pendejo le voy a meter todos los años del mundo porque yo sé que no es culpable de nada, pero se presta para esa vagabundería.

“El caso Monseñor”, como se le decía ordinariamente, vino a verse matizado por un evento que llenó de chismes la ciudad y distendió la tensión de ese momento. En la avenida Gran Mariscal, donde habitaba la gente rica de Cumaná —era la parte chic— vivía un viejo conde con más de ochenta primaveras, que había venido de otras tierras y estaba instalado entre nosotros

desde hacía muchos años. Había sido todo un acontecimiento que el conde Cerezo, así se llamaba, contrajera matrimonio –un par de años antes del “caso Monseñor”– con una jovencita de la aristocracia cumanesa que apenas sobrepasaba los veinte. La boda no fue un escándalo, porque se trataba de un personaje con mucho dinero, y como se sabe, la plata endereza entuertos o esconde cualquier desafuero. A la joven se le vio siempre acompañada de su maduro conde, pero el pueblo decía que ella era una mujer insatisfecha porque su anhelo de tener hijos no se le había cumplido. Justo en pleno desarrollo de “el caso Monseñor”, un día corrió la noticia de que la agraciada muchacha por fin estaba preñada. Dio a luz una criatura con rasgos parecidos a los de ella, pero el hermoso niño tenía poco que ver con el conde Cerezo. Los rumores no se dejaron esperar y la ciudad se tejió en comentarios: “Ahora al conde Cerezo se le ve poco en los eventos sociales”, “su mujer no volvió a salir más”. “A quién se le ocurre que una persona tan mayor pueda tener hijos”. Estos dimes y diretes proliferaron y se mezclaron con los que se hacían sobre Monseñor. La situación vino a culminar con la aparición de un pequeño poema que se le atribuía a un poeta popular que vivía borracho por las calles, pero que gozaba de una gran simpatía. En los paredones de la ciudad aparecieron entonces, estos versos:

*Dicen que de Cerezo/tuvo un hijo su mujer/
pero eso no puede ser/porque no puede ser eso.*

Fue una situación pasajera que por momentos desvió la atención de “el caso Monseñor”, retomado poco días después. Que se manifestaba cuando Su Eminencia pasaba cerca del liceo en su flamante carro y los aguerridos

estudiantes le gritaban “¡igüevito de oro!”. Yo participaba acompañándolos pero no me atrevía a pronunciar palabra alguna para no molestar al tío Juan Gaspar y recibir un regaño gratuito. Esto creó una franca predisposición del prelado contra nuestra institución. Entre los dos centros educativos había una tirria que se manifestaba en los torneos de fútbol y de béisbol. Todos ellos terminaban en batallas campales y tenían que intervenir las autoridades superiores para evitar males mayores. Lo mismo sucedía en las fiestas domingueras donde se encontraban estudiantes de ambas instituciones cuando los muchachos del seminario trataban de levantarnos las novias a los del liceo. Recuerdo que en una de las retretas del domingo, en la plaza Pichincha, Pedro Esteban y yo estábamos convenciendo a unas muchachas del colegio de las hermanas carmelitas para que saliéramos a dar una vuelta e intentando que fueran con nosotros al cine cuando de pronto se aparecieron dos estudiantes del colegio San José a sonsacárnoslas. Nos quedamos viendo pajaritos porque ellas nos dejaron plantados y se fueron muy orondas con los tipos. Nos vimos las caras y Pedro Esteban hizo un gesto de indiferencia como si las empujara con sus dos manos. Déjalas que se vayan con esos firifiris, dijo, mientras repetía el gesto muy femenino. Yo me lo quedé mirando, y no era la primera vez que Pedro Esteban utilizaba esos ademanes que me resultaban desagradables. ¿Qué pasa, Pedro Esteban?, le dije molesto, ¿por qué tienes que comportarte de esa manera?, insistí. En lugar de responderme repitió el gesto, y dijo: ¡No importa, que se las lleven, son unas bichas! Yo me fui a casa y lo dejé solo. Iba pensando que faltaba poco para que nos enfrascáramos en una

pelea con los estudiantes del colegio San José. Sentí un frenazo a mis espaldas y vi cuando del auto de los esbirros de El Peñón se bajaron los dos tipos para atraparme. Empecé una veloz carrera como nunca lo había hecho. Sentía que me pisaban los talones y nunca quise voltear porque pensé que en esos segundos me atraparían. Crucé calles y pasadizos secretos hasta llegar a casa como un perro recién bañado. Sentí que alguien me gritó y reconocí luego que se trataba de la voz del mecánico perezjimenista.

TRES: *DE ARDENTÍAS*

La gran euforia de la luz en mi ciudad es la ardentía. Ella aparece en luna llena. Justo esta noche, en la playa de Quetepe, alrededor de una fogata y con motivo del cumpleaños de nuestra amiga Rosalía, María del Rosario y yo, junto a otros compañeros de liceo, esperábamos el mágico momento. Entre cuentos y traguitos de ron comenzamos a percibir los primeros cambios. Es una noche de desenfreno con entera libertad; andamos desprovistos de ataduras y molestias familiares que nos distraigan. Las olas inician su metamorfosis plateada e impregnan la arena de puntitos brillantes como si fuese una lluvia de diamantes que hubiera caído sobre el mar y a lo largo de la ensenada de la playa. En nuestros cuerpos humedecidos cada gota es una pequeñísima lentejuela de nácar. Los rizos de María del Rosario parecen cadenas que se derriten liberando gotas de azogue caídas al mar. Comenzamos a brincar de alegría y nos lanzamos ráfagas de agua relucientes. A lo lejos vemos hervir los cardúmenes de sardinas en la superficie; son millares de estelas luminosas que aparecen y desaparecen. Es una borrachera, un éxtasis, un orgasmo colectivo y planetario. Corremos sobre la arena espumosa con el baño refulgente del rocío

en nuestros cuerpos. La ardentía es un fenómeno de luz ardiente, una fantasía de un mundo distinto, un sueño efímero que quisiéramos prolongar, pero como toda ilusión, desaparece en un suspiro. Regresamos a casa con la experiencia inolvidable del ardor nocturno para afrontar, en los próximos días, el ardor de otros acontecimientos.

La culpa es de Kikí

El viernes por la tarde, al salir de la última clase, nos sorprende un alboroto en la calle. No es una manifestación, como pensábamos, sólo se trata de un personaje popular que reaparece para causar revuelo entre las liceístas que merodean por los alrededores del plantel tratando de divertirse en sus ratos de ocio.

Kikí es otra de nuestras diversiones. La gente dice que fue alumno del Sucre y se volvió loco de tanto estudiar. Todavía se le ve con libros maltratados debajo del brazo. Mediano de estatura, trigueño, viste siempre pantalón de caqui arremangado hasta las rodillas, sin camisa, aunque algunas veces usa una blanca, manga corta y sucia, como sus pies descalzos. Se detiene frente a cualquier grupo de estudiantes a dar unas peroratas supuestamente adquiridas en el plantel y aprendidas desordenadamente en su cabeza. Comienza su clase particular como si iniciara un ritual. Su brazo derecho se dobla más allá de la articulación que le permite el codo. Por lo que luce un antebrazo deforme al que soba como si mostrara un trofeo. Pero su verdadero trofeo es otro. Mientras Kikí da su clase a las muchachas lo interrumpimos con gritos provocadores: “¡Kikí, tú no paras!”, “¡Kikí, ya tú no sirves para nada,

te jodiste!”. “Se te secó el güevo”. Como siempre, reacciona con la furia de su orgullo herido. Se desabotona la bragueta y muestra su verga intensa color tabaco. Las muchachas salen corriendo y gritan como si hubiesen visto al diablo o como si el pene de Kikí saltara de su escondite para perseguirlas. Mientras tanto, nosotros nos reímos y aprovechamos el acontecimiento para hacer proselitismo o un saboteo fugaz. Ahora dejamos a Kikí solo, rumiando, con su apéndice colgante en un intento por recuperar su equilibrio.

Yo tomo de la mano a María del Rosario y nos vamos al parque. Nos sentamos en un banco de la plaza Ayacucho mientras nos reímos de las ocurrencias de Kikí. Dejen a ese señor tranquilo, ustedes son muy malos, me dice, y expresa que quiere irse a su casa. En verdad, trato de distraerla para que ceda ante mis impulsos amorosos. La beso tímidamente porque hay gente en los alrededores y a ella le da pena. En uno de esos momentos de ojos cerrados, impulsado por la glotonería de mis labios, siento que alguien me molesta por la espalda. Un policía me fastidia con su rolo y me dice que “eso” no está permitido. Nos obliga a marcharnos y nos amenaza diciendo que si nos vuelve a pescar “haciendo cosas” nos llevará presos. Me molesta por María del Rosario, no sólo porque nos ha sorprendido *in fraganti*, sino también por su lisura de morbosos. Ella se sonroja y protesta: “Te dije que nos fuéramos, no me gusta lo que pasó”. Se echa a llorar e intenta escabullirse. Trato de atajarla, pero sale corriendo y se pierde por los lados de La Glacière –el cine pornográfico de Cumaná. La puedo ver tres días después, en clase de matemáticas. Nunca más quiso ir a la placita; debíamos inventar vernos en otros lugares,

entre las matas del liceo o en la playa acompañada de una amiga. Pero sí se atrevió a invitarme al cine Pichincha este fin de semana. El día de la función ella me estaba esperando en la última fila. El lugar donde nadie podía tocarnos por la espalda ni encendernos la luz. Sentí lo mismo que aquella noche cuando la ardentía nos llenó de puntos luminosos y nos besamos como si estuviésemos en una calle de marquesinas encendidas en Brodway. Nuestros párpados apenas se abrían y se cerraban para constatar si el vigilante del cine andaba cerca y nos pescaba en los amapuches. Sólo cuando se aclaraba la pantalla por un paisaje marino o un amanecer, nos despegábamos y dejábamos de acariciarnos un rato. Luego, nos enchufábamos de nuevo hasta las letras de FIN.

De mis delirios

Creo que me voy a volver loco. Hoy amanecí pensando en los senos de María del Rosario. Dos protuberancias que me caben en el cuenco de mis manos como si fuesen mandarinas pintonas. Ella me dice que le duelen cuando se los aprieto y entonces disminuyo la presión y deslizo mis dedos por la superficie rosada de sus pezones y noto que se le eriza la piel como a mí. He decidido invitarla al Castillo, pero no estoy seguro de que acepte. El otro día me dijo que las muchachas que subían hasta allá terminaban “cogidas”, y que además es un lugar de muy mala reputación. Cuando se ve venir a una niña descender de esa colina, la gente empieza hablar tonterías y ella no quiere estar en boca de nadie. Le digo que hemos estado solitos en la playa y no ha pasado nada, pero no me contesta. Como el castillo está

frente al cementerio, he optado por decirle que me acompañe a este último porque quiero ponerle unas flores a mi bisabuelo. Hemos entrado por la primera puerta, y al traspasar su umbral, muy cerca de allí, está el pabellón macizo, manchado de vetas de óxido sobre la superficie caliza, donde reposan los restos de José Antonio Ramos Sucre, esto es lo que le hago creer a ella. Al llegar y depositar las azucenas, me ha dicho sorprendida que recién se entera de mi relación con el poeta. Yo le doy una argumentación rebuscada que no termina de tragarse, pero mi seriedad frente al supuesto difunto, y mi rostro de acontecido, disipa sus dudas.

El atardecer es una acuarela en el cielo de Puerto Sucre. Se nos ha hecho tarde, le digo; tenemos que atravesar por el castillo y bajar a La Luneta para recortar camino. Ha aceptado a regañadientes y termino convenciéndola de que subamos hasta la explanada del Castillo para ver el ocaso. Ella se queda mirando las pinceladas color araguato en el filo del horizonte mientras la tomo de la mano y la introduzco en una de las garitas vacías. Mira, le digo, desde aquí observaban los soldados para avisar la llegada de los piratas a nuestras costas. Me recuesto a su espalda y junto mi cara con la de ella para compartir el fragmento de paisaje a través de la ranura vertical de la garita. La rodeo con mis brazos y, por encima de su blusa, toco sus pechos pensados e imaginados por mí al levantarme esta mañana. Siento sus pezoncitos erguirse como espinas romas y ella permanece inmóvil como una gota de agua que no termina de caer. Otra vez los ensueños y sensaciones embriagantes que nos hacen perder la noción de tiempo y espacio. Sudamos como labriegos a

pleno sol, entonces ella se viene hacia mí y nos besamos con la fuerza de la desesperación. De nuevo la sorpresa, de nuevo la pena, el susto, la incertidumbre, y otra vez, la mano de un hijo de puta gendarme que nos acechaba y nos conmina a salir de allí. ¡Van presos, sinvergüenzas! ¡Caminen! Nos dice. Marchamos delante de él. Por momentos me provoca correr, pero sé que me esperarían a la salida. No sé qué hacer. Estamos perdidos, pienso. De repente, el Ángel de la Guarda acude a socorrerme y me planto frente al guardia sin que mis nervios me traicionen. Le espeto con tranquilidad: Yo quiero que me lleven a ver a mí tío, el comandante Vicente Emilio Pacheco. Él debe estar allí. Esta mañana, antes de salir de casa, me dijo que iría a la Comandancia”.

Al guardia lo veo ponerse nervioso y pareciera no tener dudas de lo que le he dicho, y si las tiene, no se atreve a constatar la veracidad de mis palabras. Entonces me dice como un corderito: “Váyanse con cuidado, muchachos, a esta hora es muy peligroso andar por aquí”.

Le doy las gracias, y sé que al terminar de bajar la cuesta del castillo, María del Rosario me armará un zafarrancho.

Yo, en verdad, no sé cómo esos carajos no me botaron de allí, sobre todo en el segundo año, cuando decidí hacer la última cosa que merecía mi expulsión. Estaba yo en la capilla –teníamos que confesarnos y comulgar al menos todos los domingos– y me volvió a tocar el cura preguntón de pendejadas. Y me dije, pues te vas a joder porque ahora soy yo quien te va a preguntar cosas... Padre, estoy empecatado, le dije. ¿A ver, a ver, mijito, por qué dices eso? Porque el otro día

–le contesté–, mientras rezaba frente a la Virgen María... no sé si decírselo, me da miedo... Anda, no seas tonto, para eso estoy aquí, para recibir tus pecados y perdonártelos... Bueno, se lo voy a contar, como le digo, estaba arrodillado frente a la Virgen María y de pronto pensé cómo tendría ella la cuca, si peluda o lampiña... ¡Ay, Dios todopoderoso, pero qué dices, criatura!. ¡Cómo se te ocurre tamaño sacrilegio! Yo se lo dije, padre, le contesté, poniendo mi voz temblorosa. ¡Bueno, a ver, ya, ya... vas de inmediato a rezar seis avemarías y tres padres nuestros y te vas a tu cuarto a pedirle perdón al Señor! Y no vuelvas a pensar más cosas de esas tan terribles. Es que tengo muy malos pensamientos y no me los puedo quitar de la cabeza, padre... Ya hijo, vaya con Dios... No, padre, no he terminado aún. Desde hace una semana se me quedó en la cabeza algo que no puedo sacarme. A ver, de qué se trata... Es algo que me enseñó un amigo..A ver, vamos, termina de decírmelo, que hay gente esperando para confesarse...Está bien, dice así: “El coño tiene relingas/como barcos colombianos/tiene teclas como pianos/y voz como clarinete/y por debajo tiene un hueco/por donde la pinga lo mete/... ¡Muchacho!... me gritó. Hasta allí llegó el curita conmigo. Más nunca se atrevió a preguntarme vainas malas y yo decidí que tampoco se las diría. Pero a partir de aquel momento la palabra sacrilegio se quedó grabada en mi mente como un tatuaje sin saber que años después se repetiría conmigo, grande y en público.

La institución de la tortura

En el liceo continuaban ocurriendo cosas raras. De repente sucedía una explosión en uno de los pasillos mientras estábamos en clase. En otra oportunidad colocaron una bomba molotov en el laboratorio de física. No aparecían responsables de los hechos; se había creado tal tensión que el Consejo de Profesores decidió hacer una reunión para tomar medidas. Yo sospechaba de los muchachos comunistas, pero nadie decía nada. Muy pocos docentes estaban con el régimen, los demás se cuidaban de hablar en voz alta. Sin embargo, uno de los profesores nos pescó un día, a través de unas matas, poniendo unos triquitraques en la ventana al profesor de historia, simpatizante del gobierno. Ese profesor no quiso denunciarnos, lo supimos después del alboroto en el salón de clases y del escándalo que armó su colega al suceder el hecho. Ese profe me llamó a mí y a otro compañero; encerrado en un salón, nos dijo: “Si ustedes continúan con su saboteo, nos van a allanar el liceo y vamos a perder todos. Tengan cuidado con lo que hacen y ocúpense de sus estudios que esto terminará pronto”. Nosotros nos quedamos fríos, no era nuestra culpa, pero al menos sabíamos que teníamos un aliado en el Consejo de Profesores.

En esos días de los primeros disturbios en la ciudad llegó mi padre a visitarme y escuché una conversación con el tío Juan Gaspar sobre un hecho doloroso de un amigo en común. Habían apresado al “Tobito”, un líder sindical, por distribuir pasquines en la ciudad de Maturín; lo sorprendieron junto a otros opositores del régimen. Le escuché a mi padre el relato sobre el

infortunado dirigente: “Al pasar a la habitación se llevó tamaña sorpresa. Algo le habían dicho a él, pero no lo creía. Ya en el recinto se quedó mirando a su cuñado y le dijo: ¡Coño, Federico, no puede ser, tenía que verlo con mis propios ojos para creerlo, chico! Pues sí, cuñado, sí puede ser, increíble es que tú estés conspirando contra mi General. Tienes la posibilidad de salir de esto si colaboras conmigo. Te doy una oportunidad, sólo de una semana, para que te vayas del país, mi hermana no puede seguir viviendo esa zozobra en que la mantienes, le dijo, tratando de culpabilizarlo. Pero Manuel sabía que su mujer era incapaz de hablar de esas cosas. Le había advertido de los peligros que corrían sus vidas si comentaba algo de su actividad clandestina, por lo demás, ella estaba de acuerdo con lo que él hacía. Tienes la posibilidad de sacudirte a esos golpistas de oficio si confiesas quiénes están metidos en la conspiración contra mi General, le dijo en forma definitiva. ¿Tú sabes como es la vaina, Federico?, te equivocas conmigo, no soy ningún sapo para denunciar a nadie, me considero un hombre con mucha dignidad... no un soplón. El cuñado no lo dejó terminar ... entonces nada puedo hacer por ti, le dijo con indiferencia. “El Tobito” lo fulminó con la mirada, lo maldijo en silencio y entendió de qué estaban hechos los hombres de la dictadura. Lo sentía por su hermana. Imagínate que a “El Tobito” lo pasaron a una cámara de tortura, allí estuvo esperando unas diez horas, sin agua y sin comida ¿Y sabes quién regresó de nuevo para convertirse en su propio torturador? ¡El mismísimo cuñado que le había hecho las advertencias! ¿Cómo te parece? ¡Terminó guindándolo por los testículos hasta que se desmayó! Le repitió la dosis varias

veces y tuvieron que mandarlo a la enfermería con los cojones destrozados”. Así está el asunto en el país, Juan Gaspar . Hay que tener mucho cuidado, concluyó mi padre. Y yo pienso que el cuidado lo debe tener él que se ha venido por esa carretera con tantas alcabalas. Si lo pescan, mi madre se volverá loca. Yo me quedé helado en mi cama con su relato retumbándome en la cabeza. Luego fuimos recibiendo más noticias sobre las cámaras de tortura de la Seguridad Nacional. Al papá de un amigo de mi tío le habían destrozado las manos y los pies introduciéndole agujas entre las uñas y la carne para que confesara una supuesta verdad que desconocía o probablemente sabía, pero que se negaba a revelar. El orgullo mantuvo de pie a mucha gente y la delación fue mínima. A otros los venció el dolor físico. Así le sucedió a un maestro de la escuela Normal, quien fuera sorprendido en la playa repartiendo propaganda política. Le aplicaron electricidad en los testículos y acrecentaban su dolor rociándoselos con agua para obligarlo a “cantar”. A un primo mío, por aupar una manifestación en su pueblo la SN se lo llevó preso. Lo incomunicaron durante un mes y lo torturaron metiéndole la cabeza en un balde de agua hasta que ya no podía más. Luego repetían la operación con las mismas preguntas hasta dejarlo exhausto. Nunca lograron extraerle información porque no estaba ligado a ninguna conspiración. Este método era muy común y una variante del mismo consistía en meterle la cabeza dentro de una poceta con orines o llena de agua sucia. También le introducían la cabeza dentro de una bolsa plástica para generarle el desespero de la asfixia. Pensé en Eurípides, el profesor de teatro

que aún no aparecía. Debían estar torturándolo para sacarle información. Fue un pensamiento absurdo porque no tenía evidencias de que eso fuera así, pero muy bien podría suceder. Los comentarios sobre su ausencia del plantel eran diversos. Algunos comentaban que, efectivamente, al director del liceo le habían dado unas cortas vacaciones, pero se rumoraba que estaba preso en una cárcel fuera de Cumaná. Otros corrían la especie de que se encontraba en la policía de la propia ciudad.

Ya en tercer año, se me metió una idea en la cabeza, es decir, en mi diario, que era que yo tenía que vengar lo que le habían hecho a mi padre. De alguna manera iba a reaccionar, con mi comportamiento, haciendo algo para cambiar las cosas; no lo tenía claro, pero la espinita estaba allí. Al colegio llegaban las noticias a cuenta gotas de lo que pasaba afuera y también por algunos compañeros de los cursos más avanzados. Pero en todo caso, era muy poca la información, y los curas cuidaban que dentro de los espacios de estudio y en el campo de deportes se comentaran cosas sobre el gobierno. Claro, como el gobierno les daba dinero para el colegio les resultaba difícil que dentro del mismo se ventilaran estas cosas. Por eso fue que comencé a escribir papelitos y los dejaba al borde de las ventanas y en algunos baños. Por supuesto que sospechaban de mí, pero yo era un gran actor de teatro para disimularlo. Por cierto, una de las cosas que hice fue meterme en las representaciones vivas de la pasión de Jesús que se celebraban en el campo de fútbol del colegio. Recuerdo que en una de ellas –creo que

fue en la última— se representaba el calvario de Jesús arrastrando la cruz mientras era apaleado por los judíos. Y el que hacía de Jesús era un cura joven muy parecido al de las estampitas de las primeras comuniones que repartían con la figura de Cristo. A mí me dieron el papel del malo, el que castigaba a Jesús con un látigo que no era de cuero sino de cabuya. Y en un momento de la representación aproveché para asentarle mi mano al curita y darle unos buenos vergajazos. El tipo vio hacia atrás, me quería comer con los ojos, pero Cristo no podía arrecharse. Hasta que le repetí la dosis antes de terminar la caminata; se dejó de güevonadas y soltó la cruz y comenzó a perseguirme a toda carrera por el campo de fútbol. Jesús corriendo a millón detrás de un pecador. Por supuesto, me castigaron y me dejaron un día sin comer después de recibir unos buenos coscorriones por el propio Jesucristo en persona. Pero me sentí feliz.

Los atropellos

A las ardentías les suceden los amaneceres que a veces traen sorpresas; una cierta luz nos predispone ante hechos desconocidos, es una suerte de intuición o sensación que se percibe cuando salimos a la calle y vemos iluminada o ensombrecida la ciudad. Si el cielo está encapotado podría ser signo de malos augurios. Si en cambio está lleno de nubes pasajeras, entonces algo pudiera ocurrir, aunque no sea seguro. Pero si está despejado nos imprime un gran vigor porque la luz de la mañana es brillante y estimula el inicio de las actividades diarias. Sin embargo, aquella vez el “tiempo estaba puesto” por los lados

de Caigüire, y Cumaná amaneció con la noticia de la llegada de Pedro Estrada⁺ para poner orden en la Seguridad Nacional de Sucre. El monólogo del profesor Eurípides había sido premonitorio. Hacía apenas un año, el temible “Chacal de

* *Secuencia 87. El Palacio. Interior noche.*

Unas doscientas personas llenan el Gran Salón Simón Bolívar de El Palacio. La fiesta es un laberinto de muchas conversaciones a la vez. Una música llanera y sinfónica impregna el ambiente. En uno de los grupos de la periferia del salón destaca la presencia de una bella mujer que sostiene de la mano a un hombre sobrado de autoridad por su gestual pretenciosa. La mujer está iluminada por una gran araña de bombillas lagrimales que pende del techo. Desde otro grupo sobresale el rostro de un hombre elegante, de frente amplia, alto, trajeado de negro, de ojos grandes, que llamaremos Pedro Estrada. Su mirada se encuentra con la de la hermosa mujer. Ahora el hombre que está a su lado suelta su mano y se aleja hacia otro grupo. El “Chacal de Güiria” –así llaman a don Pedro– se da cuenta, y aprovecha la oportunidad, atraviesa el salón para encontrarse con ella. En el momento en que la bella dama se lleva la copa de champaña a sus labios, Pedro Estrada se le acerca, alarga su mano y le deja caer en el líquido burbujeante una perla brillante y continúa su paso. El marido que se ha apartado de su mujer empalidece, se da cuenta de lo ocurrido. Lo vemos regresar al lado de su esposa con premura para decirle en tono dramático y suplicante:

-Lo único que te agradezco es que no me vayas a desgraciar con este gobierno...

El hombre, que se sabe un futuro cornudo, se retira compungido y resignado a juzgar por su rostro.

Desde otro ángulo observamos a un corpulento señor que ha estado mirando lo que pasa a este sujeto lo llamaremos Miguel Silvio Sanz. Pedro Estrada le dispensa una leve sonrisa con un ligero movimiento de la comisura de sus labios que denota un aire de triunfo. En ese momento se inicia el *crescendo* de la música sinfónica.

Nota para el director: Pedro Estrada (1906-1989), Jefe de la Seguridad Nacional de la policía política del régimen. Miguel Silvio Sanz, el segundo a bordo de la SN.

Guiria” –así lo apodaban por ser de esa ciudad– había denunciado, el 9 de agosto de 1956, un supuesto magnicidio y estaba decidido a capturar, a como diera lugar, a los implicados. Apenas se marchó de la ciudad hubo varios allanamientos, entre ellos estaba el de la casa de un amigo de mi abuela, el señor Zapata, un comunista que era el dentista de la familia. Supimos, mejor dicho, lo contó él mismo al salir de prisión, meses más tarde, que lo golpeaban con paños mojados para no dejar rastros de violencia en su cuerpo, pero no pudieron ocultar los pies destrozados producto de los golpes con bates de béisbol en sus plantas; posteriormente, lo obligaron a encaramarse sobre un rin de automóvil, descalzo y esposado, durante largas y angustiosas horas. Transcurría el tiempo y el acero se le iba encajando en la carne, no resistía el dolor y se desmayaba; luego lo revivían con baldes de agua fría y comenzaba de nuevo el interrogatorio infinito con las mismas preguntas. Al salir de allí perdió hasta la forma de caminar.

Yo tenía un tío político casado con la tía Ana Josefa, miembro del comando de la resistencia nacional del Partido Comunista, perseguido y torturado. Por él, pese a las agrias discusiones con el joven tío Juan Gaspar, que para muchos era un adeco, se producían tensos encuentros en el seno de la familia, ocasionando muchas veces distanciamientos durante meses; sin embargo, por él nos enterábamos de la realidad política secreta del país. Él mismo nos había dicho que la situación en estos finales del año 57 iba a ser delicada, que se pondría peor para el año siguiente. Mi abuela Ana Jacinta, a veces rabiosa, protestaba: “Eso es mentira de Jenaro, siempre anda inventando pendejadas para asustarla a una,

decía. “Él tiene razón, mamá”, replicaba el tío Juan Gaspar, “Jenaro es un conspirador profesional y está enterado sobre el acontecer político del país”. Mi abuela chasqueaba con la boca y se metía en el cuarto para no darle importancia al asunto, así pensara lo contrario.

Mis sospechas sobre Pedro Esteban

Tengo varias noches durmiendo mal. Me despierto y no hago sino pensar en la conversación que debo tener con Pedro Esteban. Hay varios indicios que me hacen pensar en la forma de ser de mi amigo. Después del Paralelo 38, Pedro Esteban me preguntó que cómo me había ido con la mujer esa noche. Pero jamás me contó cómo le había ido a él. Bueno, en verdad, yo tampoco se lo pregunté. Esa forma de estar echando vaina con su feminidad me pone de mal humor, porque no sé hasta dónde quiere llegar con ese jueguito. No me importa si es marica, pero que me lo diga, para saberlo, que se deje del misterio. A lo mejor piensa que si me lo dice, yo voy a cambiar con él. Me he preguntado muchas veces por qué él no tiene novia con tanta muchacha buena que hay en el liceo. “Porque las que me gustan, no gustan de mí”, me dijo la otra vez. Y yo le respondí que eso era paja, que no era verdad. Lo cierto es que he pensado que ninguna muchacha le va a hacer caso si él no cambia su modo de ser. “A mí me gusta Silvana, la italiana del café de la Plaza 19 de abril, esa sí me gusta, pero yo soy un muchacho de pecho para ella, me respondió el otro día. “Hay una que me gusta mucho más, pero eso sí es verdad que no te lo puedo decir. Es un secreto muy delicado”. Y yo no insisto en preguntarle quién es, porque él

no me lo dirá, yo lo conozco. A veces le pongo el tema de la causa de mi insomnio y se hace el loco. Tiene una habilidad para irse por las ramas que me asombra. Eso me pone más capcioso todavía. He pasado un tiempo y la cosa se me ha olvidado, pero estas noches he vuelto a pensar en mi amigo y he decidido hablar con él por todo el cañón. No sé cómo va a reaccionar frente a mi pregunta, pero no me voy a quedar tranquilo hasta arrancarle una respuesta. Si se molesta que se moleste. ¿Y si me dice que sí es? Ahora creo que no me importa, pero en verdad no sé cómo voy a reaccionar. De pensar que tengo que hablar con él, me dan nervios, se me altera el pulso. Pero yo no puedo seguir haciéndome el loco ante una situación que me incomoda hasta el punto de no dejarme dormir. Quiero sentirme tranquilo y ya. Si es marica, bueno, que me lo diga. Yo veré que hago.

He decidido enfrentar a Pedro Esteban. Me lo he encontrado en el cafetín y le digo que deseo hablarle. Dime, qué quieres, me dice. No aquí, no, es algo muy importante y no quiero que nadie se entere, le contesto. Nos alejamos un poco para sentarnos en un banco del jardín. De una vez se lo suelto sin pensarlo mucho: coño, Pedro Esteban, tengo dos días que no duermo por causa tuya. ¡No me digas!, me dice volteando los ojos como si fuera una ramera. Deja la vaina, y ponte serio, que quiero hablarte. Dale pues, comienza. Coño, “mi llave”, yo quiero saber si en verdad tú das el culo. Ay no mijito, ahora sí es verdad que te volviste loco, si doy el culo, cómo hago después para cagar. ¡No me jodas, Pedro Esteban, no te hagas el güevón y dime la vaina, que yo soy amigo tuyo y no me importa, pero quiero saberlo! Te vas a quedar con las ganas, porque no te voy a decir

nada. Entonces es verdad que eres marica. ¡Ja, ja, qué bolas tienes tú, carajito, tú si eres bien güevón, como no soy como tú, entonces crees que soy marica, a lo mejor el marica eres tú. ¡El coño de tu madre!, le digo. ¿Ah, te arrechaste? Pues, sabes una vaina, más arrecho estoy yo, porque tú dudaste de mí, no seas tan bolsa, vete al mismísimo carajo y a mí no me hables más! Se levantó y se fue verdaderamente disgustado. Yo me sentí muy mal y estuvimos dos días sin vernos hasta que decidí buscarlo en los billares de Florencio Ramírez. Allí estaba, lo llamé y al principio dudó, pero terminó acercándose a regañadientes. A ver, ¿qué quieres, carajito? Coño, Pedro Esteban, lo siento, todo ha sido una güevonada mía, perdóname esa, son vainas necias, tú eres mi amigo y punto. ¡Ah, ahora soy tu amigo!, me dijo, y repitió, con ironía: ¿Ah, con que ahora eres mi amigo? Sí, le dije, para siempre, no tengo dudas. Entonces se acercó a mí, hizo un movimiento súbito con una de sus manos sin que yo tuviera tiempo de evitarlo, me agarró por los testículos, se echó a reír y me dio la espalda caminando hacia la mesa de billar, mientras me decía: ¡Marico, sí eres marico!

El Ideal Nacional

Pérez Jiménez tiene que sospechar que sus días están contados. Se siente agobiado. El descontento de la población, la deuda económica del país y los disturbios a granel, así lo reflejan. Por eso se va a dirigir a la Nación desde el Congreso de la República, por Radio Difusora Venezuela y la cadena de emisoras y televisión del país. “El Observador Creole” ha tenido que suspender las noticias habituales y “Panorama Universal”, en la

voz de Temis Mele, ha dado paso a la intervención del dictador.

¡Juan Gaspar –gritó mi abuela-, va a hablar el hombre! Comenzó a escucharse la voz seca y cavernosa del dictador mientras ella le subía el volumen a la radio.

“Como es sabido, en los últimos cuatro años se ha llevado a cabo una obra de extraordinario alcance. Considero innecesario dedicar largo tiempo a la enumeración detallada de las realizaciones, por ser ellas una verdad actuante y porque la importancia de los resultados las señalan con mayor relieve. La preservación y continuación de estas obras es lo fundamental para la salud de la Nación” El tío Juan Gaspar apagó la radio y se le escuchó decir:

¡Qué riñones, qué caradura tiene el hombrecito éste, como si la gente comiera con cemento! El todo es porque está enterado de que la situación en el país anda mal y no sabe cómo aplacar los ánimos dentro de las Fuerzas Armadas. Mi tío salió hacia el liceo y mi abuela aprovechó para volver a encender la radio y continuar escuchando al dictador –su curiosidad la mataba-, sólo pudo oír sus últimas palabras:

“...en conjunto, obedecen al cumplimiento de los objetivos del Nuevo Ideal Nacional fundamentado en el ideal del Padre de la Patria, Simón Bolívar, el Libertador, y que en resumen, puede concretarse en tres índices de indiscutible aliento: Venezuela es la primera potencia económica de la América; Venezuela es el país de mayor crecimiento industrial de la América Latina; y Venezuela es el país de más alta rata de crecimiento demográfico del mundo”. terminó diciendo el dictador mientras mi abuela rezongaba

para sí.

Sí, como nié, yo te aviso chirulí, ¡qué hombre tan desvergonzado, Dios mío! como si esas cosas, si es que fueran verdad, pudieran tapar todos los crímenes y torturas de este gobierno.

Busqué a mi tío para que me explicara eso del Ideal Nacional porque tenía una tarea que entregar y no comprendía muy bien el asunto. Le conté que sospechábamos de ese profesor por su actitud frente a nuestras protestas.

-Escucha, me dijo, mi tío, yo no creo en nada de eso, pero como tienes que cumplir con una obligación no queda otra alternativa que disimular. Tomó un libro de su biblioteca y empezó a hojearlo. Coge papel y lápiz y copia, agregó, y comenzó a dictarme:

Para Vallenilla Lanz, el Ideal consiste en *“El mejoramiento integral de Venezuela, el desarrollo racional del medio físico y la superación en todos los órdenes del venezolano para una patria más digna, próspera y fuerte”*. El nuevo Ideal Nacional también puede considerarse como el enaltecimiento de “La Semana de la Patria”, esto es una suerte de fiesta escolar que incluye la celebración del 5 de julio, fecha de nuestra Independencia. Durante siete días se exaltan los valores patrios, los héroes libertadores y las realizaciones del gobierno con las respectivas loas al Presidente. Le dije a mi tío, que esperara un momento, que me estaba dictando muy rápido. Toma la idea general y después elabora la tarea con tus propias palabras, no vas a tirarte un caletre, me dijo, y continuó: En esa semana desfilan todos los alumnos de los colegios y liceos con sus bandas y uniformes de gala, se presentan actos culturales y se hacen ofrendas al Padre de

la Patria. El gobernador de Cumaná presencia el desfile militar del cuartel y se desvive jalándole bolas al presidente. Me quedo viendo a mi tío que se ríe. ¡Mentira, cuidado como vas a escribir esa vaina! Por su parte, Pérez Jiménez celebra lo suyo en el Paseo Los Próceres en Caracas. Otra de las grandes celebraciones, es la del 2 de diciembre, fecha del arribo al poder del General. Ese día se inauguran las grandes obras de infraestructura, y se recibe a la Virgen de Coromoto proclamada patrona de dichas celebraciones. Mi tío ya improvisaba y hasta sentía que algo inventaba. Dejé en blanco un par de líneas y continué copiando: La Virgen es un icono de la religiosidad del pueblo puesto al servicio de un régimen de oprobio para legitimar su fe religiosa frente a la población mayoritariamente cristiana. Esto tampoco lo puedes incluir, pero es bueno que sepas que eso así. Los dos nos echamos a reír.

La rivalidad

Ciertos eventos aparecían en la ciudad o en el país cada vez que la situación política se agravaba. Por un lado estaban las carreras de automóviles y las de caballos en donde el pueblo se sumergía para cambiar de ambiente. Igual cosa sucedía con algunos pasatiempos populares más o menos permanentes como eran el béisbol profesional que a veces nos mantenían distraídos u ocupados como ocurría entonces con nuestras actividades deportivas. Amábamos a Alfonso Chico Carrasquel que se encontraba cosechando éxitos en grandes ligas. Todos nosotros, los que jugábamos béisbol, queríamos ser como él, también los muchachitos de la calle que jugaban pelota. Carrasquel era

short stop en la gran carpa y nos peleábamos en los partidos por querer ocupar esa posición. Habían repartido un folleto sobre su vida de pobre. Aparecía el muchacho flacuchento con los zapatos rotos de suelas despegadas y agujereadas. Procedía de una de las barriadas más pobres de Caracas, Sarría. Y ya nosotros soñábamos con seguir los pasos del pelotero famoso que ganaba astronómicas sumas de dinero. Los amigos de las barriadas de Cumaná veían en el béisbol la posibilidad de salir de abajo. El equipo del liceo era uno de los mejores de la ciudad y habíamos ganado campeonatos entre los colegios de secundaria.

La tirria que teníamos con el Colegio San José se manifestaba en todos los órdenes de nuestra vida cotidiana. Adonde quiera que íbamos, allí nos encontrábamos a “los niños bien” de los curas. Si era en la retreta teníamos que estar pendientes de nuestras novias porque nos las querían quitar. Ellos vestían con elegancia, usaban ropa fina que nosotros envidiábamos. Si íbamos a una fiesta, allí estaban ellos gozando de las mejores atenciones y con las muchachas más bonitas echándoselas de que se la sabían todas. Más de una vez nos agarrábamos a golpes y no salíamos tan mal de aquellas peleas, entre otras razones porque los golpes se les notaban más a ellos por su piel blanca como una sábana. Lo peor de todo eran los comentarios de nuestras compañeras cuando se referían a ellos. Les parecían personajes muy interesantes y apuestos. Nosotros nos reventábamos por dentro de la rabia al escuchar aquellos estúpidos comentarios. Los muchachos del Colegio San José eran buenos en todo: en los estudios, en los deportes, en la banda de los

desfiles, eran los mejores bailarines, pero no nos ganaban a la hora de protestar contra el gobierno y realizar actividades en contra de la dictadura. Parecía como si ellos estuviesen viviendo en otro país. Se la pasaban encerrados en sus rezos y estudiando como si afuera no pasara nada. Eso a ellos les daba mucha envidia. Y a nosotros nos estimulaba para seguir luchando. Quizás el peor momento que vivimos en el liceo fue el encuentro deportivo que hicimos con el San José a nivel de los diferentes cursos. Ellos eran unos especialistas en fútbol. Tenían una cancha envidiable y portaban uniformes impecables de shorts azules, franela blanca de rayas rojas, medias hasta las batatas y unos zapatos que estaban fuera de nuestro alcance. En cambio nosotros teníamos un uniforme de distintos colores, pero ninguno era igual al otro, quizás el pantalón tenía el mismo color, pero el resto del vestuario era una anarquía completa. Pese a habernos preparado para jugar con ellos, el día del encuentro llegamos intimidados a su cancha. Tenían una nutrida barra constituida principalmente por muchachas admiradoras entre las que se encontraban algunas del liceo. En ese primer encuentro nos fue desastroso. Nos dieron una paliza y nos ganaron cinco a cero. Llegamos al liceo con la moral por el piso y muchos se burlaban de nosotros en la calle. En ese juego estuve de espectador aupando a los nuestros. Pero los del San José tenían mejor técnica y más tiempo para practicar. Después nos enteramos que el juego formaba parte de una asignatura que contaba en la nota final. Estuvimos varios días pensando cómo podríamos sacarnos esa espinita. Y le propusimos al San José disputar un partido de béisbol en nuestro terreno. En esta especialidad

nosotros éramos muy buenos y ellos apenas estaban formando un equipo. Pero su orgullo por hacerlo todo bien los llevó a caer en nuestras propias redes y aceptar el reto que le propusimos. Nos fuimos a la sabana, cerca de la Avenida de Los Mangles donde jugábamos siempre. Era un descampado sin ningún tipo de protección, pero lo conocíamos bien. El día del juego nos aparecimos temprano para iniciar las prácticas de rigor. Yo jugaba tercera base, una posición muy dura para mi enclenque figura. Me extrañó la asignación que hizo el manager, pero después entendí que no había nadie quien quisiera suplir esa posición ya que el jugador que siempre se encargaba de ejercerla estaba enfermo. No me quedó otra salida que aceptar, de lo contrario no hubiese jugado nunca. Esta es tu oportunidad, me dije, y me llené del valor que requieren los seres para convertirse en héroes. Alrededor del terreno se reunió un numeroso grupo de compañeros que nos veían practicar. Los muchachos del San José llegaron como profesionales, los trajo un autobusito de los curas y se bajaron ya uniformados como si fueran profesionales del béisbol de las grandes ligas. Trataban de impresionarnos, pero en el fondo yo sabía que tenían poco chance frente a nosotros. Al pisar el terreno de juego muchos aplaudieron, sobre todo los integrantes de la barra que ellos habían convocado, pero estaban en franca minoría. El juego comenzó temprano, como a las 10 de la mañana. Cuando dieron la voz de *play ball* percibí el alboroto de mi corazón emocionado. Me sentía nervioso. De ese juego recuerdo algunas cosas: la paliza que le dimos al San José: 12 carreras a 0, una verdadera vergüenza; el *rolling* que me dio por tercera base el cuarto bate del equipo rival

(el mismo tipo que había visto sacándole fiesta a mi novia María del Rosario), llevaba la fuerza de un cohete y sólo pude pararlo con mis testículos. El dolor casi llegó a privarme, pero de pensar en el ridículo que hubiese hecho me animó a lanzar a primera base con todas mis fuerzas y pudimos sacar el importante *out*. En los segundos antes de mi desmayo vi las tribunas vitoreándome y los titulares en la prensa del día siguiente por la gran atrapada que había hecho. Luego me desperté cuando mis amigos me tenían debajo del único arbolito de la sabana echándome fresco en las bolas; y finalmente recuerdo la tángana que se formó después del juego porque uno de nuestros compañeros se burló del San José por la paliza que le dimos. Tuvo que intervenir la policía que quedaba cerca para poder aplacar la ira colectiva. De esa inesperada pelea salimos bien parados a juzgar por los golpeados del otro lado. Habíamos puesto así en condiciones de igualdad la rivalidad entre los dos equipos. Estábamos tablas en el campo de la humillación. Sólo bastaba dilucidar nuestra pelea política entre el Liceo y el Colegio de los curas que cada día era más recia. A partir de aquel momento la fiebre de jugar béisbol se intensificó en el liceo, y mucho más cuando a un muchacho de 5to. año del Sucre lo llamó uno de los equipos profesionales del béisbol venezolano para que fuera el *catcher* suplente en la receptoría del equipo “Orientales”. Nos sentimos orgullosos por aquella designación, sobre todo, porque aquel amigo era muy pobre y salía directo del liceo a ganarse un buen dinero. Seguramente ya estaba soñando con su contratación por la Gran Carpa en Estados Unidos, aspiración de todo jugador de béisbol profesional.

Pan, circo y dolor

El concurso del Miss Venezuela, era otro de los acontecimientos para el pueblo, en él habíamos obtenido un resonante triunfo en la ciudad de Londres el año de 1955 cuando una bella y humilde jovencita de nombre Susana Dujim, se llevó los máximos honores al ser coronada Miss Mundo. Las revistas extranjeras y la prensa nacional nos traían el despliegue, con lujo de detalle, de cómo había sido la elección. Nuestra diva aparecía en fotos de todo tipo: en traje típico venezolano, en traje de noche, en traje de la coronación, con su corona refulgente de piedras preciosas y en traje de baño, este último era para nosotros el traje que nos ponía a delirar y a soñar con Susana. Así afianzábamos nuestra fama fuera del país, ya no sólo nos daríamos a conocer por la dictadura y el petróleo, sino además, por las mujeres mas bellas del mundo, decía la gente. Nos divertíamos con la televisión y la radio que trasmitían con pasión, no sólo la llegada de nuestra belleza al país, sino también con “El derecho de nacer”, que tenía conmovida a toda la población y nos sacaba de la tragedia nacional por una hora diaria. “El Bachiller y Bartolo” y “La bodega de la esquina”, eran los programas humorísticos más escuchados por radio que apaciguaban o diferían temporalmente el drama nacional. Pero ahora era Susana de quien nos ocupábamos y estábamos locos por verla. La radio y la prensa anunciaba un recorrido por las principales ciudades del país, y una de ellas, incluía a Cumaná. Estábamos ansiosos esperando la beldad, la mujer de nuestros sueños. Ese día comenzó bien temprano con los cumaneses volcados por calles y avenidas. Jamás me olvidaré de este momento, pensé.

La Calle Larga está abarrotada de gente. Todos la queremos ver. Me encuentro en la esquina del señor que me arregla mis dientes, frente a la “Zapatería Bambi” donde la abuela me compra el calzado. De pronto se escucha una algarabía en el puente Guzmán Blanco y el pueblo se lanza a la calle entre vítores y una lluvia de flores. La policía actúa apartando a los curiosos que quieren acompañarla en su recorrido por la Calle Larga, desean tocarla o verla desde cerca. Entre la multitud se desplaza un automóvil descapotable anaranjado de asientos de cuero blanco custodiado por agentes de seguridad, y desde el puesto trasero, con su cuerpo de libélula, la jovencita Susana Dujim, de pelo largo y ojos vivaces, con su banda terciada en el pecho con las letras azules de “Miss Mundo”, agita sus brazos a ambos lados de la calle saludando al gentío y lanzando besos a diestra y siniestra. Nos regala a todos su sonrisa perfecta con una apariencia de un ser inocente. Su corona de reina de belleza brilla en su pelo largo de azabache. Y yo logro verla tan cerca que su cuerpo vestido de blanco me eriza el mío y comienzo a imaginarla como Dios la trajo al mundo. Pero un acontecimiento que descubro entre la gente viene a quitarme la alegría de esta mañana. María del Rosario, en la acera del frente, anda de manitas agarradas con un tipo más grande que yo, creo que es un muchacho del cuarto año. El cuerpo se me enfría y me dan náuseas. Luego me sobreviene una rabia que me empuja a buscarla. Se me ha perdido entre la gente. Apenas veo sus rizos desde lejos. El nudo en mi garganta me hace respirar con dificultad. Me recuesto contra una de las paredes de una tienda de ropas. Y allá en la esquina de la calle Zea la veo cruzar con su tipo agarrada de la

mano. El corazón se me quiere salir por la boca. En ese momento me convierto en el tamaño de una hormiga y siento que el mundo se me viene encima. ¿Cómo me haces eso, María del Rosario? ¿Desde cuándo andas con ese muchacho? ¿Por qué me has tenido engañado durante todo este tiempo? ¡Maldita sea, ni siquiera te atropella un carro de mula! Siento que se me salen las lágrimas y no las puedo contener. Necesito hablar con alguien, me digo. Siento urgencia de decírselo a Pedro Esteban y contarle todo, pero se va a burlar de mí. No tengo a otra persona en quien confiar. Mis padres andan lejos y no vienen todavía ¡Coño de la madre, por qué me viene a pasar esto a mí!

Me extraña la forma de cómo mi amigo termina aconsejándome: Tienes que calmarte. Sé cómo te sientes, pero debes seguir echándole bolas a los estudios porque si no te van a raspar. Lo que te acaba de pasar es muy duro, pero frente a lo que sucede en el liceo, es nada. Yo siendo tú me hago el loco y sigo con ella. ¡Pero, coño!, lo interrumpo. Espera, espera...quiero decirte que le des tiempo al tiempo. Si lo que has visto no es una visión, ella te lo dirá y entonces tú verás lo que vas a hacer. No creas que a ti sólo te pasan estas cosas. ¿Qué me quieres decir?, le pregunto. Nada, dejémoslo hasta aquí. Tienes que comportarte como un hombre, esto me lo dijo haciendo un gesto de mujer.

Le hice caso a mi amigo, no sé por qué. Pero pasé momentos terribles, sobre todo cuando la volví a ver. Hacía cualquier cosa para distraerme y sacarme aquella visión de la cabeza y sentir como si nada hubiese ocurrido. Por eso le acepté a mi tío Juan Gaspar la invitación al Salón de Lectura donde se llevaría a cabo una presentación artística. Quería olvidarme, refrescarme la cabeza

de ese pensamiento maldito y esa imagen de las manos agarradas y su cara tan tranquila viendo el espectáculo que yo mismo veía.

La señorita María Candelaria, tía solterona de una de las familias de abolengo de la ciudad, es pianista y soprano. Ella suele montar zarzuelas en el Salón de Lectura frente a la Plaza Pichincha. Me voy con el tío Juan Gaspar a ver “Katiuska” y “La taberna del puerto”. El Salón está lleno y la gente se pelea por entrar, pese a tener sus boletos ya adquiridos, quieren disfrutar de los mejores puestos. Por fortuna, nosotros hemos quedado en una de las filas del medio. La primera de ellas está reservada a ciertas personalidades de la sociedad cumanesa entre los que se encuentran el Gobernador del Estado y la máxima autoridad eclesiástica. Hemos pasado un momento desagradable porque el tío ha intentado saludarlos y no han correspondido a su gesto. Algunos se han dado cuenta del desplante, pero mi tío se ha hecho el loco. Tengo a María del Rosario clavada en mi cabeza y la veo agarradita de la mano con ese tipo. Sin proponérselo, mi tío acude en mi rescate. Me dice al oído que las zarzuelas no las presentarán completas, son apenas fragmentos importantes de las mismas. Me llama la atención que el gobernador asista al acto cuando ha sufrido recientemente la pérdida de un hijo, muerto en la Avenida de Los Mangles al estrellarse el auto oficial de la gobernación contra unos árboles. Yo vi el Cadillac negro cómo quedó destrozado. El salón está lleno y comienzan los aplausos al encenderse las luces del estrado. Observo una extraña decoración de casas y balcones. El pianista, que se acomoda en su asiento, es el joven Luís Jerónimo Espín, que acompaña a la tía Candi, así llaman a la señorita

María Candelaria. La decoración y los vestidos de quienes actúan me transportan a otros tiempos. Es increíble la voz de la actriz principal, sus tonos son tan agudos que hacen vibrar mis oídos. Ella canta como una de las vocalistas que mi tío tiene en un disco de ópera. La voz de la señorita Mina, según el tío Juan Gaspar, es tan buena como de las mejores mezzosopranos del país. Observo los cristales del Salón de Lectura y creo que pueden romperse con los agudos de la cantante. Le he escuchado a alguien que Caruso, el gran tenor italiano, rompía una copa con su voz y atravesaba las cataratas del Niágara por su potencia vocal. Me parece divertido que los cristales del Salón de Lectura se rompieran en este momento, sobre todo los ubicados encima de las autoridades del gobierno, para mirar sus rostros y el susto que seguramente se llevarían. Veo a Monseñor cabecear de sueño. Lo mismo sucede con alguna otra gente emperifollada. Ha transcurrido casi una hora y empiezo a moverme en el asiento, justo en el instante en que apagan la luz. Comienzan los aplausos del público, se ilumina el estrado y los actores salen desde el fondo para agradecer a la concurrencia sus muestras de afecto y aceptación por el acto que acaba de concluir. Mi tío se apresura a salir, no desea encontrarse con las autoridades, quiere evitar otro momento desagradable. Al salir a la calle, entre la gente distingo a uno de los alumnos de quinto año que me pica el ojo y lanza un legajo de papeles al aire mientras sale corriendo, lo veo perderse por los lados del Palacio Episcopal. Yo logro tomar uno de los volantes que tiene una consigna contra el gobierno. Mi tío me obliga a deshacerme del panfleto y caminamos apurados hacia su automóvil. En ese momento

pienso en el campeonato de voleibol que tendrá lugar pasado mañana y la tarea que me toca hacer, precisamente con el amigo que acaba de lanzar esos papeles.

En pie de lucha

Mientras hay una apariencia de normalidad en la ciudad los alumnos del liceo tratamos de mantener una protesta a como dé lugar, las autoridades se dedican a impedirla, pero nosotros terminamos consumándola. Para sacarme de mi cabeza las situaciones que me perturban con relación a María del Rosario, me ofrezco a participar en cuanta actividad política exista. Distribuimos volantes en la puerta del liceo en batidas relámpagos, damos mítines improvisados, intervenimos en el salón de clase para hacer preguntas indiscretas y comprometedoras a los profesores que sabemos perezjimenistas. Hay una mezcla de agitación con actividades normales en la que hemos aprendido a convivir. Pero siempre estamos esperando algo.

En el partido de voleibol que se realiza para dilucidar el campeonato entre los equipos de cuarto y quinto año, hemos decidido lanzar, desde la terraza que da a la cancha de deportes, unos volantes contra la dictadura que van atados a unos condones inflados para que se eleven por el cielo de la ciudad con el propósito de llamar la atención de la gente. En ese mismo instante se improvisan dos discursos, uno de Luís Gabriel, nuestro amigo de la juventud de Acción Democrática, que compite con el otro líder de militancia comunista, que se refiere a las torturas del régimen y al paso de Pedro Estrada por Cumaná; el otro discurso es

el de José Ángel, un alumno muy inteligente, que viene del Colegio de los Salentinos de Barcelona. Es militante activo de la juventud comunista. Su discurso es buenísimo. Cada vez que ese tipo habla le para a uno los pelos de punta. Tiene un don para la oratoria increíble. Discute con los profesores y se sabe que todo lo que pasa en el liceo, relacionado con política, tiene que ver con él. Se la mantiene con un libro debajo del brazo, eso me gusta de su personalidad. Los profesores no se atreven a decirle nada por temor a recibir una perorata que los deje en ridículo. Recuerdo que ese día habló de la necesidad de luchar por los derechos estudiantiles y las libertades ciudadanas. Es bajo de estatura, pero parece un hombre grande. Su seriedad le ha valido el respeto de todos los muchachos del liceo, tiene una novia llamada Constanza que lo acompaña a cuanta acción emprende contra el régimen. Muchacha hermosa que ha sido reina del liceo y da unos discursos iguales o mejores que los de él. Mientras hablamos y discutimos en la cancha comienzan a dar vueltas alrededor del liceo las camionetas negras de la policía. Se trata de una provocación en la que muy a menudo caemos. Aún sabiendo eso, salimos en brigadas de tres, lanzamos piedras a las patrullas, a algunas de las cuales les rompemos los parabrisas, y regresamos rápidamente al plantel. En son de protesta encadenamos todas las salidas a la calle y allí nos quedamos hasta que desaparecen las fuerzas del orden público. Ya en la tardecita algunos decidimos brincar la cerca del liceo para irnos a nuestras casas, el cansancio y el hambre nos acosa. Un grupo sale por la parte trasera y otro por la puerta principal. Yo me uno a los amigos que acompañan a Luis

Gabriel y comenzamos a saltar de uno en uno y nos perdemos por los flancos laterales del edificio. Yo tengo mucha agilidad por ser un flacuchento que no pesa tanto. Brinco la cerca y detrás de mí lo hace Luis Gabriel. Siento un grito -creo que lo han herido- cuando a mitad de la cuadra se da cuenta de que le falta el dedo medio de su mano derecha. Se le ha engarzado el anillo en la cerca de ciclón y allí lo ha dejado guindando. No podemos regresar por el acoso de la policía, él lamenta, no ya su dedo, sino el aro que le había regalado su novia como promesa de compromiso cuando terminaran el bachillerato. Es un mal signo, dice después con mucha ironía. La policía nos tenía rodeados y no nos habíamos dado cuenta. Se encontraba en las calles adyacentes al liceo, nos dispersamos anárquicamente y terminamos lanzándonos al río para pasar a la parroquia Altagracia. En la nochecita, lo supe a la mañana siguiente -Luis Gabriel había regresado a buscar su dedo-, allí estaba todavía, prendado de la cerca, lleno de hormigas y mosquitos revoloteando a su alrededor. Después hacemos un acto simbólico y un grupo de sus amigos lo acompañamos al entierro de su dedo, cuestión que aprovechamos para hacer un acto político. En este momento la policía apresa a Luis Gabriel al encerrarlo en la calle angosta cerca del río. No le es posible huir porque en la orilla, cerca de la muralla, estaban apostados dos agentes, ya ellos conocían nuestra ruta de escape. Uno de los compañeros vio cuando se lo llevaron.

Hoy, el liceo es un hervidero de estudiantes y familiares del compañero apresado. Las protestas comienzan bien temprano con pancartas y discursos. Presionamos a la directiva del liceo para

hacer el reclamo por la detención de Luis Gabriel. Se conforma una comisión donde van como representante de los estudiantes el aguerrido compañero comunista José Ángel Morales y un par de profesores junto al Director del Sucre. En la policía dicen que no está preso. Pero hay testigos de quienes lo han visto entrar a empujones en una de las patrullas cuya placa fue tomada por uno de los compañeros. Esa patrulla no aparece nunca y el liceo termina sacando un comunicado por “El Renacimiento”. Los padres de Luis Gabriel van a dos radios, pero sólo pueden denunciar el acontecimiento por una de ellas. La otra no se atreve a darles la palabra. La preocupación crece y no es para menos. La actitud de la policía lo deja entrever.

Rabia estudiantil

El día amanece nublado, húmedo, con poca luz y aires de tormenta, esto nos vuelve a anunciar que algo raro está por suceder. Unos pescadores encuentran un cuerpo deformado que las olas convulsas han arrastrado hasta la orilla de una playa. Tiene amarrado a uno de sus pies un pico de los que usan en la construcción. El médico forense determina que el cuerpo es el de Luis Gabriel Hernández. Arde Troya. Los estudiantes salimos a la calle, lanzamos tachuelas y colocamos ramas de árboles en las vías. Pero la policía nos rodea y nos encierra en la Plaza 19 de abril. De unas camionetas salen los policías con peinillas y rolos. Al ver que estamos perdidos comenzamos a cantar el Himno Nacional y ellos se paran firmes como si el tiempo se hubiese detenido, parecen postes de luz solitarios. Sabemos que al terminarse el canto

patrio las fuerzas del orden público se lanzarán contra nosotros. Muchos entonamos el himno moviéndonos lentamente, tratando de encontrar las posibles rendijas de escape. Los policías continúan rígidos como rocas, pero el himno fatalmente se termina. El fin de la última estrofa se apaga y nosotros intentamos iniciarlo de nuevo, pero esta vez la policía no hace caso a los valores patrios, se deja de pendejadas y arremete contra el estudiantado. Veo a Pedro Esteban correr hacia el río junto a Constanza y un grupo de estudiantes mientras yo me defiende como puedo en un bosque de rolazos. Me doy cuenta de que a la catira Úrsula le dan un peinillazo por los senos y cae arrodillada mientras unos compañeros tratan de socorrerla. Un amigo que se desplaza a mi lado recibe un machetazo en la nariz y miro como le brota la sangre copiosa. Lo halo por un brazo y corro con él hasta un taxi que en ese momento pasa. Mi cara de desespero y el amigo herido han debido condoler al chofer generoso que se lo lleva al hospital. La represión es brutal y detienen a algunos compañeros, otros han sido heridos de balas, y golpeados con cachiporras. No salimos a la calle en tres días para evitar que la policía se metiera con nosotros. Pero a la tercera noche participo en una actividad clandestina planificada. Me convocan unos amigos y me dicen que no podemos dejar pasar lo de Luis Gabriel por debajo de la mesa. Que si bien hemos protestado, no debemos quedarnos con esa muerte a costas sin que nada ocurra. Decidimos encontrarnos en una de las calles cercanas a la Plaza Ayacucho. Entramos a un caserón abandonado y en uno de sus cuartos han instalado un multígrafo de manivela. Uno de nuestros compañeros trae

un estencil ya preparado. Imprimimos varias consignas en letras grandes en una resma de papel que recortamos de forma rectangular. “LUIS GABRIEL, TU MUERTE SERÁ VENGADA”, “MUERA EL DICTADOR PÉREZ JIMÉNEZ”, “BASTA DE CRÍMENES Y TORTURAS”, “FUERA PEDRO ESTRADA, ESBIRRO”. Mientras recortamos las hojas escuchamos un frenazo de un automóvil. Nos asomamos por el boquete de la pared y vemos cuando sacan a empellones de su casa a un hombre, son las 11 y treinta de la noche ¡SOY CABRERITA EL PINTOR. ME LLEVA PRESO LA SEGURIDAD!*, grita desesperado.

* Esa organización tan temida con la eficacia de su aparato represivo también tenía sus debilidades. Mucha gente, sobre todo en los pueblos de provincia, burló su cerco. Connotados líderes de la resistencia entraron clandestinamente al país. Algunos fueron apresados a través de persecuciones implacables o como resultado de delaciones. Pero, más de uno se escapó. En Cumaná llegó a pasar que miembros de la propia policía secreta hacían extrañas advertencias a algunos dirigentes de la resistencia: “escóndete esta noche que venimos por ti”, “hoy no te aparezcas por la plaza porque la orden es capturarte”. Es que en este país no hay nada en serio cien por ciento, decía un amigo. A quién se le puede ocurrir que en un régimen de terror organizado pase una cosa así. Definitivamente la seriedad no es una virtud de este pueblo. Sé del caso de un tío paterno, que fue sorprendido por la Seguridad Nacional mientras atendía su negocio. Los esbirros se identificaron y él les dijo sin inmutarse: “Al menos permítanme cambiarme estas pijamas por una ropa decente” Se fue a su cuarto y, en tiempo record, les salió a los esbirros en sus propias narices vestido de mujer para decirles, con voz atiplada: “Bueenaass, el señor Benjamín sale en un segundo, hasta luego” Y los pendejos todavía lo están esperando. O lo dejaron irse, o les echó la vaina. En cualquier caso, al menos, es una falta de rigor represivo. Nadie podría imaginar que una acción como esta ocurriera en la Scotland Yard o en el FBI. El día que llegó Pedro Estrada a Cumaná se decía que venía a poner orden en la seccional de la ciudad porque estaban ocurriendo cosas muy raras, y al parecer, no se cumplían las órdenes centrales como era debido. Al mejor cazador se le va la liebre, decían.

Algunas cabezas se asoman cuando ya el auto ha salido a toda velocidad. Esta es una primera de varias operaciones. Al día siguiente participo con estudiantes de años superiores en un acto político y veloz dentro de un autobús. Dos estudiantes se colocan en la parte delantera del vehículo y otros dos nos quedamos en la parte trasera. Cuando se estaciona en la parada frente al mercado lanzamos unos volantes dentro, y salimos disparados por ambas puertas. Corremos y nos metemos dentro del mercado ocultándonos entre la gente. Yo me acerco al chichero que se contorsiona con un movimiento continuo que incluye la toma del vaso de cartón, el cucharón que mueve la superficie espesa y lo llena, el rocío de canela sobre la chicha y la recepción de la moneda en sus manos. Parece una danza sin interrupción, un solo flujo de ritmos del cuerpo que completan una actividad casi automática que no cesa. Me recuesto al mostrador con el propósito de pasar desapercibido, y poco a poco atravieso el mercado para salir por la parte trasera por donde venden el pescado. Me invitan a otras operaciones pero tengo miedo, sigo colaborando en la escritura de textos y consignas. Sin embargo, Pedro Esteban no cejará en su empeño de meterme en aventuras. Una de las cuales está a punto de ocurrir, sin que yo sospeche el riesgo que voy a correr.

El adiós a Luis Gabriel

Con Pedro Esteban me pasaba algo extraño. Sabía que se trataba de un tipo osado de convicciones firmes. Pero tenía ese comportamiento afeminado que me desconcertaba. Podíamos estar en el momento más dramático de una situación

cualquiera cuando de pronto asumía una conducta amanerada en su voz, con su cuerpo o con una mueca en el rostro, que en principio parecía una actitud de provocación contra los demás. Sin embargo, esto lo hacía en público o frente a mí, o ante cualquier otra persona. Era desconcertante, la gente se reía y luego él volvía a ponerse serio como si no hubiese pasado nada, pero yo hacía como los demás, me echaba a reír y luego se me olvidaba todo. Cuando lo conocí me gastó una broma que me enfureció. En un descuido mío colocó entre el pupitre y mi culo un avión de papel. Los muchachos se reían y yo hacía lo mismo sin saber porqué. Al darme cuenta me le fui encima porque sabía que él estaba detrás de la burla. Mientras trataban de separarnos él me gritaba: ¡Coño, carajito, no te arreches, es solo una broma! Esto me lo dijo imitando la voz de una mujer y con la mano en la cintura como una puta cualquiera. A partir de ese momento nos hicimos amigos. Pero cada vez que aparecía en él esa conducta afeminada yo me preguntaba qué estaría detrás de su actitud. Sabía que Pedro Esteban no era marica, pero actuaba en oportunidades como si lo fuera. Tenía ascendencia sobre nosotros por ser el mayor de la clase, estaba repitiendo primer año, era alto, flaco y muy ágil. Además, poseía el don de organizar y arriesgarse a acciones temerarias y eso nos hacía respetarlo.

El entierro de Luis Gabriel se hace en la intimidad de sus familiares bajo una fuerte custodia policial que nos impide despedir al compañero como queremos. Al anoecer salimos un grupo de liceístas hacia la playa cerca de una ranchería donde había aparecido el cadáver de nuestro amigo, con velas encendidas, en el silencio

más absoluto, con el rumor de las olas batiendo y bañando nuestros pies descalzos. Apenas distinguimos a lo lejos unos puntos luminosos; son lámparas de pescadores que parecen suspendidas en el aire. Uno de ellos se acerca hasta nosotros y nos aconseja regresar a nuestros hogares porque pueden detenernos, y quienes pagarán los platos rotos serán nuestros padres, y hasta ellos mismos.

Los misterios de Pedro Esteban

Días después, Pedro Esteban nos convocaba a una reunión clandestina en el depósito donde se guardan los implementos de limpieza del plantel. Su amistad con uno de los bedeles del liceo, que vive en su misma calle, le permite disponer de aquel espacio lúgubre lleno de trastos viejos y de un olor a productos químicos que nos hacía toser. Vamos llegando de uno en uno para no levantar sospechas, sobre todo con dos de los profesores que son partidarios de la dictadura y andan merodeando cerca del lugar. Como podemos nos sentamos en el piso asqueroso y sobre unos tobos usados escarapelados de pintura beige como las paredes de la institución, y sobre unos sacos de fique abultados con pura ropa vieja y húmeda en su interior. Se trata de transmitirnos una información confidencial frente a la cual debemos tener mucha prudencia porque constituye un peligro evidente. En alguna parte del liceo se esconde un secreto no develado y la tarea es tratar de localizarlo. Al parecer, Pedro Esteban había escuchado, en una reunión política de la juventud de varios partidos, cerca de su casa, una frase que levantó la sospecha de que en los espacios de tierra del liceo: jardines, materos, caminatas de flores, o en alguno de

sus laboratorios, se encontraba escondido o enterrado, desde hacía algún tiempo, algo muy importante para la causa de la resistencia. Uno de los muchachos integrantes de la juventud de AD había dicho en voz baja, mientras se discutía una pinta masiva en las paredes de la ciudad contra la represión del gobierno, una frase que Pedro Esteban escuchó a medias: "... eso se perdió... el único en saberlo era Luis Gabriel...fue en la noche", dijo con voz atiplada burlándose de quien lo había dicho. Fue todo lo que pudo captar, pero suficiente para armar, parcialmente, el rompecabezas por esa conversación previa debido a elementos sueltos que le permitieron, según él, atar cabos y sospechar que dentro del liceo se cocinaba una cosa rara. Con razón, me dije, Pedro Esteban anda tanto con ese profesor. Es posible, según mis cálculos, que el docente de matemáticas sepa sobre el famoso secreto del que habla nuestro compañero.

Estoy seguro que en alguna parte de los jardines, o quién sabe dónde, se encuentran las claves que debemos descubrir, nos dice.

Pedro Esteban es de una mente tan fantasiosa, que yo creía que todo aquello se trataba de un simple invento para mantenernos alertas frente a una situación política que exigía espabilamiento. Ahora que Luis Gabriel ha sido asesinado resulta difícil saber a qué atendernos. Yo sospecho que la gente del partido Acción Democrática en la clandestinidad hubiese utilizado a nuestro compañero fallecido para convertir el Liceo en un centro activo de conspiración con el propósito de ayudar a la caída del régimen. Pedro Esteban divide el trabajo entre las ocho personas que nos encontramos allí en ese momento. Insiste en la

prudencia. Y nos asigna las zonas de exploración: a ti te toca el jardín cerca del cafetín; a ti, el jardín trasero que da a la calle Montes, a ti,... Insiste en que la primera herramienta a utilizar son los ojos, y de inmediato los mueve como si fuera una diva del cine. Hay que explorar como quien no quiere la cosa para determinar si se nota algo raro en la superficie de tierra o entre los arbustos que hace una hilera perfectamente simétrica en los jardines. Miren cómo están dispuestas las piedras con relación a otras. Observen la grama y sus irregularidades. Determinen los sitios más insólitos en donde nadie alcance a sospechar que allí a alguien pudiera ocurrírsele ocultar algo. Lo que de entrada es muy difícil porque según él le han enseñado que tanto los lugares más insólitos como los más evidentes suelen utilizarse como escondites particulares. Nuestros rostros reflejan la incompetencia ante la propuesta de Pedro Esteban. De sus palabras a la práctica se extendía una zona umbrosa con dificultades para franquearla. Se trataba de una tarea de detectives inexpertos frente a un contingente ignaro en esas operaciones de sombra. Sin embargo, estábamos dispuestos a asumir el riesgo y seguir las instrucciones del amigo. El olfato es fundamental en este tipo de tareas, nos dice con un aire de suficiencia, que me envolvía en una atmósfera de incredulidad frente a sus palabras. No obstante decidí, igual que los demás compañeros, aceptar el reto de Pedro Esteban. En verdad, nunca imaginamos la sorpresa que nos aguardaba.

Pienso que la mejor hora para iniciar mis investigaciones es el momento en que todos los estudiantes se encuentran en el receso, en los pasillos, o en el cafetín. Creía que mientras menos

coco le pusiera al asunto y menos solitario me sintiera, en esa misma medida sería oportuno explorar con facilidad la zona que me había tocado. Prefería el bululú de la gente antes que la soledad. Me fui hacia el cafetín como lo hacía todos los días, y me senté en el primer banco del jardín cuyo espaldar daba hacia las matas de cayenas podadas como si fuese un muro de piedra verde. Abro un cuaderno y hago como si repasara una lección. De pronto decido brincar el muro vegetal, me siento detrás de él y comienzo a mirar la superficie de la grama del patio interior del liceo. Muy cerca de mí veo un hormiguero con su procesión de trabajadoras que entran y salen por los distintos orificios de su pirámide de tierra. Más allá hay un montoncito de hojas secas y unas virutas de madera. En el medio del patio de grama retozan unos pajaritos que picotean las lombrices y mantienen sus movimientos espasmódicos en todas direcciones. Suena el timbre anunciando la clase de las diez y los pasillos quedan desiertos mientras yo me siento como descubierto por el primero que pase cerca. Decido acostarme boca abajo ensuciándome el uniforme y veo una panorámica del patio distinta, jamás observada por mí, al menos en el liceo, en cambio en la playa es más común mirar a nivel de los ojos, al ras de la arena, con una perspectiva diferente a la que solemos estar acostumbrados en la vida real. Una rata inmensa corre hacia mí y me asusto. Se me queda mirando y le hago un gesto, casi por instinto, con mi mano derecha, soy zurdo, no sé por qué lo hago con mi otra mano, la inexperta, la que también utilizo para hacerme la paja. La rata sale despedida y se introduce por la cañería de aguas que da al patio. Muy

cerca de mí aparece una imagen que me aterra, veo colgando de una ramita un murciélago que lleva en un compartimiento fuera de su vientre a una criatura que debe ser su cría. Detallo los elementos de su cara y me doy cuenta de que es igual a un vampiro. Me provoca salir corriendo porque sé que esos animales chupan la sangre y no quiero verlo pegado de mi cuello. Pero diviso los pies del profesor de Educación Física que pasa en ese momento, lo sé por sus zapatos blancos *Uesequeds* de goma, y aguanto la respiración. Tengo la sensación de que si no lo hago me descubrirán, aunque al mismo tiempo siento que si me tardo unos segundos más el vampiro me va a atacar. La grama luce aparentemente uniforme pero como está amontada no puedo distinguir las irregularidades del terreno. Debo atravesarlo completo pisando con mis pies o arrastrándome como una culebra si pretendo encontrar algo. El murciélago vampiro se ha sacudido desplegando, en un movimiento súbito, sus alas. Salgo espitado de allí y recuerdo que en Cumaná salen de vez en cuando los vampiros a hacer estragos. No le contaré a nadie lo que me pasó. Se reirían de mí.

Nos reunimos en la tarde en el mismo lugar de la primera vez. Ninguno de nosotros ha notado nada extraño en las zonas exploradas. Pedro Esteban insiste que en el liceo se esconde “una vaina rara” que debemos descubrir lo más pronto posible. Pero andamos a ciegas, dice Vladimiro, insistiendo en la necesidad de una orientación que nos permita saber qué cosa buscamos. Yo mismo no lo sé, responde Pedro Esteban como una vieja histérica. Puede parecerles extraño, pero desde una caja, una carta, o algunas herramientas, o podría ser un plano secreto que nos lleve a

encontrar el tesoro perdido, no lo sé exactamente, por eso no puedo darles más detalles. No es lo mismo buscar un elefante que un alfiler, de ser uno u otro cambiará la forma de la búsqueda, agrego yo. Mira, carajito, me dice Pedro Esteban, como sintiendo que le aguo la fiesta, déjate de echártelas de sabelotodo y ponte a buscar, y si no, te vas para el carajo, me dice como una loca recalcitrante. Yo me sentí molesto por la manera prepotente en que mi amigo se dirigió a mi, pero opté por seguir participando de aquella operación secreta porque, en todo caso, me sentía formando parte de un comando político de primera línea. El propio hecho de que lo supieran sólo ocho personas me hacía sentir un personaje importante. Sin pensarlo, estábamos muy cerca de desvelar aquel secreto que nos tenía intrigados.

Me acosté tarde y me vi extrayendo de un hueco una cabeza descompuesta que halaba por mechones de pelos rojizos. El hedor pestilente justificaba la presencia de aquella rata que yo había visto durante el día y que huyó hacia el albañal. Me sentí descubierto por uno de los profesores del que sospechábamos estaba con la dictadura. Solté la cabeza e inicié una larga carrera por uno de los pasillos del liceo que no se terminaba nunca mientras el profe me perseguía y gritaba que agarraran al asesino. En otro momento caía por una grieta e iba a dar a un foso lleno de armas cortas y fusiles de la Segunda Guerra Mundial. Finalmente, me detuvo una luz incandescente y apareció la imagen de Luis Gabriel llamándome para que lo acompañara a una misión secreta. Esa noche me costó dormir y amanecí con los nervios de punta. Al llegar al liceo le digo a Pedro Esteban que me salgo del grupo y le doy a entender que

ando muy ocupado. ¡Coño, carajito, te vas a rajar! Mira que andamos en una vaina importantísima y te necesitamos, me dice, esta vez con un tono de voz que me hace sentir imprescindible. Me pasa la mano por los hombros y me dice en susurro: ven acá, no te me vayas a rajar, tú eres necesario, tienes mucho olfato para las cosas, estamos a punto de conseguir la vaina, no te dejes joder por “lo que te pasó”, me habla arqueando una de sus cejas. Pedro Esteban es un líder hábil y ha logrado engatusarme, no me queda otra que continuar acompañándolo pese a mi dolor.

Pasamos una semana como perros sabuesos buscando por todas partes el fulano secreto de Pedro Esteban. Hasta que un día, en el último pasillo del liceo, ese que daba hacia una de sus calles laterales y cuya entrada nunca se usa, decido meterme a un cuartucho muy estrecho y abandonado, por donde apenas cabe una persona, y que es utilizado para guardar piezas de cartón piedra, pintadas y repintadas, que se aprovechan para avisos o para escenografías de teatro, así como listones de madera y algunas cajas de cartón desarmadas. Ese espacio es oscuro y tiene como cuatro metros de profundidad. Yo lo exploro hasta el final y me doy cuenta de que lo que parecía una pared resulta ser una puerta camuflada pintada del mismo color que las paredes del liceo. Me sorprendo como en las películas de misterio del cine Pichincha. Y mucho más, cuando al devolverme para irle a avisar a Pedro Esteban que he descubierto un escondite en donde podría encontrarse lo que buscamos, tengo en mis narices el rostro de uno de los bedeles del liceo, el negro altote, que apodan “Capuringa”. Se te perdió algo, muchacho, me dice con su voz ronca

de trueno, a tiempo que me agarra por el cuello de la camisa y me saca de aquel callejón misterioso. No, no, señor, le digo nervioso, ando buscando un pedazo de cartón viejo para hacer una pancarta. Él se me queda mirando con cara de pocos amigos y con un gesto que traduzco a las claras como de no creerme un carajo. Yo me escabullo como puedo y salgo corriendo a contarle a Pedro Esteban lo sucedido. No había duda de que en aquel depósito podía estar lo que buscábamos. Pedro Esteban se asombra con mi relato y le escucho decir con una mano en la cintura: ¡Allí es donde está la vaina!. Tenemos que esperar el momento oportuno para entrar, tú me acompañarás, carajito, me ordena. Yo asiento con mi cabeza y estoy dos días sin pisar el liceo. Me había jubilado de mis clases y no sabía qué hacer para no encontrarme con mi amigo. Sabía que de esa no me iba a escapar. Hasta que decido regresar y afrontar el asunto. Pedro Esteban y yo esperamos que se vaya el último alumno de clases y nos escondemos en el jardín próximo al cafetín. Exploramos el lugar y nos damos cuenta de que esa tarde están de guardia Nazar, el portero principal, y el bedel grandote y negro que llaman “Capuringa”. Le digo a Pedro Esteban que debo irme antes de que oscurezca para llegar temprano a casa. Yo no tenía permiso para quedarme más tiempo. No te preocupes, te acompaño, así tu abuela no se molestará, me dice al rompe.

Pedro Esteban se mete al callejón ya oscureciendo y me agarra de la mano y avanzamos hasta el final. Me hace una seña de silencio con sus labios y llegamos al fondo en donde está la puerta camuflada. Toma mi mano derecha y la coloca sobre la parte trasera de su cinturón para

que me sostenga, y empieza a explorar con la planta de sus manos aquella superficie pintada. De pronto la puerta cede y nos precipitamos por un par de escalones y caemos al piso de una pequeña habitación en donde apenas se distingue, por la claridad que penetra por un ventanuco, en la parte superior de una de las paredes, el rostro de “Capuringa” y otras dos personas. Trato de salir corriendo y el negro me atrapa por mi camisa. Yo sabía que ibas a regresar, me dice. Pedro Esteban se levanta del suelo y absorto mira a su alrededor. ¡Ay, qué sorpresa!, dice con su maldito estilo. Bueno, ya están aquí, insiste el negro, ahora a callar, ya lo saben todo, ni una palabra de esto a nadie, nos espeta con firmeza. El corazón se me quiere salir por la boca, siento miedo y ganas de llorar. Yo recorro la mirada y me topo con la de mi profesor de Moral y Cívica que me regala una sonrisa de cómplice, él está acompañado de otro profesor, de Geografía, eso me tranquiliza un poco. Uno de ellos le pone las manos en el hombro a mi amigo y le dice que se siente. Yo miro por todas partes y me doy cuenta de unas cuantas botellas de refrescos que están convertidas en bombas molotov arrumadas en un rincón, y unos revólveres en una caja de madera. ¿Mi tío Juan Gaspar sabrá esto?, me pregunto mentalmente. Uno de los profe habla y explica lo que inmediatamente sospechábamos, y nos hacen sus cómplices, sobre todo porque ellos saben también, que nosotros andamos en algo.

Pedro Esteban no está seguro si debemos compartir con el resto de nuestros compañeros aquel secreto. Es una situación delicada que en el plantel existan armas para combatir la dictadura. Me hace jurar que no se lo diré al director del

liceo, es decir, a mi tío. A quien puede darle un infarto y dejarlo largo en el sitio. Por otra parte, si por casualidad esa información llega a oídos de los perejimenistas puede resultar una catástrofe para todos. Para mí era comprometedor y me sentía como si traicionaba al tío que ignoraba que bajo su dirección y en sus propias narices estuvieran conspirando un grupo de profesores que ponían en peligro, no solo a la institución, sino también a él, porque lo podían llevar de inmediato a la cárcel. Me debatía entre la lealtad hacia mi tío o a mi compañero de estudio, a “mi llave”, al amigo de las juergas y los secretos. Al mismo tiempo pensaba que hablar resultaba tan feo como callar. Pasé algunas noches de insomnio que me convirtieron en un ser mucho más nervioso y desganado, me volví más flacuchento de lo que era. En uno de nuestros almuerzos le veía la cara al tío y no podía con mi remordimiento de conciencia. Veía a mi abuela y era peor. No sabía cómo reaccionar. Necesitaba a alguien a quien contárselo, pero me acordaba de Pedro Esteban y me ponía a temblar. Imaginaba que todo se descubriera y que las averiguaciones del caso condujeran hasta los culpables involucrados en la conspiración. Hablo una vez más con Pedro Esteban luego de tener una reunión con el resto de los compañeros para comunicarles que nos olvidáramos del asunto porque aparentemente todo es una falsa alarma. Ellos no quedan muy convencidos del asunto, pero aceptan la decisión de Pedro Esteban. No te preocupes, carajito, sólo se trata de estar preparados en caso de que caiga la dictadura, pero de ninguna manera para alzarnos en armas, eso lo saben muy pocas personas, estate quieto, y me da una palmada femenina

en el pecho. Pasé una noche más de insomnio y decidí hablar con mi tío. ¿Pero, dónde? En el liceo no podía. En lo que Pedro Esteban me viera entrar a la Dirección sospecharía. Y en la casa de mi abuela, mucho menos. A ella podría darle un patatús. Aproveché entonces cuando su automóvil pasaba por la Estación y le metí la mano para que se detuviera, cosa que no solía hacer porque el último en salir del liceo era él y yo debía esperar como dos horas para encontrármelo. Pegó un frenazo al verme solo en la plaza con mi brazo alborotado haciéndole señas para que se parara. Entré al auto y me quedé mudo. ¿Y tú que haces a estas horas por aquí, por qué no estás en casa?, me pregunta extrañado. Hago un esfuerzo y me brotan las primeras palabras. Es que quería hablar con usted, le digo. Frunce el entrecejo con desconfianza y me replica: me hubieses esperado en casa. No puedo, mi abuela no debe enterarse de lo que le voy a decir. Me mira con el rabo del ojo. Cruzamos el puente y me repite dos veces para que hable. En el depósito del último pasillo del liceo hay armas, yo estuve allí por accidente, le digo de sopetón. Mi tío frena de pronto y luego orilla el auto hacia la derecha y se estaciona cerca de la muralla, al lado del río. Me mira sorprendido y distendiendo su rostro me replica en voz baja: ¡Ni una sola palabra de esto a nadie! Yo asiento con la cabeza y me quedo pensando en su respuesta y la tranquilidad con que sigue manejando.

Coño, por qué esos carajos mataron a mi padre, le decía a mi diario, y eso me martirizaba y le buscaba salida a esa piedra que se me atoraba en la garganta. Hasta que un día mi diario me dijo que me calmara que todo tenía su

momento. La relación que tuve con mi padre fue muy poca, pero intensa. Y siempre sentí que su trato hacia mí no se limitaba a decirme lo que debía o no debía hacer. Pasaba por contarme historias curiosas y hablarme de personajes famosos de la historia universal. Mi padre era un tremendo tipo. Lo recuerdo siempre vestido de blanco, y a veces usaba un sombrero estilo Panamá. Leía mucho. Y de él heredé unos libros raros e importantes que guardaba en Caracas mi tía rica, la misma que se empeñó en ponerme a estudiar con los Salentinos y metió a mi prima Rebeca en el colegio de la religiosas de Cumaná, esos libros los recuperaré algún día. Haberme sacudido ese colegio fue una liberación para mí. Aunque me enseñaron a organizarme, eso no borra las coñodemadradas que me hicieron. Allí también me surgieron las ganas de escribir. Sólo que no me lo permitieron. Por eso después de salir del colegio me dio por concretar el diario. Seguía con esa idea fija en mi cabeza sobre el diario que iba a escribir al fugarme del colegio, pero resulta que aterricé en Cumaná y no pude continuar con mi proyecto. En esta ciudad, cuando me inscribía en cuarto año de bachillerato en el Sucre, me topé con un amigo de infancia mayor que yo, que estudiaba el quinto. Y me convenció para que me inscribiera en el Partido Comunista de Venezuela. No tuvo que hacer mucho esfuerzo, pues yo quería encontrarme con una organización combativa contra la injusticia, pensando siempre en mi padre, y esa me cayó del carajo. Una vez más se me alejaba la idea de escribir un diario. Ya van a ver por qué. Al recibir los cursos de adiestramiento y formación ideológica del partido, lo primero que me advirtieron fue abandonar cualquier

intención por la palabra escrita. “Esta es una norma indispensable para poder trabajar en la resistencia contra la dictadura. No escribir cartas, ni notas, ni papelitos, ni claves de ninguna naturaleza. Para eso están las paredes. Todo hay que memorizarlo, los únicos papeles que hay que llevar encima son los de identificación del militante cuando haya que llevarlos, de lo contrario deberán cargar los falsificados”, nos dijo nuestro catequizador ideológico en la primera reunión de formación. Qué buena vaina, me dije. Aún así, no renuncié a la idea de llevar mi diario, en este caso seguiría sin escribirlo, llevándolo definitivamente en mi cabeza, lo revisaría todos los días en el archivo de mi cerebro. Sería una interminable cadena de hechos y recuerdos del pasado y del presente que se agotan en segundos, en minutos y en horas para convertirse en pasado inmediato. Me convertí entonces en un diario andante, cuyos archivos estarían clasificados y determinados por la práctica de mi relato de todos los días. Cada miércoles nos reuníamos en forma clandestina algunos muchachos recién ingresados a la juventud del partido –y ya esto pasaba a formar parte de mi diario no escrito– para adoctrinarnos. Se trataba de luchar para que la dictadura de Pérez Jiménez no nos jodiera y cayera lo más pronto posible. Para eso había una serie de acciones de sabotaje y de lucha contra la policía coño de madre y los esbirros mal paridos de la Seguridad Nacional, los cuales serían asesinados en la primera oportunidad que se tuviese. La vaina era jodida, pero ese constituía uno de los objetivos fundamentales. ¡O no, diario mío, ayúdame a escribirte!

Los ánimos caldeados

La situación en el país sigue convulsa y se pronostican conflictos contra el gobierno en las distintas capitales de Estado. La proximidad de las elecciones convocadas por el dictador tiene caldeado los ánimos y la resistencia en todo el país comienza a sentirse con mayor intensidad. La Junta Patriótica en Caracas trata de convocar a una huelga general, que se aborta por las circunstancias electorales. Parece inevitable que este quince de diciembre el dictador se consolide a través de un plebiscito. Los dirigentes de los partidos políticos deciden buscar la forma de unificar a los venezolanos para derrocar la dictadura. Por eso el 14 de junio, Acción Democrática, COPEI, Unión Republicana Democrática y el Partido Comunista de Venezuela, designan sus representantes y fundan la Junta Patriótica, organismo destinado a luchar por una amnistía general de los presos políticos, la realización de elecciones libres y el establecimiento de un gobierno democrático. Fue una estrategia para presionar y precipitar los hechos ante el desplome evidente del régimen. Se desarrolla entonces una labor de propaganda a través de boletines o manifiestos políticos. Fabricio Ojeda y algunos periodistas del diario El Nacional colaboran y redactan el primer manifiesto, el 10 de julio de 1957. La Junta Patriótica termina desconociendo los resultados y hace un llamado a la unidad nacional contra la usurpación del poder.

En Cumaná las paredes siempre hablaban frente a los conflictos. Eran pantallas blancas que despedían luz y luces. En algunos paredones de la ciudad amanecen pintas subversivas: “ABAJO LA FARSA”, “MUERA EL TIRANO”, “PÉREZ

JIMÉNEZ DICTADOR”. Y de nuevo salen las camionetas de la policía a tapan los letreros. Nada impide que cinco días más tarde el Consejo Supremo Electoral proclame al dictador como Presidente de la República para el período 1958-1963.

Abandoné el colegio de los Salentinos empecinado en escribir este diario. Me acordaba de mi prima Rebeca si estaría sufriendo las mismas cosas con las monjas que yo. Escribí muchas notas y por mala leche terminaron perdiéndose en el trajín cotidiano de mis actividades. Cuando no era una vaina era la oración, debía asistir a clases, o cumplir las tareas, o prepararme para el partido de fútbol, o acostarme a dormir al sonar la campana. Le robaba horas a mi sueño y hacía mis notas con la luz de la luna que se colaba por mi ventana. Luego las guardaba para evitar que me las quitaran, lo hacía debajo de la almohada y las vivía moviendo de sitio: debajo de la mesa de noche, en los zapatos de mi uniforme de gala o entre las tejas de la casa del perro de los curas. Pero terminaron perdiéndose o fueron robadas por los curas coños de madre, aunque sospecho específicamente del cura Mariño que no le gustaban este tipo de cosas. En otras palabras, perdí parte de mi pasado aunque mucho conservo en el diario de mi memoria pese a detalles que seguramente jamás volverán. Esta fue una de mis mayores frustraciones y arrecheras. La idea de llevar un diario me fue estimulada por la lectura de un libro prohibido en el colegio e introducido de contrabando. Al llegar a mí, ya estaba deteriorado de tantas manos que pasaron por él. El diario de Ana Frank me inspiró a seguir

escribiendo pese a ir, al mismo tiempo, perdiendo el mío. Mi sensación era como si yo escribía sobre la arena en donde mis palabras desaparecían por las olas malintencionadas de curas envidiosos o perversos que las arrasaban. Fue así como me vi obligado a pintar consignas en las paredes deformando mi letra para despistar la autoría, pero en el fondo sospechaban de mí, por eso me castigaban por cualquier cosa que hiciera fuera de la norma común impuesta en el colegio. Sin embargo, me sentía aliviado por mi grito de protesta y terminaba siendo el mejor castigo que me podían dar. Escribí sobre la muerte de mi padre a manos de la dictadura. Torturado y vejado en el antro temible y carcelario de los sótanos de la Seguridad Nacional en Barcelona. Esas notas las dejaba deliberadamente en cualquier parte para que los curas maricas las encontraran. Luego me llamaban y me amenazaban con botarme del colegio si llegaba a insistir en mi conducta. Pero no podían hacerme nada porque no estaban seguros de que fuera yo. De mi madre tengo escasos recuerdos porque como se sabe murió cuando yo nací. Sólo conservo una fotografía que cargo en mi cartera parecida a una que vi alguna vez sobre una vitrina en casa de mi abuela. Mi tía se ocupó de mí, decía que yo no era un niño como los demás. Se empeñó en mandarme a ese colegio de curas, hijos de puta y castigadores.

Desencanto y optimismo

Pensar que el mismo señor iba a seguir en el poder, con tanto mal que había hecho, me perturbaba mi mente. Tanta gente torturada, exiliada, desaparecida o atemorizada como

estábamos todos y, sin embargo, teníamos que seguir adelante con la dictadura hasta que vinieran mejores tiempos. Uno siempre amanece pensando en que la salida está muy cerca. ¿Cómo se acaba con una dictadura? ¿Qué había que hacer para salir del General? ¿Matarlo? ¿Tenderle una emboscada con esos esbirros que siempre están a su lado? Muchos pensaban de esa manera, pero se les oía hablar de las dificultades de tal acción. Papá dice que no es posible, que hay que olvidarse de esas pendejadas y seguir en la clandestinidad trabajando y luchando todos los días del mundo hasta que salga, que será el pueblo en la calle quien lo tumbé. Y yo pensaba: cómo un hombre tan déspota se va a ir así no más porque el pueblo quiera, si tiene las armas y todo el poder. Con negarse será suficiente. ¡Cinco años más en el poder, esto es una locura, va a acabar con el país entero!, le escucho exclamar a mi abuela. El tío Juan Gaspar piensa otra cosa, es más optimista y cree que el final de la dictadura no anda tan lejos. Mientras pensaba en todo esto casi me dormía; para completar el tío puso en el pic-up una canción de Alfredo Sadel: “...extasiado en mi recuerdo/ contemplando la lluvia caer/ en un invierno copioso/ grandes nubes se ven ascender/ la tarde se ha vuelto bruma/ con neblinas muy tupidas...” Escuché completito todo el long play cuando de pronto me vino a la mente aquella imagen que nos había contado la profesora en una de sus clases.

La otra gran idea que me apareció, con la cual me vengaría de todo lo que me hicieron, llegó después y la fui planificando y afinando hasta que la concreté. Nunca se lo conté a nadie, era algo delicado y muy íntimo, pero me iba a dar un

gustazo. No la he consultado con el partido. No sé si lo haga porque me pueden formar un peo. Y en la Dirección Juvenil, como en el Comité Central, las cosas no se discuten sino que se acatan y ya. Como no es un objetivo político nacional, y mucho menos regional, se pueden hacer los locos. En todo caso, no pone en riesgo nuestra política, pero sí puede armar un vainón que nos permita hacer algo en nuestro Liceo. No se lo diré a mis camaradas. La única en saberlo será Constanza, ella es como una tumba. A veces pienso que si la llegaran a torturar, jamás me delataría. Es muy fuerte y tiene una sangre fría como el carajo. Creo que es más fuerte que yo. Por eso me gusta tanto. Es muy intuitiva. Monseñor me va a odiar para el resto de sus días. Je, je.

El Varon de Humboldt y mi padre

Me parecía una loquera la mía, aquella imagen regresó a mi mente y vi de nuevo a Humboldt y Bompland que salían de Puerto Sucre y de pronto se colaba el negro ese entre la multitud y le asestaba aquel quijadazo, porque fue, según la profesora Teresita, con una quijada de burro que golpeó en la frente al ilustre compañero del sabio alemán. La verdad es que hay que ser bien guapo para actuar así, porque él tenía que saber que lo iban a moler a palos como dice la profe que ocurrió. Y al parecer cuando lo interrogaron dijo que lo había hecho porque un señor parecido a ése había “atropellado” (violado) a una de sus mujeres en un viaje anterior. Y yo pensé que tenía razón, a cuenta de qué iba a venir un señor de afuera a abusar de sus mujeres. Después me imaginé a Humboldt – todo a causa de la profesora- por los montes de

Monagas recolectando especies y metiéndolas en frasquitos vacíos y después midiendo las costas del Estado Sucre. No supe cómo; las playas son muy largas y me dio pena preguntarle a la profe cómo hacía para medir kilómetros de kilómetros. Ninguno de mis compañeros tampoco preguntó. De pronto confundía en mi imaginación a Humboldt con mi padre, no se parecían en nada, pero imaginarlo por el monte haciendo espacio con un machete en la mano me traía a la mente la figura de mi progenitor en la hacienda de su padre confundido entre la maleza o el monte, haciendo lo mismo, limpiando la selva de lo que sobraba.

Yo quería ser como mi padre. Lo admiraba y trataba de imitarlo. Me gustaba leer como él lo hacía, sentado en la butaca de cuero de la sala, en la casa de Cerro Negro, sólo con el rumor de los cañaverales y el trinar de los pájaros como compañía. Su voz fuerte y recitada nos convocaba a escucharlo. Disfrutaba de la lectura de textos como quien saboreaba un manjar. Y pasaba el día repitiendo fragmentos de novelas o declamando poemas de Lorca, Neruda o de Andrés Bello. Me gustaba su forma de vestir, tanto para el trabajo de campo, como en ocasión de una velada. Su sombrero Borsalino, de medio lado, sobre una mata de pelo negro, lisa y brillante, peinada hacia atrás, le daban un aire de elegancia en cualquier circunstancia. Su tez color tabaco, sus rasgos finos y un cuerpo fuerte y musculoso completaban aquella figura que, además de admirar, yo trataba de imitar a toda costa. Me sorprendían sus ocurrencias y su risa hasta llegar a aguarle los ojos. Lo observaba entre la vegetación desbrozando el monte y hablando con las plantas o haciendo un comentario de una

especie jamás vista por él. Seguramente, por eso lo asociaba a Humboldt. Sus amigos lo apodaban “el negro” y le gastaban bromas. Su facilidad de palabra enredaba al más despabilado, y en las discusiones era terco como una mula. Tenía un don de mando que a veces resultaba excesivo, pero era alegre y jovial en las fiestas, sobre todo cuando ingería licor. Tenía fama de bailarín de valeses y joropos, los que ejecutaba con elegancia y echonería. Lo que no soportaba de mi padre era que hiciese sufrir a mi madre por su infidelidad. Muchas noches los oí pelear y mi madre lloraba. En cambio, me emocionaban sus discursos o sus intervenciones en las reuniones clandestinas que se hacían en la hacienda. Esa facilidad de palabra me cautivaba, por eso siempre quise hablar como él, y hacía esfuerzos mentales extraordinarios para aprenderme de memoria textos y recitarlos a solas con su tono de voz. Siempre estuve dispuesto a improvisar como él, pero mi juventud me lo impedía. Pese a mi timidez, intervenía en cualquier evento que me propusieran en mi escuela primaria o en la secundaria, así me estuviese muriendo de los nervios. Yo llegaré a hablar como mi padre, me decía en forma silenciosa. Por eso cuando escuchaba los discursos de nuestros líderes en el liceo, pensaba que también llegaría a ser como ellos. Ese deseo lo cargué siempre como un talismán y cada vez que se me presentaba la oportunidad de improvisar, lo intentaba, no siempre con buenos resultados.

Lo de María del Rosario va mejor....pero la terrible imagen de las manos agarradas me perturba de vez en cuando.

CUATRO: *DE ATARDECERES*

Desde las alturas del Pan de Azúcar, el Castillo de San Antonio de la Eminencia luce como un gendarme de peñascos porosos dispuestos en cuatro puntas con garitas de ojos verticales que apuntan a varios flancos de la ciudad hacia los distintos puntos cardinales. Desde la muralla que une sus costados se ve a lo lejos la inmensa lengua azul marina que se pierde hacia el horizonte y se desparrama hacia los lados. La luz desciende a la ciudad y termina en el mar como un manto de celofán que encandila. Cada minuto las nubes pasan o se aglutinan produciendo sombras o matices lumínicos sobre las avenidas y los parques. Pero hoy, algo sucede. Una nube gigante color elefante se ha estacionado como un carruaje de capuchinos en medio del espacio. Allá lejos caen haces de luz como en los cromos de las primeras comuniones. Nadie hubiese podido adivinar de qué tonalidad dominante se tornaría con el paso de las horas.

Con razón el día había transcurrido bien raro. De un cielo de nubes densas pasamos a un cielo que se aclaró de repente y los rayos de sol cayeron como dagas sobre la ciudad. Muchos nos protegíamos debajo de la sombra de los árboles mientras el reflejo del pavimento golpeaba los

ojos. El tiempo parecía detenido. Las hojas de los flamboyanes lucían artificiales porque no se movían. La irradiación intermitente de la luz solar en el parabrisa de los automóviles encandilaba y quedaba grabada en la retina una silueta instantánea de lo último que percibíamos como imagen. Alguien creyó haber visto a un conocido alumno salir del liceo y dirigirse a la Catedral. Se detuvo frente a ella contemplativo y allí permaneció un buen rato, se le veía incómodo. Todos dudamos, eso no puede ser, pero las alucinaciones y los espejismos frente a un sol tan brillante se vuelven de pronto realidades, aunque nos quede la duda.

En el café de Silvana

Pedro Esteban y yo nos hicimos señas. Dejamos la placita 19 de Abril y nos metimos en el café de la esquina. Él quería mantener ocupada mi cabeza, por eso me propuso irnos al café. Andamos obsesionados con Silvana, la italiana que trabaja en ese establecimiento. Él más que yo, porque en mi cabeza sólo existe espacio para María del Rosario. Sin embargo, yo le sigo la corriente. Silvana es una tipa refinada de ojos bandoleros y de unas piernas tan hermosas que parecen no pertenecer a la delgadez de aquel cuerpo con el que soñábamos todos. “A ver qué quieren” nos dijo Silvana al descubrirnos boquiabiertos mirándola. Si en verdad le hubiese dicho lo que yo deseaba me habría sacado del local por las orejas. “Un café”, contesto balbuceando, y Pedro Esteban y yo nos sentamos al lado de una pequeña mesa a saborear entre los dos la amarga bebida, sólo por seguir los movimientos corporales de la italiana

que se desplazaba por el local como una libélula, y se contoneaba a propósito para que nosotros nos muriéramos de un ataque. De pronto se escucha una algarabía por los lados de la calle Montes. Pedro Esteban y yo salimos de asomados a indagar lo que pasa. Se trata de un lujoso automóvil que rifan. Silvana la italiana pasa a un segundo plano aunque mis ojos se despiden de su trasero. A los costados van unas bellas muchachas con faldas cortas luciendo sus tremendas piernas (las de María del Rosario me parecen mejores icoño, qué vaina...!), ellas ofrecen los boletos del sorteo de la lotería de Oriente. Es un descapotable conducido por un señor ensombrerado a lo tejano, de flux y corbata, que soporta estoicamente aquel calor del trópico de treinta y cuatro grados centígrados. El hombre conduce lentamente y perifonea anunciando las bondades del vehículo. Parte de aquellas palabras se me quedan grabadas por la prosopopeya como las dice:

“¡Lincoln Continental todo eléctrico, una fortuna rodando sobre cuatro cauchos banda blanca, véalo, admírelo, donde los ingenieros norteamericanos se rompieron el coco; un botón para subir los vidrios, un botón para esconder el techo, todo automatizado, el prototipo del auto americano, aproveche esta oportunidad, no se la pierda, por sólo cinco bolívares este lujoso automóvil puede ser suyo!” En el asiento delantero llevaba un tocadiscos RCA y ponía una canción colombiana mientras decía: “i...y ahora, el muñequito de goma!” y saltaba del carro un niño negrito, enclenque, no mayor de siete años, bailando la música y contorsionándose como si fuera un personaje de circo. Yo corro detrás, sobre todo para mirar a las muchachas que venden

los tickets de la rifa y portan faldas minúsculas. Pedro Esteban me agarra por la franela, y me dice que si quiero participar en el equipo de voleibol “Los Halcones” debo regresar con él al liceo inmediatamente. Está previsto que el jueves de esta semana se inaugure el campeonato entre las distintas secciones del primer año y hay que practicar. Yo decido regresar a la plaza y unirme al resto del grupo. Me detengo al ver a José Ángel Morales subir pausadamente las escalinatas de la catedral. ¿Qué raro? Un comunista dirigiéndose a la Iglesia. Esa actitud me intrigaba, pero las risas de las muchachas que están en la plaza me distraen y me voy directo a donde ellas se encuentran. El corazón se me quiere salir por la boca. Estoy que tiemblo porque me estoy acercando a ella. Me ve y sonrío como si no hubiese pasado nada, ¿sería una visión mía? Por momentos se me olvida lo que he visto y me le acerco. ¿Te diste cuenta?, me pregunta María del Rosario señalando hacia las escalinatas de la Iglesia. Sí, le respondo, ese tipo es un misterio.

José Ángel consume su plan

José Ángel entra a la catedral cuando la misa ya ha comenzado. Pareciera sumergirse en un recinto amarillo oro por la luz que emana del altar mayor con reflejos hacia todos los rincones. La voz del cura retumba por la acústica del templo. En lugar de caminar por la nave central José Ángel se desplaza hacia su lado derecho y comienza a mirar las columnas con motivos sobre la crucifixión de Jesús. No puede evitar recordar el templo de los Salentinos de Barcelona. Aquel es un ambiente que conoce muy bien. Al ver el confesionario

se remonta a sus recuerdos más desagradables con sus confesores. La misa se desenvuelve con normalidad frente a un escuálido público, sobre todo frente a viejas mujeres forradas de velo negro y ropa oscura. El sacerdote se ve dentro de una nube de humo, balancea su brazo derecho como un péndulo. El olor a incienso le es tan familiar a José Ángel que pareciera asistir a la misa de la capilla donde oficiaba su amigo como monaguillo. La Catedral es un recinto de una exhuberancia abusiva. Sus dos naves adornadas con figuras de ángeles y santos conocidos, el altar mayor recubierto hasta el techo de papel oro con imágenes de apóstoles, y en el centro el Sagrario, con un sol de filamentos radiantes que simulan rayos dirigidos a cualquier ángulo, completan la abigarrada decoración de la Catedral. Una reja de caoba pulida que le llega al cura hasta la cintura separa el lugar del oficiante del público. Ha llegado el gran momento esperado por Morales, tanto tiempo pensando en esa oportunidad y es sólo ahora cuando se le presenta. La gente se levanta y hace una sola fila en medio del recinto. A ambos lados quedan de forma simétrica los numerosos asientos alargados de pulcra madera donde la feligresía escucha el sermón del prelado. José Ángel duda si sentarse a esperar o ubicarse al final de la fila de los comulgantes. Luce, en apariencia, tranquilo, pero quién puede dudar que se trata de un momento de tensión. La decisión que ha tomado pudiera cambiar su vida. Quizás sea la temeridad más grande que se le haya ocurrido. No comulga desde su salida del colegio. Él sabe bien que antes de la comunión es obligación confesarse, pero no ha visto a nadie en el confesionario. Está seguro de que encomendándose a Dios y arrepintiéndose

de sus pecados tiene la opción segura de acceder a la comunión si ella se hace con la voluntad y convicción más profunda de expresar la verdad. ¿Y será que este muchacho comunista ha decidido abrigar la causa de Dios arrepintiéndose de sus pecados? ¿Qué fuerza tan grande y poderosa pudo haberlo llevado a meditar su acción? ¿Estaría pensando abandonar su militancia marxista? Al tomar la decisión se persigna frente al cura que lo mira con sus ojos intensos, se arrodilla y abre la boca en forma desproporcionada, tanto que permite al cura detectar una dentadura estropeada. El prelado siente en ese instante, haciendo una digresión absurda e inusual, que El Señor no es merecedor de aquel recinto bucal tan descuidado. Pero piensa en los pobres y desdentados de la ciudad que acuden todos los días a misa, a quienes atiende sin prejuicios, y regresa de su torpe cavilación, que seguramente lo lleva después a una confesión ante Dios, para darle la comunión al último de la fila.

Yo me había jubilado de clases (mi abuela tenía razón) para verme con María del Rosario, estaba realmente enamorado como un perrito faldero. Nos encontramos en la Plaza 19 de Abril, allí nos vimos con otros compañeros que habían hecho lo mismo, pues no soportaban al profesor de historia. Carlitos, uno de nuestros amigos, compró un cigarrillo para aprender a fumar. Como somos unos cuantos, y un solo cigarrillo no alcanza para los aprendices de fumadores, él inventa verter el humo en una botella de refresco que va pasando a todos para inhalar su contenido a través de un pitillo. Mientras contamos chistes y hablamos de la situación en el liceo, entre una atmósfera de humo que interfiere nuestros

rostros, vemos descender por las escalinatas de la Catedral la figura extraña y tranquila de José Ángel Morales que viene hacia la plaza. Camina como desdibujado. La mancha trigueña de su rostro es entonces una sombra. Su conducta y arrojo en los conflictos políticos le ha hecho merecedor de nuestro respeto. Aparte de sus arengas y discursos habla poco en los pasillos, y en el salón de clases interviene cuando es necesario para combatir ciertas posiciones de los profesores. Luce un tipo más bien calmado y solitario. Lo vemos llegar a la plaza sin sentir sus pasos; ya cerca de nosotros se encarama en un banco al lado nuestro, y desde allí nos mira de manera inquisitiva. Su rostro y su figura entera nos regalan un contraluz misterioso. Apenas se le adivinan las formas, pero podemos distinguir una leve sonrisa en su cara. Coloca la palma de su mano derecha en el lado del corazón y nos dice de sopetón: ¿Quieren conocer el Cuerpo de Dios Nuestro Señor? Nos deja atónitos con esa pregunta, no entendemos qué se trae entre manos. Por un lado es un comunista militante, capaz de darle vida a las piedras con su verbo, y nada tiene que ver con Dios, pero por el otro, es un muchacho callado, taciturno cuando no anda en cuestiones políticas. Por eso nos parece tan rara su actitud. Como no reaccionamos, vuelve a repetir, esta vez con más contundencia: ¿Quieren, o no quieren conocer a Dios Nuestro Señor? Alguno de nosotros balbucea un par de palabras entrecortadas y otros permanecemos en silencio. Las muchachas están impactadas por el extraño personaje, al que nunca se le han acercado por temor. De pronto José Ángel se baja del banco y repite con voz altanera mostrando sus ojos desorbitados: ¡¿Quieren conocer el Cuerpo de

Dios Nuestro Señor, SÍ, O NOOOOOO?! Nuestra reacción es nula, su ascendencia como estudiante de quinto año y líder político nos impide elaborar una respuesta. De pronto escarba en el bolsillo de su camisa color fresa donde antes ha puesto la palma de su mano, y extrae una caja de fósforos. La abre y nos la muestra a todos. En el fondo observamos una hostia húmeda y arrugada. No lo podemos creer. Nos vemos las caras, los rayos de sol que se cuelan entre los árboles de la plaza interfieren nuestras figuras y las muchachas gritan confundidas tapándose sus bocas. Salimos apresurados mientras él se queda con su sonrisa, satisfecho, pensando quizás que nos ha dado una lección. Nos vamos al liceo a comentar lo sucedido. La gente se muestra incrédula y sorprendida con nuestro relato. Los salones de clases se convierten en un alboroto y comenzamos a salir a la calle.

Llego a casa y le comento lo ocurrido a mi abuela. ¡Dios mío, cómo es posible, no te lo puedo creer, eso es una monstruosidad lo que ha hecho ese muchacho!, dice sorprendida. Ella sigue echando pestes, de pronto volteó y me increpa: ¿Tú no estarás metido en todo esto, verdad? Niego con un movimiento rápido de mi cabeza y ella sigue hablando a solas mientras le escucho algo así como que los muchachos de ahora no respetan. La noticia se extiende por Cumaná como un reguero de pólvora encendida.

Un zumbido colectivo de voces y comentarios arropa la población entera. Todo el día se ve a la gente entrando y saliendo de sus casas. Se forman grupos en las esquinas para comentar lo sucedido. El precario servicio de teléfonos colapsa. Las viejas beatas entran a paso de jicotea a las iglesias.

Y las campanas comienzan a repicar con un maldoblestar extraño a la caída de la tarde.

Otra vez la imagen de los murciélagos vampiros. Me desperté y sentí que por el techo del corredor de la casa pasaban en vuelo alocado esas horribles criaturas. Me arrojé de pies a cabeza. Recordaba al tío Tomás Andrés cuando una noche en la hacienda de mi abuelo José Julián le chuparon la sangre por el dedo gordo de uno de sus pies.

Los matices de la luz

En condiciones normales la luz de los atardeceres en Cumaná es recibida con júbilo. Es como si alguien tendiera sobre la ciudad una tregua para los ojos y el cuerpo. La luz de un atardecer se convierte en un estado de ánimo en donde todo se celebra como si fuera la llegada de una primavera cualquiera. La luz en mi ciudad fija la pauta, ordena, inspira o seduce. Después de las cinco de la tarde el paisaje marino invita a la contemplación. No es lo mismo ver pasar un velero, o un peñero atravesar las aguas turbulentas del Golfo, que contemplar su murmullo sobre la mar serena y tendida como una alfombra gigante de matices azulados, verdosos, o en una rara combinación de tonos superficiales o profundos. La luz suaviza y acaricia los contornos en los atardeceres de brisa suave y juguetona. Pero los atardeceres pueden volverse borrascosos si una tormenta se atraviesa. Y estábamos en presencia de una tormenta que se venía gestando como una ola de rumores y acontecimientos. La apacible tarde se descompuso con ventiscas repentinas y una luz tamizada por las nubes inquietó a la gente.

Esa noche la ciudad entera no pudo pegar los ojos. Desde el castillo se veían los puntos luminosos de las ventanas de las casas como si fuesen pesebres navideños.

El ventarrón de la noticia

Al otro día, al despuntar el sol, los pregoneros del diario de los curas, “El Renacimiento”, gritan la noticia. Agitan el periódico en sus manos: “ESTUDIANTE SACRÍLEGO PROFANA EL CUERPO DE DIOS NUESTRO SEÑOR, metiéndolo en una caja de fósforos. La Iglesia profundamente consternada” El resto de la noticia echaba pestes a la educación que impartían en el Sucre y las medidas que tomaría la Iglesia; pedían al director que se pronunciara sobre el hecho. La incomodidad en el liceo se manifiesta como una alergia colectiva, que mantiene inquieta a la población estudiantil, porque no sabe lo que va a pasar, aunque lo intuye.

La comidilla de ese día en el liceo es la extraña acción de José Ángel. Sus compañeros lo buscan para enterarse de lo sucedido, pero él no llega sino hasta las diez de la mañana. Lo abordan estudiantes y profesores. A él le parece que tal escándalo no es para tanto, aunque sabe muy bien la repercusión que tendrá su temerario acto. Después de mediodía comenzamos a ver algunas patrullas por las inmediaciones del liceo. Los estudiantes salimos en pequeños grupos y José Ángel aprovecha la oportunidad para escabullirse por la puerta trasera del liceo sin percatarse de la presencia de la policía. Tratan de capturarlo, él se les escapa saltando por el paredón de una casa cercana al río, pero no se zambulle en sus aguas,

pues sabe que la policía tiene custodiado ese punto de fuga. En cambio, se va caminandito por la calzada externa de la Plaza Ayacucho como si no hubiese roto un plato, cruza el puente y se pierde por la Calle Larga.

El Consejo de Profesores se reúne de urgencia; nadie se entera de los detalles de la reunión, suponen que algo debió hablarse sobre lo acontecido ayer.

Nos elevamos a la cuestión doctrinaria y pasamos a estudiar lo de “la dictadura del proletariado”, al principio no entendía un carajo del por qué luchábamos contra una dictadura para imponer otra. A fin de cuentas era lo mismo, pero el musiu cambiaba de cachimbo. Se nos hablaba de la clase obrera y una de las tareas era conversar con los obreros de los Telares Cumaná que quedaban muy cerca de uno de los barrios de la periferia de la ciudad llamado “Cochabamba”. Nos enchufaron lo de la “plusvalía” que era algo así como lo que ganaba de más el patrono por las horas en exceso que trabajaba el obrero produciendo mucho más sin que él participara de la ganancia extra. Un explotado, pues. “La explotación del hombre por el hombre”, que era otro de los conceptos fundamentales para comprender lo de la explotación capitalista. Hasta que llegó el día en que nos pusieron a leer el Capital de Marx y allí sí fue verdad que se jodió la cuestión. Era un libraco así de gordo y comenzaba por un capítulo fundamental que había que estudiar a fondo: La Mercancía. Antes tuvimos que leer el prólogo del propio autor y allí pasamos unas cuantas semanas por aquello de que la célula era el centro de todo. Y luego,

La Mercancía nos llevó el resto del año. Donde sí fue verdad que se acabó todo fue en tratar de comprender la Tasa de Ganancia con su formulita y demás hierbas, una vaina más fastidiosa que el carajo. Yo le dije al camarada que prefería mi participación práctica en las actividades y operaciones políticas en la ciudad. Me respondió que un militante serio tenía la obligación de formarse integral e ideológicamente, de lo contrario, iba a ser un peón de fábrica cualquiera obligado a servirle a los demás sin superarse. Me jodí entonces, pensé. Eso me planteó un reto, y al final de una de las sesiones nuestro camarada me regaló un folleto y me dijo: “Ve leyéndote esto, y después hablamos” Este sí era arrecho, me entregó El Manifiesto del Partido Comunista. Una de las prácticas más importantes para mí fue la enseñanza para preparar las bombas molotov con una botella de refresco, gasolina, un pedazo de trapo encendido para que cuando se estrellara contra el objetivo elegido estallara. Después de un par de meses me pusieron a prueba. Mi objetivo consistía en incendiar un automóvil cerca de la policía. ¡Verga, por fortuna salí ileso, pero me cagué! Corrí hacia la playa y me lancé al mar con todo y ropa y me fui nadando como dos kilómetros por la costa como un perro callejero. Me armaron un verguero en el partido. Cualquiera que me hubiese visto salir mojado del mar hubiera sospechado de mí. Una vez me dijeron: “Al enemigo, ni agua” Eso significaba una cantidad de cosas, pero estaba muy claro, había que odiarlo. Un camarada puso un ejemplo: “tú no puedes ni siquiera aceptar una invitación a comer de una persona que sea enemigo político tuyo porque ya con eso estás

haciendo una concesión, o te engatusa, o te envenena” Yo me quedé pensando, y lo acepté, sin estar muy convencido de la vaina.

Hoy conocí a Federico Rondón, uno de los principales dirigentes del partido en la resistencia destacado en la región de Sucre. Nos llevaron, a tres muchachos y a mí, a un rancho en la playa para encontrarnos con él. Un señor alto, trigueño y regordete, que nos dio buenos consejos para cuidarnos. Era la verga de Triana, una especie de leyenda viva. Todo el mundo hablaba de él. Estábamos allí como miembros de la juventud que habían convocado para reunirse con el líder. Toma en cuenta esto, diario mío, muy importante para mi record personal.

Se agudiza el conflicto

El liceo volvió a abrir sus portones como de costumbre, pero cuando todos los estudiantes estábamos en plena clase escuchamos una algarabía en la puerta principal. Uno de los alumnos pasó gritando por los salones arengando a los estudiantes para que saliéramos de inmediato a la cancha. Los curas y los estudiantes del Colegio San José rodeaban el liceo y no dejaban ni entrar, ni salir a nadie. Estaban agresivos y gritándonos improperios. Se constituyó una brigada de choque con los más fornidos de cuarto y quinto año. Hacia la tarde se presentaron los primeros escarceos y uno de nuestros estudiantes, en representación del grupo, se lió a golpes con el cura más temerario de todos y luego se produjo una golpiza colectiva. Por fortuna, sólo hubo moretones y contusiones, pero la cuestión no pasó a mayores porque la policía llegó y obligó a recogernos dentro de la institución.

Al día siguiente continuaban los curas y estudiantes cristianos de otros planteles cercando el liceo. Ahora portan pancartas alusivas al “monstruo sacrílego”. Nosotros estamos contenidos a pesar de superarlos en número, hemos recibido instrucciones del director de no caer en sus provocaciones. Se sospecha que todo está preparado para que la policía aprese a quienes salgan a pelear con los curas. El Consejo de Profesores se vuelve a reunir de urgencia y suspenden las clases. El director del liceo llama por teléfono a Monseñor para concertar una reunión. El prelado acepta, pero insiste en que se de en la propia sede del Sucre. Nadie entiende su exigencia cuando todo el mundo esperaba lo contrario, aunque la gente piensa que se trata de una cuestión efectista para intimidar a los profesores y estudiantes de nuestro plantel. Un halo prepotente envuelve la visita de Monseñor. Se trata nada más y nada menos que de hacer acto de presencia en la propia boca del lobo. Así sucede. Llega con su séquito de asistentes y secretarios en un despliegue que incluye limusina y protección gubernamental. El ambiente está caldeado y, pese a algunos empujones, le abren paso directo hacia el salón del Consejo de Profesores en donde se encuentra el director esperándolo con una comisión de docentes de nuestra institución. El liceo todo, sus pasillos, sus jardines, sus paredes, los intersticios entre las ramas de los árboles, se convierten en una estridencia lumínica única. Cada vez que el sol alumbraba de esa manera pasaba algo, y ese día no iba a ser la excepción. La reunión comienza tensa porque Monseñor habla pestes del estudiante Morales para quien pide su

expulsión inmediata. Por otra parte, después de una agria discusión, Monseñor pone como puntos de honor dos condiciones: primero, que el liceo Antonio José de Sucre, a través de su director, pida disculpas públicas a la Iglesia, y en segundo lugar, se ponga un crucifijo en cada salón de clase para desagraviar a la institución eclesiástica. Los integrantes del Consejo se miran las caras y el tío Juan Gaspar se ajusta los pantalones y le responde sereno al prelado, quien espera una respuesta gratificante y compensatoria.

El director habla en nombre de los profesores y la comunidad estudiantil reconociendo el error del estudiante y condenando su actitud. Se excusa y promete expresar su pesar públicamente a través de la prensa y la radio. Afirma que él, personalmente, dará unas declaraciones. Habla de la libertad y el respeto a las instituciones religiosas y asegura que el alumno en cuestión recibirá un castigo ejemplar respetando siempre las normas que rigen al Sucre. En ese momento Monseñor frunce el ceño mientras el director continúa con sus alegatos. Manifiesta, con relación al segundo punto, el de colocar un crucifijo en cada salón de clase, su desacuerdo, ya que resulta una medida inconveniente para una institución de educación laica, lo cual podría molestar a los padres y representantes que han inscrito a sus representados en un liceo público y no religioso. Monseñor, irritado, se levanta violentamente de la silla y antes de salir amenaza al director acusándolo de ser responsable de la situación que pueda presentarse en las próximas horas. El director hace un gesto con sus hombros que profundiza más el disgusto del prelado quien

sin despedirse se marcha apresuradamente -en franca contradicción con lo que verdaderamente representa- como alma que lleva el diablo.

Monseñor sale entre pocos aplausos y muchos pitos. Los aplausos de los curas que rodean el liceo, y los pitos de nosotros que gritamos consignas entre las que se escuchan claramente la del último letrero en el muro de la Catedral: ¡güevito de oro, güevito de oro!

La campaña contra el liceo arrecia por prensa y radio, hasta volantes llegan a repartir los curas lanzándolos por las calles principales de la ciudad. El director nos hace un llamado para que no acudamos al liceo a fin de evitar provocaciones a los religiosos que todavía permanecían dando vueltas alrededor del plantel en franco hostigamiento a nosotros. Esta situación se repetía día a día y el malestar colectivo presagiaba fuertes encontronazos. Monseñor es entrevistado por las radios de la ciudad. El locutor con su acostumbrado tono amarillista, y como si hubiese descubierto un tesoro de morocotas, anuncia lo sucedido. Monseñor da unas declaraciones que avivan la reacción de la población religiosa en contra del liceo y explica lo sucedido. Invita a todo el pueblo de la ciudad a una gran manifestación de desagravio a la Iglesia y al Señor Jesús Cristo. Da algunos detalles y agrega que en los próximos días suministrará la fecha del gran evento.

Después de estas parcas declaraciones los Templos de Cumaná, tanto la Catedral, la de Santa Inés y Altagracia, así como la de Santa Ana de Caigüire, se vieron repletos de feligreses, sobre todo los domingos. Las viejas beatas con sus velos de negro y de colores oscuros daban la sensación de estar viviendo un luto colectivo. Los campanarios

agitados llamaban a la gente a orar. Los curas que oficiaban las misas hablaban del tema y preparaban a la feligresía explicando el significado de lo que había ocurrido, entusiasmándola para el gran acto a celebrarse en los próximos días. La comunión es masiva y la consternación general. En esta oportunidad se ven más niños y jóvenes asistiendo a los actos religiosos. Cumaná se escurría en lágrimas por los recientes aguaceros.

Desde arriba destacan los techos rojos de la parte antigua de la ciudad. Una sombra gigante los recorre y se pierde hacia el sur para dejar pasar el viento del atardecer. Como si fuese humo de inexistentes chimeneas salen por las ventanas de las casas frases largas, palabras cortas, interjecciones, monosílabos y párrafos enteros de las conversaciones que ocurren en su interior, y se disipan en el aire. Son ecos condenatorios por la grave situación que vive la Iglesia. Hay rumores de excomunión. La gente los ha traído a sus hogares después de asistir a la misa. El asombro es un personaje que visita las casas, que remueve los escombros de los creyentes y catapulta creencias. La noche cae con todo el peso de su oscuridad, apenas unos lánguidos faroles contrastan con lo tupido del ambiente, y deja inermes y exhaustos a sus moradores que sólo acusan el peso del silencio.

¿Quién podrá más?

Constanza, ¿estás dormida?

Todavía no, mamá, tengo insomnio.

Yo también...¿por qué eres tan terca, hija?

Seguramente salí a mi padre.

La terquedad es mala consejera. Tu papi le puso tanto empeño a la lucha política y, sin

embargo, vino a morir así ...

Murió por un ideal, mamá. Yo estoy muy orgullosa de él.

Eres tan joven, hija, que me hubiese gustado que te graduaras primero de bachiller y luego pensaras en la política.

Si eso fuera tan fácil como dices, no habría problemas. Yo estoy convencida de lo que hago. Muchísima gente anda en lo mismo. Me extraña que me digas eso cuando sabes muy bien que la única manera de sacar a Pérez Jiménez del poder es con esta lucha.

Ustedes ven las cosas tan fáciles. Ese hombre no sale así no más. Está apoyado por los militares. Y el pueblo no tiene armas. Es una pelea de burro contra tigre. Fusiles contra palabras y protestas. Por eso es que no creo en esas acciones de calle que lo que hacen es poner en riesgo la vida de todos ustedes. Y menos, cosas tan locas como la que hizo ese muchacho..

Ya sé por donde vienes, mamá. Habías tardado mucho en decirlo. Pero quiero que sepas que yo estoy con él.

¡Pero hija, no te das cuenta de que andas con un comunista, tu padre se estará revolcando en la tumba!

Mi padre fue adeco, pero era un hombre muy inteligente capaz de comprender situaciones como estas...

Los adecos y comunistas son como agua y aceite.

La lucha es una sola, mamá. ¡EL OBJETIVO REVOLUCIONARIO es sacar a Pérez Jiménez de aquí!

¡Baja la voz, niña, que las paredes tienen oídos!

La gente anda durmiendo a estas horas, así que no te preocupes.

¡EL OBJETIVO REVOLUCIONARIO!, repite la madre de forma despectiva...¡Por favor, Constanza! ¿Tú sabes lo que es ser comunista? ¿Quieres que te diga lo que es un comunista?

¡Ay, mamá, por supuesto que lo sé! Un comunista es como un adeco, o un urredista que lucha contra la dictadura, que tiene un ideal por un país libre, independiente, eso sí, fuera de las garras del imperialismo yanqui...

Puro discurso barato, ideología de pacotilla –idéjame terminar!-, un comunista es un ser que responde a una ideología foránea que viene impuesta desde Moscú y que tiene que ver con una realidad muy distinta a la nuestra y cuyas acciones son financiadas por el Partido Comunista Ruso, son unos imperialistas de mierda igual que los yanquis. Así que no me vengas a decir cosas que no sabes muy bien, lo sé por tu padre y por la gente comunista que conozco que no le importa su familia, ni sus amigos, ni nadie, sólo privan los intereses del partido que están por encima de todo, un comunista recibe órdenes y ya está, no hay derecho a discutir ni a disentir, no son democráticos. Allí quien manda es el jefe del partido y la línea que impongan desde la Unión Soviética, y ya está. Y usan a los más pendejos, a ustedes los estudiantes, de carne de cañón, ¿o me vas a decir que no es así?

Mamá, no te molestes, yo no voy a discutir contigo esas cosas. Yo sólo sé que aquí hay una lucha para tumbar a Pérez Jiménez y todo lo que hagamos para lograrlo es válido, sean rojos, amarillos, blancos o verdes. Lo demás no me interesa, al menos en este momento.

¡Ay, qué inocente eres, mi amor!

¡Por favor, mamá, no me descalifiques, siempre pasa lo mismo! Pareciera que nunca te hubieses graduado de bachiller, ni te gustara leer o fueras bruta. Yo podría definirte qué es ser adeco o qué es ser urredista, pero saldríamos agarradas de las greñas.

Si vas a despotricar en contra de los adecos lo harás en contra de tu padre. Prefiero que lo hagas contra mí que soy urredista.

¡Jóvito, mucho peor! Un hombre que no tuvo los pantalones el 52 cuando ganó las elecciones y permitió que el gorila éste se instalara en el poder, quién sabe hasta cuándo.

¿Qué pretendías tú, que se inmolara como un pendejo? Eso es lo que los comunistas no entienden, les interesa tener mártires de la resistencia, bueno, ni eso, porque todos los muertos hasta ahora son adecos, con eso se llenan la boca. Jóvito hoy está vivo, y vas a ver: será algún día el presidente de la República, te lo juro por tu papá, que Dios lo tenga en la gloria.

¡Jóvito, presidente, ja! No voy a seguir discutiendo contigo, mamá, y menos en esos términos, como si los adecos fueran lo mejor del mundo.

Aquí nos pueden dar las 7 de la mañana discutiendo y no nos vamos a poner de acuerdo, así que duérmete.

Duérmete tú si quieres. Yo no.

Entonces quédate despierta.

.....

¿Constanza?

Qué, mamá...

Te quiero pedir una cosa.

Depende...

No seas necia, quiero que me complazcas en algo, nunca te pido nada, pero esta vez me sentiría feliz si me complacieras. Hazlo por mí.

Dime, pues...

Quiero que, en caso de que suceda, me acompañes al acto de excomuni3n.

¡Te volviste loca, mamá...c3mo me vas a pedir eso, si t3 sabes que el excomulgado ser3 Jos3 3ngel, eso es el colmo, olv3date, olv3date! T3 tienes que estar bromeando o me quieres sacar de quicio, prefiero que as3 sea, porque de lo contrario...

¡Ay, chica haz lo que t3 de la gana, ya, ya est3 bien. Sigue con tus creencias, c3sate con 3l, y te vas de luna de miel a Leningrado que all3 seguramente tienes los gastos pagos y te espera Nikita Kruschev para darte la bienvenida! Buenas noches, uff.

Las Carmelitas se preparan

Amaneci3 tarde, comenta la gente. La claridad suave de la ma3ana no es d3a si no viene acompa3ada del Astro Rey. Las superficies tienen que brillar, la calle debe relucir, las paredes deben cambiar a colores m3s vivos y entre la fronda de los 3rboles tiene que filtrarse la luz y generar en sus copas erizos luminosos enceguedores para que se pueda decir, es de d3a. Y en el espacio de la Plaza Pichincha, frente a una de sus esquinas la claridad entr3 a borbotones al colegio de Las Hermanas Carmelitas, que era un hervidero de rumores. Las monjas hablaron en todos los salones de clase para preparar a sus alumnas sobre el acto p3blico. Rezaban las oraciones pertinentes en todos los espacios y un rosario colectivo antes de acostarse, celebrado en el patio central. De igual manera lo hac3an las religiosas del Colegio Santo 3ngel frente

a la iglesia Santa Inés. Eran un poco más refinadas, sus trajes de gala venían de España, un sombrero de pajilla con una cinta fucsia a su alrededor, una blusa de fina seda bordada, una falda con setenta y nueve pliegues impecablemente planchados con una banda morada en la cintura. El atuendo lo completaba un par de medias blancas que cubrían hasta la mitad de la pierna donde caía la falda plisada. Eso impedía los picones callejeros, lo cual mantenía a los estudiantes del liceo con una curiosidad perenne adivinando las formas que se traslucían por encima del uniforme de las damitas púberes. Completaban el uniforme unos zapatos de charol negro con correíta y hebilla que mostraban, extrañamente, parte de los dedos cuando las niñas andaban sin medias, sutil coquetería deslizada por el fabricante que tenía mucho que ver con el precio de ganga del calzado. Por su parte, los de El Colegio San José ponían a tono sus balandranes y los seminaristas su uniforme de gala de paltó azul marino y pantalón de gabardina color crema, como los helados de mantecado que vendían en el Bar Sport en cuyo baño, por cierto, se orinaba contemplando la torre de la Catedral a través de una ventana (esto también me lo enseñó el tío Tomás Andrés). Los zapatos impecablemente pulidos y una fina camisa de popelina blanca con una corbata azul intenso como el mar de Puerto Sucre; completaban el atuendo de gala los vestidos blancos de las niñas del Colegio Santa Teresa que lucían una correa de color rojo en sus cinturas de avispa. Los demás colegios no religiosos asistirían al acto con sus propios uniformes. A cada uno de ellos fueron los curas a explicar en qué consistía el acto de excomunión y por qué la Iglesia había tomado tal decisión. Dictaban las pautas de lo

que había que hacer antes de la excomunión, incluyendo los rezos y el comportamiento de cada alumno en la calle y la obligación en que estaban de comunicar lo sucedido a la gente normal y corriente. Se trataba de un desagravio a Dios Nuestro Señor.

Mefistófeles

Lo único que le faltaba a los cumaneses era que les saliera el Diablo, y precisamente ese día, a las doce en punto del mediodía –una hora por cierto cómoda para salir del infierno- se apareció sin ton ni son el mismísimo Maligno acompañado de su corte infernal. El Diablo de Cumaná aparecía en las fiestas, sobre todo en Semana Santa y en diciembre, por las calles de la ciudad acompañado de una serie de muchachitos enclenques teñidos de negro como el propio Diablo tocando con palos sobre latas vacías de manteca “Los Tres Cochinitos” y haciendo una bulla ensordecedora. Asustaban a la gente y de cierta manera los obligaban a darles dinero que recogía uno de los pequeños luciferes. El Diablo echaba sangre de remolacha por la boca y tenía unos ojos que le querían saltar de sus órbitas. Con una lanza en su mano derecha perseguía amenazante a la gente y terminaba colocándosela en el pecho a uno de sus diablitos que caía al suelo. El sol abrasador los obligaba a descansar y en torno a ellos se hacía un círculo de personas para observar sus largos dientes, la sangre, las alas diabólicas y el cuerpo completamente oscuro por el negro humo. Pero aún así, en pleno descanso, el Diablo no perdía su compostura: volteaba los ojos, abría la boca para mostrar sus colmillos y de vez en cuando fustigaba

a los presentes azuzando con su lanza a los que osaran acercarse mucho, a menos que le dieran plata. Ya en la tardecita el Diablo se había recorrido las calles principales de Cumaná y disfrutaba de la generosa brisa que venía del mar y se perdía con su baile macabro hacia las profundidades del Puerto. Dentro de la tensa situación nunca un Diablo había sido tan oportuno para suavizar las tensiones provocadas por los últimos acontecimientos que tenían incómoda a la población. Luis del Valle Hurtado, era un personaje popular de la ciudad, al que también apodaban “Tarzán”, por su parecido con el actor de las películas sobre el hombre de la selva, había sido el creador de esta criatura de las tinieblas, que por pura coincidencia, decía él, surgió con el nacimiento de la dictadura. El Diablo de Cumaná nos metía miedo para espantar el otro miedo, el de la dictadura.

La ciudad callada

Cumaná parecía en meditación colectiva, sólo se escuchaba el chasquido de los automóviles al pasar por las calles y avenidas. En las casas de familia, en los burdeles, en el mercado y en cada sitio público, la comidilla del día era la profanación de la hostia. Se comentaba en la calle que el General Marcos Pérez Jiménez había enviado un telegrama a Monseñor manifestando su pesar, y al mismo tiempo, haciéndose solidario con las acciones a que hubiere lugar por parte de la Iglesia y ponía a disposición toda la voluntad de su gobierno para investigar lo acontecido. Por su parte, el Ministerio del Interior dirigió una comunicación al Director del Liceo para que se tomaran las medidas y sanciones necesarias contra

el estudiante que había cometido el hecho y contra sus cómplices. Se sabía que el Ministro había conversado por teléfono con el comandante de la policía, pero aunque se desconocían los términos de esa entrevista era fácil deducir la represión inmediata de los cuerpos policiales hacia el liceo o una acción particular en contra del estudiante José Ángel Morales. Los comentarios en los corrillos políticos hablaban de una conspiración, según el régimen, de los partidos en la clandestinidad para desestabilizar el régimen. Por lo que arreció la persecución contra las diferentes agrupaciones políticas ilegalizadas en la ciudad y zonas aledañas. Fue frecuente escuchar en las casas y en los pasillos del liceo: se llevaron a Fulano anoche para Guasina; pusieron preso a Mengano en la sede de la Seguridad Nacional; torturaron a Perencejo y lo dejaron casi muerto.

Los esbirros de la SN buscaban al estudiante sacrílego por todas partes. Morales se había salido de la habitación que tenía alquilada cerca de la redoma de La Copita, al final de la calle Montes, de donde había sacado todas sus pertenencias. Terminó refugiándose en uno de los barrios más pobres de la ciudad, La Cacimba -denominado así porque cuando llovía o se desbordaba el Manzanares, ese barrio se inundaba-, en un rancho perteneciente a una tía anciana. Allí fueron a parar los esbirros de la Seguridad. La vieja se sorprendió porque desconocía el hecho y no podía imaginar que su sobrino, un estudiante tan serio, pudiese estar involucrado en tamaña afrenta a la Iglesia. Al escuchar a los hombres bien trajeados, de sombreros alados y lentes oscuros, se persignó y los mandó a pasar.

¡Ay, zús, eso no puede ser, ustedes deben estar confundidos, mijitos!

Los esbirros entraron y registraron el rancho que sólo tenía un cuartucho con dos camastros. Debajo de una colcha doblada encontraron un folleto: “Manifiesto del Partido Comunista”, con la imagen del viejo Carlos Marx en la portada.

¡Aquí está la evidencia! –le dijeron a la anciana- y salieron del rancho dejando a la tía con un gran signo de interrogación en su rostro. Ella se persignó como si fuese un gesto cotidiano más, y siguió barriendo sobre la mancha de luz que entraba por la ventana y se estampó en el piso como un sello luminoso. La policía lo buscaba por todas partes. Hubo allanamientos en algunas casas donde vivían amigos suyos. Un alumno de las condiciones materiales de Morales tenía que ser buscado en los suburbios de la ciudad. Las fuerzas del orden público sabían que mientras él estuviese en libertad las acciones contra el gobierno aparecerían en el momento menos pensado. Rastrearon por “El Dique” y en los cordones de miseria de la ciudad. Plantaron guardia en Puerto Sucre y Caigüire para impedir que saliera a la otra costa, también se apostaron en algunas bocacalles que conducían al liceo. Hasta que una tardecita lo vieron salir cauteloso de la casa cural, al lado de la Iglesia Santa Inés, mientras se despedía de Tinoco el ayudante y proyccionista de cine de los curas. A medida que caminaba con paso apresurado por la calle de la Panadería de Caldera, sin poder ocultar su identidad, aunque llevase una gorra de pelotero, metida hasta las orejas, se tropezó a su paso con una vieja enteca, vestida de negro y de velo español, que lo reconoció y comenzó a gritar: ¡Es el comunista de la hostia, el que salió

en el periódico, por Dios, agárrenlo! José Ángel echó a correr y fue interceptado por dos policías de la gobernación que cuidaban la parte trasera del Palacio de Gobierno y le ordenaron detenerse. Corrió hasta donde pudo, justo al escuchar un disparo.

A la mañana siguiente se supo de su arresto. Los estudiantes se lanzaron a la calle y acompañaron al director hasta la cárcel pública donde se encontraba José Ángel. Había que actuar con prontitud de lo contrario su vida corría peligro, ya habían escarmentado con lo del compañero Luis Gabriel Hernández, encontrado muerto en una playa. Los muchachos con pancartas fueron juntándose hasta formar una manifestación que fue necesario calmar con las palabras del director. Este fue a hablar con el Comandante de la policía. Quien le aseguró que al estudiante lo habían detenido para evitar males mayores aparte de protegerlo de la furia de la iglesia. Allí estaba cuidado y, de paso, evitarían que organizara movilizaciones y manifestaciones que no estaban dispuestos a tolerar.

Que buena vaina, mi diario, me faltó velocidad. Yo no me iba a meter por esa calle, maldita vieja, no me quedó otra salida que pararme. Coño de la madre con ese policía de mierda. Yo no sé qué va a pasar. Espero que el director del liceo haga algo. Ojalá y los camaradas preparen una manifestación y presionen para poder abandonar esta pocilga. Tanto que hay que hacer y yo metido aquí viendo para el techo. "Preso estoy, estoy cumpliendo una condena..." El jodido de Daniel tiene unas letras..... El camarada Lenin me gusta mucho.

Es un hombre de altos quilates. Y lo peor es que aquí no me dejan entrar esos libros. Monseñor debe estar hirviendo de la arrechera. ¿Y los camaradas del partido qué pensarán, que me volví loco? No, loco no, es que cada quien tiene su propia realidad. Yo a veces no los entiendo. Hablan mucho, dan muchos consejos, es verdad, pero por ejemplo, quién entiende a “Globito” que es uno de los más aguerridos camaradas y, sin embargo, tiene la joyería más importante de la ciudad. Es verdad, es un señor de apariencia humilde, pero tiene mucho dinero, no creo que todo sea para el partido, ni que fuera pendejo. Es un tipo muy respetado, Hay quien dice que aporta dinero a la organización, otros lo desmienten. Sé también que los camaradas máximos del partido son millonarios, entonces cómo es la cuestión, sacrificio, riesgos y más riesgos para los que estamos abajo. Bueno, en realidad un buen revolucionario no puede ponerse con esas vainas, son prejuicios pequeños burgueses. Me faltan como tres lecturas, al camarada de formación lo veré cuando salga, pero aquí cómo voy a leer sino dejan entrar ni papel tualé. Por eso estas paredes están tan rayadas: “aquí estuvo preso Jenaro Antonio Astudillo, mes de octubre del 52”, este sí que está bueno, “todos los policías de esta cárcel son maricas”, y este otro, “Necesito una puta ya”. ¿Los letreros de las pancartas los habrán pintado? ¡Coño, Constanza, haz algo, negra! No puedo pensar en mi novia que ...imira inmediatamente se me para! Voy a aprovechar que no viene nadie, no me olvides amor, acuérdate de mí, en estas noches solitario te pienso y el recuerdo de tu olor me vuelve loco y me dan ganas de cogerte y echarte uno. Constanza, mi amor, Constanza, Constanza,

*CONSTANZZZAAAAA, COOOÑOOOOO! Uff...
Diario mío, mira este desastre, pero regístralo
esta vez en el hipotálamo...*

Una visita necesaria

El director del liceo quería constatar el estado físico de su alumno. Lo llevaron hasta la celda y se sorprendió al verlo. Se encontraba en una pocilga, en un antro abandonado de barrotes oxidados, en un espacio maloliente a orines y excremento viejo. El vaho de la humedad no era más que un complemento de la inmundicia. Allí los rayos del sol estaban ausentes durante todo el día. Apenas un ángulo permitía ver parte de un pasillo y un pedazo de patio que encandilaba al mediodía y transmitía un resplandor que apenas llegaba cerca de la celda.

El director saludó a su alumno y trató de encontrarle una explicación al hecho bochornoso de la hostia. Su explicación, aunque razonable, no terminaba de dejar satisfecho a la máxima autoridad del liceo. Pero entendió que las razones de Morales estaban ligadas a un sentimiento de humillación difícil de digerir. Morales había estudiado en un colegio de curas y vivió los castigos más injustos y vejatorios que, según él, una persona con un mínimo de dignidad podía soportar. No quería saber nada sobre “esos carajos”, manifestó. Y refirió algunas historias para dar respaldo a su odio contra el colegio religioso en donde había estudiado hasta tercer año de bachillerato. Soltó algunos cuentos de curas vagabundos y abusadores con niños y monjas que dejaron boquiabierto al director del liceo. Descubrió en el alumno que se trataba de

una burda venganza de la cual no se arrepentía, más bien notaba un sentimiento de disfrute por lo que había hecho. “Se trata de una espinita que me tenía que sacar, profe”, le dijo al director, y le manifestó finalmente que no se preocupara que todo saldría bien. Pero Morales desconocía el sentimiento adverso y de odio que embargaba al prelado mayor y las consecuencias que su acto había producido en toda la ciudad.

De pronto a mi tío se le vino una idea a la cabeza que le iba a servir de gran ayuda. Preguntó a Morales si estaba dispuesto a refrendar por escrito o verbalmente las acusaciones que hacía en torno a las irregularidades gravísimas sobre los curas de su antiguo colegio. Morales no lo pensó dos veces, ratificó sus afirmaciones y su decisión de hacer la denuncia cuando él lo creyera conveniente.

El director se despidió exigiéndole que mantuviera la calma, que todo iba a salir bien. Al llegar a la puerta de la policía tuvo que intervenir para convencer a la masa de estudiantes de que su compañero estaba en buen estado, y que él continuaría los trámites para obtener su libertad lo más pronto posible. Los conminó a que se fueran todos tranquilos a sus casas. Ese mismo día llamó por teléfono a Monseñor y le pidió una cita urgente. El prelado sonrió al otro lado del hilo telefónico, no sabía lo que en realidad le esperaba.

¿A dónde irá a parar todo esta vaina? El profe está tramando algo. Si pudiera contactar a mi tía. La pobre siempre anda jodida, como todos los pobres de este país, acojonados de miedo, quién no va a estarlo. Es que la gente es bruta. Cómo van a defender al cabrón de Pérez Jiménez diciendo que aquí nunca ha habido la seguridad

que hoy tenemos en la calle. ¡Coño, pero claro, cómo no va a haber seguridad si a quien pescan lo consumen detrás de las rejas o lo mandan para Guasina o se muere en la tortura! Así cualquiera se queda en su casa, más seguridad que esa... el miedo está en los poros de todo el mundo y además es libre. Y la otra vaina es que quieren justificar al dictador por las obras que ha hecho, principalmente en Caracas que siempre se lo lleva todo.. sí, está bien, autopistas, paseos, puentes... pero, y el resto del país, ¿con qué se queda? Se llenan la boca hablando de las inauguraciones del “gordito” como si ese fuera el problema, ¿quién va a comer con esas obras? ¿Los pobres? ¿No serán más bien los poderosos constructores italianos que trajo de fuera el gran carajo? Lo único que le han hecho a Cumaná es la sede de un banco y a Pérez Jiménez no le gustó. Cumaná está salada. Claro, está a la orilla del mar...

Anoto en el lóbulo izquierdo de mi diario: ¡Pedro Estrada, hijo de puta cómo no te da una diarrea y te mueres deshidratado! Tengo derecho a desahogarme, ¿o no? Esta noche me toca repasar el diario día por día. Quiero saber si puedo memorizar todo, repetir hasta el cansancio lo que pienso de cuanto ha sucedido y lo que hay por hacer, según mi modesta opinión. Chao, hasta mañana, diario mío.

Una visita más que necesaria

El director encontró a Monseñor en su despacho y éste le hizo señas para que se sentara. El director comenzó manifestando que la situación de su liceo se hacía insoportable y estaba a punto de generarse una violencia de

incalculables proporciones. Pensaba que los curas que rodeaban el liceo eran francamente hostiles al estudiantado del Sucre y eso era una bomba de tiempo a punto de estallar. El director le pedía a Monseñor que intercediera para que esa situación se acabara en lo inmediato. Usted es el único que lo puede resolver, le dijo. Por otra parte, las clases habían sido suspendidas y ya los representantes comenzaban a quejarse no sólo por ese hecho, sino por la violencia que amenazaba a sus representados. El director aderezó su argumentación con la situación grave que se vivía en todo el país y la necesidad de que las fuerzas vivas de la ciudad hicieran todo lo posible para que el conflicto no se extendiera. A ninguno de nosotros nos conviene, arguyó el director.

¿Y usted qué pretende que haga yo?, replicó Monseñor visiblemente molesto.

El director fue directo al grano y le sugirió que consideraba que él debía retirar su gente de los alrededores del liceo para que todo se normalizara. Monseñor con aire prepotente le respondió que todo se debía a la voluntad del pueblo religioso de Cumaná y nada podía hacer al respecto. Justo en ese momento, el director sacó la carta escondida de su manga y le contó a Su Eminencia lo referido por el estudiante y el peligro de que se supiese aquella información tan comprometedora para la institución eclesiástica. Como si lo hubiesen puyado con un hierro caliente, Monseñor saltó de su asiento indignado y estalló en cólera. Insultó al director y lo acusó de estar manejando un vulgar chantaje contra él que no estaba dispuesto a tolerar.

El director lo interrumpió cortésmente aguantando por dentro el ataque de placer que lo embargaba.

Su Eminencia, de ninguna manera, por el contrario, yo a usted lo estimo y lo respeto. Por eso he evitado que nuestro alumno dé esas infames declaraciones evitando de que salgan en *Tribuna Popular*, como usted sabe, el periódico clandestino del PCV. No olvide que Gustavo Machado, el sempiterno dirigente de corbatita de lazo, el líder máximo del comunismo en Venezuela, anda pendiente de lo que pasa en el país. Y una oportunidad como esta no la va a desaprovechar. Para nada se trata de un chantaje, ¡cómo va a pensar usted eso, Eminencia, no faltaba más!

Monseñor lo miró con ojos encendidos y acusó el golpe. Prometió que retiraría de inmediato sus ministros del liceo para que todo regresara a la normalidad. Pero pidió a cambio, para salvar su honrilla y poder cumplir con ciertos preceptos eclesiásticos, que el director se comprometiera a rescatar la hostia en poder del estudiante, cosa que el director aceptó gustosamente. Se despidió de Monseñor con una genuflexión y salió satisfecho caminando por el jardín de la entrada pensando en que todo estaba a punto de resolverse sin saber que aún le faltaba allanar algunas dificultades.

El Manual del Materialismo Histórico que está en casa ya lo llevo por la mitad. Me cuesta hablarle en esos términos a los obreros de los telares. La gente es menos complicada que eso. Sólo necesitan resolver el día a día y más nada. Menos ahora, que lo más importante es que no se lleven a un familiar preso, o lo desaparezcan como pasa a cada rato. El otro día hablaba el camarada de formación sobre los adecos. “Por ahora estamos en lo mismo, pero si esta dictadura cae, será otra cosa, eso está claro, ellos

son socialdemócratas y nosotros comunistas”. El socialismo, la fase superior del capitalismo. Ahora están empeñados en darnos un curso de filosofía. Esta sí que me parece una materia jodida. Yo estudié ciencias para no enfrentarme a la filosofía. Pero al parecer sin ella no se entiende a los grandes pensadores y tampoco la vida. Vamos a ver. Tengo que ponerme en disposición, pero cada vez que leo algo sobre ella, me duermo. Y tenemos que apurarnos porque lo que vine es Hegel y compañía. Nadie me comunica nada. Ni siquiera un papelito me mandan. Qué estará pasando. Coño, si yo estuviera afuera y aquí adentro estuviera otro. Ya lo habría sacado. Hubiera formado un peo, y ya. Pero ¿qué será lo que pasa? ¡Es que no hay bolas para enfrentar esta vaina!

Anoto en el lóbulo derecho de mi diario: voy a concentrarme para que a Constanza la dejen venir hasta aquí. Coño, será que el director se arrechó conmigo, pero si más bien lo he notado en pie de lucha, claro, moderadamente, eso lo entiendo, no va a suicidarse y mucho menos servirle al gobernador, en bandeja de plata, el cierre del plantel. ¿Y esos ruidos, esas pisadas, y este movimiento de policías que abren puertas y rejas? Ahhhhh.....

Ánimos caldeados en el Sucre

El liceo Sucre abrió de nuevo sus puertas y acudieron todos como si no hubiese pasado nada. Había una calma chicha. Pese a lo ocurrido en días anteriores, se reanudaron las actividades deportivas y las clases transcurrían en apariencia,

normales. Los disturbios continuaban en el resto del país y parecía que el hilo que sostenía la paciencia de los venezolanos contra la dictadura estaba a punto de romperse.

Dos profesores del liceo de los que se decían simpatizantes del régimen, aunque no declarados, pero sospechosos por su actitud frente a lo que pasaba, hablaron con el director a objeto de convocar una reunión urgente del Consejo de Profesores para tratar el caso del estudiante José Ángel Morales. Se presentó una agria discusión con uno de los profesores, de apellido Córdoba, quien expresó su malestar por lo que estaba ocurriendo, y reclamó a las autoridades del liceo, especialmente a su director, el trato considerado y cómplice que hasta ahora habían dado al estudiante profano, resultando por demás sospechosa su actitud, pues la percepción de la comunidad liceísta y ciudadana manifestaba complicidad con el alumno. Esta posición fue apoyada por otro miembro del cuerpo docente. El director les salió al paso recordándoles que ya había condenado públicamente la actitud del estudiante. Alegaba al mismo tiempo, que debía entenderse que la primera obligación de su institución con cualquier miembro de su comunidad, que se viera involucrado en algún problema, era defenderlo. Y más aún si se trataba de un alumno aventajado como Morales. Se presentó una delicada discusión entre los profesores que apoyaban al estudiante, y los dos que se oponían. La sabia intervención del director, y su gran experiencia como líder de la institución, terminó calmando a los docentes y extinguiendo el fuego que amenazaba con propagarse.

Una nueva visita

El director regresó a la policía para hablar con el estudiante. No quiso entrar de lleno sobre el motivo de su visita. Optó por saludar y dejarlo entrar en confianza. Morales le habló del maltrato de quienes lo custodiaban y la intimidación que le hacían por las noches simulando que lo iban a fusilar sin contar la retención de la magra comida y los desplantes nocturnos para despertarlo con golpes en los barrotes y volverlo loco de insomnio y sobresalto. Pero manifestó su madera de líder y dejó entender que sabía muy bien en el lío en que se había metido. Expresó certeza en su actitud y trató de transmitirle confianza al profesor cuando en realidad se trataba de todo lo contrario. Por fin el director decidió abordar el motivo de su presencia y transmitió la exigencia de Monseñor con relación a la hostia y los actos sacramentales que la Iglesia debía acometer en estos casos. José Ángel esgrimió una imperceptible sonrisa y el brillo de sus ojos parecía delatar una extraña intención que en el momento no pudo procesar el director, aunque algo presentía. Morales tomó la palabra para manifestar tajantemente que estaba dispuesto a entregar la hostia -aún en el bolsillo de su camisa-, si el propio Monseñor venía a buscarla. Al director se le fue la sangre a la cabeza y mostró indignación ante un planteamiento tan absurdo. Decidió calmarse y obrar con paciencia. Sabía que estaba frente a un alumno particular y dispuesto a cualquier cosa. Sobre todo, al escucharle decir que si lo jodían mucho y no accedían a su petición se iba a comer la hostia. El director incómodo con la amenaza intentó tranquilizarlo. No le quedó otra alternativa que salir de allí con la preocupación

triplicada pensando cómo le contaría a Monseñor la nueva situación. El director se fue visiblemente preocupado. Morales lo vio alejarse mientras se diluía en una suerte de espejismo tembloroso por el reflejo solar que inundaba el pasillo de la cárcel.

Aquí vas a tener que aterrizar, Monseñorcito, y jalarme bolas para poder entregarte la hostia. Alguna tenías que perder. Coño, tienes toda la vida viviendo de la Iglesia como una sanguijuela pegada a una pierna con todo el confort del mundo, mandando más que un dinamo, ¿y te vas a quejar por esta güevonada? Bueno, güevonada no, para mí sí lo es, para ti será un sacrilegio. Que me digan lo que se les antoje: irresponsable, hereje, cuanto les de la gana, pero aquí vas a tener que venir. Bastante que me jodieron los curas. ¿Irrespetuoso yo? Irrespetuoso serás tú que te la pasas cogiendo carajitas y nadie te dice un coño. Además las empreñas, iuna güevoná!. Ah, claro, como eres una autoridad vergataria de la Iglesia te permites todas las arbitrariedades del mundo, hasta de servir de cabrón a esta dictadura. De qué moral me vas a venir hablar tú, chico. ¡No me jodas! Tiene razón Marx, “la religión es el opio de los pueblos”, creo que así es la vaina.

Me parece que esto es importante para mi diario: anoche soñé que me habían mandado para Guasina y me torturaban. Luego me echaron a sus aguas pestilentes y a Constanza se la cogían todos los esbirros. Debajo del agua veía un depósito de cadáveres con cadenas en los pies, los peces hacían su agosto comiéndose los ojos humanos y una mujer de pelo largo y vestido blanco gritaba desesperada con millones de burbujas que le salían de su boca angustiada,

parecía decirme algo. Era la voz de mi madre que nunca había oído. No se parecía a mi mamá, pero sabía que era ella por un botón dorado que pendía de su pecho que le regaló mi padre cuando se casaron. Coño, traté de avanzar, pero no me daban mis brazos ni mis piernas, eran varios brazos los míos y no podía alcanzarla. Me desperté sudando como un minero de Guayana. Esto me puso muy mal, no sé si grité porque alguien pidió silencio. Casi no sueño, y mucho menos tengo pesadillas, es una vaina bien rara... pero me permito anotarlo en la región occipital de mi masa encefálica.

La cólera del prelado

El director atravesó el vasto jardín de la casa cural, pero por un capricho que ni el mismo entendió, se regresó a la entrada y se asomó al tanque rectangular de agua donde permanecía prisionero, desde hacía mucho tiempo, un inmenso caimán traído del Amazonas y criado allí desde chiquito. No atinaba a procesar las razones que pudieron permitir a Monseñor mantener al desdichado animal en cautiverio. Hizo un gesto de contrariedad con su cabeza (el director, por su puesto) y continuó su camino al incómodo encuentro.

El director comunicó lo más tranquilo posible aquel recado perturbador. Monseñor perdió la calma y batió algunos papeles sobre su escritorio. Una inmensa Biblia que estaba abierta en un atril se precipitó al suelo por un movimiento brusco del prelado que caminaba de un lado a otro gesticulando con sus manos. Antes de salir de su despacho se dirigió groseramente al director, teniendo como testigo a dos curas.

-¡Esto es el colmo, señor director! Que usted no haya podido convencer a ese SACRÍLEGO para que le entregara la hostia me parece una afrenta de las más ignominiosas que he tenido que soportar. Pero, sepa usted, se lo adelanto de una buena vez: ya he pedido al Vaticano anuencia para excomulgarlo públicamente.

El director tragó fuerte mientras Monseñor salía disparado al reclinatorio de la casa cural para encomendarse a Dios, Nuestro Señor, y a todos los santos.

¿Un pequeño respiro?

El tío Juan Gaspar, al salir del liceo, tomó su auto y aprovechó la tardecita para irse tranquilo por la avenida de Los Mangles a respirar aire puro. Se detuvo en el bar del mismo nombre y ordenó un trago. Quería mitigar la presión de su actividad de los últimos días con la caída de la tarde. Miró al horizonte por donde el sol comenzaba a esconderse con sus reverberaciones doradas. Observó los peñeros que cruzaban el Golfo. Se detuvo y siguió con su mirada el vuelo de los alcatraces que buscaban refugio para pasar la noche que se avecinaba. Le llamó la atención las bolsas debajo de su pico inferior y recordó que tales aves morían ciegas de tantos chapuzones que le golpeaban los ojos en busca de su presa. Yo también soy medio ciego, se dijo para sí, y se quitó sus lentes de vidrios gruesos y circulares. Mientras los limpiaba alguien se le acercó por detrás sacándolo de su mutismo.

Lo venimos siguiendo, dijo una voz. Mi tío se puso nervioso, pero se calmó al ver a Constanza, la estudiante del liceo, novia de Morales,

acompañada del joven Pedro Esteban. Mejor es que se recoja temprano, profe, le dijo con cariño la muchacha. Por allí circula el rumor de que lo están buscando para ponerlo preso. No ande solo, insistió Pedro Esteban, nosotros lo apoyamos, cuente con nuestro respaldo. Ayúdenos a sacar a José Ángel de ese infierno. Mi tío aseguró que estaba haciendo todas las gestiones posibles para ello. Constanza y Pedro Esteban se despiden y lo dejan ensimismado en el espectáculo del atardecer cumanés lleno de matices naranjas y tonos violáceos.

CINCO: DE OSCURIDADES

Las noches en Cumaná son refugios de puntos luminosos en la bóveda celeste. Desde el castillo, Marte aparece radiante al alcance de la mano. Otros planetas lejanos armonizan con la constelación de Andrómeda y seguramente veremos algún globo de papel, con su llama temblorosa, elevarse para el deleite y la curiosidad del ojo nocturno. De esa bóveda iluminada llueven las estrellas fugaces. A veces, se precipita una sola de ellas como un soplido de luz que se extingue en su recorrido para morir en un lugar cualquiera. En noches de luna llena o de cielos despejados, la noción de infinitud nos captura y viajamos a la velocidad de la luz hacia la Vía Láctea o a constelaciones ignotas que ya murieron o acaban de nacer. Es un paisaje estelar que cobijó a nuestros antepasados, asombró a conquistadores, o a usurpadores, como se les suele llamar. Noche despejada, no exenta de misterios, de líneas metálicas que flotan en el horizonte de aguas oscuras.

Criaturas sangrientas

Mientras más peligrosa se ponía la situación comenzaban a aparecer ciertos fenómenos en la ciudad que intimidaban a la población por otras

razones distintas a la política, o, probablemente, ligadas a ella de forma indirecta para distraer o confundir a incautos. Entonces eran las sombras, no la luz, los elementos propicios para acuñar los miedos. De pronto la población se atemorizó por la llegada de los vampiros a Cumaná. ¡Yo sabía!, me dije, que en algún momento iba a aparecer este asunto. Escuché el comentario de la tía Merchi sobre los vampiros en la ciudad y el ataque de los mismos a las mujeres. Pasaron noches en que me despertaba atribulado. La situación se presentaba a altas horas de la madrugada. Algunas mujeres comenzaron a mostrar evidencias de hematomas en sus piernas, que según sus declaraciones, eran succiones que el particular vampiro les hacía cuando estaban dormidas. Era una especie de vampiro exótica, un poco lejos, aunque familiar, del Conde de los Cárpatos, porque no mordía en el cuello sino mucho más abajo. Una noche llegó la tía Merchi –que estudiaba el bachillerato nocturno– asombrada por lo que le mostró una amiga de clase. Me llevó al baño, se levantó la falda y me enseñó los moretones del vampiro, igual que las otras mujeres que habían puesto la denuncia en la policía, contó ella. Mi abuela le salió al frente: ¡Ay zús, Merchi, ese cuento no me lo creo! ¿Por qué el vampiro no las muerde en la nuca, en la espalda o en un brazo, por qué tiene que escoger las piernas? ¡Qué vampiro tan curioso, Dios mío!, decía con redoblada ironía. Ay, mamá, tú si eres así...yo le vi las piernas a mi amiga y también vi unas fotos de varias mujeres a las que les ha sucedido lo mismo, terminó corroborando ella.

¡Qué sueño tan pesado tienen esas mujeres! Rezongó mi abuela dando la espalda y metiéndose al cuarto.

El vampiro se volvió un acoso a las cosas de las mujeres. La incertidumbre se regó por las barriadas de la ciudad. Y la gente se dormía tarde o permanecía en las esquinas matando el tiempo y espantando el miedo del chupador de sangre. Más de una estampida ocurrió por una falsa alarma de haber visto al vampiro posarse en una mata de coco cuando en realidad se trataba de un trapo viejo u hojas de periódicos arrastradas por el viento. Donde quiera que la población sentía una sospecha, veía colmillos ensangrentados o capas voladoras o rostros blancos y pálidos envueltos en túnicas negras. Un movimiento en el monte desataba un susto colectivo. Un viento fuerte de la playa hacía pensar en el hijo del demonio. La gente corría de un lado para otro y sembraba cruces en las esquinas de sus casas. Y surgieron brigadas entre los pobladores para turnarse en la vigilancia. Más de uno se cagó los pantalones al ver una sombra que corría y atravesaba un solar cuando en verdad se trataba de un jodedor que se vistió de negro para asustar a sus amigos y al ser descubierto tuvo que huir a riesgo de que le cayeran a vergajazos. Lo que no se explicaba la gente era cómo las mujeres amanecían con los moretones en las piernas sin darse cuenta. Se llegó a la conclusión de que el vampiro soltaba una sustancia que las atontaba para luego caerles encima a colmillo limpio. Pero no había perforaciones que indicaran mordidas, sino manchas violáceas que implicaban succiones profundas. Claro, había que entender que no se trataba de la versión de un vampiro clásico, sino más bien de un vampiro regional, en este caso, cumanés. Fueron quince días de zozobra para el público femenino y masculino de todas las edades. Hasta que una noche, ya entrada la madrugada,

se escuchó un escándalo en una casa de grandes corredores donde habitaba una hermosa mujer codiciada por la gente del barrio. Una solterona que conservaba una frescura de juventud envidiable por otras, y un cuerpo de espectáculo de grandes cabarets. La policía acudió al lugar de donde salían los gritos, que más que gritos eran exclamaciones entre el miedo y el placer. Uno de los sargentos penetró a la última habitación que lindaba con el patio y ¡Oh sorpresa! encontró a un hombre alto, envuelto en una manta de satén negro encima de la bella dama culeando de lo lindo con el reflejo de una lámpara en el culo. Al ver entrar al policía que apuntaba con su arma de reglamento se levantó de un salto y alzó las manos rindiéndose. Estaba desnudo, pero con la capa puesta que dejaba ver también su arma de reglamento encendida, chorreando balas de brillantina, que apuntaba al sargento. A partir de aquel momento, el vampiro cumanés no apareció más y decían que se encontraba a mejor resguardo encerrado en un cuartucho de la cárcel, que para fortuna de él, recibía sol en abundancia todas las mañanas, cuestión opuesta a la versión de vampiros que en verdad se respetaran.

El nuevo día nos regala un cielo incólume, color añil, que descubre los perfiles de la ciudad junto al bullicio de transeúntes y carros de mula. Justo en lo sublime de ese despertar, frente a la casa del director del liceo, su automóvil arde en llamas. Un alboroto de gente con perolas de agua es incapaz de sofocar el sospechoso incendio. En el liceo se enteran muy temprano. Los estudiantes intuyen que se trata de un acto de intimidación a la máxima autoridad del plantel. Algunos comentan que el asunto es más grave: quieren quitárselo de

encima, no les conviene un director contrario al régimen. Él mismo sabe que su vida corre peligro y, desde hace algún tiempo, ha asumido el riesgo.

Todo lo que hago es repasar mi diario, memorizarlo, fijarlo, repetirlo hasta el cansancio. Sin embargo, quiero leer algo, pero en esta inmundicia de mierda no me lo permiten. Aunque sea un periódico, un folleto de cualquier cosa. ¿Y es que Monseñor no irá a venir? Ya van dos días y nada. ¿Será capaz de mandarme muy largo al carajo? Para lo que le importa a él. Pero yo, tranquilo y sin nervios. Allá él. Es increíble cómo se conserva la hostia. Ni hormigas le han caído. Qué cosa, ¿no? ¿Será un milagro? Mi celda está llena de cucarachas. No las soporto. Me dan asco y miedo. Sobre todo miedo. Corren por las paredes formando una capa color castaña. Se me trepan a la cama mientras duermo. Estoy cansado de aplastarlas con mis manos y quitármelas de mi cara. Vuelan de noche como si fuesen pájaros. Siento un aleteo fastidioso pasar por encima de mi nariz. Pero me tengo que quedar quieto porque si no es imposible dormir. Prefiero que me torturen.

Hoy amanecí con diarrea y sonándome las tripas. Les dije que me llevaran a la enfermería y me contestaron que ojalá me muriera cagando. Coños de su madre. Tienen dos días que no recogen esta porquería. El calor es arrechísimo y aquí uno se baña cuando a ellos les da la gana. Me vestiré ahora. No quiero recibir a su Santidad en interiores, puede ruborizarse. Es la única concesión que haré por ese güevón. Todo esto lo anoto en la parte de mi cerebro que recubre el parietal derecho.

Un enfrentamiento particular

En medio de una tensa situación Monseñor se traslada a la policía con una comisión de curas que lo acompaña para rescatar la hostia en poder del estudiante. Llegan a la celda junto a dos policías designados para el caso. Morales duerme una siesta cuando lo despierta un ruido estrambótico e innecesario. Uno de los gendarmes lo aturde con golpes de rolo sobre las rejas. Él se levanta restregándose los ojos y ve la figura de Monseñor entre los barrotes. Su rostro está desdibujado por el contraluz y apenas unos filamentos de iluminación se atraviesan en su cara, parece una imagen difuminada ¿Quién estará preso él o yo?, se pregunta. Se estira, bosteza y se acerca lentamente hacia el grupo de religiosos. La imagen primaria de la faz de aquel prelado, cuando Morales está un poco más cerca, es para él la de un pavo real, su nariz parece el moco colgante del ave, sus pómulos encarnados lucen como la cresta arrugada del bípedo, y sus acompañantes forrados de negro semejan alcaravanes sin rostros. Monseñor se lo quiere comer con los ojos y Morales lo mira sin sonreír, pero es tal la satisfacción que se refleja en su mirada, que ni siquiera es necesaria la distensión de la comisura de sus labios para adivinar la felicidad que lo embarga. Monseñor inicia su responso y le anuncia hasta del mal que se va a morir. José Ángel lo deja hablar y espera pacientemente su momento porque él no va a dejar pasar esa oportunidad para decirle unas cuantas verdades. Su Eminencia, aunque intenta mantener su compostura religiosa frente aquel personaje a quien no acaba de comprender, se

resigna, trata de cambiar el tono de su voz, y termina diciéndole:

Bueno, a lo que vinimos, aquí estoy, señor Morales...procedamos...

José Ángel enfile sus baterías contra el prelado y despacha un vómito virulento de argumentaciones bien fundamentadas sobre el papel de la Iglesia frente a la dictadura y la acusación de alcahueta del régimen. A él lo hace responsable de lo que le pueda pasar junto al resto de sus compañeros de liceo. Lo acusa de cómplice de los asesinatos del gobierno. Lo fustiga hasta el cansancio, tanto, que los acompañantes de Monseñor intentan meterse en el monólogo, pero el prelado se los impide. Lo deja que se desahogue, pero cuando comienza a hablar impertinencias sobre el colegio religioso donde ha estudiado, y a comentar las barbaridades de los curas con los niños y las monjas, lo interrumpe abruptamente.

No tengo por qué soportar sus insolencias. Sólo he venido por dos cosas. En primer lugar a ver si usted es capaz de arrepentirse de lo que ha hecho, y...

¡No, qué va, Monseñor!, lo interrumpe José Ángel, yo no me arrepiento de nada, lo hecho, hecho está.

Ante la negativa del estudiante, Monseñor le explica que si se arrepiente no será excomulgado, cuestión que Morales no parece comprender. Y mucho menos, cuando le expresa que un excomulgado no puede recibir los sacramentos de rigor al llegarle su “oportunidad”, enfatiza Su Eminencia. Aquello le parece a José Ángel de lo más extraño. Escucha al prelado y reafirma su convicción de no arrepentirse. Monseñor, dirigiéndose a los acompañantes sin rostros, los

conmina a tomar nota de la decisión negativa del estudiante sacrílego.

Él quiere arremeter de nuevo contra Monseñor y le espeta un par de insolencias sobre su conducta moral. El prelado lo ataja y le recuerda la segunda razón de su visita: el rescate de la hostia que aún tiene en su poder, tal como ha acordado con el director del liceo.

José Ángel hace un gesto para sacar la caja de fósforos de su bolsillo y Monseñor lo detiene para decirle, mientras le pide a un cura que le entregue un par de tijeras, que saca de un envoltorio marrón:

Espere, espere un momento, señor Morales, además de la hostia, necesito cortar la tela alrededor del bolsillo donde ella se encuentra.

A José Ángel le vuelven a brillar los ojos, se acerca más a la rejas. Y le manifiesta, palabra por palabra, acentuando su decisión inapelable de entregar la hostia junto al pedazo de tela, sólo si le buscan una camisa igual. Alega ser comunista, en consecuencia muy pobre, aparte de confirmar que esa camisa ha sido un regalo muy preciado de su madre y no puede desprenderse de ella por razones sentimentales.

Monseñor enrojece de cólera y se queda mirando al estudiante conteniendo sus palabras. Uno de los gendarmes intenta abrir la reja con agresividad mientras Su Eminencia lo intercepta levantando uno de sus brazos. La comitiva decide abandonar la policía. Se alejan como fantasmas entre los escombros de sombras y los ramalazos de luz que fracturan la continuidad de una claridad calcinante provocada por las columnas del pasillo a medida que se desplazan.

En pos de una camisa

Por las tiendas de la ciudad los curas buscan una camisa parecida a la de José Ángel con resultados infructuosos. Hasta un almacén viejo de un “turco” en Puerto Sucre van a parar a ver si encuentran, al menos, una prenda similar. Sólo dos días después, a través de la iglesia de Cumanacoa, y por la buena voluntad de unos curas que se volvieron locos tratando de conseguir la camisa en las tiendas del pueblo, terminan enviando varias muestras, y al fin, tienen consigo la fulana prenda. Los curas regresan a la cárcel de Cumaná, el estudiante recibe entre las rejas la camisa envuelta en papel celofán. Él la desenvuelve con toda la calma del caso, la despliega con sumo cuidado sobre el camastro y con sus dos manos la coloca frente a sus ojos, luego se la mide por encima de la ropa pegándosela al pecho y a nivel de sus hombros. La revisa de cabo a rabo para cerciorarse de que esté en perfecto estado y termina haciendo un gesto de aprobación con la boca que a las claras se puede traducir como “no está nada mal”. Se le salen unas palabras para sí: “Además es marca OPUS como la mía, qué suerte” Monseñor observa con preocupación al estudiante que aún no se decide a quitarse su camisa para ponerse la otra. Finalmente, se despoja de ella, la pone sobre el espaldar de una silla y viste la nueva. Se la estira sobre el cuerpo, levanta los hombros como para sentirse cómodo dentro de la envoltura colorada. Luego toma su antigua camisa, saca del bolsillo la caja de fósforos y se la muestra a los presentes como diciéndole “aquí está, lo prometido es deuda”, la regresa a su sitio. Se la pasa entre las rejas y uno de los curas

la toma con precaución. Dos de ellos la estiran por los extremos colocándola en posición horizontal. Monseñor comienza a recortar en redondo con las tijeras, desplegando una delicadeza extrema, el pedazo de tela que contiene el Cuerpo del Señor. Antes de marcharse de la celda, Monseñor dibuja una cruz en el aire sobre el rostro de Morales y se va. Acompañado de dos gendarmes se dirige a la capilla de la policía a encontrarse con el comandante de la guarnición. José Ángel los mira alejarse hasta que se pierden de vista. Se acercan al pequeño altar y en el Sagrario, donde guardan el Cáliz de la comunión, depositan la hostia y cierran con una llave minúscula el preciado tesoro, que allí descansará hasta nuevo aviso, no sin antes escucharse unas palabras graves de Monseñor.

Comandante, ocúpese de que este lugar esté bien custodiado hasta que hagamos el traslado del Cuerpo del Señor a la Catedral.

El comandante asiente con un movimiento leve de su cabeza asegurando que allí estará bajo estrictas medidas de seguridad. Monseñor parte con su séquito a la reunión que ha pautado en la Arquidiócesis desde hace días con sus prelados y ministros eclesiásticos de las distintas parroquias de Cumaná.

Pensé que me iba a arrear aunque me estaba quemando por dentro. Hubiera querido decirle más cosas, como lo de la muchacha que empuñó en la residencia de las religiosas. Pero no se por qué no se lo dije. Al fin pude lograr algo importante en mi vida de estudiante ¡Que este güevón haya venido hasta aquí, es lo máximo! Le dije unas cuantas verdades, se lo merecía. Me quería comer con los ojos y de allí no pasó, porque

para él lo más importante era la hostia. Bueno, que se lleve su vaina y haga con ella lo que le dé la gana. Yo creo que cumplí con mi propósito. Esto va a traer cola. La dictadura tiene que caer o nos vamos a joder todos. No es que me las eche de nada ¿Es que tiene que venir un terremoto para que vuelva a pasar algo? Yo sé que por allí van a decir que estoy loco, que si esto, que si lo otro. Que qué muchacho tan irrespetuoso. Que así son los comunistas esos que no tienen sentimientos y toda esa paja de los pequeños burgueses. Allá ellos, ¿por qué no se atreven a salir a la calle hasta que caiga la dictadura, ellos lo que hacen es ligar que otros lo hagan por ellos? Miedo que jode. Sí, yo sé, el miedo es libre, después que no vengan a contarme pendejadas. Pero el olfato me dice que estamos a punto de vivir una vaina grande. Desde Caracas dicen que nos preparemos. Lo mío es apenas un granito de arena para ver si la gente se anima. Si yo pudiera enviarle un mensaje a mi tía, sería muy bueno. Al salir de aquí tengo que mudarme. Sé que después de ésta, la policía y la Seguridad no me van a dejar tranquilo. Otra vez a brincar de casa en casa, que fastidio. Estoy seguro que mi papá estaría orgulloso de mí. Lucho por lo que él luchó. Eso es suficiente para mí. Coño, Constanza, inventa algo, tú eres una tipa de pinga. Vas a ver, nos iremos juntos al terminar el bachillerato así a tu familia le dé un mal. ¡Qué vieja tan jodida la tuya! Es que no me deja pasar una. Que si ese muchacho es comunista –bueno, ¿y ella? ¿no es urredista?-, tengo derecho a militar en donde me salga del forro. Es más, estoy orgulloso de pertenecer a la juventud comunista. Aprovecha ahora, vieja. Cuando estemos en el poder ni te voy a ver, je, je.

Coño, qué vaina, voy a perder el año. Tantos días aquí metido. Espero que no me vayan a quebrar por inasistencias, porque si es así voy a armar un peo mayor que se van a acordar de mí para el resto de sus días. ¿Pero, cómo voy a hacer para recuperar todo este tiempo? Bueno, pero tampoco es que en el liceo haya habido muchas clases. Con estos disturbios las materias deben estar por donde mismo las dejé. Me pondré de acuerdo con los profes para entregar unos trabajos, total, yo tengo buen promedio. Me están zumbando los oídos. Otra vez para el perol, no aguanto este dolor de estómago, ¡Coño, qué mugre!

El cumplimiento de la orden

Alrededor de una gran mesa oval custodiada por un inmenso retrato de Pío XII se reúnen los curas, Monseñor coloca sus manos grandes y venosas apoyadas sobre la superficie de madera. El anillo le brilla como un sol y sus uñas pulidas están impecablemente recortadas. Su rostro grave parecía recién afeitado con unos pliegues debajo del cuello que lo hacen aparentar a una iguana. Su lengua colorada comienza a moverse y en tono enfático expresa:

Esta será una excomunión *no tolerada*. Hemos acopiado todos los recaudos pertinentes que demanda la Iglesia en estos casos. El estudiante es *percusor notorio, notorietati facti*, ya que se han constatado los testigos necesarios y suficientes para corroborar el hecho. Además, *per confessionem rei in indicio*, el reo ha confesado el delito. Y lo que es más grave aún, a solicitud de nuestra parte, se ha negado al arrepentimiento. Con lo cual procede, en principio, la excomunión.

Si alguien de ustedes tiene argumentos que añadir, o aspectos que rebatir, este es el lugar y el momento preciso para que lo diga.

Los curas asintieron moviendo sus cabezas y uno que otro intercambia miradas con su vecino. Monseñor hace un gesto con su cuerpo mientras median segundos de silencio y concluye:

No habiendo objeción alguna se procede en consecuencia. Y les ruego que se tomen todas las previsiones requeridas para este caso.

Si yo pudiera escribir este diario, sería de pinga. Pero me toca memorizarlo, repetirlo y revisarlo todos los días. El cerebro es demasiado potente para eso y mucho más. Por cierto, alguien me comentó hace tiempo que un viejo camarada, que estuvo preso muchos años, al salir de la cárcel escribió de un solo tirón una novela que tenía en la cabeza. Eso quiere decir que yo puedo hacer lo mismo con mi diario. Eso sí, tengo que repasarlo todos los días del mundo mientras esté aquí metido y actualizarlo. Qué arrecho es el cerebro, uno puede meterle y meterle vainas todos los días y, él, allí, tranquilito recibéndolas y es infinito para almacenar cuanta información se le ocurra a uno. Y todavía mucho más, eso de mirar lo que uno mire, cientos de imágenes y más imágenes, y que uno pueda memorizar todo, captar lo que entre por los ojos y retenerlo... voy a estudiar medicina cuando me gradúe de bachiller...y filosofía, por supuesto.

Mi diario es de textura blanda, grandote y tiene la forma de una semilla de merey gigante recubierto por un casco de hueso y una mata de pelo liso bien peinada. Soy parecido a un indio, mido uno sesenta y ocho y peso cincuenta y cinco,

bueno, ahora peso menos...con esta comida que aquí me ponen...

Chao, Monseñor, nos veremos en Ganímedes...

El revuelo de la noticia

De una casa cercana al liceo salen los pregoneros a vender “El Renacimiento”, y comienzan a gritar la noticia que viene de nuevo a caldear los ánimos en la ciudad: “EL VATICANO ORDENA EXCOMUNIÓN PARA ESTUDIANTE SACRÍLEGO”.

Es una noticia largamente anunciada por los rumores que corren, inclusive se comenta que ya los directivos de los colegios religiosos lo sabían con antelación. Los estudiantes lanzan sus arengas en el patio del liceo bajo un sol inclemente reafirmando que no permitirán más agresiones de la Iglesia. Constanza improvisa un discurso para convocar una manifestación contra el episcopado. Pedro Esteban aplaude. Es evidente que se trata de alborotar el ambiente. ¡Qué le va a importar a ella y a José Ángel la excomunión, si son comunistas! Más bien quiere llamar la atención para descubrir las implicaciones que tendrá el acto religioso en el pueblo y el mundo político.

Los cumaneses se enteran de la noticia ya que Monseñor hace toda la publicidad del caso. A través de prensa y radio se propaga el acontecimiento a la población. La ciudad amanece con carteles pegados en los principales sitios públicos, edificios, plazas y paredes. Allí se describe la característica del acto de desagravio a la Iglesia y el momento en que se llevará a cabo.

Antes del anochecer, justo en la tardecita, “el

Diablo y la Diabla se pelean por el cachimbo”. Así dice la gente cuando llovizna con sol. Un radiante arco iris se despliega con franjas de colores pulverizados a lo largo del cielo plomizo. Y yo pienso que es muy tarde para ir a buscar el tesoro que se encuentra en el lugar donde se hunden los filamentos multicolores del fenómeno. Desde la terraza de mi casa lo observo hasta que se va diluyendo y aparece la noche como una negra premonición. Un fantasma recorre las calles de la ciudad. Una bola blanca, gaseosa y transparente cruza a toda velocidad por las esquinas. Los que la ven sienten un escalofrío en el espinazo que les hiela el cuerpo. El postigo de una ventana se cierra con violencia y se escucha un grito que se lo traga la oscuridad. La gente comenta que es como un soplido gigante que recorría paredes y alcantarillas. Nadie sale a la calle, pero todo el mundo detecta su presencia en la piel erizada. Muchos se arropan de pies a cabeza y escuchan todos los ruidos: canto de pájaros agoreros, silbidos misteriosos, pasos aglomerados como murmullos, hasta que los primeros rayos del sol llegan en auxilio de la ciudad trasnochada. Ha sido un castigo de Dios, dice la primera voz anónima del día.

Las paredes hablan y las emisoras convocan

Las paredes de la calle Montes y la avenida Bermúdez amanecen pintadas con letreros que claman por la libertad de José Ángel. En el liceo Sucre los ánimos están caldeados. Noticias van y vienen sobre el detenido. Comienza una convocatoria para ir de nuevo a la cárcel pública y pedir que suelten al compañero preso. Hay que hacer presión y no se abandona la idea de

protestar hasta lograr su liberación. Resulta difícil controlar nuestra rabia y poco puede hacer el director al respecto. Sin embargo, se ha llamado uno a uno a los dirigentes de los distintos grupos y representantes de los partidos en la clandestinidad para que tengan mesura, ya que la dictadura está dispuesta a suspender, por tiempo indefinido, las clases. Esa atribución corresponde al Ministerio de Educación una vez hecha la consulta pertinente al liceo afectado, pero el régimen ha rebasado sus límites y ya no guarda ni siquiera las formalidades del caso. En otros Estados del país se han cerrado dos instituciones públicas de secundaria por el asesinato a tres estudiantes -dos en una manifestación, y una víctima más, cobrada en una sesión de tortura-, lo cual ha lanzado al estudiantado a la calle.

Las dos emisoras de la ciudad, Radio Sucre y Radio Cumaná, se encadenan para escuchar a Monseñor sobre el gran acto de excomunión a realizarse en los próximos días. El prelado señala el lugar y el día de la concentración de todos los colegios públicos y privados, el sitio será frente a la policía, lugar donde se encuentra la hostia para luego trasladarla a la Catedral. Recuerda alguno que otro detalle alusivo a la forma cómo deben ir vestidos, y las oraciones previas al referido acto.

Los colegios y liceos de Cumaná, excepto el Sucre, acuden al llamado de la Iglesia para asistir al acto religioso. La concentración abarrotada la explanada frente a la policía, y Monseñor llega acompañado de su séquito para buscar el Cuerpo del Señor guardado en el Cáliz. Se ofrece una misa solemne en la Capilla de la cárcel con acceso restringido. Sólo pueden asistir, además de Monseñor y sus autoridades religiosas, los

distintos directores de los planteles de educación primaria y secundaria. Y uno que otro coleado de cierta jerarquía pública. El comandante de la policía se encuentra en la primera fila. Monseñor se arrodilla y se persigna. Ofrece unas pocas palabras a los presentes, pero se reserva lo mejor para el sermón principal que dará en las escalinatas de la Catedral. El comandante le entrega la pequeña llave al prelado y éste abre la compuerta del Sagrario en donde se guarda el Cáliz de oro. Dos curas acompañan a Monseñor que extrae desde el fondo el pedazo de tela roja que contiene la hostia. Lo saca cuidadosamente y lo deposita encima de un almohadón que sostienen los curas. Uno de ellos lo encapsula con una campana de vidrio parecida a la que usan ciertos relojes de péndulo. Caminan por el centro de la capilla y en la puerta los esperan cuatro prelados vestidos con atuendos y ribetes dorados, sosteniendo un palio blanco con arabescos del mismo color, debajo del cual van los dos curas con el almohadón que soporta al Cuerpo del Señor. Atraviesan el patio de la policía y desde su celda José Ángel percibe el movimiento de la gente y escucha los ruidos exteriores sin saber muy bien lo que pasa.

¿Coño, vendrían a buscarme los camaradas del liceo? Qué griterío. La bulla es grande...mi libertad como que está cerca. ¿Y esos megáfonos? Las campanas están repicando. ¿Será que habrá una misa por la hostia? Coño, cuánto daría yo por estar afuera, no joda. A lo mejor dentro de un rato estoy con mis camaradas. No he tenido noticias tuyas, qué raro. Será que se habrán arrechado conmigo. ¿Y al negro “Capuringa” le habrá salido todo bien con lo de las armas?

Ojalá y no lo descubran, así sí es verdad que nos jodemos. ¡Qué negro tan bueno! Él se arrechaba cuando le decíamos “En el cielo hay un negrito que lo llaman “Capuringa”/ lo aprietan por la cintura/ y echa leche por la pinga”. El sol está que arde. El resplandor de afuera me pega en los ojos. En el patio no se puede estar, digo yo, no sé. Aquí me aso, pero afuera me puedo quemar ¿Cómo estará toda esa gente en la calle con este calorón? ¡Verga!

Arrepentimiento, excomunió...¡QUÉ BOLAS! Por eso este país está jodido. Me voy a concentrar a ver si me conecto telepáticamente con Constanza...si me dejaran llamarla por teléfono...¡No pides nada, José Ángel!

Un diario es información escrita o no. Los camaradas hablan que es mejor no escribir porque uno nunca sabe si un papel de esos con información clave se traspapela o se lo quitan a uno en el momento menos pensado, pero es que si uno posee la información no escrita en el cerebro y lo ponen preso, y luego le dan una rumba de palos, cómo puede uno, si no logra soportar el dolor de la tortura, evitar hablar, denunciar...fortaleza de espíritu iyo te aviso, chirulí! La conclusión entonces es no saber nada comprometedor, que es una cosa casi imposible, siempre conocemos algo, y en el supuesto caso de que no conozcamos nada, nos matan a palo igual porque no podemos hablar de cosas que desconocemos, y así y todo, a lo mejor se nos ocurre inventar mentiras, que es lo que le ha sucedido a muchos. Como el amigo de mi padre que no se metía en vainas y lo agarraron. Lo único que sabía era improvisar versos. Y por eso se jodió, por el arte de la poesía popular. No

tuvo otra manera de desenvolverse que no fuera la de improvisar mentiras, unas mentiras tan extrañas que terminaron matándolo a palos. Total, da lo mismo, aquí nos sale encomendarnos al camarada Lenín.

Mi diario sigue machete, ahora se me ocurre que todo esto puede estar alojado en el lóbulo frontal. Así tengo mis archivos bien clasificados.

¡Atención firrrr, militares coños de madre, cabrones hasta la muerte!

El acto de excomunión

Otra vez el mediodía feroz. El mediodía de espada. El mediodía abrasador. El mediodía de horno. En la mitad del medio. Del medio de la calle. En el medio del miedo. En el cenit atosigante y aplastante. Monseñor llega a la puerta principal y un murmullo colectivo de asombro se deja escuchar de la multitud que espera ansiosa el cortejo. Algunas damas se desmayan. Otros gritan y la policía debe intervenir para calmar la masa que parece desbordarse. Los agentes apartan a muchos para que hagan espacio suficiente a objeto de permitirle a Su Eminencia, acompañado de su séquito, encabezar el desfile religioso que debe dirigirse a la Catedral. La multitud se pone en marcha iniciando una Ave María colectiva para luego escuchar, en cada intermedio del rezo, la estridencia de unos megáfonos dando instrucciones sobre la excomunión. Monseñor, compungido, marcha adelante con las manos entrecruzadas sobre su pecho. Un monaguillo le trae un cetro dorado que alza de tanto en tanto como dándole énfasis y prestancia al majestuoso desfile. Detrás de él le siguen con parsimonia los

curas que sostienen el palio que se balancea con suaves movimientos de olas marinas. Un cura se turna para relevar a uno de sus compañeros de orden. Bajo el sol canicular avanzan los colegios. Las muchachas y muchachos traspiran tanto sudor que pareciera como si le hubiesen echado encima baldes de agua. Más de uno sufre vahídos y por momentos se desorganiza el gran desfile. Los liquiliquis y otros uniformes de gala de los varones lucen enchumbados de sudor. Las niñas del colegio Las Carmelitas y las del Santo Ángel se ven visiblemente sofocadas. Las Hijas de María, que ocupan el centro del desfile, parecen las más organizadas y menos acaloradas. Sus vestidos blancos adornados con líneas azul pálido, dan una sensación de alivio. Por las aceras laterales de la calle Montes pasan los heladeros vendiendo “Polos Rosa” y los pocicleros ofreciendo sus delicias de mantecado para refrescar a los sofocados muchachos. En una de las esquinas de la calle asoma su carrito un vendedor de raspados al que ya sólo le queda “*snow ball*” (“esnobar” en cumanés castizo) de tamarindo con leche condensada. Algunos profesores y maestros se niegan a interrumpir la majestuosidad de aquel acto. Otros acceden ante la evidencia de los desvanecimientos que comienzan a sucederse a medida que avanza la marcha. La gente sale de sus casas y observa en las aceras la manifestación religiosa más grande que se ha visto en La Primogénita del Continente. Otros se asoman por los postigos de las ventanas. Y al pasar Monseñor con su cortejo se persignan con rigor. En una bocacalle, amarrado de un poste de la luz, destaca un cartelón del cine Pichincha que anuncia la proyección de la película

“Trapezio” con Tony Curtis, Gina Lollobrigida y Burt Lancaster. Del otro lado de la calle se ve a Bernabé el jorobado que vende “el baratillo” en un carrito de madera azul atestado de juguetes, implementos de cocina y ropa interior de mujer. Con su sombrero blanco de abanico se echa fresco, mira con sus pupilas huidizas el desfile que pasa frente a sus ojos mientras su joroba de Cuasimodo se derrite de calor. Desde las rejas del liceo, que dan a la calle Montes, vemos desplazarse al gentío. El compromiso con el director es que al paso de la multitud hagamos silencio y no fastidiemos a Monseñor y su séquito. Se han quedado hechas unas pancartas contra el acto religioso. Las autoridades del liceo nos han dejado en libertad para asistir o estar ausentes del acto, pero en cualquier circunstancia nos hemos comprometido a no sabotearlo. Los integrantes de la Banda de El Colegio San José, impecablemente uniformados, en traje de gala azul y beige, inician de pronto su acople armónico de redoblantes, trompetas y tambores. Las fuerzas del orden público custodian la muchedumbre, pero el despliegue mayor se encuentra en los alrededores de la Catedral y en la Plaza 19 de Abril, la cual ha tomado por completo la policía para evitar ser ocupada por los revoltosos de turno. Este cuerpo tiembla cuando ve estudiantes en esa plaza. Cada vez que acudimos a ella sucede algo importante. El desfile llega a la Catedral a las dos de la tarde bajo un sol abrasador que se niega a suavizar su inclemencia de horno universal. La gente está agotada. Desde el liceo miramos la llegada de los colegios que se agolpan frente a la Iglesia. En sus escalinatas se ha improvisado un altar dorado, y frente a él destaca un amasijo de micrófonos

a través del cual se dirigirá su Eminencia al pueblo de Cumaná en cadena regional. Los curas suben con el palio, la hostia llega a manos de Monseñor -que ha hecho todo el trayecto bajo un paraguas enorme sostenido por dos monaguillos- y la colocan dentro de una cripta dorada. Él se arrodilla, se persigna y comienza el rezo colectivo antes de proceder a la excomuni3n. Ahora, el palio sirve para dar sombra a Su Eminencia. La multitud llena los alrededores de la iglesia. Algunos fot3grafos realizan tomas sobre el gran evento que tratar3n de colocar en alg3n peri3dico si es que convencen a su due3o para hacer aunque sea una peque3a rese3a de lo acontecido. Alguien ajusta los micr3fonos a la altura de Monse3or y da unos toquecitos sobre ellos provocando un ruido seco e intermitente que sumerge en un silencio absoluto a los presentes.

Dios te salve Mar3a llena eres de gracia...

Monse3or inicia su serm3n agradeciendo la manifestaci3n de fe religiosa m3s grande que se ha dado en la ciudad. Luce visiblemente conmovido y da las gracias a toda la poblaci3n de Cuman3. Denigra del estudiante y hace referencia a lo implacable que es la iglesia en estos casos. Recuerda la excomuni3n de Sim3n Bol3var, el Libertador, para demostrar que ni los grandes se salvan cuando cometen actos indignos contra la fe cristiana. Fustiga al liceo Sucre y la clase de educaci3n que all3 se imparte y amenaza con impedir que nuevos actos como el sucedido se den de nuevo porque estar3n vigilantes ante cualquier atropello a la fe del pueblo. Habla de la p3rdida de los valores 3ticos y religiosos y acusa al director del liceo de instigar la situaci3n de zozobra vivida por los sucrenses. Vapulea a los no

creyentes y amenaza con tomar nuevas acciones si se insiste en el irrespeto a la institución religiosa. Señala con su dedo acusador al liceo y deshonra la educación que allí se imparte. Los estudiantes no resistimos las ofensas del prelado y, violando el acuerdo con el director, comenzamos a gritar desde el liceo.

¡Libertad, Libertad...!

Monseñor continúa su sermón. Esta vez con voz más fuerte, como tratando de sobrepasar el tono de la protesta estudiantil que grita ensordecedoramente. Casi no se le escucha su discurso, habla de la oveja descarriada que es el estudiante sacrílego. Y de inmediato comienzan los actos y el protocolo para proceder a la excomunión de José Ángel. Antes se le escucha decir, mirando hacia al liceo:

¡CADA QUIEN QUE ASUMA SU RESPONSABILIDAD, QUE NO SE EQUIVOQUEN CON SU IGLESIA TAN LIGADA A ESTE PUEBLO. NADIE EMPAÑARÁ SU MORAL NI SU FE! Un grito solitario de Pedro Esteban estalla como una tormenta y todos coreamos al unísono:

“¡GÜEVO DE ORO, GÜEVITO DE ORO!”
Un rumor colectivo desaprueba la impertinencia. Monseñor continúa como si no hubiese escuchado las exclamaciones comprometedoras.

Sirvan estas palabras para dar inicio a nuestro acto de excomunión: Padre nuestro que estás en los cielos...

El calor es insoportable y el sol hiere como un erizo gigante que clavara sus espinas a los presentes. El atuendo de Monseñor reluce e irradia puntos y fragmentos luminosos desde el tejido dorado de su balandrán. Pide a sus

asistentes que acerquen el Cuerpo del Señor. Extrae del fragmento de camisa, la caja de fósforos y con sumo cuidado saca la hostia arrugada colocándola encima del mesón cubierto de terciopelo rojo. Toma el agua bendita y la rocía. Luego introduce la hostia en el Cáliz dorado que brilla como un relámpago, y reza en silencio junto a su séquito. De pronto comienzan a escucharse algunos truenos lejanos y las escalinatas bañadas de sol se fragmentan de sombras por unos pocos nubarrones que aparecen produciendo rumores fugaces en la gente. La atmósfera se enrarece y un olor a tierra húmeda impregna el ambiente. Unas gotitas de lluvia y, de nuevo, el retumbar de truenos, anuncian tormenta.

El acto de excomunión logra consumarse sin mayores problemas si no hubiese sido porque se ha desprendido un palo de agua tan fuerte que la gente comienza a dispersarse. La mayoría se siente agradada por aquella bendición de Dios que ha llegado en su auxilio ante un calor insoportable. El vaporón siguiente será peor. La tierra tiembla y algunos pedazos del cerro Pan de Azúcar se desmoronan y paralizan el tráfico. La gente considera el hecho telúrico como un castigo de Dios ante el acto sacrílego del estudiante. Desde el liceo vemos cómo se va dispersando la concentración como si fuese un hervidero de pollos remojados y Monseñor se mete apresurado a la Catedral con palio y todo, llevándose el Cuerpo del Señor al interior de su morada. En pocas horas el río Manzanares desbordaba sus aguas achocolatadas y la ciudad comienzan a inundarse por calles y avenidas.

Al otro día los diarios, y en especial El Renacimiento, destacan profusamente el acto y el

caos producido por la inundación. El liceo sirve para albergar algunos damnificados afectados por la creciente. Aun así, comenzaba de nuevo la agitación estudiantil del Sucre pidiendo la libertad de José Ángel mientras los carajitos realengos, desnudos y enclenques se bañaban en las calles, en los pozos dejados por el fuerte aguacero.

Un acuerdo obligado

El director del liceo se ve obligado a concertar una reunión de urgencia con el comandante de la policía, quien lo recibe en su despacho, secundado a sus espaldas, por dos retratos: uno del dictador Marcos Pérez Jiménez y otro del Libertador Simón Bolívar. Una bandera de Venezuela se yergue como un mástil al lado de su escritorio.

El director aboga por la libertad del estudiante aduciendo los inconvenientes de violencia estudiantil que su prisión genera. Según él, los ánimos están caldeados y la única forma de calmarlos es dándole la libertad a su líder. Agrega de inmediato – en una estrategia para que el comandante de la policía no lo interrumpa- que él mismo se ocupará de garantizar la actividad de Morales para que no provoque manifestaciones, al menos hasta que terminen las clases. Trata de elaborar argumentos contundentes que el comandante no digiere. Por el contrario, le responde sorprendido que en una situación como la que se vive, él se permita hacerle semejante proposición. Le hace una alusión discreta al incendio de su auto como si fuese una advertencia a su futura actuación pública. El director deja pasar aquella velada amenaza e insiste, se emplea a fondo, y da razones que terminan debilitando

las del comandante. Ante el empeño del director por resolver aquella situación se compromete con él, y enfatiza que su solicitud será posible sólo si el estudiante es expulsado del Estado, por lo que convienen en una solución que favorezca a ambas instituciones. No sin antes advertirle que si la misma falla quien irá preso será él. Éste le asegura que se responsabiliza por la salida del estudiante de la ciudad. Pero exige garantías para que el muchacho se vaya sin contratiempos. Hablan de la modalidad de transporte y de quienes lo acompañarán. El director sale satisfecho a hablar con Morales que permanece en la celda sin saber lo que se fragua, y mucho menos sin conocer el destino que le espera.

¿Qué estará pasando, camarada Lenín, que dejé de escuchar a la gente en la calle? No me abandones, Carlitos Marx, porque de lo contrario la revolución tendrá un activista menos. Protégeme, Gustavo Machado, que ni siquiera me conoces, pero sé que andas pendiente de tus camaradas insignificantes aunque vistas corbatita de lazo. Librame de estas lagunas filosóficas en donde me has metido, Pitirim Sorokin. Nivelame de esta tragedia, camarada Konstantinov...¡qué sancocho, Virgen Santa! ¿Qué dije? ¡Soy ateo, dios mío!...perdón, es un decir, es un decir... del pueblo...

La cólera de José Ángel

El director se dirige a la celda y nota que el estudiante está demacrado y preocupado. José Ángel se contenta al verlo, cree que su libertad es un hecho. Le explica el acuerdo a que ha llegado

con el comandante y lo insta a prepararse para salir en la madrugada de ese mismo día. José Ángel se encabrita.

¡Coño, profe, no me eche esa vaina. Yo creía que usted estaba conmigo! Escuche, Morales. Le pido que comprenda la situación política. He decidido encontrarle una salida a este asunto y la única manera es que usted abandone cuanto antes la ciudad. De lo contrario, se va a quedar encerrado en esta pocilga, quién sabe hasta cuándo, corriendo además todos los riesgos que escapan a nuestro control. El comandante es un hombre intransigente y sólo acepta este acuerdo, ningún otro. Morales lo mira inquisitivo y pone un acento particular en sus palabras dándole un tono de gravedad a las mismas.

Profe, ¿quién responderá por mi integridad física? Yo puedo salir de la ciudad, pero ¿qué sé yo si me están esperando en algún lugar para matarme? Mire usted lo que pasó con Luis Gabriel...El director lo ataja y hace un gesto con sus manos para ponerle mayor contundencia a su argumento.

Yo le garantizo personalmente su libertad y el resguardo de su integridad física. Lo acompañaré hasta que salga de la ciudad. Quedarán con usted dos amigos suyos y un profesor que estará a su lado hasta que haya llegado a su casa. El resto está de su parte, y no se le ocurra regresar porque entonces si es verdad que no respondo por usted. Estos tipos están decididos a todo. Morales aceptó a regañadientes y se quedó visiblemente preocupado. Conoce muy bien a la policía y lo que le ha hecho durante su cautiverio. Desde amenazas y simulacros de fusilamiento hasta golpes en los testículos -que sin embargo ha

ocultado al profesor-, así como la mala calidad y falta de comida durante días. Se siente debilitado y piensa en su novia Constanza, de quien tiene noticias muy esporádicas gracias a la generosidad del hombre que recoge la basura y excrecencias en su celda.

El director se marchó asegurando las garantías del caso para que el alumno dejara su preocupación a un lado y confiara en su palabra. José Ángel se lo queda mirando mientras se aleja y le grita: ¡Confío en usted, profe!

Esto sí no me gusta nada, mi diario. Coño, el profe, que yo creía que tenía los pantalones bien puestos, ahora se le afloja la correa y termina aceptando lo que el esbirro del comandante le propone. ¡Se lo cogieron, se lo cogieron! Mientras la gente salve su pellejo, los demás que se jodan. Está bien, me voy a ir, pero que no se crea el profe que no voy a regresar. A cuenta de qué voy a perder mi año, si voy tan bien. Yo quiero ver si es verdad que van a cumplir. No me confío en nadie. No creo que el director sea tan sinvergüenza para engañarme. Estoy seguro de que algo hará para que todo salga bien, a él le conviene igualmente. No tengo idea cuál será su estrategia. Me sale esperar, vamos a ver si cumplen. Coño, se me olvidó decirle lo de Constanza, con la discutidera se me pasó por alto. ¿Cómo le aviso yo a ella que me van a sacar de aquí? ¿Se lo habrán dicho? ¿O será que él me lo dijo? Es lo más probable. Tranquilo, todo va a salir bien, y si no sale, ya veremos. Estoy reestado. Tengo que prepararme para cualquier cosa. Al único que le tengo miedo es al policía ese que me mandan todas las noches a pegarme

gritos y a insultarme. Es un enfermo mental, hijo de puta. Ese tiene una cara peor que un esbirro de la Seguridad Nacional. Ya veremos...

Tengo sueño. Voy a descansar este diario a ver si me duermo. Anoche casi no pude pensando en esta vaina donde me metí. De todas maneras no me arrepiento, ya se lo dije a ese bolsa cuando me interrogó igual que lo hicieron aquí en la policía cuando me trajeron preso. Tampoco tenía necesidad de meterme en esto. Coño, yo sí invento vainas. Tengo ganas de llorar. Madre mía, padre, que salga bien de ésta. Protégeme....

Chao, buenas noches, mi diario, salud, mi cerebro...déjame dormir tranquilo, que necesito claridad...coño, qué camita ésta....ya las costillas no las aguanto.

Una salida forzada y...

Era frecuente que José Ángel amara los atardeceres que algunas veces disfrutó junto a Constanza pese a sus actividades políticas, pero que añoraba en aquella celda inmundada y calurosa desde donde no podía ver el mar con sus reflejos de ámbar, aunque sí podía sentir su olor yodado que se colaba en su celda por la brisa que soplaba hacia la cárcel ubicada a pocas cuerdas de la playa. Esa noche se durmió temprano sin poder mirar ni siquiera la cama donde iba a acostarse porque el único bombillo que regaba una luz mortecina se había extinguido de viejo. No le quedó otro remedio que tantear, quedarse con su ropa puesta y tenderse en la cama boca arriba mirando la masa de oscuridad hasta que apareciera un cocuyo o una luciérnaga como estrella fugaz dentro de aquel pequeño recinto.

Pensó que podría construirse una linterna de insectos metiendo cientos de luciérnagas en un frasco. Y podían utilizarse los cocuyos para leer libros u hojas de papel impresas colocando a los animalitos sobre las líneas. Sería una solución doméstica al problema de la energía. Sólo habría que implementar un criadero de insectos y convertirlo en fábrica. Mientras pensaba estas pendejadas lo sorprendió la oscuridad total y unas cucarachas que pasaban por sus pies. Pegó un brinco, se arrimó contra la pared y sintió una repulsión tan grande como la noche en que uno de esos insectos se le metió en la boca mientras roncaba. Se engarruñó como un feto y se quedó adormilado contra un rincón de la pared, lleno de pavor.

José Ángel se despierta en la madrugada al detectar unos ruidos en el patio. Percibe el encendido de un motor de camioneta. Luego siente unos pasos por el largo corredor que conduce a su celda. Se levanta de la cama y se sienta a esperar. Tiembla de miedo. Sabe que todo ese movimiento nocturno se relaciona con su salida. ¿Adónde? Está vestido desde el día anterior con su ropa de siempre -su camisa colorada todavía huele a nueva- y en un santiamén recoge sus pertenencias que no son muchas: un cepillo de dientes, una cachucha que viste de inmediato y, finalmente, se calza las alpargatas de cuero que le regaló Constanza cuando cayó preso. Dos policías armados de fusiles se presentan a su celda. Uno de ellos enciende un fósforo y se extraña al verlo sentado al borde del camastro, Morales no se puede mover del pánico. El policía se dirige a él con todo el morbo mostrándole de qué lado se

encuentra la fuerza. Saca unas llaves y comienza a abrir la reja mientras le dice:

¡Vamos, “pajarito”, que te llegó tu hora! Morales estaba acostumbrado a esas amenazas, pero no deja de intimidarle el argot del esbirro. No obstante, le preocupa no ver a quienes le acompañarán en el viaje, según el ofrecimiento del director. Si le hubiesen visto la cara se habrían dado cuenta del color del susto en su rostro. Está blanco y con los ojos desorbitados. Sale de la celda de un empujón que le propina el policía y otro más del que lo esperaba afuera. Cuando está en el patio se tranquiliza un poco al reconocer a su profesor de física, a dos de sus compañeros y a Constanza que se acerca y lo abraza. Está frío como una panela de hielo. Un policía los aparta bruscamente y les grita.

¡Déjense de mariqueras y móntense en la camioneta!

Dos vehículos encendidos aguardan. En el primero, una pic-up, meten a Morales y al policía que lo custodia. Dos de los estudiantes intentan encaramarse en la parte trasera y los bajan indicándole que los demás irán en el otro vehículo. El profesor de física interviene de inmediato.

Yo quisiera acompañar al alumno Morales, dice, mientras alumbra con una linternita de llavero tratando de buscar el rostro de José Ángel para constatar cómo se encuentra físicamente...

Usted estése quieto, ya sabemos lo que tenemos que hacer. Nosotros hemos recibido instrucciones precisas y las vamos a cumplir. Todos los demás irán en el otro carro siguiendo a nuestra camioneta, agrega con decisión el policía. Los estudiantes se acercan al profesor y le dicen algo. Pero tienen que obedecer y treparse en la

otra pic-up. Más oscura no podía estar aquella noche de diciembre. Salieron por la avenida de Los Mangles y se perdieron en dirección sur. Ya avanzada la carretera, justo cuando tomaban una curva, la camioneta que venía detrás se detuvo, mientras la otra se perdía por un camino de tierra hacia la playa. El profesor protesta enérgicamente y los estudiantes se bajan gritando injurias. Constanza insulta al chofer y le dice que ha fingido un accidente, que ella sabe manejar y está dispuesta a conducir. Hay forcejeo por parte de los estudiantes, pero son sometidos por los dos policías que vienen en la parte trasera apuntándolos con sus revólveres y haciendo unos disparos al aire. El chofer logra encender el vehículo y continúan su viaje, pero el otro carro ha desaparecido y no se ven rastros de él.

A José Ángel lo tratan de obligar a bajarse de la camioneta que ha llegado a la orilla de una playa solitaria de olas espumosas.

¡Estás libre, corre y piérdete!, le grita el policía, que lo apunta con el fusil. Le señala el camino alumbrado irregularmente por los faros del vehículo. El mundo se le viene abajo. Piensa en su tía y en Constanza. No puede moverse, quizás por eso se atreve a decir:

No voy a correr, contesta algo nervioso -en ese momento se le viene a la mente la conversación sostenida con el director del liceo y lo maldice para sí-, este no fue el trato a que se llegó con el director, no voy a correr...En realidad no podía dar un paso por el temor que lo embargaba.

¡Ah! ¿tú te la das de arrecho?, le dice indignado el policía, ¡que corras te dije! José Ángel permanece inmóvil como una estatua. El policía levanta el fusil y le asiesta un culatazo en

el pómulo derecho y Morales cae sobre la arena. Desde la camioneta se le escucha decir al chofer.

¡Coño, “Anestesia”, cuidado con una vaina! El policía agresor repite con más contundencia, pero también está nervioso:

¡Te dije que corrieras, coño! ¿O quieres que te deje tirado aquí mismo como un soberano güevón? José Ángel se limpia la sangre de su cara llena de arena, se incorpora tambaleante y piensa que ha llegado su fin porque le ha sobrevenido un estado de inmovilidad que le sobrecoge y del que no se ha dado cuenta el policía.

Mi libertad fue negociada por mi salida de Cumaná, le dice José Ángel con dificultad tratando de tragarse el dolor y disimulando el temblor de su voz.

¿Libertad? ¡No seas güevón, hijo de puta! ¡Libertad es la que yo tengo ahora, ya vas a ver! Lo empuja bruscamente hacia el monte. Hundiéndolo aún más en la oscuridad. A lo lejos se divisan de pronto los focos de la otra camioneta con la intermitencia de una luz interrumpida por las matas de yaque.

¡Coño de la madre!, se le escucha decir al policía que avanza entre el monte empujando al estudiante con el cañón de su fusil. Morales se da cuenta de la otra camioneta y, por momentos, se tranquiliza; inhala el aire yodado de la playa con todas sus fuerzas y se planta frente a su agresor hablándole en tono decidido.

¡No camino más, si quieres mátame!, le dice llorando, luego cae aturdido de un culatazo de fusil en su pecho que amortigua a medias al dar un paso hacia atrás. Se precipita al suelo y queda en un estado de semiinconsciencia.

En un paisaje agreste un niño de tres años juega en el patio desolado de una casa de barrio. Desde la puerta su padre lo llama, pero él tarda en obedecer. En uno de los cuartos, sobre una cama miserable, reposa la figura de una mujer de pelos largos y rizados. El niño se acerca a la mujer dormida de la mano de su padre. El niño la toca y se da cuenta de que es una figura de madera. La gente sale y entra a la casa. Se escucha el son de una canción lejana que se cuele por la ventana del dormitorio. El padre del niño la cierra mostrándole a su hijo la señal de silencio. Un cortejo de mujeres vestidas de negro da vueltas en fila india por los distintos ambientes de la pequeña casa. Sus rostros no son visibles, sólo se escuchan sus cantos y sus rezos. Cientos de velas encendidas imprimen un tono tembloroso a las imágenes. Desde lo alto del tamarindo levantan el vuelo unas angoletas y se pierden a lo lejos. Mientras, unos camiones que cargan automóviles y ganado pasan por detrás de la casa levantando una polvareda. El niño se escapa de las manos de una señora y se asoma a la puerta cuando ve a su padre que es empujado por dos hombres vestidos de blanco y lo meten en la parte trasera de un carro. El niño llora. La mano de una señora le tapa los ojos. El trata de zafarse, pero no puede. Cuando lo logra, tiene nueve años y está de la mano de la misma señora frente a un escritorio grande, lleno de papeles. Detrás, un cura habla sin parar, luego se levanta, toma al niño de la mano y la señora sale corriendo. El niño la mira desesperadamente, quiere articular algunas palabras que no le salen. Se queda con su pecho trabado por un llanto apretujado, a punto de estallar. Siente

que lo abrazan y lo cargan llevándose por un largo pasillo con ventanas por donde se cuelan cantos gregorianos. En el patio, un ejército de curas lo recibe. Comienzan a jugar con él, pero el niño trata de escapárseles. Se mete por debajo del balandrán de un cura y cuando siente que se aleja, una cabuya atada a su pierna derecha lo arrastra por el suelo y regresa al sitio de donde había salido. Unos crucifijos pasan volando por sobre su cabeza. Se ve dentro de una bañera llena de hormigas comiéndose las páginas de unos misales. Se siente aturdido por oraciones en alta voz y camina entre escombros. Hoy ha cumplido trece años y recuerda su cumpleaños menos 20. Se ve corriendo entre los árboles, cruza ríos y lodazales. Ahora navega en una precaria embarcación que no llega ni a lancha. Truenan en la oscuridad del cielo y se desprende un palo de agua. La tierra está cercana, la lancha zozobra y él avanza con pies de gigante, se arrastra hasta la playa y se retuerce en la arena. Un quejido de animal herido sale de su boca sedienta. La noche es un manto que lo arropa. Siente su pecho adolorido.

Mi diario anda aturdido, mi cerebro despegado de su caja de huesos, es un relincho raro, ahora las páginas salen por mis ojos y esos güevones me descubren. ¿me descubren?...¿qué?...¿dónde estoy?... me muero de frío...

Incertidumbre

Ahora la oscuridad es total. Otra vez las tinieblas. El mar brama como si fuese un monstruo marino. El aire se torna en vendaval. Los truenos

retumban y caen del cielo como peñascos gigantes por un farallón. Lluve profusamente y los árboles se cimbran en un ballet macabro. Vuelve a reinar la calma como en un planeta sin tiempo. Oscurana, oscuridad maldita. Cabrona noche. Apenas una lucecita en mi ojo nocturno. Tiempo de pesadillas y graznido de aves agoreras. Deseo de engullirse la noche para que las tinieblas se consuman y haya un signo de claridad por donde se cuele y desborde la luz que tamiza otro nuevo amanecer.

SEIS: *DE AMANECERES*

Los amaneceres en mi ciudad son únicos, irradian un tamiz que parece un suave polvillo de oro regado sobre los techos rojos de la parte antigua, y en el filo de los salientes de las casas se producen ángulos luminosos y sombras agudas como si fuese una escenografía de cine. La nítida luz que nace por el Este recubre las playas y avanza hacia el puerto para perderse por la carretera rojiza semejando una lengua petrificada y calcinada de un diablo cualquiera. Ese brillo de polvo de oro también se refleja en la copa de los árboles de las márgenes del río, en las matas de mango, y en los cocoteros batidos por la brisa en una danza de brazos a cielo abierto. Es la irradiación del despertar que se cuele por las ventanas, es la misma luz que vigoriza a los transeúntes por la energía acumulada del reposo. La que marca los objetos, las verjas de las casas, el reflejo de las aguas en tiras nerviosas de color amarillo sobre el Manzanares, la iluminación fracturada por el peñero que pasa chapoteando sobre su propia sombra. La misma de las blancas playas areniscas como si fuesen una mixtura de arena y vidrio molido. Esa misma fosforescencia de tesoro escondido suaviza los rostros y, en especial, los ojos, que emiten un color ambarino. Quien llegue a mi ciudad en uno de sus amaneceres

será capturado por esa luminosidad acogedora y apacible que embriaga la mirada. Esa irradiación de oro se transforma con la velocidad de una sombra. Ella pincela cerros, atraviesa calles y solares, árboles y matas de yaque, se hiere en los cardonales de la sabana cercana a las playas, impregna paredes y paredones acentuando sus pieles calizas, o avivando los colores, corriendo por las calles, zambulléndose al río y escarpando templos, recostándose en pajonales hasta morir en el horizonte como una inmensa bola lumínica que se ahoga en la mar, intensa y negra, esperando ese manto que lo cobija todo, para regalar un albor de múltiples contornos. En ese instante sucumbe el día y renacen las misteriosas tinieblas en un ciclo que se agota.

¿En qué irá a parar todo esto?, se pregunta la gente frente a un calendario moribundo. En la ciudad de Caracas la conspiración contra el gobierno se ha fortalecido y Pérez Jiménez no tiene idea de la magnitud que ha alcanzado la aspiración por un nuevo gobierno. Ya los militares no ocultan su descontento.

Uno de los malestares más peligrosos para el régimen no solo ha sido la corrupción administrativa del gobierno y la persecución de los militantes políticos adversos a la dictadura, sino también la que se ha establecido en contra de los militares sospechosos, que ha llevado a encarcelamientos y también a crímenes notorios.

Allá en Caracas, aquí en Cumaná

En Cumaná la población está a la expectativa. En Caracas la situación parece más convulsa y hay más ajeteo de movimientos de personas que salen y entran al país. Un personaje importante

de la prensa hispanoamericana radicado en París llega en tiempos de navidad, para colaborar, sin proponérselo quizás, al menos de forma deliberada, con la causa de la lucha democrática a partir de su escritura. Ese personaje está signado por un destino particular. Al recibir la carta no lo puede creer. Mira hacia los lados, se sonríe con nadie y se dice para sí que la suerte le ha llegado después de coquetear con él durante mucho tiempo. Se pasa la mano por el bigote tratando de creer en lo que le ha escrito su amigo, y mucho más, al ver que la carta viene acompañada del tiquete aéreo que mira y requetemira en sus manos con pasmosa incredulidad. Mejor está lo que sucede, piensa, ahora que han cerrado *El Espectador*, esta oferta de trabajo me cae de perlas. Me voy a Caracas, se dice con firmeza, y comienza a arreglar su precaria maleta, tan precaria como su vida. De las penurias de su estadía en París, y ahora en Londres, tratando de tomar un curso barato para mejorar su inglés costeño, no lo piensa dos veces. Toma el avión y al otro día aterriza en el aeropuerto de Maiquetía donde lo espera su amigo para llevárselo directo a la redacción de la revista *Momento*, porque los acontecimientos así lo ameritan. Es la Navidad de 1957, pero debe empaparse de la realidad que se vive en la Capital. Y Plinio, su gran amigo de muchos años, le da su entera confianza al “Gabo”, que ya posee una maravillosa pluma y ha escrito *La Hojarasca*.

Noche de fin de año.

Nos agarró el fin de año sin saber el paradero de José Ángel. Un grupo de estudiantes de bachillerato nos ponemos de acuerdo para

encontrarnos después de la entrada del año en la playa.

Hemos conversado sobre un plan a desarrollar para esa fecha, pues resulta más fácil, ya que mucha gente anda emparrandada y no va a estar ocupándose de nosotros. El sitio de encuentro es Los Montones, en la playa de San Luis, y en cuyo bar estará tocando la Swing Boys de Cumaná con Miky Bell, su cantante estrella, que tiene de moda la canción “Negrura”, de Rolando la Serie. Varios nos vamos en cola, otros caminan por detrás del aeropuerto, y a algunos los llevan sus propios familiares. En Los Montones nos reunimos con otros estudiantes de años superiores. Bailan a la orilla del mar esperando el amanecer, o quien sabe qué cosa. Las muchachas cargan bolsos en donde suponemos llevan sus trajes de baño y ropa para después del chapuzón. No podíamos imaginar que dentro venían los implementos necesarios para dar la gran sorpresa de año nuevo. Algunos de nosotros caminamos por la playa hasta el Hotel Cumanagoto, una lujosa construcción recién inaugurada, en donde anima la orquesta Billo’s Caracas Boys. No podemos siquiera acercarnos al bar porque hay guardias apostados a lo largo de la reja que da hacia la pista de baile, sólo nos contentamos con escuchar la voz de Rafa Galindo desde la playa. Tenemos que zambullirnos al mar y ver desde lejos a la gente emperifollada que disfruta y despide el año viejo. Alrededor de nosotros todo es claridad y libertad plena. Los filamentos de luz ondean por la superficie acuosa del mar. Parece una sabana ancha, inconmensurable, de estrías luminosas. La música, junto a los tragos de ron que libamos, me estimula. El resplandor de luces venido desde el

hotel me sumerge en los caprichos de mi cerebro. Yo comienzo a bailar con una joven de vestido negro escotado, que despide reflejos nocturnos por las piedras incrustadas en su pelo laqueado. La estrecho entre mis brazos y me embriaga su perfume de algas. Es un instante delicado, y pido disculpas a mi novia por haber violado nuestro pacto de fidelidad a toda prueba. Al concluir la pieza me dirijo al bufé cercano a la piscina y me harto de las delicias del mar hasta las náuseas. Me sumerjo en el agua, escurro mi pelo, río a mis anchas y decido regresar a la realidad y al encuentro con mis compañeros; las muchachas se nos han perdido, pero como tenemos referencia del lugar donde nos encontramos la primera vez, podemos llegar a tiempo a la operación que nos aguarda. Detrás de los arbustos y de unas matas de cují nos reunimos todos. Me sorprende ver a estudiantes de tercero, cuarto y quinto año del Sucre. No sé cómo se ha organizado todo, pero es evidente que la juventud de los partidos clandestinos está involucrada en esta operación. Yo no sé nada, mejor dicho, no tengo detalles precisos y mis compañeros tampoco. Sólo estamos enterados de que vamos a colaborar en una acción en contra de la dictadura. La cuestión comienza a aclararse cuando las muchachas empiezan a sacar de sus bolsos, y a colocar sobre la arena, una cantidad de trapos y ropa vieja. La luna anda generosa con nosotros porque nos permite observarlo todo. La acción se realiza relativamente rápida. Y tiene que ser así, porque nos falta regresar a la ciudad para concluir nuestra misión. De pronto comienzo a ver unos personajes que surgen de la nada. Fueron cobrando forma por la destreza de nuestras amigas. Y en pocos minutos están confeccionados

cinco gorditos rechonchos portando lentes y uniformes militares improvisados. Las piezas del rompecabezas se me completan, pero en mi mente quedaba todavía una duda por salvar. Ella se disipa al ver acercarse a la playa un peñero silencioso de donde bajan unos estudiantes de quinto año que en un instante meten los muñecos de trapo en el bote y se alejan.

Amanecer de año nuevo.

Uno de los muñecos es colocado en los brazos extendidos de El Indio, encima del pescado. Esa estatua que da la bienvenida de los visitantes a Cumaná. Otro se amarra de la fuente de la Plaza Miranda, un tercero en una de las cabeceras del puente Guzmán Blanco, el cuarto se ata en la puerta de la casa de Monseñor y en el poste de la esquina del Bar Sport se pega el último, es lo más cerca que se puede llegar de la Gobernación y de la Seguridad Nacional, ambas en la misma calle. El Dictador de trapo tiene una presencia indiscutible en los principales puntos de la ciudad. La cachucha que cubre su cabeza tiene una calavera como la del anillo del comic de El Fantasma en el suplemento de los jueves. Las manos del Dictador son unos guantes salpicados de rojo.

Al comenzar el día del año nuevo estallan dos bombas molotov a los pies de dos de los dictadores. Los demás quedan exhibidos a un selecto público cumanés que se levanta temprano. En realidad, se trataba de fastidiar a las autoridades y protestar por lo que sucedía en el país. Tres de los muñecos permanecieron hasta el mediodía cuando la policía los quitó. Y el último, el de El Indio, fue

el que más trabajo les costó. Se encontraba en lo alto y se había amarrado bien entre los brazos para que vieran al dictador con el fornido y atlético indio (¡Ay, mírenlo a él, tan plácido que está!). La acción causó revuelo en la ciudad y la policía sale a la calle para evitar cualquier otra manifestación perturbadora del orden público. Llego a la casa antes del amanecer y entro en mi cama sin problemas.

Ese mismo día, según lo trasmite la radio, tratando de calmar a la población, hay una sublevación en Caracas encabezada por el Teniente Coronel Hugo Trejo.

Las primeras señales caraqueñas.

El ruido ensordecedor de un avión de caza, propulsión a chorro, sorprende la ciudad Capital y la gente se despierta alarmada; son las 5.45 de la mañana, el zumbido resquebraja el cielo de Caracas y la gente ve pasar entre las dos Torres del Silencio, el ruidoso bombardero. Los rostros que se asoman por las ventanas de sus apartamentos reflejan el susto. Otros sonríen. El aparato que rompe el cielo es un “Vampiro” F-86 de la Fuerza Aérea venezolana. Su aparición es la señal convenida para que la oficialidad del Cuartel Urdaneta confirme su alzamiento.

La radio no cesa de escucharse en casa de la abuela tratando de insuflarle ánimo a la población y desacreditando a los sediciosos. El Dictador con su voz cavernosa habla a la Nación para calmar a los venezolanos, y el tío Juan Gaspar no despega la oreja de su radio. Mis abuelos también escuchan atentos.

El gordito habla sin parar anunciando que en las primeras horas de este primero de enero del 58, ha estallado un movimiento subversivo en Maracay, capital del Estado Aragua, en complicidad con algunas unidades de esa Guarnición. Pero afirma que en el país reina la más absoluta normalidad. Miente al declarar que recibe la solidaridad de todas partes del país. Trata de descalificar a los sublevados y augura el fracaso de los revoltosos que han sufrido una baja importante al ser derribado uno de los aviones que circundan el cielo de Caracas.

Manifiesta a la Nación que ya ha ordenado un contingente de militares para controlar a los sediciosos de Maracay y en pocas horas deben ser aniquilados. Pide calma al pueblo, aduce que tiene todos los recursos y las armas para controlar la situación y devolver la paz a los ciudadanos. Insta a la población para que se abstenga de propagar rumores y amenaza a quienes los propicien (¡la cagazón es grande!).

Insiste en que las Fuerzas Armadas están unificadas porque sabe que es todo lo contrario. Promete restablecer el orden público y castigar a los culpables. No cesa en decir que el Alto Mando de las Fuerzas Armadas Nacionales está completamente unificado. Y que en toda la República existe la más absoluta normalidad (¡Sí, como no, yo te aviso, chirulí!). Pide tener confianza en el gobierno y sus Fuerzas Armadas.

El tío Juan Gaspar mira a su madre y le dice:

La caída de este hombre está más cerca de lo que imaginamos.

Dios te oiga, hijo, dice mi abuela con un suspiro profundo, como si le saliera desde el fondo del alma.

¿Qué pasa con José Ángel?

Se ha corrido la voz de que José Ángel está desaparecido. Los comentarios son variados y no sabemos a cual de ellos atendernos. Unos dicen que está grave en un hospital de Barcelona, que fue llevado allí por unos familiares que se enteraron de su estado. Otros dicen, que la policía se lo llevó preso a Maturín y se encuentra en la cárcel de la Pica. En cambio, algunos advierten que está en la policía de Cumaná y no lo dejan ver de nadie.

La versión que pareciera tener más aceptación entre alguno de nuestros compañeros que se han citado en la Plaza Ayacucho, es la de que él se encuentra en manos de la Seguridad Nacional. Pese a esta versión las dudas continúan. Cuando se escucha a los portadores de las diferentes versiones, siempre oímos lo mismo: “alguien se lo dijo a Fulano y así mismo te lo estoy diciendo, no me consta”. No se sabe con exactitud qué es lo que ha sucedido.

Pedro Esteban me hala hacia un lado y me dice que debemos reunirnos con unos compañeros de quinto año para ver cuáles son los pasos a seguir con relación al compañero desaparecido. El Partido Comunista está movilizado, me dice, van a realizar algunas acciones de calle. Yo le respondo que es un riesgo muy grande.

-Todo saldrá bien “carajito” -afirma con una convicción pasmosa-, si le han hecho algo a José Ángel van a saber de lo que es capaz el Sucre.

-¿Y qué sabes de Constanza?

-Se supone que anda con él, junto al profe de física y el resto de los compañeros.

Desaliento.

Las fuerzas leales al gobierno terminan controlando la insurrección y son encarcelados sus jefes. El desconcierto inunda a los opositores al régimen. Las noticias de la radio nos mantienen informados, pero aún así estamos algo desorientados. No sabemos con exactitud los pormenores de lo que está aconteciendo en la Capital y en el resto del país. Por eso hemos decidido dirigirnos en el carro del tío Juan Gaspar al “Barrio Sucre” donde vive su hermana Ana Josefa, casada con Jenaro el comunista, quien debe tener información fresca de lo que acontece. Mientras nos desplazamos mi tío trata de localizar una emisora de Caracas, y el carraspeo en la radio en busca de la noticia desespera a mi abuela, porque quiere escuchar lo que pasa.

Surge de nuevo la voz grave del Dictador anunciando a la Nación la rendición de la Guarnición de Maracay y el sometimiento de los sediciosos. Mi abuela está rabiosa con las palabras del General porque se ha perdido una oportunidad y el hombre seguirá en el poder. Hay un desconcierto generalizado, una desilusión total, pero en el fondo se abriga cierta esperanza de éxito.

Su final está más cerca que nunca, dice mi tío para consolarla.

Jenaro se asoma cauteloso por la ventana del cuarto apartando la cortina. El hombre no pasa de este mes, dice ahora Jenaro desde el dintel de la puerta, las Fuerzas Armadas están divididas y muchos de los suyos se les han volteado. Justo hace pocos minutos me enteré de que el Dictador

lloró después del alzamiento. No entendía cómo oficiales leales, que habían sido sus consentidos, pudieron traicionarle. Me ha llegado información de que La Junta Patriótica ha puesto en marcha un plan para una huelga general en todo el país. Hay que tener confianza y estar preparados para lo que viene. La dictadura está herida de muerte, terminó diciendo. Mi abuela lo miró como siempre, incrédula. Y el tío Juan Gaspar estuvo de acuerdo con su planteamiento, sabía que Jenaro era un conspirador nato, un luchador incansable contra la dictadura y un hombre bien informado.

Ayúdame a recordar, diario mío, ¿dónde estoy?, ¿De nuevo en la policía?. Pero es que este no es el mismo calabozo de la última vez. Aquí no hay luz, esto es una porquería...me duele todo el cuerpo y mi cabeza no la soporto. Ay, coño, qué dolor tan macho. ¿Y toda esta humedad?. Menos mal que a mi diario no se le mojan las páginas, ni me lo pueden robar. ¿Y Constanza? Mejor pego un grito a ver si viene alguien, pero no tengo un coño de fuerzas, el hambre me está matando. ¡Ayayay..., sáquenme de aquí, no aguanto más esta vaina!, ¡Constanza, Constanza! Fo, huele a mierda...siento mi pelo enchumbado y tengo una costra dura en mi pómulo izquierdo. ¡Hay alguien aquí, nojoda! No puedo más, me siento mareado, creo que voy a vomitar..., asco... ¿Y esos ruidos?. Siento pisadas y voces lejanas que se acercan. Me paro a duras penas del piso. Ay, mi madre..., ¿Papá, eres tú?

Una situación inesperada.

El acto subversivo en la Capital y los muñecos

de trapo del año viejo agarraron por sorpresa a las autoridades del gobierno de la ciudad de Cumaná. Nada pueden hacer por la falta de actividades académicas, pero en el primer día de clases vuelven a aparecer las camionetas negras de la policía rondando el liceo. Ese día veo a Cristina, amiga de la novia de Morales, muy agitada conversando con otros estudiantes y me parece que están planificando algo. Los profesores se notan inquietos y se desplazan por los pasillos de la institución tratando de contener cualquier imprudencia que los meta en problemas. Me encuentro con mi noviecita María del Rosario en la biblioteca para terminar un trabajo de Educación Artística que tenemos pendiente. Hablo con ella sobre el rumor de que José Ángel anda desaparecido y nadie sabe de verdad dónde se encuentra. Ella muestra su rostro de preocupación y la convengo de no preocuparse porque algo tendrá que ocurrírseles. Trato de quitarle la idea de la cabeza porque ando con otras intenciones. No puedo concentrarme en la tarea, está más bella que nunca. Toco sus piernas por debajo de la mesa y ella me mira con cierto reproche, pero se queda tranquila. Recorro sus muslos y escalo montañas. Ella pasa las páginas del libro que termina para volver a empezar. Hasta que el timbre inoportuno obliga a recomponernos y un muchacho amigo grita la noticia de Caracas. Pedro Esteban me encuentra en un pasillo y me dice en voz baja que me acerque al cuartucho de las armas escondidas porque hay una reunión. Entro con cuidado para no llamar la atención y me doy cuenta de que algunas caras son conocidas. El profesor de geografía nos manda a sentar y

comienza a contarnos:

Según la información que nos llega de la Capital el movimiento de los alzados en Caracas fue controlado por los militares de Pérez Jiménez. El gobierno está más caído que un moco de pavo, pero están tratando de recomponer la situación. Han removido a muchos funcionarios y oficiales, y los han detenido. La mayoría de los miembros del Comando Rebelde de la aviación ha huido a Colombia. Sin embargo, en el propio gobierno hay confusión porque la conspiración no se limita al grupo subversivo de cabezas visibles. En todas las instancias del poder hay implicados y el descontento de la población es general, pero, sobre todo en las Fuerzas Armadas. El Coronel alzado lo han obligado a redactar un mensaje de rendición que han enviado conjuntamente con su anillo de promoción para que no haya dudas. Todo esto ha salido por la radio para anunciar el fracaso del golpe y ordenar a las unidades que continuaban alzadas en Los Teques para que depongan las armas. Miraflores bulle de actividades para intentar el regreso a la normalidad, pero sabemos que la cosa está bien fea. Tenemos que estar bien atentos a los acontecimientos en la Capital porque las ciudades del interior deben sumarse al movimiento general del país. Me siento confundido porque no he tenido una preparación para procesar todo lo que se dice. Miro a Pedro Esteban como buscando una señal, una respuesta ante ese discurso en voz baja, y él me trasmite con las manos otra señal para tranquilizarme. En ese momento entiendo que me ha involucrado en todo este asunto, que creía, no llegaría tan pronto. Yo me siento aturdido, soy partícipe de

algo que comparto pero para lo cual no me siento preparado.

-No te preocupes, no va a pasar nada, sólo tienes que permanecer tranquilo. Yo te mantendré informado, pero no debes comentarle a nadie lo que ha pasado, y mucho menos al director.

Me voy pensando que Pedro Esteban es un compañero arriesgado y me coloca otra vez en una situación difícil con relación a mi tío.

Tensión en la casa del tío.

Unos golpes en la puerta ponen con los nervios de punta a mi familia. Aparece la señora Eduviges muy nerviosa preguntando por mi tío. Mi abuela la manda a pasar y le pide que se calme, a tiempo que llama a su hijo. El tío Juan Gaspar se asoma con cautela desde la puerta de su cuarto.

-Usted perdone, señor director, pero estoy muy angustiada. Mi hija Constanza anda desaparecida desde la noche de año nuevo. Ella me dijo que se quedaría a dormir en casa de una amiga y esta es fecha en que no aparece. Estoy muy angustiada y necesito que me ayude a encontrarla. No tengo a más nadie a quien acudir, usted es el director del liceo y mi hija estudia allí. Mi tío le hace señas con la boca para que baje el tono de su voz y le pone su mano en el hombro derecho como tratando de calmarla.

-A ver, señora Ger..., Gertrudis –completa ella-, entiendo su angustia, pero yo no puedo hacer mucho desde aquí. Es muy peligroso tanto para usted como para nosotros tener una conversación de este tipo aquí en mi casa. Alguien pudo haberla visto entrar y se habrá dado cuenta de que usted

no frecuenta a menudo este hogar. Hay gente alrededor que está muy pendiente de quién entra y quién sale. En unos minutos estaré en el liceo y espero verla allá, le diré al portero que la haga pasar y que la lleve directamente a la Dirección. Y me va a disculpar, pero tiene que irse, vaya con Dios y salga calmada como si saliera de su propia casa.

-Ay, señor director, se lo agradezco mucho, hasta ahora, pues.

Yo intervengo al salir la señora.

-Tío, José Ángel tampoco aparece, ¿qué hacemos, ah?

-Pues, por ahora, no se me ocurre nada, pero voy al Sucre a ver qué podemos hacer. Reuniré de urgencia al Consejo de Profesores y a los representantes estudiantiles, para actuar cuanto antes.

-¿Y el Comandante de la policía?

-¿Qué pasa con el Comandante de la Policía?

-Pienso que habrá que preguntarle a él sobre el asunto ¿no?... el tío Juan Gaspar no me deja terminar.

-¡Olvídate de eso! Ni se te ocurra. Ese tipo lo que puede hacer, si me aparezco a su despacho, es dejarme preso, y entre las rejas, podré hacer muy poco por los desaparecidos.

-¿Y, entonces?

-Pues, ahora no lo sé, algo haremos.

-¿Puedo ir con usted?

Mi abuela trata de intervenir para oponerse.

-Vamos, sólo debes seguir las recomendaciones que siempre te he dado.

Al disponernos a salir suena el teléfono y el tío Juan Gaspar se apresura a tomarlo.

-Sí, diga –nos hace señas con el dedo índice sobre sus labios y lo vemos hacer un gesto desaprobatorio con su cabeza, le pido que se calme..., no entiendo lo que me quiere decir..., estoy en eso, pero no puede seguir hablándome por teléfono sobre el asunto..., ¿sabe dónde está La Estación..., bueno, más arriba se encuentra “El Polo Norte”, allí la recojo dentro de diez minutos.

Salimos y al acercarnos al restaurante vemos a la señora que nos mete la mano para que nos paremos, pero el tío Juan Gaspar sigue de largo como si no la hubiese visto. Yo no entiendo.

-Tío, esa señora le hizo señas para que se parara...

-¡Estás loco, yo no puedo hacer eso, podrían estar esperándome para ponerme preso. Ella vendrá al liceo y allí hablaremos seguro.

En el liceo se mueven las palancas.

Me reúno con Pedro Esteban y otros muchachos de diferentes cursos. Mi amigo nos dice que hay fuertes rumores de que a José Ángel se lo hayan llevado para Maturín junto a los demás compañeros, incluyendo al profe de física. Uno de los muchachos de quinto año interviene para decir, que de muy buena fuente tiene la información de que se encuentra en la Seguridad Nacional. ¿A quién creerle?, pregunto yo.

Pedro Estéban dice que hay que convocar urgentemente a una manifestación para el 22 y salir a la calle cueste lo que cueste. Algunos se miran las caras, otros afirman con la cabeza.

-No nos podemos quedar de brazos cruzados, dice un muchacho de cuarto año como para no dejar que un tipo de primer año lleve la batuta de la reunión.

-Hay que hablar de inmediato con el director, dice otro de los mayores. Todos asienten y se decide nombrar una comisión para que se entreviste con el director del liceo.

La reunión a puerta cerrada.

El director está reunido con un grupo de profesores y estudiantes cuando llegamos nosotros. Observo la señora que llegó a la casa y la que metió la mano para que mi tío se detuviera. Pedro Esteban levanta su brazo para pedir la palabra. Todos se quedan mirándolo sorprendidos por la interrupción del joven de primer año.

-José Ángel y el resto de los compañeros se encuentran en los sótanos de la Seguridad Nacional de aquí, dice con tono seguro.

-¿Y usted cómo lo sabe?, pregunta el director.

-Eso no lo puedo decir, pero sé que la información viene de uno de los miembros de la juventud del partido comunista.

Todos se miran las caras y comienzan a discutir la forma más segura de abordar el asunto. Las medidas de seguridad que deben tomarse privan por sobre todas las cosas y la discreción es el personaje principal que nos acompañará a todos.

La convocatoria para la manifestación del 22 de enero se extiende como una mancha de aceite igual que la tensión entre todos nosotros.

Todos a la Seguridad Nacional.

La policía sabía que nos íbamos a reunir en la cancha del liceo para luego ir directamente a la sede de la SN. Por eso las camionetas fúnebres del régimen aparecieron bien temprano por los alrededores del liceo. Pero aparte de unos pocos estudiantes, el plantel lucía desolado. Nuestra estrategia era hacerles creer que habíamos renunciado a la idea de la manifestación. Por el contrario, nos encontrábamos en los salones de clases, quietos, como si estuviéramos escuchando la clase más interesante de nuestras vidas. El resto de los compañeros se reunirían en la cancha hacia la 1.30 p.m. Se trataba de utilizar la hora a pleno sol incandescente, cuando la ciudad solía, en cualquier circunstancia, estar en una siesta colectiva que incluía hasta los policías. Salimos todos desde la cancha hasta la plaza 19 de Abril donde nos reuniríamos con el resto de los liceístas. En pocos minutos la plaza se había llenado de estudiantes y empezamos a caminar hacia la calle Sucre en dirección a la sede de la Seguridad Nacional. Íbamos silenciosos y cuando faltaba apenas una cuadra comenzamos a gritar que soltaran a José Ángel y a todos los compañeros detenidos. Parecíamos un río desbordado. La policía se apareció a los pocos minutos y nos encerraron en la cuadra de la SN, entre la esquina de la Iglesia Santa Inés y el edificio donde estaba ubicado la tienda de “Los Precios Hablan”. Recibimos rolazos y peinillazos y, como siempre, salimos a toda carrera dispersándonos por las calles y callejones adyacentes mientras la policía hacía de las suyas contra los más desafortunados.

Noche de insomnio.

Yo andaba desvelado porque el tío Juan Gaspar tenía la radio encendida desde las diez de la noche. Me dolía la cintura de un rolazo que recibí de manos de un policía. Mi cuarto está al lado de su habitación y la pared que nos separa no llega al techo. Todo rebota hacia mis oídos. El tío escucha Radio Difusora Venezuela y yo percibo que algo va a ocurrir de un momento a otro. Cuando me estoy durmiendo, escucho un grito de mi tío que rompe aquel silencio sospechoso.

¡Cayó Pérez Jiménez, carajo, cayó Pérez Jiménez!, grita por toda la casa. Mi abuela Ana Jacinta se despierta atribulada y oigo cuando le dice, con voz clara, pero como si le comunicara un secreto en susurro:

Por Dios, Juan Gaspar, cállate, tú no sabes si eso es verdad...Él la interrumpe.

¡Mamá, lo acaban de anunciar por Radio Difusora Venezuela, el tipo ya hace media hora que huyó al extranjero en el avión presidencial!

¡Gracias a Dios, por fin salimos de esta pesadilla! Mi abuela se siente feliz con la noticia y aparece como un flechazo la idea súbita de Cuba. Ella, junto a otras familias cumanasas, recoge dinero para ayudar a quienes se han ido a la Sierra Maestra a luchar contra el tirano. La admiración por Fidel Castro y su grupo de guerrilleros es notable. Mientras esos instantes de pensamiento se cruzan por su mente siente un frenazo de un automóvil frente a nuestra casa, y desde adentro escucha un grito en la calle.

¡Juan Gaspar, cayó el hombre! Es Jenaro, el viejo comunista esposo de mi tía Ana Josefa, que

repite eufórico la frase. Mi tío Juan Gaspar se asoma por la ventana y le contesta.

¡Sí, ya sé, nos vemos en el Liceo, estoy saliendo para allá! Empiezan a escucharse detonaciones y estallidos de cohetes en toda la ciudad y la gente comienza a hostigar a los perejimenistas^x. Al salir mi tío, me visto y dejo la casa sin que mi abuela se dé cuenta. Salgo como una flecha de la urbanización, atravieso la calle Arismendí como un bólido, cruzo el puente Guzmán Blanco como un rayo, paso frente al correo como una ráfaga, y al llegar a la Catedral me detengo como un burro, veo el gentío arremolinado frente al plantel. Llego con la lengua de corbata, pero tengo una alegría incontenible. Pienso en mis padres que de seguro estarán en la hacienda de mi abuelo pegando gritos y despertando a todo el mundo.

La huida

El despegue desde el aeropuerto hizo respirar de tranquilidad a Doña Flor. La tensión de los últimos días la tenía perturbada. Ella deja a su marido en el asiento derecho de la primera fila, al

* *Secuencia 130. Casa de Urbanización. Exterior Día.*

Un hombre, revólver en mano, golpea la puerta de una casa. Un señor de unos 50 años de edad aparece en la sala visiblemente sorprendido frente al intruso. Al mirar el arma que lo apunta, se asusta, sale de su hogar con las manos en alto y expresa aterrado:

-¡No me mate, señor, soy sólo un mecánico y un hombre de bien, nunca denuncié a nadie!

El individuo armado ve el retrato de Pérez Jiménez colgado en la pared de la sala y descarga sobre él las seis balas de su calibre 38. El hombre armado sale furioso. El perejimenista patético suda como un preso de calabozo.

lado de una de las ventanillas de la nave. Conoce bien a su esposo y sabe que las situaciones de estrés lo ponen de mal humor y hay que dejarlo solo para que se recupere. Diez minutos después del despegue la “Vaca Sagrada” sobrevuela el Mar Caribe; en un arrebató inexplicable el General llama a Fortunato Herrera, su hombre de confianza, y adúlante de postín. Le ordena hablar con el piloto, el Mayor Cova Rey, para que le comunique la decisión de regresar a La Carlota. Era evidente que se acordaba de la maleta olvidada* donde había importantes pruebas que lo comprometían por peculado. Doña Flor, desde el asiento contiguo de la otra fila, apenas puede balbucear un par de palabras: Pero, Marcos... él la ataja con un gesto de su mano izquierda. Llovera Páez empalidece y pronuncia una frase que desestima el General. Una orden desde la torre de control es más que suficiente para que el dictador desista de su inútil propósito: Ya el aeropuerto está tomado por el ejército y por la población del Este de Caracas, y nosotros no vamos a permitir el regreso de la nave, responde el contralor aéreo. Pérez Jiménez se pone lívido al escuchar la noticia y se le oye una sola palabra en voz baja que se le adivina por el movimiento de sus labios regordetes: ¡Traidores! Se queda mirando por la ventanilla cómo se aleja el

* Un mes después aparecería la maleta que contenía, además de una guerrera usada del General, una cantidad de Bonos del Centro Simón Bolívar, que significaban mucho dinero, algunas notas de puño y letra del propio Pérez Jiménez donde quedaba en evidencia las comisiones que recibía en connivencia con amigos cercanos. Una de las comisiones se refería a la compra de unos destructores italianos.

territorio nacional y algunas de sus islitas, en una de las cuales habría sido un amoroso piloto de motonetas. Se da cuenta por vez primera que aquello sobre lo cual había mantenido un control férreo: la gente que lo adversaba, le temía o estaba con él, ha quedado atrás para siempre. Todo su poder disuelto en tan solo minutos. El hombre temido y fuerte de la República vestido de civil, con un traje gris impecable, de corbata y camisa de cuello blanco recién salida de su funda va recostado de su lado derecho, todavía procesando aquel desmoronamiento de su régimen como si una ventolera hubiese arrasado a un castillo de naipes. Piensa en las cosas materiales que deja atrás, sobre todo la casa de Las Colinas de Los Chaguaramos, palacete de comodidades y exquisiteces no encontradas ni siquiera en los momentos más placenteros en el Palacio de Miraflores, desde donde controlaba todo el país y era atendido a cuerpo de rey. En ese instante, probablemente por la angustia y desazón del momento, siente hambre y recuerda el voluminoso plato de espaguetis con salsa de tomate que le preparaba su cocinero particular en Miraflores, y se le agua la boca. Se lamenta de las propiedades que abandona y que seguramente le serán confiscadas. Deja amigos leales, su corte de aduladores, sus mujeres que le mantenían la libido a buen nivel, pero en particular su inmenso poder que intuye no recuperará jamás. Quizás si hubiese controlado un poco más el poder de Pedro Estrada y la represión contra mis enemigos políticos, probablemente la cosa hubiera tomado otro rumbo, se dice para sí, en un lamento inútil. Yo ocupándome de embellecer Caracas,

construyendo obras de infraestructura para el pueblo y dándole a mi país una base industrial para su desarrollo, mientras dejaba en manos de otros el ejercicio de la política menuda. ¡Estrada es uno de los culpables, carajo!, masculla entre dientes. Hasta los inmigrantes fueron desleales conmigo. Tanto italiano que recibió contratos de obras, tanto portugués que realizó negocios con créditos del Estado, muchos de ellos se establecieron en colonias agrícolas; ahora han terminado atosigando al Gobierno reclamando una deuda que podía ser sufragada en los próximos meses, pero no, tenía que ser cuando ellos dijeran, musita contrariado. Piensa en lo que había quedado por hacer. Se lamenta de no haber podido realizar la construcción de la estatua ecuestre del Libertador Simón Bolívar de 282 metros de altura, en la parte oriental del Ávila, que pudo haberlo inmortalizado. ¡Qué desgracia!, se dice para sí. Piensa en todo por ráfagas que le vienen a su mente desde que asumió el poder, cuando por primera vez se atrevió a consumir con éxito un Golpe de Estado. Una avalancha de situaciones y pensamientos se aglutinan de manera incoherente en su cabeza. Quizás lo tranquiliza su situación económica formada por una cuantiosa riqueza en bancos en el extranjero, que le servirá para vivir los últimos años de su vida y para sostener a dos generaciones más de la familia. Pero su orgullo de hombre herido pesa más que su rabia. Su impotencia lo fulmina. Sus temores comienzan a acosarlo. Una imagen recurrente lo acecha y pese a haber intentado ponerla a un lado se le aparece cada vez más nítida: el rostro del hombre que una vez convocara para

derrocar al general Isaías Medina Angarita aquel 18 de octubre del año 1945: Rómulo Betancourt*, asilado en Puerto Rico. Sabe que en pocas horas estará regresando al país como muchos de sus partidarios e intuye que ese hombre podría jugar de nuevo un papel importante para Venezuela. Pese a haber perseguido y aniquilado a muchos de los militantes clandestinos de su partido, sabe la raigambre popular de Betancourt en la población campesina. Llega a hasta pensar que Rómulo será de nuevo presidente de la Nación. Y si eso ocurre, él será acosado en cualquier parte del mundo, aún en el lugar más recóndito en donde se encuentre.

Cómo diferencio mis pesadillas de los sueños normales. En esta oscuridad escribo en mi diario sin una orientación precisa. Siento que algo grande está pasando afuera, pero a lo mejor son mis puros deseos porque esta vaina se caiga de una vez. Confío en mi liceo, en mis compañeros de curso y en los profesores decididos a tumbar esta dictadura. A veces pienso que me voy a morir con estos dolores de cabeza y de espalda. Pero el dolor más grande es saber que a Constanza

* Rómulo Betancourt es considerado por una mayoría de venezolanos –menos por los del Partido Comunista y algunos militantes de la izquierda– como el padre de la democracia venezolana. Nace en Guatire, población cercana a Caracas en 1908. En 1941 funda el partido Acción Democrática. Participa en el golpe de Estado en octubre de 1945 contra el General Isaías Medina Angarita. Betancourt llega a ser presidente Constitucional de la República para el período 1959-1964. Escribió una obra fundamental para la comprensión de la Venezuela contemporánea: *Venezuela Política y Petróleo*, 1956. Muere en Nueva York (1981) producto de una caída en el baño de un hotel.

la han golpeado y se la han querido coger, ojalá que nada haya pasado, si esos coños de madre le hacen algo se las van a ver conmigo. Anoche la vi clarita y me dijo entre sollozos que venía a buscarme. Maldito sueño. Que vaina, cómo nos pudo pasar esto. ¿Y si me matan antes de tiempo? Antes de que la pueda ver libre caminando por las calles de Cumaná, yendo al cine o a la playa..., siento ruidos de puertas y un grito, ¿o son vainas mías?. Mejor me tranquilizo. Siento mi lengua pesada. Puedo escribir en mi diario, pero no pronuncio palabras porque me duele mi lengua y mis labios. ¿Es tan oscuro esto o fue que me quedé ciego?.

En pleno vuelo.

Una hora y media de vuelo ha transcurrido y sólo una vez se ha parado el General para dirigirse a la cola de “La Vaca Sagrada” a descargar sus aguas. Al levantarse de su asiento tiene una visión desconcertante y por momentos se tambalea, hasta tal punto que debe agarrarse del espaldar de uno de los asientos. Vuelve a mirar y se da cuenta de que en los puestos traseros, hacia la cola del avión, persiste la imagen de unos extraños personajes que están sentados, en ambas filas: una serie de esqueletos encorbatados y vestidos de negro, que poco a poco van recobrando carnalidad y toman la forma de seres humanos. El restriega sus ojos y ve a varios de los líderes de la resistencia desaparecidos y asesinados por la policía política de su extinto régimen que le sonreían con sarcasmo. Se van incorporando de sus asientos lentamente, y de pronto se le enciman. Él instintivamente levanta sus dos

brazos para protegerse. Vuelve a dar un traspiés, trata de estabilizarse, se quita los lentes de carey y estruja de nuevo sus ojos como tratando de espantar aquella alucinación que lo acogota. Suda como un puerco. ¿Qué es esto, Virgen de Coromoto?, se dice para sí. Doña Flor lo mira y se levanta seguida por uno de sus ministros, ella suelta unas palabras nerviosas: ¿Marcos, y a usted qué le pasa? Nada, responde él, es sólo un pequeño mareo, voy al baño a echarme agua en la cara. Al abrir la pequeña puerta lo ataca un dolor de estómago agudo. Se retuerce de los cólicos, pero no se atreve a llamar a nadie. Como puede se afloja el nudo de la corbata y no alcanza a bajarse completamente los calzones, cuando una flatulencia espantosa sale de sus entrañas acompañada de un reguero de mierda que inunda las paredes del pequeño habitáculo. Se siente desconcertado. El papel no alcanza para limpiar toda aquella inmundicia. No tiene más remedio que entreabrir la puertecilla de la *toilette* y llamar a su esposa. Doña Flor no lo puede creer, su cara es de espanto. No me preguntes y tráeme ropa para salir de este aprieto.

Mientras regresa a su asiento y la claridad del amanecer comienza a colarse por las ventanillas del avión, se escucha la voz del piloto que anuncia la cercanía al aeropuerto de República Dominicana y el inminente aterrizaje. Pérez Jiménez vuelve a mirar a través de la ventanilla y observa el verdor de la isla. En ese momento recuerda la conversación telefónica que sostuvo hace pocas horas con el dictador dominicano Rafael Leonidas Trujillo, que le ha ofrecido toda su hospitalidad, pero quien le ha hecho una advertencia que presagia un nuevo viaje hacia

otro destino: “General, aquí puede quedarse el tiempo que considere conveniente. Tendrá todas las seguridades del caso, pero le advierto que hay venezolanos y personas que lo adversan, y aunque tenemos control absoluto de la situación, no estamos exentos de que algún loco pueda atentar contra su vida”. Eso le indicó Trujillo al dictador desterrado, y produjo en él un sentimiento tan raro que lo obligaría, más temprano que tarde, a salir de Santo Domingo hacia Estados Unidos.

Ante la caída de la dictadura la Iglesia fija posición y se une a los aires de libertad pese a la alcahuetería que mantuvo durante ocho largos años a favor del General*, con la excepción hecha de algunos de sus ministros. De igual forma ciertos

* Es muy conocida la misiva de año nuevo que enviara el obispo de Maracaibo monseñor José Alí Lebrún a Pérez Jiménez el 11 de noviembre de 1957: “Muy apreciado amigo: Tengo el honor y la alegría de presentarle a Usted y a su Honorable Familia mis cordiales felicitaciones de Navidad y Año Nuevo 1958. Ruego al Señor cuya venida al mundo, colme de paz y bienestar su apreciado hogar. En la Santa Misa de Nochebuena pediré a Dios le asista con su luz y su ayuda en su alto cargo para bien de nuestra querida Patria. Me es placentero reiterarle mis expresiones de estima y cordial amistad”. Por su parte, el obispo de la diócesis de Ciudad Bolívar, monseñor Juan José Bernal, se expresó en términos similares en un telegrama laudatorio del 2 de diciembre de 1957: “Unido a mi clero preséntole cordial felicitación quinto aniversario su exaltación a la Presidencia de la República. Ruego a Dios por su bienestar”. Sin embargo, hay que reconocer que dentro de estas voces plegadas al régimen desentonaría una muy importante, meses antes. La carta pastoral emitida el 1º de mayo de 1957 por el entonces Arzobispo de Caracas, Rafael Arias Blanco, que da fe de esta disidencia. Este documento salió a la luz pública cuando imperaba una de férrea censura de prensa y de persecución a periodistas (en la cárcel de Ciudad Bolívar estaban presos connotados intelectuales, Ramón J. Velásquez y José Gerbasi, este último periodista de asuntos económicos de El Nacional, quienes estaban acusados de preparar un magnicidio contra el dictador).

intelectuales lastimosamente se han plegado a la dictadura* .

Me sacan a empujones. ¿Quiénes son estos tipos?, no son los mismos?. Ahora veo a Constanza que la tienen agarrada por los brazos. Me alivio de saber que es ella. Ahora me mira y me dice todo con sus ojos. Es como si fuese una alegría de saber que estamos vivos. Escucho ruidos lejanos de gente que grita. No sé por qué me mandan a callar estos carajos porque ni si quiera he abierto la boca, y Constanza, mucho menos. Otra vez un carro. Nos hacen bajar unos escalones que dan a la calle. ¿Y para que nos obligan a meternos en el auto? Veo gente alegre que corre por la acera. El chofer está como cagado, cruza por aquí, por allá, pega un frenazo, se mete por un callejón angosto y nos empujan fuera del carro. Me duele la boca, casi no puedo hablar. Quisiera que Constanza pudiera leer en mi diario para que vea todo lo que me pasa, pero mi diario tiene esa dificultad, es secreto y sólo lo puedo leer yo. Mi cuerpo ha llevado más golpes que uno de esos sacos con que entrenan los boxeadores. Constanza me pide que me levante, que ahora es cuando tengo que estar parado, ella parece una pordiosera con ese

* El reconocido escritor Ramón Díaz Sánchez (autor de “Guzman”, “Cumboto”, “Mene”, entre otras novelas) escribió el 19 de diciembre de 1957 un telegrama bien explícito: “Profundamente satisfecho celebro como un triunfo de Venezuela el decisivo respaldo plebiscitario que nuestro pueblo acaba de dar a Ud. y a su gobierno. Respetuosamente, su amigo y admirador”.

cabello despeinado y ese vestido escoñetado, esta tipa si es arrecha, ya no puedo más, caminamos y caminamos poco a poco hasta que Constanza me obliga a tomar un “por puesto” para que nos lleve al hospital de la calle larga. Ella me dice que deben curarme la herida de la cabeza.

Un redactor de postín.

En la redacción de la revista *Momento*, en Caracas, en plena madrugada, el “Gabo” teclea una vieja máquina de escribir reseñando algunas vivencias y da cuenta de las iniciativas que tomaron las fuerzas vivas de la Nación para contribuir a la caída de la dictadura. Fuma como una puta vieja y bebe sorbos de café de una taza manchada por los mismos restos del adictivo líquido, teniendo en cuenta que antes de aclarar el sol debe estar listo su reportaje para que entre a tiempo a la edición especial que prepara la revista sobre la huida del dictador. Su escrito aparece en *Momento* para dar cuenta de la posición de la Iglesia y señalar el malestar que había en todos los sectores. En ella escribió a escasas horas de la caída del régimen:

“El 1º de mayo del año pasado -fiesta del trabajo- los curas párrocos de Venezuela leyeron en los púlpitos una carta pastoral del arzobispo de Caracas, monseñor Rafael Arias. En ella se analizaba la situación obrera del país, se planteaban francamente los problemas de la clase trabajadora y se evocaba en sus términos esenciales la doctrina social de la Iglesia. Desde Caracas hasta Puerto Páez, en el Apure; desde las solemnes naves de la Catedral Metropolitana hasta la destartalada iglesia de Mauroa, en el Territorio Federal Amazonas, la voz de la Iglesia

-una voz que tiene 20 siglos- sacudió la conciencia nacional y encendió la primera chispa de la subversión”. Así el escritor le daba el espaldarazo a una institución que había jugado a la cuerda floja durante la dictadura.

Un liceo lleno de discursos y festejos.

Comienzan los discursos y se inicia el protagonismo de los principales partidos políticos. Se siente en el ambiente un deseo de venganza estimulado por las diferentes intervenciones. En Caracas, la sede central de la SN es asaltada por la furia de los caraqueños y liberan a la gente que se encuentra en sus mazmorras. Una poblada entera destruye la edificación a punta de piedras y mandarrias. El nefasto emblema del terror queda averiado de gravedad. Otros van a la policía y hacen lo mismo. En el Oriente ni el comandante de ese cuerpo, ni el jefe de la SN de Cumaná pueden ser localizados. La gente comienza a gritar consignas y algunos se les escucha decir que hay que ir a casa de Fulano de Tal porque es perezjimenista. Otros proponen su liquidación. El negro “Capuringa” salta de alegría como un loco y hace disparos al aire. Es la primera vez que lo veo mostrar su blanca dentadura de tanto júbilo. Otra vez me viene la imagen del negro que golpeó a Bompland allá en Puerto Sucre, sólo que ahora la quijada escupe humo y hace detonaciones. Un par de profesores corren hacia “Capuringa” para calmarlo. Entre el gentío veo a Eurípides, el profe de teatro, que había tomado vacaciones obligadas y lo dábamos por preso, me apresuro a saludarlo, me abrazo a él, está eufórico. Y su euforia me contagia. Ha llegado la hora, pienso, y venciendo mi nerviosismo me encaramo en el muro del liceo

y me agunto de la cerca metálica. Recuerdo a mi padre levantando su brazo para darle más énfasis a sus palabras. María del Rosario no puede creer lo que está viendo. Pego un par de gritos y la gente cercana voltea a mirarme. El profesor Eurípides está absorto y sus ojos parecen salirse de sus órbitas. Ha llegado el gran momento de mi vida. Me tiembla todo el cuerpo cuando de repente siento un entusiasmo que me invade, mi pecho se llena de aire y comienza a salir mi discurso acompañado de un brazo altanero que sube a lo más alto y desciende con un golpe seco como si en el aire hubiese un obstáculo que lo detuviera: ¡Señores profesores, compañeros y amigos estudiantes, pueblo de Cumaná! ¡Me siento emocionado en este amanecer de la Patria, en mi liceo guerrero y luchador de siempre! ¡Siento que algo grande se asoma! ¡La aurora de la democracia comienza a iluminarle el rostro a la nueva Venezuela! Y sigo hablando sin parar hasta que me aturden los aplausos y siento la crispación en mi cuerpo, y me sentí mi padre, como si él estuviera dentro de mí azuzándome. Grito que hay que ir a rescatar a nuestros compañeros en la Seguridad Nacional. Pedro Esteban me llama y me dice: ¡Coño, carajito, te botaste! Yo no le respondo, nos sonreímos y nos damos un fuerte abrazo.

Al rescate de nuestros compañeros en la SN.

Fue una poblada mucho más grande la que se formó esta vez a las puertas de la Seguridad Nacional. Al grito de ¡Libertad, Libertad para los presos!, subimos los escalones y rompimos las puertas. Pedro Esteban, junto a otros muchachos de años superiores gritaban hacia la multitud para

advertir que no todos cabíamos en el recinto de la SN. Entraron los que pudieron, y fuimos directo hasta los calabozos. Eran unos antros separados y escondidos entre la forma irregular de la casona. Encontramos al profesor de física y a algunos de nuestros compañeros que estaban exhaustos. Tuvimos que romper las rejas con piedras y mandarrias. Parecían personajes en huelga de hambre porque hasta los huesos de la cara le sobresalían. Sus ropas estaban mugrientas y eran seres que apenas se sostenían de pie. Los sacamos en hombros como pudimos. Nuestros compañeros José Ángel y Constanza no aparecían allí. Dimos vueltas por todos los escondrijos de la casona esperando una sorpresa, pero nada ocurrió. Pedro Esteban y yo nos miramos las caras y pensamos que de un momento a otro los veríamos. La gente nos preguntaba en la calle lo que había pasado con ellos y no sabíamos qué responderle. Nos resultaba extraño que no hubiesen personas de la Seguridad Nacional y tampoco muchos policías en las calles. Pensamos lo peor y comenzamos a movilizarnos por toda la ciudad. Primero, nos dirigimos a la cárcel pública y, luego, al cuartel, y en ambos lugares nos hicieron correr y detuvieron a algunas personas. Ya no nos importaba; la forma como nos habían atacado no era la misma, parecía como si estuvieran cumpliendo una orden a medias y conservando su honor ante nosotros. Al final decidimos regresar al liceo.

Las consecuencias y la euforia liceísta.

Al liceo siguen llegando estudiantes, y hasta personas de la calle concurren a la cancha de voleibol. Se respira un ambiente de júbilo y muchos

se abrazan, otros lloran o ríen. El sentimiento de libertad embarga a los presentes y se escuchan los más variados comentarios. Comienzan a llegar personajes que tenían tiempo desaparecidos. Algunos presos puestos en libertad se confunden con nosotros. Te fijas, carajito, nuestra lucha dio resultado, me dice Pedro Esteban, mientras me da un apretujón de amigo que me deja sin aliento. El director del liceo agradece a todos su participación en la lucha y da vivas a la libertad. Los profesores de quienes sospechábamos que estaban con el régimen no aparecen por el liceo. El aparato de sonido del plantel es sacado por Nazar y comienza a escucharse música venezolana. Las muchachas bailan y cantan. El fantasma de José Ángel nos ronda a todo pese a la celebración y la euforia.

El país queda vacío de los personeros del régimen, ellos han huido la misma noche o se han fugado horas después, o lo harán en los días por venir. Muchos se esconden. Otros son detenidos. La justicia se hace por las propias manos del pueblo.

La ola de rumores, deporte favorito de los venezolanos, avanza como aire de ciclón tejiendo todo tipo de historias y comentarios sobre la euforia generada por una población que al fin recupera su libertad después de ocho años de oprobiosa y sangrienta dictadura. José Ángel seguía siendo el gran enigma.

Los descubrimientos

La ciudad tenía una luz particular. Todo brillaba. Todo resplandecía. Todo parecía nuevo. Hasta el aire que respirábamos lo sentíamos

distinto. Nunca en mi corta vida de liceísta había visto tanta gente contenta. La alegría era un río desparramado por las calles y la gente se abrazaba sin conocerse. El tráfico se convirtió en un pandemonio de cornetas y choferes que irrespetaban las flechas del tránsito. La población bailaba en todos sus espacios y la vida se volcó hacia las avenidas y plazas como si ese fuera el nuevo hogar de los cumaneses. La confusión de noticias y exageraciones superaba con creces el volumen del cerro “Pan de Azúcar”. Una cosa era cierta: la dictadura se había desmoronado tan de pronto que a la gente le costaba creerlo. En la Casa de Gobierno de Cumaná hubo saqueos. Muchos sitios públicos fueron apedreados y quemados.

¿Por dónde anda nuestro compañero?

Habíamos contactado a algunos profesores amigos para investigar el paradero de José Ángel Morales y su novia Constanza. Continuaban los rumores de toda naturaleza: unos decían que había muerto, otros que se encontraba herido en alguna parte de la ciudad.

De repente ocurre algo que nos desorienta a todos. Vemos algunos estudiantes correr hacia la Catedral, y sin saber lo qué pasa –pienso que se trata de un linchamiento- nos vamos detrás del grupo como si un magnetismo nos arrastrara. Yo tomo a María del Rosario de la mano y entre empujones y gritos llegamos hasta las escalinatas. En mitad de ellas divisamos a Constanza que acompaña a su novio -en el mismo lugar donde ha ocurrido la excomunión-, él lleva un vendaje alrededor de su cabeza y una herida mal curada

en su pómulo izquierdo. José Ángel luce más taciturno que nunca. Ella lo mantiene agarrado de una mano. La gente comienza a acercársele y pide que hable. Yo avanzo dando codazos hasta ubicarme frente a él y me impresiona su estado físico, pero al mismo tiempo me siento emocionado de saber que está vivo, yo no sé cómo actuar, quiero decirle algo, pero no me salen las palabras, de pronto siento que me mira y parece escapársele una ligera sonrisa, lo saludo levantando mi mano, me hace un gesto con sus cejas y le escucho balbucear una sola palabra que me llena de emoción: ¡“ca-ra-ji-to”!, me dice con dificultad. Trago espeso y me restriego mis ojos aguados. Constanza me sonrío y lo sostiene por su brazo derecho y hace que se levante a duras penas. Ella comienza a explicar lo que les ha sucedido e inicia un discurso en nombre de todos los estudiantes. ¡Morales, que hable Morales!, gritan los presentes, ella sonrío con un cierto dejo de tristeza, y con dificultad logra levantarle la mano; Constanza inicia un discurso con todas sus fuerzas como si la alegría le hubiese vuelto derepente.

¡VIVA LA DEMOCRACIA! ¡VIVA LA LIBERTAD! ¡VIVA EL PUEBLO VENEZOLANO! ¡VIVAN LOS ESTUDIANTES! Un coro la acompaña. Yo los sigo a los dos con la mirada y me embarga un sentimiento de desolación. “Ca-ra-ji-to”, repito varias veces para mis adentros. Quien me llama así es mi amigo, ¿será que Pedro Esteban tiene amistad con él y nunca me lo quiso contar?. No creo que mi “mi llave” sea tan mala persona como para ocultarme algo tan importante. ¿Sería que José Ángel le pidió que no revelara su amistad entre ellos? ¡Coño, Pedro

Esteban me mintió, Pedro Esteban es comunista! ¿Qué te pasa?, me pregunta María del Rosario. Yo la halo por un brazo y salgo del conglomerado que los rodea y voy en busca de mi amigo. La gente continua coreando las consignas mientras Constanza baja lentamente las escalinatas de la Catedral ayudando a su novio, que desciende con dificultad. Pedro Esteban se ha esfumado. Le digo a María del Rosario que espere un momento, algo me ha llamado la atención. Corro y veo a Pedro Esteban entre la gente aplaudiendo el discurso de Constanza. Me le acerco y le suelto, sin más palabras, mi pregunta: coño, “mi llave”, ¿por qué no me habías contado nada? Me responde con otra pregunta. ¿Nada de qué?. Tú sabes a qué me refiero, no te hagas el güevón, le digo. Y entonces él baja su cabeza y me responde con serenidad: bueno, a veces uno no puede decir todo lo que le pasa en la vida. Era muy delicado contártelo, no sabía cómo ibas a reaccionar. No entiendo qué quiere decirme Pedro Esteban, pero opto por dejarlo hablar, a ver si me aclara mi repentina desorientación. Sí, es verdad “carajito”, es muy duro, pero José Ángel era el que me pasaba todos los datos de lo que se planeaba en la ciudad y en el liceo. Te fijas, sabía que eso te iba a pegar, me dijo. Pero eso sí, quiero que te quede claro que no soy comunista, somos amigos por un primo de mi familia que sí lo es. ¿Entonces, me mentías, me traicionaste? No, callé cosas que no se podían decir en el momento, eso ha sido todo, dijo de forma amanerada. No me salían las palabras, me sentí desconcertado, doy media vuelta y camino a buscar a María del Rosario, mientras él me llama tratando de atajarme.

Luego de un rato veo a mi novia coreando consignas, me acerco a ella gritando como todos los demás. La alegría regresa a mi rostro y el Diablo se me mete en el cuerpo. Aprovecho el momento para abrazar a María del Rosario y en medio de la bullaranga le clavo un beso libertario. Mira que nos pueden ver, me dice sin mucha convicción. Nadie va a estar pendiente de nosotros, le respondo, y me la llevo a la plaza. Recostado de un árbol, la traigo hacia mi. Nunca la había sentido tan mía, ni siquiera en la playa, jamás estuvo tan dispuesta a mis caricias, y nos mezclamos en nuestros olores corpóreos y nuestra saliva deliciosa. Nos restregamos el uno contra el otro, y lloramos los dos en silencio. Terminamos enchumbados de sudor. Ahora se aparta de mí, corre y se pierde entre la gente. La veo alejarse con su faldita plisada, el movimiento de sus caderas, con ese pelo que se bate a los lados con su cola de caballo, y esa forma de caminar con sus piernas de reina. Ella, la única, la que me enseñó a sentir esa ardientia de sentimientos tan extraños y placenteros, ella, se me escapaba, tenía una sensación rara, no sé por qué, pero sentí como si iba a perderla para siempre.

Pedro Esteban me sacó de mi ensimismamiento poniéndome la mano en mi hombro derecho. Qué te sucede, ¿ya se te apagó la rabia conmigo?. Me volteé y me lo quedé mirando. Ya la tormenta había pasado y tenía frente a mí al amigo de siempre. A “mi llave” a ese ser solidario que tantas cosas me ha enseñado, por quien estaría dispuesto a enfrentarme con tal de que no le pase nada. Ahora pienso el día en que nos separemos de curso o salgamos del liceo, pero falta mucho, hay tanto camino por recorrer que

todavía debemos soportarnos un buen rato. No tengo ninguna rabia, pero me calenté al descubrir tus mentiras, le dije. No fueron mentiras, fueron ocultamientos, eso es todo, me dijo, y continuó: bueno, pero no regresemos a lo mismo ya eso es clavo pasado, ahora te invito a que nos echemos un baño en el río que está haciendo mucho calor. No me provoca, le respondo. Ahhh, ya sé, ¿María del Rosario, no?, me dice, sorprendiéndome. ¿Y cómo lo sabes?, le pregunto. Se te nota tienes los ojos como una vaca cagona, me dice riendo, y confirmo una vez más, que Pedro Esteban es un amigo inteligente y listo, cómo iba a adivinar mis sentimientos de esa manera. Nos vamos caminando hacia la plaza Ayacucho y al llegar allí nos despedimos. No le pares mucha bola a esa muchacha, en el liceo hay por montones, me dice para consolarme. El coge por su lado y yo me voy bordeando la muralla con dirección al puente mientras veo las oleadas del río como estrías de color oro.

Regreso a mi hogar cansado y hambriento. Estoy agotado, pero aún me queda tiempo para pensar en algunas cosas. Y una de ellas aparece al cruzar la esquina antes de llegar a mi casa. Me detengo frente a la verja del mecánico. Ahora la puerta está cerrada y el silencio es total. Toco varias veces y nadie responde. Insisto y me doy por vencido. Cuando me dispongo a salir a la calle, la puerta cruje y veo al señor mecánico, cabeza de ñame, con su cara de fatiga y angustia. Miro hacia adentro y el retrato del General ha desaparecido. Me siento inmenso delante de aquel “minúsculo” hombrezote. Él no sabe cómo reaccionar frente a mí. Parece una momia mal vestida. Lo miro fijamente y le digo:

Cuando quiera, seguimos conversando, señor mecánico...Él parece atribulado. Doy la vuelta y me voy con el corazón henchido de felicidad porque algo de justicia se ha consumado en ese instante.

Coño, llegamos al final mi diario y yo casi completos, aunque halla algunas páginas media borrosas de tanto palo que he llevado. Me siento orgulloso de haber luchado cuanto pude en contra de esta dictadura. No voy a decir que soy un héroe, pero jodí bastante. Valió la pena todo este peo en el que me metí. Hasta me han dicho que Monseñor lo cambiaron para Ciudad Bolívar. Por fin me voy a graduar de bachiller y me iré con mi novia a Caracas para continuar los estudios en la universidad y nuestra militancia política en otra plaza. Siempre es bueno cambiar de ambiente, a menos que los camaradas de la dirección regional del partido decidan otra cosa. Aunque esta ciudad no la voy a olvidar nunca porque en ella conocí a mi carajita, a ese gran amigo que me ayudó silenciosamente como lo fue Pedrito E., y a su “llave” el “carajito”, que estuvimos a punto de meterlo en vainas muy jodidas. También debo unas palabras que guardaré en la zona de mi cerebro correspondiente al occipital, para el director, a quien pensé una vez como un tipo miedoso que se le enfriaba el guarapo, pero salió adelante con coraje, y a todos mis camaradas de la calle Zea que me ayudaron a mantenerme vivo. Ahora, para que mi diario esté completo voy a confesar, a confesar no, esa palabra es una güevonada, voy a revelar un secreto que lo escribiré en lo más profundo de las dos mitades

de mi cerebro: y es que toda la acción con lo de la hostia no sólo fue una acción política, aunque sí la principal, contra la Iglesia, sino también una acción que permitió sacarme una espinita en contra de Monseñor por haberle echado esa vaina a mi prima Rebeca.

Agradecimientos:

Algunos de los datos históricos de la novela que acaban de leer se basan parcialmente en información de ciertas publicaciones, utilizada de manera libre, aunque respetando su esencia. Las principales fuentes consultadas han sido las siguientes:

El diario desconocido de una dictadura (Guillermo García Ponce y Fernando Camacho Barrios), Ediciones Seleven, Caracas, 1980.

El Golpe Militar de 1948 contra el presidente Gallegos (José Agustín Catalá), El Centauro Ediciones, Caracas, 2008.

Entre Golpes y Revoluciones (Jesús Sanoja Hernández), Tomo I, Editorial Debate, Colección Actualidad, Caracas, 2007.

ENTRE vistas (Juan Gaspar Yáñez), Universidad de Oriente, Núcleo Sucre, Coordinación de Publicaciones, Cumaná, 2001.

Habla el General (Agustín Blanco Muñoz) CDCH de la UCV, Editorial José Martí, Caracas, 1983.

Marcos Pérez Jiménez (Manuel Felipe Sierra) El Nacional, Fundación Bancaribe, Caracas, 2009.

1ro. de Enero de 1958. El fracaso de un triunfo (Luís Enrique Sucre), Alarcón Fernández

Editor. Caracas, 1993.

Revistas y prensa de la época.

Sueños en el Paralelo 38 (Juan Gaspar Delgado), Ediciones “Nueva Andalucía” Colección “Macuro 500 años”. Serie Literatura. Cumaná, 1997.

Venezuela, Gobierno y Fuerzas Armadas. Crónica Política de una Época: 1948-1958, (Luís Alfredo Angulo R., Tesis Doctoral, Facultad de Humanidades y Educación. U.L.A.

Testimonio personal de mi amigo Camilo Silva, cumanes con vivencias de la época relacionadas con esta historia, las cuales incluyo aquí con su permiso y benevolencia.

Referencia a una anécdota que me fuera contada por Martín Szinetar sobre Pedro Estrada y la famosa perla en la copa de champán de la dama pretendida.

ÍNDICE

UNO: *DE INCANDESCENCIAS*

DOS: *DE ARDENTÍAS*

TRES: *DE TORMENTAS*

CUATRO: *DE ATARDECERES*

CINCO: *DE OSCURIDADES*

SEIS: *DE AMANECERES*

Las Ediciones Actual de la Universidad de Los Andes son publicaciones arbitradas de gran significación cultural para la Universidad, la región y el país, según se establece en sus normas y criterios de publicación:

- 1º Deben estar en correspondencia con la misión y visión de la Universidad, así como ser de probada pertinencia social y cultural universitaria.
- 2º Deben ser obras cuya relevancia corroborable determine su perdurabilidad y trascendencia en el tiempo.
- 3º Los autores deben poseer una demostrada cualificación artística en literatura y/o música, y/o artes audiovisuales y/o artes escénicas, y/o artes visuales y/o arquitectura.
- 4º Las publicaciones de libros de Ediciones Actual son publicaciones literario-artísticas de los ámbitos fundamentales de la cultura estética e incluyen publicaciones sobre la extensión cultural y los ensayos de filosofía, historia, teoría y crítica del arte. Estas deben ser distintas a las publicaciones de textos, de carácter didáctico, o de investigaciones científico humanísticas, indexadas, o de investigaciones académicas, especializadas, o de obras histórico institucionales que corresponden ser publicadas por las otras editoriales de las dependencias centrales de la ULA (CDCHTA, CODEPRE, CEP, Consejo de Publicaciones, Vicerrectorado Académico, Rectorado, etc.).

Todas las publicaciones, sin excepción, son evaluadas por dos (02) árbitros, designados por el Consejo de Redacción, externos al mismo. Estos son anónimos y las obras les son remitidas sin los nombres de los autores. El Consejo de Redacción designa a los árbitros, los cuales son escogidos con base en la pertinencia del área, su cualificación como pares y la neutralidad e independencia en relación con autor.

El diseño y diagramación de las obras se realiza con base en las colecciones de la Editorial o, en caso de que la obra no se adecue a alguna colección, a través de un llamado a convocatoria pública de diseñadores convocado por el Consejo Editorial de las Ediciones Actual de la DIGECEX.

En el caso de reediciones de obras que el Consejo de Redacción estime de alta significación para la misión y visión de la Universidad, así como de probada pertinencia social, cultural, universitaria, de relevancia corroborable, perdurabilidad y trascendencia en el tiempo y demostrada cualificación artística, el Consejo será el árbitro de las mismas.

